

UNIVERSITY OF CALIFORNIA SAN DIEGO



3 1822 01962 2711

RARY
ITY OF
RNIA
DIEGO

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO



3 1822 01962 2711

F7
7084
A6
179
84

ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO IV

CHILE.—REPÚBLICA ARGENTINA.—URUGUAY.



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1895

ANTOLOGÍA
DE
POETAS HISPANO-AMERICANOS.

ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO IV

CHILE.—REPÚBLICA ARGENTINA.—URUGUAY.



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1895

INTRODUCCION.

XII.

CHILE.

La raza indigena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispano-americana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile una acción indirecta tan poderosa que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que allí durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral, árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera y viril de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de sus inge-

nios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocían la poesía y la oratoria en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión con las hazañas de su increíble resistencia á que se multiplicasen los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico, que contrasta con el carácter patriarcal y algo casero que las letras coloniales ofrecían por lo general en los pacíficos emporios de Méjico y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aun en cierto sentido puede decirse con D. Andrés Bello que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico». Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Araucana*, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica, compuestos en América, ó sobre América, durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún.

poema moderno, ni, entre los antiguos, la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva ó inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya, ó están latentes, hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo, como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo.

Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituída por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados cantares del *Rolando*, del *Mío Cid* y de *Los Niebelungos* pudieron ser tan épicos como los rapsodas homéricos, sin conocerlos ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que *Ercilla* no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean *Camóens*, ni el *Ariosto*, ni el *Tasso*, ni *Milton*. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que quieran remedarla á veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como *Virgilio* lo intentó respecto de *Homero*. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles é innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio ni fin,

ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y que acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que puedan discurrirse y que, en efecto, se discurrieron? Y sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia, y transformada por la invasión del naturalismo pagano, no deja de ser una de las obras más deleitosas del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico, en que la imaginación, libre de toda traba, se deleita con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grande y melancólica del Tasso escribió el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente respondía á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo xvi. Fué en Italia el poeta del segundo Renacimiento, como Milton en Inglaterra; Tasso con el espíritu de la reacción católica, Milton con el espíritu de la reacción puritana. Al procurar encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada eflorescencia de la poesía novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El láuro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo xvi á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con obras vivas y llenas del

alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camoens, aunque por caminos diversos, y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles. Un Nuevo Mundo se abrió para el arte, casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del genio ibérico. Camoens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica, capital en la historia de la humanidad, brillante en todos sus accesorios, aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas, no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de «veinte leguas de término, sin pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo», habitada por bárbaros sin nombre ni historia, hasta que él vino á darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camoens y las desventajas de Ercilla. El primero acertó á condensar en un poema que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en

torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, aun éstas tuvieron carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas, por lo demás, con su argumento, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que por otra parte merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles del siglo XVI, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta.

De esta penuria á que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra. No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una isla de los Amores, que vengan á recrear la fantasía con más apacibles paisajes ó más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte, con el mismo son duro y estridente, durante treinta y siete larguísimos cantos. Las sombras de Tegalda, de Glaura, de Fresia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la

sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloé. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos, al decir de los historiadores y geógrafos chilenos; pero no son gráficas, ni representan nada á la imaginación.

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua, y aun trivial á veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega á los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realzarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia humana, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusíadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, ó más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena, como dura y penosa la de *La Araucana*; pero la impresión poética que esta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*, y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente á alguien, es al Ariosto ó á Virgilio, sino por especial privilegio, debido en parte á la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico, sin darse cuenta de ello, y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte á la novedad de las costumbres bárbaras que él describía y que no podían menos de tener intrínseco pa-

rentesco con las de las edades heroicas. No sabemos á punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco; pero toda la parte del canto segundo en que esto se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere á los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó, seguramente, con dotes y sentimientos morales, impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, é inventó de cierto, si no los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad ó con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, á tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verdadero, aun por los que dudan de aquellas circunstancias que sólo en Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede á ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de los indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales en que probablemente no ha tenido rival

después de Homero, las cuales se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, á pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan varias y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que, en general, me gustan menos. Si la desesperada fiereza de Galvarino, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Cautipolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocoló, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana*), me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores ó peores, no ha de tenerse por impropiedad en Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados á la oratoria, y la cultivaban á su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias é interrogaciones retóricas». Ercilla, pues, en esto, fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta á las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, la amada de Lautaro, habla como Dido en el libro iv de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el

cadáver de su esposo, trae en seguida á la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en *La Cyropedia*, de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* á un grado de perfección á que llegan muy pocos libros, ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos se lamentan á una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en *Ercilla* es rastrera cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas á que le arrastraban su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debió, por otra parte, bellezas de un orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma á todos nuestros poemas del siglo xvi, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y fué sin duda la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada á la dignidad de la epopeya (1).

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero, por D. J. Tori-

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron á imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarinicos, más notable en verdad por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar las imitaciones menos directas como *El Peregrino indiano*, *La Mejicana*, *Las Armas antárticas*, y *La Argentina*, tenemos respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *Cuarta y quinta parte de la Araucana*, de D. Diego Santisteban Osorio; el *Arauco domado*, de Pedro de Oña; las *Guérras de Chile*, de D. Juan de Mendoza; el *Purén indómito*,

bio Medina, en su *Biblioteca Americana*. Las tres partes de que el poema consta fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madrigal, años 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes aparecieron juntas. Entre las posteriores, merecen especial atención la de Madrid, 1597 «*en casa del licenciado Castro*», con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, única que contiene la continuación de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828 (por D. Miguel de Burgos), que en corrección tipográfica la vence; la de la Academia Española, con prólogo de Ferrer del Río, 1867, que aventajaría á todas, si no tuviese el defecto de haber suprimido los preliminares de las antiguas, y, finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere á la guerra de Arauco.

Los juicios de *La Araucana*, desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique*, que acompaña á su *Henriada*, son innumerables; pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa, en su *Apéndice sobre la poesía épica española* (tomo II de sus *Obras*, 1827); el de Quintana, en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833); el de Bello, en sus *Opúsculos literarios y críticos* (tomo I), y el de Alejandro Nicolás, *L'Araucana*.

de Hernando Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial*, de Melchor Xufré del Aguila. Algunas de estas obras se limitan á poner en narración versificada ésta ó aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas ellas, cuyo deliberado propósito fué volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar á D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía á su condición de caudillo de aquella guerra, y á los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que, por el lance de la Imperial, había querido llevarle al patíbulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habían de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. Él mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar á los ingenios que en tal faena quisieran emplearse, temeroso y con razón de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito de gobernador, á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad ó el desdoro á los personajes que suenan en su canto. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*. Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria á la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente: el *Arauco domado* de Lope de Vega;

la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza*; *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Ávila; *Los españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos; sin contar con *La Beligera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.^a Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer á *La Araucana*, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que si no correspondió plenamente á las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región, y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta (1). Huérfano éste en edad muy temprana, á consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña, *hecho piezas*, en uno de los lances de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada á Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco domado*,

(1) No ha de confundirse al autor del *Arauco domado*, como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido, coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros muchos libros, del que se titula *Primera parte de las Postrimerias del hombre*.

en 1596 se titulaba Licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años, nos le presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria, más desvergonzada que chistosa, con un poetaastro llamado Sampayo (1), sobre si podía ó no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos* (1602), hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentisima* Universidad, «dedicado al evangelista San Marcos». Á nombre de la *Antártica Academia* de la ciudad de Lima, que, á mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, ensalzó en 1609 con otro soneto, la *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amorias*, del sevillano Diego Mexia (2). Otros libros perua-

(1) Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón á don Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile*, de D. José J. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil para nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adiccionarla con nuevos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, de D. Adolfo Valderrama, se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias, que no pueden tener cabida en un estudio rápido como el presente.

(2) De Diego Mexia traté en el capítulo concerniente al Perú; pero quiero subsanar aquí la omisión de la segunda parte inédita de su *Parnaso Antártico*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París (núm. 599 del catálogo de Morel-Fatio). El manuscrito perteneció al Virrey Príncipe de Esquilache, cuyas armas lleva, y á quien fué dedicado por el propio *Diego Mexia de Fernangil, ministro del Santo Oficio de la Inquisición en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla*. El autor residía entonces en la villa de Potosí, después de haber perdido la mayor parte de su fortuna en la «deshecha tormenta que corrió por sus negocios». De todo ello se consolaba con el cultivo de las letras, «desenvolviendo muchos

nos de aquel tiempo, entre ellos la *Miscelana austral* y la *Defensa de damas*, de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él á su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

«Con reverencia nombra mi discante
Al licenciado Pedro d'Oña: España,
Pues lo conoce, templos le levante.
Espíritu gentil, doma la saña
D'Arauco (pues con hierro no es posible)
Con la dulzura de tu verso extraña.»

No habiendo llegado á nuestras mãos *El Temblor de Lima*, rarísimo canto épico que, según autoridad de doctos bibliógrafos, publicó Pedro de Oña en 1609, sólo podemos juzgarle hoy por dos poemas de muy distinto carácter y materia, y también de muy desigual mérito, el *Arauco domado* y el *Ignacio de Cantabria*.

autores latinos y frecuentando los umbrales del sagrado templo de las Musas». «Conozco (añade) que en treinta y tres años que há salí de España, es ya otro el lenguaje y otra la perfección y alteza de la poesía; pero con ésta que entonces traje y acá se ha disminuído, quise hacer este servicio á aquel señor que estimó en más el cornadillo de la pobrecita que las magníficas ofrendas de los ricos y poderosos..... Es ésta mi poesía como los ídolos que Alcibiades consagraba al dios Sileno, que en lo exterior eran feos y mal compuestos, y dentro de sí encerraban joyas y piedras preciosas; y ninguna de más valor ni estima que las obras de Cristo N. S.»

Esta segunda parte, en efecto, es de carácter enteramente distinto de la primera, pues sólo contiene versos religiosos. Ocupan la mayor parte del tomo 200 sonetos sobre la vida de Cristo, escritos con idea de que acompañasen á unas estampas del P. Jerónimo Natal, de la Compañía de Jesús. Después se encuentran una *Epístola á la Serenísima Reina de los Angeles, Santa Maria Virgen; La Perla de la vida de Santa Margarita, Virgen y Mártir*, dirigida al Licenciado Alonso Maldonado de Torres, presidente de la Real Audiencia de las Charcas, y luego oidor en el Consejo de Indias; una *Oración en alabanza de la Señora Santa Ana, Las Novísimas*, una *Égloga del Buen Pastor* y otra *del Dios Pan* al Santísimo Sacramento.

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596 con título de *Primera parte*, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser los *venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, «*Porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha*». Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, «*con apremio y tarea de veinte octavas al día*» (1), según afirma un contemporáneo, é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

«Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y danme tanta *priesa* cada día,
Que no me dejan ir como se debe.»

La *priesa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos, de los diez y nueve que comprende la obra total, cuya extensión pasa de diez y seis mil versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Gueras de Chile*, del Maestre de Campo Santiago de Tesillo.

no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

«¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Después de la riquísima *Araucana*?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,
Por mucho que de música supiera?»

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que él, «*preciándose mucho de ir al olor de su rastro*».

Con efecto, el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra á su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobio. Todo lo demás, ó son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tucapel y Gualeva, ó hechos del virreinato de D. García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richard Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos dos larguísimos episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación

prosaico é intolerable) recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, 'facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. Á ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario, que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía

más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvasino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza; mucha nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tuccapel), y mucho brío de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados á tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda ó convencional, propia, á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza. Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su

frasis, lengua y modo. El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico; pero, ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada seesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios, claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es notorio, que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio, el rey de aquellas selvas, la *araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido á su sombra, y ni siquiera tiene ojos para verla. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero

indígena llamado Pillalongo, habla del humoso *Flegión* y del *Estigio lago*, é invoca á Hecate y á Ixión, y á Tántalo y Ticio y á Dermogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno, que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como á tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado*, que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno rival de D. Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rosell y Valderrama han tributado á este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir á la opinión de Ferrer del Río, el cual en sus ilustraciones á la edición académica de *La Araucana*, llega á decir que «ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña». Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo; pero lo que sobra en él son destellos de talento poético.

Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto IX parece haber servido de modelo á la que hay en *Las Naves de Cortés*, de Moratín el padre, y la recuerda

sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualeva,

«Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en el nido.»

En las comparaciones tiene á veces novedad é instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, verbigracia:

«Cual águila caudal que desde el cielo
En viendo al ballenato dar en tierra,
Prestisima con él en punta cierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se afierra,
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja
La bárbara frenética se arroja.»

Ó cuando dice de D. García, impaciente antes de su primer batalla:

«Está como el azor empihuelado
Antes de haberle puesto el capirote,
Que si pasar un ave se le antoja
Mil veces de la alcándora se arroja.»

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género, procede con cierta franqueza de estilo propio:

«Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerrillo, prenda cara,
Que ya sin orden corre, ya se para,
Llamándole con hórrido bramido,
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente.»

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor «muestra una natural facilidad, un

caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía.» Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto, que llegó á inventar *una nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja á la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

(1) *Primera parte de Arauco domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, collegial del Real Colegio mayor de Sant Felípe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. Dirigido á Don Hurtado de Mendoza, Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile.... Hijo, nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio, impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo, de Turín, primero impresor en estos Reynos.—Año de 1596, 4.º, 352 hojas, con el retrato del autor grabado en madera.*

Aprobaciones del P. M. Esteban, de Avila, y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos laudatorios del Licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña; del P. M. Esteban, de Avila; del Dr. Francisco de Figueroa, de Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hormero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alarcón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estupenda rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno á las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo. Ó porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad; ó más bien, según yo creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto, que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles; yo ni aun esto encuentro en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa, pero menos literariamente ocupados. El libro, no obstante, debió de tener aceptación entre las gentes piadosas; la Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave*, y el aprobante del libro

Arauco domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile. En Madrid, Fr. Juan de la Cuesta, 1605, 8.º No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay dos reimpressiones modernas del poema de Pedro de Oña; la una de Valparaíso, 1849, en 16.º, por D. Juan María Gutiérrez, y otra de Madrid, en 1854; en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poeta chileno es el que incluyó don Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (Buenos Aires, 1865). Otro estudio más breve que acompaña á su reimpression del poema, fué objeto de un plagio en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

fué no menos que D. Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio historial, medio alegórico, interviniendo en la acción personajes tan extraños como *El tedio* y *El qué dirán*. Tiene doce cantos y acaba prometiéndole una segunda parte que por fortuna no vino á acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura (1).

El mérito relativo del *Arauco domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña, y todavía más con los otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, D. Diego de Santisteban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente de la publicación del *Arauco* en Lima, y, por supuesto, sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta y Quinta Parte de La Araucana, en que se prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle* (2).

(1) *El Ignacio de Cantabria. Primera parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra, año de 1639, 4.º*

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica que conocemos de Pedro de Oña, es á saber: la *Canción Real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima, que habla con el Tíbre de Roma*. Está en la segunda edición de la *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fr. Francisco Solano*, por Fr. Alonso de Mendieta (1643). En medio de las lobregueces del culterianismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco domado*, en éste que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos ya á encontrar noticia de su persona.

(2) La primera edición de estas dos partes, *dirigida á D. Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba*, es de Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.º—Fueron reimpresas en Barcelona por Joan Amello, 1598, y figuran unidas á las tres de Ercilla en una sola edición de

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte; el autor nos informa de que tenía «pocos años», y confiesa, además, con loable y verídica modestia que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. Ni el autor había estado en América ni la conocía más que por los libros, ó hablando más propiamente, por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente: inventando, por ejemplo, un Caupolicán 2.º, sucesor del Caupolicán 1.º, haciendo á Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia, y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia á contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán 2.º, que le había dado pie para tantos desvaríos. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con la insensatez del plan. Únicamente ha de

La Araucana, la de Madrid, 1735, por Francisco Martínez Abad, en folio, la cual por esta circunstancia es bastante estimada entre los bibliófilos.

Santisteban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda parte de las guerras de Malta, y toma de Rodas..... Madrid, en la Imprenta del Ldo. Varez de Castro*. La primera parte consta de doce cantos, y la segunda de trece.

notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aventuras apócrifas que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo, y el capitán Hernando Alvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero á decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, poco importan para la crítica literaria y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza era un aventurero que desde la edad de quince años, en que pasó al Nuevo Mundo, había tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales; ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río de San Jorge, viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo en los trozós en que es mejor.

Entre un muelle de peñas temerario,
 Donde de nácar tiene la urna viva,
 Sale el sagrado viejo solitario
 Y setecientas leguas se deriva:
 Cruza sobre su frente de ordinario
 La grande cordillera fugitiva,

Que tiene, según fama, las espaldas
Lastradas de oro fino y esmeraldas.

En el discurso desto, ¡qué de cosas
Difíciles pasé, cuántas montañas
De arcabucos rompí maravillosas!
Pues ¡qué yerros pasé, pues qué campañas!
¡Qué empresas no emprendí dificultosas!
¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,
Que al fin se quedó atrás el pensamiento;
Que lo excedió el humano atrevimiento!

Las venas ví y profundos tragaderos
Del cuerpo de que todos somos hijos;
Los secretos del mar respiraderos
Que salen por conductos y escondrijos;
Los negros, infernales sumideros
Que el azufrado fuego brotan hijos,
Y otras mil extrañezas que en sí encierra
Aquesta casa grande de la tierra.

Viboras de corales ví funestas,
Sierpes de cascabeles sonadores,
La *icotea* que la casa lleva á cuestras,
Los nietos de Saturno burladores,
Los grasos semibueyes nadadores,
El *perico* enemigo de las cuestras,
Los micos que al pasarlas hacen soga,
Y el lagarto que el agua nunca ahoga.

Sin estas animalias, vi infinitas
De tales calidades y figura,
Que no pudo dejallas Plinio escritas,
Porque ignoró su forma y su hechura;
Las siete maravillas exquisitas,
De quien la fama antigua tanto cura,
Ya es vano exagerallas ni escribillas
Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas pasó al Perú, y de allí á Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba un poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título, ni otro alguno, ni el nombre de su autor constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado (1). En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos en gran parte desastrosos de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, «describense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que, por más belicosas, han sustentado las guerras; los modos que en gobernarse tienen, y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba». En el

(1) Tiene en las tapas las armas de la reina D.^a Mariana de Austria, y por consiguiente, es muy verosímil que pertenezca al fondo primitivo de la biblioteca, procedente de Palacio, y sea distinto del que Barcia tuvo en su librería, y cita como de autor anónimo, en las adiciones á Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada á Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuido este poema al Dr. Luis Merlo de la Fuente, gobernador ó presidente interino que fué en Chile; pero el Sr. Medina, y á nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para don Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico, por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Monteagudo, publicado con introducción, notas é ilustraciones, por J. Medina*. (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una *Colección de Poemas Épicas relativos á Chile, ó escritos por chilenos durante el periodo colonial*, que por las vicisitudes políticas de aquel país ha quedado interrumpida.

canto segundo prosiguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y por lo general, noble y decorosa: el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da á la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la india Guaiquimilla es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile. En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo XVII, y aunque la versificación no corra siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso á la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta, y aun incompleta en algunas partes.

Pero tal como está, el poema atribuído á D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Álvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó á Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como declaran estos versos suyos:

«Tuve, tengo y tendré constante pecho:
 Infortunios he visto y tempestades
 En el mar de Noruega y paso estrecho;
 Muertes, naufragios, espantables guerras
 En partes varias y en remotas tierras.»

(Canto XVI.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué á un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego amplio desquite; y bravo

combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcanzan hasta 1631, en que aparece otorgado su codicilo testamentario.

Parece probado que Álvarez de Toledo escribió no uno sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén*, nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes á aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores á la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén indómito*. Al parecer, todo el libro vi de la *Histórica relación*, de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en sustancia de *La Araucana*, de Alvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

Porque, en efecto, el *Purén indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que *La Araucana* y el *Purén* segundo tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos, ó el fabuloso autor del *Ramayana*, excedieron en fecundidad épica al capitán Alvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por un tan gran poeta como Ercilla, y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso

por principal modelo el autor del *Purén*, según declaran estos versos suyos:

«Si de vuestro favor yo careciera,
Y en él no confiara cual confío,
No pasara tras de Oña la carrera
En un rocín tan flaco como el mío.....»

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homónimas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay por qué contradecirle) que es «pobre, humilde, bajo y escaso de elegancia». Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa épica* nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:

«Pero como es historia verdadera
No lleva cuento ó fábula de amores,
Porque de la verdad patente y pura
Es con lo que se adorna mi escritura.....
.....
Que yo lo he visto bien, y soy testigo.
.....
Porque ha de ser de todo el coronista,
Testigo de gran crédito y de vista.
.....
Por lo cual digo en esto haberme hallado,
Y en todo ó en lo más que ha sucedido,
Y de lo que no he visto, me he informado
De gente de verdad y que lo vido.....»

Á tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones,

nada tiene que objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén indómito* está considerado como fuente principal para un período de la historia de Chile, y encierra además muy curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y en guerra con los colonos. A diferencia de los otros poetas de Arauco, sigue su autor el hilo de la narración escueta, y no se distrae jamás á digresiones ni episodios amorosos:

«Pues tengo en el principio prometido
De no contar hazañas de Cupido.»

En cambio llena el poema de insulsas reflexiones morales, que acaban de hacer tediosa y aun imposible su lectura (1).

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno á Hernán Alvarez de Toledo. Fué éste el capitán Melchor Xufre del Aguila, natural de la villa de Madrid, el cual en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo ejemplar. Tiene por título: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey destos*

(1) El *Purén indómito*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, ha sido impreso en París, 1861, bajo la dirección de don Diego Barros Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana. Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique*, del editor A. Franck.

Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile (1). Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Dr. Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en la guerra de Chile, desde 1606 á 1628, dando cuenta á su amigo Xufre de los sucesos de su gobernación. El capitán Xufre había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima, pobre y mal pagado, ocupando su «ociosa soledad» en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo; pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Como no le hemos visto, no sabemos si está todo él en verso, ó si hay una parte en prosa, como parece inferirse de las noticias de Gayangos, quien añade que la parte relativa á la guerra de los araucanos tiene forma de diálogo entre Gustoquio, capitán en Flandes, y Provector, alférez chileno, los cuales habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reúnen para platicar de asuntos militares. De qué calidad serán los versos *historiales* de Xufre del Aguila, júzguese por la siguiente muestra, que transcribe el mismo erudito:

«Hallábame yo en Lima en este tiempo
 Con una lanza sola, que pagada
 Los menos años es, y della poco;
 Y procurando merecer mayor
 Merced de nuestro Rey, quise á mi costa
 Á aquella empresa ir do fui ofrecido,
 Y sin querer tomar socorro alguno

(1) El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido hace años por D. Pascual de Gayangos á mister Lennox, y hoy para en la Biblioteca pública de Boston. No sabemos de él más que lo que el mismo Gayangos dice en sus notas á Ticknor (tomo III, pág. 472). Xufre del Águila había escrito además un *Tratado de cosas admirables del Perú*.

O paga (que hasta hoy un solo pesso
 Ni un maravedí solo he recibido
 De paga real), habiendo en su servicio
 Gastado más millares de ducados
 Que tengo, á Chile fui de aventurero;
 Mas no penséis que he de dezir por esto
 Nada con más espacio, aunque de vista
 De casi quarenta años soy testigo.
 En fin, con esta gente el de noventa,
 Á veinte y seys de Enero, allí aportamos.»

.....

Puede decirse que á este ciclo de poemas históricos se reduce la literatura de la colonia durante dos siglos. Fuera de ellos apenas pueden citarse más que dos obras de carácter literario, inspiradas también por sucesos de la guerra araucana y que contienen algunos versos: un libro de memorias y una especie de novela: el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, del maestre de campo D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chillán; y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*, de Fr. Juan de Barrenechea y Albis. El libro de Bascuñán es la narración muy agradable, interesante y simpática de los siete meses de cautiverio que en su juventud (1629), siendo capitán, pasó en poder del honradísimo cacique Maulicán, cuyos buenos sentimientos competían con los de su caballeroso prisionero. Este libro, escrito con tanta sinceridad como nobleza, tiene más poesía verdadera en algunas escenas, por ejemplo, la vuelta del cautivo á los brazos de su padre (viejo heroico y digno de la epopeya) que casi todos los poemas que llevamos analizados hasta ahora. Bascuñán, que había recibido educación clásica en un colegio de jesuitas, entretenía los ocios de su cautividad en composiciones poéticas, esti-

mables por la naturalidad y el sentimiento, de las cuales en sus memorias intercala algunas muestras. Al cacique que le aprisionó dirige un romance, que es manifiesta imitación de uno de los más célebres de Góngora:

«En la guerra batallando,
 Mal herido en el combate,
 Desmayado y sin sentido,
 Confieso me cautivaste.
 La fortuna me fué adversa,
 Si bien no quiero quejarme
 Cuando tengo en ti un escudo
 Para mi defensa grande.
 En la batalla adquiriste
 Nombre de esforzado Marte,
 Y hoy con tu cortés agrado
 Eternizarás tu sangre.....
 Cautivo y preso me tienes
 Por tu esfuerzo, no es dudable ;
 Mas con tu piadoso celo,
 Más veces me aprisionaste.
 Mas podré decir que he sido
 Feliz cautivo en hallarme
 Sujeto á tus nobles prendas,
 Que son de tu ser esmalte..... »

Otros romances tiene muy recomendables por la afectuosa resignación y piedad sencilla; verbigracia:

«Gracias os doy infinitas,
 Señor del empíreo cielo,
 Pues permitis que un mal hombre
 Humilde amanezca á veros.
 En este pequeño bosque,
 Las rodillas por el suelo,
 Los ojos puestos en alto,
 Vuestra grandeza contemplo.
 Consolado y afligido
 Ante vos, Señor, parezco :
 Afligido con mi culpa,

Consolado, porque os temo.
 Diversos son mis discursos,
 Varios son mis pensamientos,
 Y luchando unos con otros
 Es la victoria por tiempos.
 La naturaleza flaca
 Está siempre con recelos
 De los peligros que el alma
 Tiene entre tantos tropiezos.
 El espíritu se goza
 En medio de mis tormentos,
 Porque es docta disciplina
 Que encamina á los despiertos.....
 Trabajos y adversidades
 Entre inconstancias del tiempo
 Padezco con mucho gusto
 En este feliz destierro.
 En mí las tribulaciones
 Han sido un tirante freno
 Que ha encadenado mis pasos
 Y refrenado mis yerros.....
 Vos, Señor, sois mi refugio,
 Vos sois todo mi consuelo,
 Vos de mi gusto la cárcel,
 Vos mi feliz cautiverio.
 Lo que os suplico rendido,
 Lo que postrado os ruego,
 Es que encaminéis mis pasos
 Á lo que es servicio vuestro.
 Que si conviene que muera
 En esta prisión que tengo,
 La vida que me acompaña
 Con mucho gusto la ofrezco.
 En vuestras manos, Señor,
 Pongo todos mis aciertos,
 Que nunca tan bien logrados
 Como cuando estáis con ellos. »

No hay en los versos de Bascuñán notable entonación poética, pero sí una sencillez grande, que contrasta con el gusto del siglo XVII, ya muy entrado cuando él escribía. La distancia, el cautiverio, el ningún propósito de

vanidad literaria, bastan para explicar este fenómeno. No es fácil encontrar en los poetas americanos de entonces, por ejemplo, en los innumerables que deliraban en Lima, un modo de decir tan llano, terso y apacible como el de estos versos de otro romance:

«Rueda, fortuna, no pares
 Hasta volver á subirme,
 Porque el bien de un desdichado
 En tu variedad consiste.
 Un tiempo me colocaste
 Con las estrellas más firmes,
 Y ahora me tienes puesto
 En la tierra más humilde.
 Entonces me vi tan alto,
 Que me pareció imposible
 Ver mis glorias humilladas
 Á los pies de quien las pise....
 Tu natural inconstante
 Con varios efectos vive:
 Abatiendo al que merece,
 Sublimando al que no sirve....
 Que no pares en mi daño
 La rueda, quiero pedirte,
 Porque es mi dicha tan corta
 Que presumo ha de estar firme.....»

Luce Bascañán sus buenos estudios de humanista en versiones no infelices de algunos pasajes cortos de Virgilio, Ovidio y Silio Itálico, que con más ó menos oportunidad trae á cuento en su narración. Pero el mejor de estos ensayos de traducción es el que hizo del salmo sexto *Domine, ne in furore tuo arguas me* (1).

La *Restauración de la Imperial*, que el provincial de los Mercenarios Fr. Juan de Barrenechea y Albis, hijo

(1) Las Memorias de Núñez de Pineda están publicadas en el tomo III de la *Colección de Historiadores de Chile*.

de la ciudad de Concepción, escribió por los años de 1693, es obra de más pretensiones literarias que el *Cautiverio feliz*, pero muy inferior á ella en estilo, en interés histórico y en todo. Sólo tiene la curiosidad de ser el único ensayo de novela hecho en Chile durante la época colonial, y seguramente uno de los rarísimos que se hicieron en toda América (1). La heroína es una india llamada Rocamila, manifiestamente imitada de las indias de Ercilla. Sus amores con el araucano Carilab, interpolados con escenas de guerra y cautiverio, que debían terminar probablemente con la conversión y muerte de ambos amantes (porque el libro no está completo), forman el argumento asaz vulgar de este relato, cuya acción se supone en el gobierno de D. Alonso de Sotomayor. La novela, que ya de suyo tiene muy poco interés, se echa á perder además por lo enfático, declamatorio y pedantesco del lenguaje. Hay intercaladas en el proceso de la narración algunas octavas, crespas y sonoras. La expresión de los sentimientos es casi siempre falsa é impropia de los indios, á quienes se atribuyen (2).

Hasta aquí la producción poética anterior al siglo

(1) Algunos novelistas europeos del siglo décimoséptimo pusieron en Chile y en el Perú ciertas escenas de sus libros. Entre ellos descuella el caballero gascón Francisco Loubayssin de la Marca, que escribió en muy buen castellano la *Historia tragi-cómica de D. Enrique de Castro* (Paris, 1617). Puede citarse también *La Monja Alferez*, donde el nombre de la protagonista y el fondo de sus aventuras son reales, pero que en su actual forma literaria quizá no se remonta más allá del siglo pasado, y aun casi nos atreveríamos á señalar su autor verdadero ó á lo menos posible.

(2) La obra del P. Barrenechea está manuscrita en la Biblioteca Nacional de Chile. Me valgo del extenso extracto que hace de ella el Sr. Medina (tomo II, páginas 336-349), porque no tengo noticia de que todavía se haya publicado íntegra.

XVIII (1). Si no fué más abundante, la causa está bien manifiesta en la falta de imprenta y en el relativo atraso de aquella colonia, llamada después á tan altos destinos. Hubo no obstante, establecimientos de educación desde el principio. Ya antes de 1591 ordenaba una cédula real que en Santiago se estableciese una cátedra de gramática «para que la juventud del reino pudiese aprender latinidad, y que al que leyere se le diere en cada un año cuatrocientos y cincuenta pesos de oro». Pero esta fundación no llegó á tener efecto inmediato, por falta de preceptor, hasta que los dominicos la establecieron en su convento, junto con algunas enseñanzas de artes y filosofía, que inauguraron Fr. Acacio de Naveda y fray Cristóbal Valdespino. Los chilenos que deseaban más extensa instrucción y aspiraban á recibir algún grado académico, tenían que acudir á Lima, como lo hizo Pe-

(1) Pueden añadirse algunas composiciones sueltas en elogio de autore y de libros. Al principio de la *Historia general de Chile* del P. Diego Rosales se leen unos tercetos bastante buenos de un D. Jerónimo Hurtado de Mendoza.

Apenas merece citarse más que á título de rareza un poema en latín casi macarrónico y rima castellana que compuso y sacó á luz en Lima en 1645 el Presbítero Diego Núñez Castaño, con motivo de una invasión frustrada de piratas holandeses en Valdivia. Titúlase este aborto (que entre otras cosas contiene varios sonetos en latín) «*Breve compendium hostium hæreticorum Olandesium adventum in Valdiviam, exploratorem missum et narrationem ejus, fugam illorum cum pacto redeundi: providas dispositiones Proregis: classim expeditam ad conditum ejus cum rebus necessariis et alia continens..... Lima, anno 1645.*» Con aprobaciones del Dr. Antonio Maldonado y Silva, Catedrático de Derecho en la Universidad de Lima y de Fr. Miguel de Aguirre, y versos estrafalarios, latinos y castellanos de D. Lope de Figueroa, de los bachilleres Juan de Torres Villa Real y Juan de Torres Guerrero y de D. Juan de Landecho.

Vid. reproducido (con algunas erratas) este poema en el tomo III de la *Literatura colonial de Chile*, de Medina (páginas 94-111).

dro de Oña, es decir, á más de quinientas leguas. Los padres de Santo Domingo trataron de elevar á la categoría de universidad las cátedras que tenían en su convento, y enviaron á España á gestionarlo á un religioso suyo Fr. Cristóbal Núñez. La Real Audiencia apoyó la pretensión, por seguirse de ella «gran provecho y utilidad á los vecinos y moradores de las provincias de este reino de Chile y á las de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata; por ser tierra de mejor temperamento y de más salud que no la de las provincias del Perú y ciudad de los Reyes, donde los que van á seguir sus estudios enferman y padecen otras muchas necesidades, y estar la ciudad de los Reyes muy distante de las provincias y la mar del Sur en medio»; añadiendo que para poder sustentar la Universidad tenía el convento frailes graves, de ciencia y experiencia. Era esto por los años de 1610, y para entonces ya se leían artes y teología en otros conventos, como el de San Francisco, el de San Agustín, el de la Merced y el de la Compañía de Jesús. Siete años después una bula pontificia de Paulo V autorizó la fundación de la *Universidad de Santo Tomás*, con facultad de conferir grados, y siempre bajo la dirección de la Orden de Predicadores. Pero aquella Universidad nunca prosperó mucho por falta de profesores y de recursos y por sobra de pleitos; y en lo que toca á letras humanas, la hicieron ventajosa concurrencia los colegios de la Compañía de Jesús establecidos en la capital y en Concepción durante el siglo xvii y más adelante en La Serena, en Valparaíso y hasta en las islas de Chiloé. El colegio de Santiago, que era el más importante, celebraba ya en 1616 justas ó certámenes poéticos, donde se repartían premios «con música y saraos y otras alegrías.»

Añade el P. Ovalle en su *Relación histórica del reino de Chile*, publicada en 1646 que los estudiantes hacían á veces alguna *representación* á lo divino á manera de coloquio.

Sólo en la segunda mitad del siglo pasado llegó á tener Chile Universidad propia con carácter y título de *Real*, y organización muy parecida á la de Lima. Fué principal promotor de esta erección el alcalde D. Francisco Ruiz de Beresedo, á quien secundó el cabildo de Santiago en un memorial redactado por el licenciado Valcarce Velasco en 1720. Por fin, y después de largas negociaciones para arbitrar los fondos necesarios, que fueron cubiertos por suscripción de los vecinos, una Real cédula de 27 de Junio de 1738 autorizó la creación de la Universidad de San Felipe, con cátedras de teología, cánones, leyes, matemáticas, cosmografía, anatomía, medicina y lengua indígena, diez entre todas, ascendiendo el total importe de la dotación á 5.000 pesos. Esta Universidad vivió próximamente un siglo, hasta 1843, en que fué reemplazada por la actual Universidad de Chile, la más renombrada y floreciente de la América española.

La expulsión de los jesuitas, que habían dado á Chile sus dos principales historiadores, Ovalle y Rosales, é iban á añadir á estos nombres el del gran naturalista Molina, vino á ser grave contratiempo para los estudios de humanidades, que en Chile, como en lo demás de América, corrían casi exclusivamente á su cargo. El *Convictorio de San Francisco Javier*, que era el principal establecimiento de educación que tenían en Santiago, se convirtió en *Colegio Carolino*, pero no hizo más que decaer y vivir en gran descrédito y abandono. El Fis-

cal de la Audiencia insinuaba en 1774 que el país estaba *destituído de las fuentes de literatura*. Bien se confirma tan lastimoso estado de decadencia recorriendo los pocos y desabridos frutos que dió la literatura criolla de Chile en aquella centuria de profunda somnolencia. Todo es trivial, baladí y prosaico, así por la ejecución como por los temas. Como muestras de esta poesía pedestre y casera, puede citarse *La Tucapelina*, poema satírico, en octavas reales, cuyo ignorado autor se ocultó con el seudónimo de Pancho Milla-leubu. El asunto es la descripción burlesca de unas fiestas celebradas en la frontera araucana con motivo de la restauración de la iglesia y misión de Tucapel en 1783. Las alusiones que el poema contiene al Capitán general del Reino, D. Ambrosio Benavides, y á sus tenientes D. Ambrosio O'Higgins y D. Domingo Tirapegui, tendrían mucha sal en su tiempo, pero hoy nos parecen insulsos juegos de palabras (1).

Entre los varios copleros que por entonces lograron fama, se cita á un P. López, dominico, improvisador chistoso, á quien, como á todos los de su especie, se atribuyen muchos chistes que seguramente no dijo; á un P. Escudero, franciscano; á un capitán de artillería, don Lorenzo Múgica, que hacía con bastante donaire décimas conceptuosas en el gusto de nuestros poetas del siglo xvii. Hay otros muchos desenfados anónimos, críticas de sermones, satirillas chabacanas, que pueden tener alguna curiosidad como documento de costum-

(1) *La Tucapelina* ha sido impresa en la *Literatura colonial de Chile*, del Sr. Medina, tom. III, páginas 31-51. Consta de diez cantos, cada uno de diez octavas, por lo cual el poeta las llama *décadas heroicas*.

bres (1), pero que poéticamente nada valen. La colección más extensa y notable de este género es la *Ensalada poética joco-seria, en que se refiere el nacimiento, crianza y principales hechos del célebre D. Plácido Arteta, compuesta por un intimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso que jamás ha subido á este monte, y aun apenas llegó alguna vez á sus faldas*. El autor de este manuscrito, que era español y se llamaba D. Manuel Fernández Ortelano, debía de estar dotado de vena facilísima, aunque incorrecta, puesto que en la *Ensalada*, que bien merece tal nombre, hizo alarde de versificar en todo género de metros, emulando las *Fábulas literarias*, de Iriarte. Su mamotreto, que viene á ser una especie de novela en verso, cortada

(1) Son las más curiosas bajo este respecto las *Décimas joco-serias y lúdico-formales, que compuso un numen poético.... á la comedia francesa, á sus farsantes, comparsas, música, expresiones y sentimientos, como asimismo á sus espectadores nacionales intrusos, supersticiosos, por razón de moda y estado; y el Canto encomiástico de la famosa batalla de las Lomas, el día 20 de Septiembre de 1807. La famosa batalla fué un simulacro entre cómico y trágico, en que por la inexperiencia de las milicias de Santiago hubo mucha confusión y algunas víctimas*.

Pueden citarse además *La Visión de Petorca*, que es un romanzón del agustino Fr. Sebastián de la Cueva, narrando la catástrofe de unos mineros sofocados por los humos en 1779; otro romance anónimo sobre la *Relación de la inundación del río Mapocho en 1783*; los *Llantos del reino de Chile*, con motivo de la partida del gobernador Amat en 1762

Existen también manuscritas dos detestables colecciones de versos devotos: una del famoso predicador agustino Fr. Manuel Oteiza (*Liberto penitente, alias el pecador arrepentido, que á imitación de David implora misericordia por medio de la penitencia; fuga del mundo por el camino del cielo; pensamientos piadosos del penitente Rey, que guían á la cumbre de la perfección evangélica por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva; glosa moral de la divina Salmódia*), y otra de un capuchino anónimo (*Dibujo de un alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística á la unión pasiva con Jesucristo. Trabajo de un contemptible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de 1798*).

por todo género de digresiones, no ha de ser juzgado como obra literaria, sino como la expansión de un espíritu chancero, que se ríe de sí propio y de todas las cosas humanas, y escribe sin más intención ni propósito que divertirse.

El teatro apenas puede decirse que existiera en Chile hasta los últimos días de la época colonial, y aun entonces de una manera pobre y precaria. Con ocasión de algún regocijo público solían hacerse comedias, y el grande obispo Fr. Gaspar de Villarroel en su *Gobierno elesiástico pacífico* (1657), habla de las que hubo en el convento de padres mercenarios de Santiago, y añade que el día del *Córpus Christi* y de su octava se representaban también «en el cementerio de la iglesia metropolitana de Lima, asistiendo los señores Virreyes y señores Arzobispos, los dos cabildos y las religiones; y no eran las comedias autos sacramentales, como aquellos de la corte, sino comedias formadas, y aunque se procuraba que fuesen religiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna es tan casta que no se mezclen algunos amores».

Las más antiguas fiestas dramáticas de índole enteramente profana, fueron las celebradas en la ciudad de la Concepción en 1693, para solemnizar la llegada del presidente Marín de Poveda. «Constaba el obsequio (dice el cronista Córdoba y Figueroa) de 14 comedias, y la del *Hércules chileno*, obra de dos *regnícolas*, toros y cañas» (1). Ni el tal *Hércules chileno* ha llegado á

(1) Vid. *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1888.)

Con especial agrado empiezo á utilizar desde ahora las doctas y amenas

nuestros días, ni se tiene siquiera noticia de los dos *reg-nícolas* que le compusieron. De todos modos, la diversión tardaba en aclimatarse, puesto que todavía en 20 de Marzo de 1778 podía decir el Obispo de Santiago, D. Manuel de Alday y Aspe, al presidente Jáuregui, oponiéndose al establecimiento de un teatro estable: «en esta ciudad sólo se han representado comedias muy de tarde en tarde, y por unos pocos días, sirviendo algunos muchachos para los papeles de mujer.» Por entonces triunfó la oposición del Obispo, basada en el dictamen de los teólogos más rígidos, pero en 9 de Enero de 1793 el cabildo de Santiago acordó que «se estableciese por asiento una casa pública de comedias». Con todo eso, hasta la época del último presidente español, D. Casimiro Marcó del Pont, entusiasta aficionado á los espectáculos escénicos, tales acuerdos no lograron entero cumplimiento, ni hubo en Chile teatro donde los espectadores pudieran estar bajo techo.

La caída del régimen colonial marca en Chile, como en las demás repúblicas de América, una división en la historia literaria. Con el movimiento inaugurado en 18 de Septiembre de 1810, se abre el segundo período de la literatura chilena. Los principales representantes de la poesía revolucionaria en este período son Camilo Henríquez y D. Bernardo de Vera y Pintado (1). Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, pero sí á la historia de las agitaciones políticas.

investigaciones de mi difunto amigo D. Miguel Luis Amunátegui, que es sin duda el escritor á quien más ilustración debe la historia literaria de Chile.

(1) Vid. *La Alborada poética en Chile después del 18 de Septiembre de 1810*, por Miguel Luis Anunátegui. (Santiago de Chile, 1892.)

Camilo Henríquez, llamado comúnmente *el fraile de la buena muerte*, era, en efecto, un fraile apóstata de la congregación de los Agonizantes, nacido en Valdivia y educado en el Perú, donde se había entregado ávida-mente á la lectura de los libros de los enciclopedistas franceses que empezaban á correr de contrabando en los conventos de Lima como en los de la Península. Rousseau, principalmente, fué su ídolo, y á las doctrinas del *Contrato social* quiso ajustar todos los actos de su vida pública, cuando de improviso le lanzó en ella el torbellino de la revolución americana, á la cual sirvió, como ahora dicen, de *verbo*. Él fué el primero que en una proclama de 6 de Enero de 1810, que circuló profusamente manuscrita, lanzó sin ambages la idea de independencia, que sólo tímidamente se aventuraban á insinuar los que pasaban por más resueltos, y que el mismo Blanco (Whithe) impugnaba todavía en *El Español* de 1811. Él predicó en la catedral de Santiago el sermón de 4 de Julio de 1811, con ocasión de la apertura del primer Congreso chileno. Él fundó en 1812 el primer periódico de aquella región: *La Aurora de Chile* (1), y posteriormente el *Monitor Araucano*, continuando además el *Semanario Republicano*, cuyos doce primeros números había escrito el guatemalteco D. Antonio José de Irisarri. Él redactó en gran parte la primera Constitución chilena (27 de Octubre de 1812). Su fanatismo liberal no tenía límites: había ideado un sistema de misiones para propagar de pueblo en pueblo los nuevos ideales, y compuso un *Catecismo de los pa-*

(1) Tengo á la vista una colección completa de este rarísimo periódico, quizá la única que existe en España.

triotas, para que sirviese de guía á los tales misioneros.

Después de la victoria de Rancagua y el restablecimiento del Gobierno español, Camilo Henríquez emigró á Buenos Aires, dõnde, abandonando por completo el hábito clerical, se hizo médico, y redactó por algún tiempo la *Gaceta de Buenos Aires*, y más adelante una revista *El Censor*. Consolidada ya la independendia de Chile después de las jornadas de Chacabuco y Maipo, Henríquez pudo regresar á Chile bajo los auspicios del dictador O'Higgins. Entonces fundó *El Mercurio de Chile*, revista de economía política y derecho público; trabajó activamente por la difusión del sistema lancasteriano de enseñanza mutua, y fué Secretario de la Convención de 1822 y del Senado que la sucedió, después de la caída de O'Higgins. Pero el continuo alarde que hacía de sus ideas antirreligiosas, todavía exóticas en Chile, y la parte que tuvo como senador en el proyecto de *reforma eclesiástica* de 1823, concitaron contra él la animadversión pública, y le mantuvieron en posición obscura y subalterna hasta su fallecimiento, ocurrido en 16 de Marzo de 1825.

Si el arte presupone el culto de la belleza, nunca hubo autor menos artista que Camilo Henríquez. En prosa escribía con cierto calor tribunicio; pero fué, sin duda, detestable poeta. Parece imposible que sus rencores de sectario no le dictasen alguna vez imprecaciones enérgicas, sacándole de la esfera vulgar y ruin en que se movía.

Había tomado por modelo á los autores más prosaicos del siglo XVIII, á Iriarte en el *Poema de la Música* y á Trigueros en *El Poeta Filósofo*, y consiguió darles quince y raya en cuanto á prosaísmo, pero con la des-

ventaja de ser Trigueros, y sobre todo Iriarte, correctos en la metrificación, al paso que los versos de Camilo Henríquez, además de lo desmayado y trivial de los pensamientos, están llenos de groseras faltas prosódicas, que denuncian una educación literaria y gramatical por todo extremo deficiente. De Trigueros tomó la forma de los que llamaba *pentámetros*, y son pura y simplemente alejandrinos pareados á la francesa, de este tenor:

«Los talentos de Chile yo te vi que aplaudas;
 Pero su sueño y ocio sempiterno sentías.
 Nuestra juventud hábil, graciosa y bien dispuesta,
 Conserva aún tristemente en inacción funesta
 El ánimo sublime. Ya la época presente
 La llama á grandes cosas y á iluminar su mente.....

.....
 ¡Quién pudiera del genio seguir la marcha augusta
 Y de sus beneficios dar una idea justa!

Ve Urania ser la tierra uno de los planetas;
 Los réditos predice de los tardos cometas,
 Y al fin de sus fatigas por preceptos muy fieles,
 Con rara certidumbre dirige los bajeles.....

¡Oh, cuán rica aparece y con cuánta belleza,
 Ornada de trofeos de la naturaleza,
 La química, alta gloria de la época presente.....»

La *Exhortación al estudio de las ciencias*, de donde están entresacados estos versos, es una de las poesías más antiguas de Henríquez, y se publicó en *El Mercurio Peruano* con el seudónimo de *Cefalio*. Por entonces hizo también algunos versos latinos, no mucho mejores que los castellanos (1).

Pero el género que cultivó con predilección fueron los himnos patrióticos; y entre los muchos malos que

(1) Amunátegui transcribe unos exámetros destinados á conmemorar el aniversario de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos.

entonces se compusieron en América, y son otros tantos atentados contra la poesía y contra la música, no los hubo peores que los suyos, porque era imposible tener peor oído ni desconocer en tanto grado la noción del acento. Véase una muestra de estos desapacibles graznidos:

«Aplaudid, aplaudid á los héroes
 Que á la patria el cielo otorgó.
 Por su esfuerzo se elevó gloriosa
 Á la dicha que nunca esperó.
 Coronada de olivas se ostenta,
 Llena de gloria y de bendición.
 Venid, pueblos, volad á su seno:
 Cayó el muro de separación.
 Al Sud fuerte le extiende los brazos
 La patria ilustre de Washington:
 El Nuevo Mundo todo se reúne
 En eterna confederación.

 Volverán de la paz las dulzuras;
 Cesará de Belona el furor;
 Se oirán de la sabiduría
 Los consejos y la amable voz.
 Dictará las sacrosantas leyes
 De la más justa Constitución.
 Tales son de la patria los votos
 Y deseos de su corazón.....»

Cuando no hacía himnos, hacía proclamas rimadas, en las cuales alguna vez tiene arranques menos infelices:

«En triste obscuridad, pobres colonos,
 Por tres centurias os miró la tierra,
 Indignada del bajo sufrimiento
 Que toleraba oprobios y miserias.....
 ¿Sois hombres? Pues sed libres; que los cielos
 Al hombre hicieron libre. Sus eternas
 É imprescriptibles leyes lo prescriben,
 ¡Y la razón lo dicta y manifiesta!.....»

Si da derecho la conquista, somos
 Sólo nosotros dueños de estas tierras,
 Pues todos somos, sin haber disputa,
 De los conquistadores descendencia.....

¿Hasta cuándo en papeles miserables
 Se buscan los derechos? La suprema
 Mano los escribió en los corazones:
 Ésta es la voz de la naturaleza.....

En donde en otro tiempo el yugo indigno
 De servidumbre se sufrió por fuerza,
 Hoy de la libertad republicana
 El estandarte tricolor se eleva.....

El estruendo que formen al romperse
 Vuestros pesados grillos y cadenas,
 ¡Cuánta consolación, cuánta esperanza
 Derramará en los pueblos que os contemplan!

De libertad los triunfos no acompañan
 Ni suspiros, ni lágrimas, ni quejas.
 Las alegrías, sí, de los tiranos,
 ¡Cuántos clamores, cuántos llantos cuestan!

Cuando de la opresión cae un coloso,
 Toda la especie humana se consuela:
 Los nobles gozos de los pueblos libres
 La razón preconiza y los celebra.....»

Este trozo de romance endecasílabo no está exento, en verdad, de defectos bien obvios y palpables, pero tiene cierta nobleza y robustez, y es cierto que la pobre musa del fraile Henríquez nunca se elevó á mayor altura. Una sola excepción hay que hacer, y muy notable por cierto, puesto que es la única poesía suya que corre sin tropezones; pero en ella no pertenece á Henríquez el pensamiento, puesto que es mera traducción del himno nacional de los Estados Unidos, «*Hail great Republic of the world*», aunque aplicado á Buenos Aires:

«¡Salve, gloria del mundo, República naciente,
 Vuela á ser el imperio más grande de Occidente.
 Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Que tus hijos entonen, de vides á la sombra,
 Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:
 ¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!
 Que canten tus hijuelos con balbucientes labios,
 Y enseñen á los pueblos en la vejez tus labios:
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!
 Tus ángeles custodios te cubran con sus alas,
 Y unidas las naciones en fe y amistad pura,
 Salúdente con lágrimas, lágrimas de ternura:
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!»

Compuso, además, Camilo Henríquez bastantes letrillas satíricas, sin chiste ni espontaneidad alguna, pero dirigidas al mismo fin político que el resto de sus obras; y, por último, abordó, con éxito todavía más infeliz, el teatro, que él no rechazaba en absoluto como Rousseau, sino que aspiraba á convertir en instrumento de propaganda cívica. «Yo considero el teatro únicamente como una escuela pública (decía)..... *La musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política.....* Entre las producciones dramáticas, la tragedia es la más propia de un pueblo libre, y la más útil en las circunstancias actuales..... *para inspirar odio á la tiranía y desplegar toda la dignidad republicana.»*

En consonancia con esta absurda poética compuso tres dramas, tan atestados de declamaciones como pobres de acción y de interés, *Camila ó la patriota de Sud-América*, *La Inocencia en el asilo de las virtudes*, y *Lautaro*. Ninguna de ellas se representó, y las dos últimas ni siquiera llegaron á imprimirse. El público americano no se había acercado bastante al *estado de la naturaleza* que para él deseaba Henríquez, y prefería á sus soporíferos sermones democráticos aquellos otros espectáculos que Henríquez llamaba «fútiles, enervantes, afeminados», tales como *El Si de las niñas*, que á

los ojos del ex fraile era «una inmoralidad y una bufonada, tolerable sólo en pueblos estúpidos y bribones».

El otro poeta patriótico de aquella época, casi tan malo como Fr. Camilo, no había nacido en Chile, sino en comarcas que hoy son argentinas, en la ciudad de Santa Fe de la Veracruz, á orillas del Paraná; pero es imposible omitirle aquí, porque fué autor del himno nacional chileno, que todavía sigue cantándose, aunque creo que con algunas modificaciones, que dudo que literariamente le hayan mejorado mucho. Lo más discreto, en nacionalidades ya adultas y formales, como Chile y otras de América, sería renunciar á todos esos himnos que en el concepto poético nada valen y que producen el grave daño de renovar anualmente odios que son para olvidados. Ninguna de las grandes naciones de Europa tiene himno, ni necesita conmemorar el aniversario de su fundación ni de su independencia quemando fuegos artificiales y cantando disparates mal acentuados. Ni pueden decir los americanos que en esta parte les hayamos dado mal ejemplo, porque en España no se conmemora más que una fiesta patriótica, y esa no es un triunfo, sino un martirio.

El autor de la canción nacional chilena fué un profesor de Jurisprudencia, D. Bernardo de Vera y Pintado, discípulo de las Universidades de Córdoba de Tucumán y de Santiago de Chile. De carácter más ameno y regocijado que Camilo Henríquez, no tenía escrúpulo en componer versos festivos, amorosos y báquicos, distinguiéndose mucho en la improvisación y en los brindis, y viniendo á ser en pequeño el Arriaza de las tertulias de la colonia. Pero después del 18 de Septiembre de 1810, el Dr. Vera, convertido en revolucionario muy

activo, trocó las rosas de Erato por la oliva de Minerva, como se decía en el estilo mitológico de aquella era; comenzando por plantar en una de las ventanas de la casa del cabildo de Santiago un cartel con enormes chafarri-
nones que contenían la primera oda patriótica que se vió en Chile. El procedimiento de exhibición no podía ser más primitivo, pero tampoco más seguro, para atraerse lectores. Colaboró después en *La Aurora de Chile*, y por su fama de repentista fué personaje obligado en todas las fiestas y banquetes patrióticos de entonces. Él y Fray Camilo, cubiertos siempre con el gorro frigio, se sentaban á la cabecera de la mesa y cantaban alternativamente como dos rapsodas, á cual más roncós y destemplados. En calidad de Auditor general de guerra del ejército de los Andes asistió Vera á la batalla de Chacabuco en 1817, y en 1819 recibió el encargo de escribir la *canción patriótica* que habían de cantar los coros en el aniversario del 18 de Septiembre. Para satisfacer la curiosidad de los muchos españoles que seguramente no conocerán el himno nacional chileno, transcribiremos algunas estrofas, pésimas, sin duda, como poesía, pero que tienen, como todas las de su clase, el valor de un documento histórico:

«Dulce patria, recibe los votos
 Con que Chile en tus aras juró,
 Que ó la tumba será de los libres,
 O el asilo contra la opresión.
 Ciudadanos, el amor sagrado
 De la patria os convoca á la lid.
 Libertad es el eco de alarma;
 La divisa triunfar ó morir.
 El cadalso ó la antigua cadena
 Os presenta el soberbio español....
 Arrancad el puñal al tirano;
 Quebrantad ese cuello feroz....

Habituarnos quisieron tres siglos
 Del esclavo á la suerte infeliz,
 Que al sonar de sus propias cadenas,
 Más aprende á cantar que á gemir.
 Pero el fuerte clamor de la patria
 Ese ruido espantoso acalló,
 Y las voces de la independencia
 Penetraron hasta el corazón.....

.....
 Los tiranos en rabia encendidos
 Y tocando de cerca su fin,
 Desplegaron la furia impotente,
 Que, aunque en vano, se halaga en destruir.
 Ciudadanos, mirad en el campo
 El cadáver del vil invasor.....
 ¡Que perezca ese cruel, que el sepulcro
 Tan lejano á su cuna buscó!

Esos valles también ved, chilenos,
 Que el Eterno quiso bendecir,
 Y en que ríe la naturaleza
 Aunque ajada del déspota vil.
 Al amigo y al deudo más caro
 Sirvan hoy de sepulcro y de honor,
 Mas la sangre del héroe es fecunda,
 Y en cada hombre cuenta un vengador.

Del silencio profundo en que habitan
 Esos manes ilustres oid
 Que os reclaman venganza, chilenos,
 Y en venganza á la guerra acudid.
 De Lautaro, Colocolo y Rengo
 Reanimad el nativo valor,
 Y empeñad el coraje en las fieras
 Que la España á extinguirnos mandó.

Esos monstruos que *cargan* consigo
 El carácter infame y servil,
 ¿Cómo pueden jamás compararse
 Con los héroes del cinco de Abril?
 Ellos sirven al mismo tirano
 Que su ley y su sangre burló;
 Por la patria nosotros peleamos,
 Nuestra vida, libertad y honor.....» (1).

(1) Tengo entendido que el moderno y apreciable poeta D. Eusebio Lillo

¡Y hay un gran pueblo que todavía en sus fiestas canta esto con el mismo entusiasmo que si cantara odas de Píndaro ó elegías de Tirteo!

El Dr. Vera, lo mismo que Camilo Henríquez, trabajó alguna vez para el teatro, en varias loas y otras composiciones de circunstancias, siempre con la mira de «imbuir espíritu de independenciam y libertad» (1). Pasaba por volteriano y fué uno de los pocos que se pusieron de parte de Camilo Henríquez cuando, á consecuencia de haber llamado el ex fraile á Voltaire, Rousseau y Montesquieu «los apóstoles de la razón, que han lanzado al Averno la intolerancia y el fanatismo», saltó contra él á la palestra el dominico Fr. Tadeo Silva en el *Aviso del Filósofo Rancio*, en *Los Apóstoles del Diablo* y en *El Observador Eclesiástico*.

Con mejor gusto y más letras que Camilo Henríquez y el Dr. Vera cultivaban por entonces la poesía, á título de meros aficionados, dos personajes políticos de mucho viso é influencia: D. Ventura Blanco Encalada, de quien ya se ha dado razón al hablar de los poetas de Bolivia, á cuya región pertenece por su nacimiento; y el limeño D. Juan Egaña, á quien sus tareas de estadista y legislador, autor de Constituciones y Proyectos de ley, y hasta del Censo general de Chile, no impidieron desempeñar por muchos años la enseñanza elemental de

compuso en 1847 un nuevo *himno* que oficialmente sustituyó al antiguo, aunque no del todo. Ya he indicado antes lo que pienso de toda esta literatura de los *himnos*; pero á lo menos el del Sr. Lillo no tendrá faltas métricas como el de Vera.

(1) Anumátegui en *La alborada poética* transcribe una que sirvió de introducción á la tragedia de *Guillermo Tell* (¿de Lemierre?), representada en Santiago la noche del 12 de Febrero de 1820.

retórica y poética en el Instituto Nacional de Santiago, y ensayar no sólo la poesía lírica, sino la dramática. Suya es la más antigua obra escénica impresa en Chile: una traducción libre y modificada de la *Cenobia*, de Metastasio, con este título: *Al amor vence el deber. Melodrama para cantar ó representar: en obsequio de la ilustre Marfisa*. Del mismo Metastasio tradujo la famosa canción *Nise ó la perfecta indiferencia* («*Grazie a gli inganni tuoi*»), que ya antes, y con bien poca fortuna, había puesto en castellano Meléndez. Quedan los títulos de otras piezas teatrales de Egaña: dos comedias: *La porfía contra el desdén* y *El amor no halla imposibles*, y tres sainetes: *Polifronte ó el valor ostensible*, *El marido y su sombra* y *Amor y gravedad* (1).

Tan desmedrada vivió la poesía en Chile durante el período revolucionario. Mientras en otras partes cantaban un Olmedo, un Bello, un Heredia, en Chile no hubo ni siquiera un versificador comparable á Fernández Madrid ó á Sánchez de Tagle. Los chilenos lo confiesan sin ambages, y por lo mismo que luego han adelantado tanto y que en ciertos puntos van á la cabeza de la cultura americana, no tienen reparo en añadir que esta pòbreza se extendía á todas las manifestaciones del espíritu, y que Chile era positivamente la más atrasada de todas las nacientes repúblicas hispano-americanas. La Universidad de San Felipe no era más que una sombra, y el *Instituto Nacional*, organizado en 1813 y restablecido en 1819, no pasaba de ser una escuela normal con mezcla de seminario. La clase llamada de *elocuencia* é

(1) Vid. *Los primeros años del Instituto Nacional* (1813-1835), por Domingo Amunátegui Solar (Santiago de Chile, 1889.)

historia literaria general, se reducía á aprender de memoria el compendio de las *Lecciones* de Blair formado por D. José Luis Munárriz. Como temas de oratoria solían darse á los alumnos el elogio del *general* (sic) araucano Lautaro y otros análogos. Hacíanse, sin embargo, loables aunque lentos esfuerzos para reponer otros estudios y darles sólida base. Durante el rectorado del ingeniero francés Carlos Lozier se reformó la enseñanza de las matemáticas y de la física. Más adelante, D. José Miguel Varas y D. Ventura Marín, dieron más amplitud á los estudios filosóficos, primero sobre la base de la ideología de Destutt-Tracy y luego sobre el sensualismo mitigado de Laromiguière, de donde el segundo de ellos pasó luego á la filosofía escocesa, recibiendo además la influencia kantiana, aunque indirectamente y por medio de Cousin.

Pero el progreso literario continuaba muy rezagado respecto del científico, y así permaneció hasta que tres hechos capitales vinieron á despertar la actividad dormida. Estos tres hechos fueron la estancia de D. José Joaquín de Mora desde 1828 á 1831; el establecimiento en Chile y el largo magisterio de D. Andrés Bello, desde 1829; y la emigración de algunos escritores argentinos, fugitivos de la tiranía de Rosas, en 1841.

El gaditano Mora, de cuyas posteriores andanzas en el Perú y en Bolivia tenemos ya alguna noticia, llegaba á Chile de Buenos Aires, á donde le había atraído en 1826 el gran gobernante Rivadavia para que redactase el periódico oficial. Envuelto en la caída de aquel Presidente, de cuya política había sido acérrimo defensor, recibió honrosa invitación del Gobierno de Chile para pasar á aquella República y «emplearse en objetos de

utilidad pública». Aceptó la invitación y el puesto de Oficial mayor de la Secretaría de Estado, y llegó á Santiago precedido de la fama literaria que le habían granjeado en toda la América española los numerosos libros y periódicos que para ella había publicado en Londres. En Chile la prodigiosa actividad de Mora tuvo las más diversas manifestaciones. Afiliado en el partido radical, del cual llegó á ser ídolo, redactó la Constitución de 1828 y varias leyes, entre ellas la de Imprenta, convirtiéndose (como se ha dicho con gracia) en el Solón de aquella naciente República. Bajo los auspicios del presidente Pinto, y con amplios auxilios oficiales, abrió un grande establecimiento de educación, el *Liceo de Chile*, y compaginó para él una serie de libros elementales de Gramática latina, Derecho natural y de gentes, Derecho romano, Geografía Descriptiva y otras materias de las más variadas y heterogéneas. El plan de estudios de aquel colegio, que en la parte científica dirigía otro español, D. Andrés Antonio de Gorbea, comprendía las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial é integral; la física, la química y la astronomía. La enseñanza de las humanidades aparecía perfectamente graduada en cinco años, dándose especial importancia á la lectura y análisis de los clásicos latinos y castellanos, y alternando este estudio con nociones de historia, literatura española, ideología y economía política, que se explicaba por el Tratado de James Mill. Quizá Mora, que era el alma del colegio, no tenía más que superficiales conocimientos de muchas de estas materias; pero así y todo, su nivel científico era tan superior al del país en que había ido á establecer su cátedra, y era tan nueva y amena su forma de exposición y

enseñanza, que debió de ser, y fué en efecto, recibido como un prodigio. Al mismo tiempo fundaba *El Mercurio Chileno*, la primera revista digna de tal nombre que apareció en aquella República; escribía de política en *El Constituyente*; daba al teatro, huérfano entonces de autores y de actores, dos comedias, *El Marido ambicioso* (imitación de Picard) y *El Embrollón*, y publicaba innumerables versos, muchos de los cuales no fueron recogidos en ninguna de sus dos colecciones poéticas, no porque en mérito cedan á las restantes, sino por motivos de índole política y personal. Mora era entonces muy revolucionario y muy mal español, hasta el punto de haber aceptado carta de ciudadanía en Chile; y cuando el tiempo vino á modificar sus ideas, puso grande empeño en hacer olvidar ó ignorar en España esta parte de su vida, tan brillante bajo el aspecto literario como desastrosa bajo el político.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que Mora, excelente poeta en la narración joco-seria, en la sátira y en la fábula, no pasa de ser un versificador primoroso, aunque frío y amanerado, en el género lírico, propiamente dicho. Pero son tales sus recursos técnicos, que llega á simular la inspiración que le falta; y de todas suertes, sus versos, sonoros y nutridos aventajaban de tal modo á todos los que se habian oído en Chile desde el remotísimo tiempo de Pedro de Oña, que no nos maravilla el entusiasmo con que fué recibido, por ejemplo, el *Canto fúnebre* en honor de los hermanos Carreras, ó la epístola á Martínez de la Rosa, donde se leen estancias de tan noble y sostenido tono como la siguiente:

Ya es tiempo de que imprima
 Tu genio al arte hispano impulso noble
 De más alta ambición. Cual alza el roble
 Frondosos brazos, sólidos, robustos,
 Sobre humildes arbustos,
 Tal erguido descuellas
 Entre los vates de tu edad. Dirige
 Tu vuelo raudo á las mansiones bellas,
 Do la meditación callada rige
 Los pasos del altivo pensamiento,
 Y presta le conduce
 De portento en portento;
 Do inmaculado el claro nombre luce
 Del cantor de Ilión, y el grande Urbino
 Tomó el pincel divino;
 Donde á Bacón se descubrió el arcano
 Del espíritu humano,
 Y al Dante adusto la región umbrosa.
 ¿Qué aguardas? Afanosa
 La humanidad, cual si escondido numen
 Con celeste vigor la enfureciera,
 Avanza y precipita su carrera.
 En sed de grandes cosas se consumen
 Los pueblos agitados,
 Los climas apartados,
 Las soledades mudas,
 Donde imperaba el Austro, do vivían
 Tribus dispersas, rudas;
 Los incógnitos llanos que aturdian
 Del Óhio las corrientes turbulentas
 Se cubren de ciudades opulentas:
 Ya no hay barreras para el hombre. El Noto
 Desencadena en vano sus rugidos,
 Y en vano entumecidos
 Se abren los senos de Anfitrite airada:
 Tranquila en tanto al Hindostán remoto
 Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,
 Por la anchura irritada,
 Vapor activo y leve
 Que ponderosa construcción oprime.
 Canta en eco sublime
 Tanto prodigio, y la grandiosa escena
 Que abre la industria á la ventura humana,

Distribuyendo en la región lejana,
 Antes de errores y miseria llena,
 Con el fruto sutil de sus telares
 De las ciencias los puros luminares.....

Mora, que después fué tan enemigo de los versos sueltos, y con tan fútiles razones intentó desacreditarlos, los hacía entonces con facilidad suma. Así lo prueba, aunque no honre mucho sus sentimientos patrióticos, la alocución que compuso para que fuese recitada en el teatro en el aniversario del 18 de *Septiembre*.

Cetro rompimos que á la vez pesara
 Sobre la fértil vega donde gira
 Pomposo el Eridano, y en los montes
 De Anahuac opulento, en el alcázar
 Del potente califa, y en la margen
 Del agitado Magdalena; cetro
 Que envolvió en sus tinieblas espantosas
 El maléfico error; cetro manchado
 En sangre de oprimidos, y cubierto
 Con maldición y lloros. Lo rompimos,
 Y en su lugar lozana, victoriosa,
 Se alza la libertad, cual castigada
 De Tarquino la audacia se alzó en Roma
 Con austeras virtudes, y ceñida
 De inflexible vigor; cual en Atenas,
 Grata al comercio y al saber, y ansiosa
 De gloria y de esplendor; cual en la orilla
 Del Delawar, modesta, infatigable,
 Dócil al eco del precepto justo,
 Del genio y de las artes protectora.

.....
 ¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!
 Reinad incommovibles; á raudales
 Verted dicha, reposo y opulencia
 Sobre el pueblo sumido. ¡Que á la sombra
 De vuestra égida, rompa el duro arado
 Nuevas llanuras, y su faz adornen
 Opimos frutos y dichosas gentes!
 Cubra el mar de Occidente, flameante

La tricolor bandera, y con los frutos
 Del suelo patrio, á la región opuesta,
 Que Chile es grande y poderosa anuncie.
 La ciencia triunfe del error, y ensanche
 La existencia mental, y purifique
 Nuestra mansión espléndida, y transforme
 Su voz potente en plácidos canales
 La vertiente espumosa, los desiertos
 En vastos focos de labor activa,
 Y el patrio hogar en templo de virtudes.....

La posición de Mora en Chile podía ser para algunos envidiable, pero estaba cercada de peligros que él, con la viveza é impetuosidad propias de su carácter y con la soltura de lengua de que entonces adolecía, pareció como que se complaciese en acumular sobre su cabeza. La experiencia de lo que le había pasado en Buenos Aires no había sido suficiente escarmiento para que dejase de tomar parte muy activa en las luchas de un país al cual sólo por adopción pertenecía, y en el cual realmente todo el mundo le consideraba como extranjero. Servía de instrumento á los liberales, pero al mismo compás que crecía la admiración de éstos, iba cosechando odios inextinguibles en el bando opuesto de los conservadores, á quienes en Chile llamaban por aquellos años *pelucos*. Este partido, al cual pertenecía el nuevo director del Instituto Nacional, el presbítero D. Juan Francisco Meneses, antiguo y fervoroso realista, y adicto en todo á las tradiciones de la colonia aun después de haber pasado al servicio de la joven República, declaró la guerra al *Liceo* de Mora y á su enseñanza; apoyando en contra de él, primero á ciertos profesores franceses que trajo D. Pedro Chapuis, por el sistema de *contrata* de sabios extranjeros, adoptado á la sazón en Chile, y que no sé si enteramente ha desaparecido á pesar de los

grandes progresos ulteriores de la cultura indígena; y luego al ilustre fundador del *Colegio de Santiago*, don Andrés Bello, traído de Londres, también por contrata, en 1829, y oficial en el ministerio de Relaciones Exteriores. Nacieron de aquí agrias é interminables polémicas en que Mora triunfó sin gran dificultad de la que él llamaba *colonia de sabios ó barcada* de profesores franceses, los cuales no llegaron á entenderse con Mr. Chapuis ni á cobrar sus sueldos ni á plantear el proyectado colegio, si bien la mayor parte de ellos pasaron al *de Santiago*, primero bajo la dirección del clérigo Meneses, y luego bajo la de Bello. Pero su furor se estrelló contra la ciencia de éste, más sólida y positiva que la suya; y aunque la polémica entablada entre ambos tuvo mucho de pueril y versó únicamente sobre *tiquis-miquis* gramaticales, degenerando en torneo pedantesco (1), Mora no llevó la mejor parte; quedó maltratado en la opinión, acabó de hacerse enemigos con la intemperancia de sus contestaciones, perdió los auxilios oficiales que se daban al Liceo, tuvo que cerrarle, y exasperado con su derrota, se lanzó ciegamente en la oposición más radical y facciosa contra el presidente Ovalle y el verdadero jefe de los conservadores, don Diego Portales. Pero este ilustre hombre de estado, el gobernante más enérgico que ha tenido Chile, no era de los que sufren con paciencia los atentados contra el principio de autoridad; así es que después de haber per-

(1) Rompió el fuego Mora en una *oración inaugural* de la clase de oratoria del Liceo de Chile. La censuró Bello en una serie de artículos insertos en *El Popular*. Replicó Mora en tres papeles sueltos, firmados por *los alumnos de oratoria del Liceo*.

seguido judicialmente á Mora y sus periódicos, acabó por prenderle y expulsarle del país. Mora, que tenía especial habilidad para componer letrillas, casi tan buenas como las de Bretón, tomó de sus adversarios el mejor desquite que en su situación cabía, lanzando contra Ovalle y Portales aquella tan chistosa de *El uno y el otro*, que todavía muchos chilenos repiten de coro:

Quitándonos el sombrero
Gritaremos á la par:
¡Felices noches, don Diego!
¡Abur, don José Tomás!

En Lima, donde Mora encontró refugio y protección, y estableció un nuevo colegio y dió á luz nuevos libros, continuó desatándose en denuestos, no ya contra el partido conservador, sino contra todos los chilenos en general, á quienes llamaba «*bípedos de la Beocia americana*», calificándolos, además, de «*potros y potrancas á quienes había tenido que domar*». Él mismo se arrepintió más adelante de estas injurias dictadas por la exasperación del momento; se reconcilió con su antiguo adversario don Andrés Bello, mantuvo con él amistad no rota sino por la muerte, y divulgó más que nadie en España las nuevas de la prosperidad y del desarrollo de Chile. El pueblo chileno olvidó también sus agravios con la generosidad propia de los fuertes, y hoy coloca el nombre de Mora entre los de sus institutores más preclaros (1), pues aunque su enseñanza duró poco, removi6 mucho los espíri-

(1) *Don José Joaquín de Mora, Apuntes biográficos por Miguel Luis Amunátegui.* (Santiago de Chile 1888.)

tus, dejando profunda huella en alguno tan reflexivo como el de Lastarria, que se preció siempre de haber sido discípulo predilecto del que en Chile llamaban *el Gallego*, aunque fuese andaluz, como queda dicho.

La influencia de Bello fué, sin embargo, mucho más profunda y saludable que la de Mora. No pertenece á este lugar la apreciación de los méritos de aquel varón extraordinario á quien ya procuramos dar á conocer en el estudio relativo á Venezuela; Bello, como poeta no pertenece á Chile; sus dos composiciones magistrales y características, la *Alocución á la poesía*, la *Silva á la agricultura en la zona tórrida* estaban escritas y publicadas en Londres desde 1823 y 1825, respectivamente. En Chile hizo pocos versos, y más bien traducidos que originales. En cambio, á la educación de Chile dedicó los frutos de la madurez de su entendimiento y de su cultura científica. Chile le debió el *Código Civil*, los *Principios del Derecho de gentes*, la *Gramática castellana*, y con ella el inapreciable bien de la conservación de la integridad del idioma; los *Principios de Ortología y Métrica*, todavía no superados hasta hoy; la *Filosofía del entendimiento*, y con ella la propagación de las sabias y templadas enseñanzas de la psicología escocesa; la organización de la Universidad sobre el modelo de las de Inglaterra; y, dominándolo todo, un alto y severo espíritu de disciplina moral y jurídica, que ha sido el más duradero fruto de su enseñanza.

Bello no había ido á Chile á formar poetas, ni se le llamaba para eso. Lo primero que hizo fué abrir cátedra de Gramática castellana, que era lo más urgente,

para que con el tiempo pudiesen florecer poetas y pro-sistas. «Había pocos países en la América Española—dice Amunátegui (1)—donde se hablara y escribiera peor que en el nuestro; aun las personas más condecoradas, las que ocupaban los primeros puestos de la República, cometían á cada paso las faltas de lenguaje más groseras y ridículas. Podía decirse sin exageración que aquella era una jerigonza de negros» (2).

Bello transformó todo esto en menos de diez años, ya con su enseñanza en el *Colegio de Santiago* y en su propia casa, ya con aquel otro género de magisterio que ejercía desde las columnas oficiales de *El Araucano*. «La gramática nacional—decía—es el primer asunto que se presenta á la inteligencia del niño, el primer ensayo de sus facultades mentales, su primer curso práctico de raciocinio; es necesario, pues, que todo dé en ella una acertada dirección á sus hábitos; que nada sea vago ni obscuro; que no se le acostumbre á dar un valor misterioso á palabras que no comprende; que una filosofía, tanto más difícil y delicada cuanto menos ha de mostrarse, exponga y clarifique de tal manera los hechos, esto es, las reglas del habla, que, generalizándose, queden reducidas á la expresión más sencilla posible..... Hay muchos que creen que el estudio de la lengua nativa es propio de la primera edad, y debe limitarse á las escuelas de primeras letras. Los que así piensan no tienen una idea cabal de los objetos que abraza el conocimiento

(1) Página 156 de la biografía de Mora.

(2) *Vida de D. Andrés Bello, por Miguel Luis Amunátegui* (Santiago de Chile, 1882), pág. 404.

de una lengua, y del fin que deben proponerse estudiándola. El estudio de la lengua se extiende á toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca.»

«La influencia del magisterio de Bello (dice Lastarria) fué inmensa en aquella época, fué casi una dominación» (1). Pero como todas las dominaciones, no dejó de ser combatida. El espíritu de anarquía, no ya sólo literaria sino lingüística, levantó la cabeza contra la dictadura de Bello, en las producciones de varios escritores argentinos (Gutiérrez, Alberdi, López, Sarmiento), á quienes la tiranía política de su país había forzado á buscar asilo en Chile en 1840. Eran algunos de ellos ingenios brillantes, de ardiente fantasía, que contrastaba con la imaginación un tanto apocada y tímida de los chilenos; pero su educación había sido enteramente francesa, su espíritu político era el de la revolución del 89, su literatura la del romanticismo francés; su odio á todo lo español rayaba en manía; hacían alarde y gala de ignorar nuestra literatura y de hablar pésimamente nuestra lengua, y ni sentían, ni pensaban, ni leían más que en francés. Aun el mismo Gutiérrez, que había recibido educación clásica y era bastante correcto en la dicción, y comenzaba ya á ocuparse en investigaciones eruditas sobre la poesía colonial, no difería de los demás en cuanto al fondo de las ideas, aunque sí en la manera de expresarlas. Pero el principal representante de la demagogia literaria era el famoso maestro de escuela y futuro Presidente de la República Argentina,

(1) J. V. Lastarria. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española y del progreso intelectual en Chile*, 2.^a edición. Santiago de Chile, 1885, pág. 69.

D. Domingo Faustino Sarmiento, conocido aún en España por la tremenda aunque merecida sátira de Villergas, *Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera*.

Era Sarmiento hombre originalísimo y excéntrico, así en su persona como en sus ideas y en su estilo, que adolecían de todos los defectos inherentes á su educación vagabunda y desordenada, y á lo cerril é indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban á ser una especie de *gaucho* de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno en nada. Además, comenzaba á escribir entonces; y su gusto, que no llegó á formarse nunca, estaba virgen de toda influencia extraña que pudiera modificarle. Aquel estro bravío y poderoso que había de inspirar las páginas calenturientas de *Facuindo Quiroga*, de los *Recuerdos de provincia* y de la *Campaña del ejército grande*, ardía ya en el cerebro de Sarmiento; pero no había logrado aún la forma de expresión, selvática sin duda, pero arrogante, apasionada y pintoresca, que realza aquellos libros, los más originales quizá de la literatura americana. En 1841 Sarmiento no era más que un periodista medio loco, que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra á muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención.

Sarmiento, sin embargo, como forastero que era, no hubiese roto el fuego contra la enseñanza académica en Chile, como no le había roto su compañero de emigración D. Vicente Fidel López, que desde Febrero de 1842 redactaba, con la colaboración de Gutiérrez y de Alberdi, la *Revista de Valparaíso*, si á deshora no hu-

biese venido á prestarles ocasión y armas un profesor chileno, que discípulo primero de Mora, y luego de Bello, había conservado mucho más del espíritu innovador del primero que del pacífico y mesurado del segundo, y que ya por entonces había levantado la bandera de la emancipación mental de Chile, en el sentido de romper con todas las tradiciones de la colonia. Era éste D. José Victorino de Lastarria, espíritu rígido y anguloso con apariencias de positivo, sectario fanático de ese ideal de política abstracta que pretende someter á teoremas inflexibles el rico contenido de la historia y la complejidad de los actos humanos. Lastarria fundó en 1842 una *Sociedad literaria*, compuesta en su mayor parte de estudiantes, y en la inauguración leyó un discurso que él consideraba como un monumento de gloria, por lo cual le reproduce íntegro en sus *Recuerdos literarios*. En él se leían estos conceptos: «*Durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo, ¡y cómo había de rayar! La misma nación que nos encadenaba á su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión.....*» «Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus *pesadas é indigestas* leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran á la Península, comenzó á tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad»..... «Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella litera-

tura.» Lastarria no renegaba enteramente de la lengua: «¡Ah, no! ¡Éste fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron los conquistadores sin pensarlo!» Y prosiguiendo con la quimera de una literatura nacional chilena, antípoda de la española aunque se expresase en la misma lengua, añadía: «Fuerza es que seamos originales; *tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos necesarios para serlo*, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad.»

Sarmiento, en un artículo del *Mercurio* de Valparaíso (periódico que salía de las prensas del tipógrafo catalán D. Manuel Rivadeneyra, después tan célebre como editor de la *Biblioteca de Autores Españoles*), se apoderó ávidamente del discurso de Lastarria, para comentarle á su modo y herir á Bello y su escuela con mortificantes alusiones. Era tesis suya, que «países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin cultura, *aprendiendo recién (sic)* los rudimentos del saber, no podían tener *pretensiones* de formarse un estilo castigado y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa.» Atribuía luego la esterilidad poética de Chile, «á la perversidad de los estudios, al influjo de los gramáticos, al respeto á los *admirables modelos* que tenían *agarrotada* la imaginación de los jóvenes». Y, finalmente, tirando ya la piedra á tejado conocido, designaba claramente á Bello, aunque sin nombrarle, y se atrevía á pedir nada menos que su expulsión del país por el crimen nefando de saber gramática. «Por lo que á nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido *en tiempo* el destierro de un gran lite-

rato que vive entre nosotros; sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar á nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado á Sicilia, á Salvá y á Hermosilla, que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolverlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.»

De este modo proseguía Sarmiento, desbarrando con tan poco sentido común como gramática, cual si quisiese confirmar con el ejemplo lo mismo que teóricamente predicaba. «No hay espontaneidad (decía); hay una cárcel guardada á la puerta por el inflexible *culturanismo* (sinónimo para Sarmiento de literatura culta), que da, sin piedad, de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes ó Fr. Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época..... Entonces habrá prosa, habrá poesía, *habrán (sic)* defectos, *habrán* bellezas. La crítica vendrá á su tiempo y los defectos desaparecerán.»

Sarmiento, que se titulaba con énfasis «ignorante por principios, ignorante por convicción» (como si la ignorancia fuese alguna virtud muy recomendable y extra-

ordinaria), parecía ignorar, entre otras muchas cosas, que esas soberbias profesiones de no saber nada y de pisotear la lengua propia para vengarse de no acertar á escribirla, lejos de ser un rasgo de heroico *americanismo*, eran cosa corriente entre los románticos españoles, si bien, á decir verdad, nunca llegaron entre nosotros las cosas al punto de demencia que revelan los renglones transcritos. Ni llegaron tampoco en Chile, gracias á la sana influencia de D. Andrés Bello, el cual representaba allí el mismo género de disciplina que D. Alberto Lista entre nosotros. Bello, por la gravedad de su carácter y de sus funciones oficiales, no intervino ni podía decorosamente intervenir en un debate donde tan inoportunamente se traía su nombre, casi por los mismos días en que otro patriota chileno y rabioso enemigo de los españoles, un D. Juan Miguel Infante, le llamaba en letras de molde nada menos que *miserable aventurero*, por el capital crimen de querer que se enseñase Gramática latina y Derecho romano, estudios propios tan sólo, según la opinión del tal Infante, para crear generaciones de esclavos y de *godos* contumaces y empedernidos. Pocas veces la barbarie se ha presentado con tan candorosa franqueza, y pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país como el que Bello contrajo, alejándola para siempre de Chile. Enfrente de adversarios que en política y en derecho querían retrogradar á los tiempos de Caupolicán, y en literatura no concebían la independencia del genio más que como la de un jinete de las pampas, mantuvo los derechos imprescriptibles de la razón y del gusto, y ni siquiera pudo ser tachado de clasicismo intolerante, puesto que en 1841 había dado á luz una poesía enteramente romántica, *El incendio de*

la Compañía, muy elogiada por el mismo Sarmiento; y se preparaba á enriquecer nuestra lengua con las bellísimas imitaciones de Víctor Hugo, que fueron apareciendo en *El Museo de Ambas Américas*, fundado en Valparaíso en 1842 por el colombiano García del Río (antiguo colaborador suyo en el *Repertorio Americano* de Londres); y en el *Semanario de Santiago*, periódico que aquel mismo año y en son de desagravio de la juventud chilena contra las diatribas de Sarmiento, que parecía negarles todo género de aptitud para las bellas letras, comenzaron á publicar varios discípulos de Bello. En aquellas columnas se dió á conocer un escritor de costumbres J. I. Vallejo (*Fotabeche*), imitador de *Figaro* y de *El Curioso Parlante*; y allí apareció también el primer poema chileno, de alguna extensión é importancia entre los que produjo la nueva generación, *El Campanario*, de D. Salvador Sanfuentes.

Sanfuentes no hacía entonces sus primeras armas: ya era conocido por una traducción en verso de la *Ifigenia*, de Racine, de la cual había publicado Bello algunos trozos en el periódico oficial, recomendándola con singulares elogios, cuando el traductor apenas tenía diez y siete años. En los primeros números del *Semanario* escribió sobre clasicismo y romanticismo, provocando la indignación de los argentinos López y Sarmiento. Al segundo quiso responder de un modo más directo en el prólogo de su poema, compuesto expresamente como ensayo de la capacidad poética de los chilenos. *El Campanario* fué puesto en las nubes por el entusiasmo local, y tuvo un valor de circunstancias, que es preciso descontar hoy de su mérito absoluto. Es una imitación evidente de las *Leyendas Españolas*, de Mora; pero está

á mucha distancia de lo que en este género hacia en Guatemala Batres. La narración de Sanfuentes es sosa, y la parte sentimental de su cuento vale poco, pero tienen chiste las descripciones de algunos tipos y costumbres de la colonia, y están lindamente hechas las octavas jocosas en que se describe la vida plácida y regalona de un Marqués del antiguo régimen.

Sanfuentes, á pesar de sus tareas políticas y forenses, siguió escribiendo muchos versos; pero nunca llegó á obtener un éxito que superase al de su primer ensayo, ni pasó nunca de una medianía elegante. Tradujo el *Británico*, de Racine, con la misma «exactitud y propiedad de lenguaje, y tacto fino en variar las cesuras del metro», que había elogiado Bello en su versión original de la *Ifigenia en Aulide*. Tradujo con igual esmero, pero con más libertad, *Los celos infundados* (*Le cocu imaginaire*), de Molière. Su teatro original, aparte de algunos ensayos juveniles que él mismo destruyó, se compone de tres piezas originales: *Carolina*, *Cora ó la Virgen del Sol* y *Juana de Nápoles*; pero aun esta última, que es la más apreciable, se deja leer con fatiga, y no sabemos si resistiría la prueba de las tablas. En la poesía narrativa, que era su género predilecto, se sostuvo siempre con facilidad y desembarazo, é hizo loables esfuerzos para dar á sus obras color de naturaleza americana; pero á pesar de haber escrito tres largas leyendas, *El Bandido*, *Inami ó la laguna de Rancho*, *Huentemagu*, y un poema en dos volúmenes, *La Destrucción de la Imperial*, que tiene nada menos que 17.626 versos, continuó siendo para todo el mundo el autor de *El Campanario*. Preciábase de imitador de Ercilla, y ha sido, probablemente, el último discípulo aventajado de

su escuela, la cual tenía más razón para durar en Chile que en ninguna otra parte (1).

Entre los redactores del *Semanario de Santiago* figuraban, al lado de Sanfuentes, otros poetas principiantes: D. Hermógenes Irisarri, hijo del famoso escritor guatemalteco D. Antonio José, á quien superó en estro lírico y elegancia de versificación, ya que no igualase su ingenio acerado y vasta doctrina (2); D. Jacinto Chacón, autor de un poema fragmentario, *La mujer*; los dos hijos de Andrés Bello, D. Carlos y D. Francisco, el primero de los cuales dió á la escena un ensayo de drama romántico, *Los amores de un poeta*, muy aplaudido entonces como primer paso del ingenio nacional en tan difícil carrera, y muy olvidado después como fruto pre-

(1) Don Salvador Sanfuentes y Torres nació en Santiago de Chile el 2 de Febrero de 1817. Era el discípulo predilecto de D. Andrés Bello. Su carrera administrativa fué brillante. Tuvo á su cargo en varias ocasiones el Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción pública, y el de Estado. Estas elevadas funciones no le impidieron desempeñar con gran lucimiento la de Secretario general de la Universidad de Chile, durante el rectorado de Bello. Falleció en 17 de Julio de 1860, siendo Decano de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad. Además de las obras citadas en el texto, dejó un drama sin terminar, *Don Francisco de Meneses*, y presentó á la Universidad en 1850 una Memoria histórica, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*. En la *Revista de Ciencias y Letras* (1857) publicó las cuatro primeras partes de otro poema, *Tendo, ó Memorias de un solitario*.

Acerca de Sanfuentes, vid. Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859*. (Santiago, 1861, páginas 277-315), y *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, páginas 186-205.

(2) Tradujo H. Irisarri en verso la tragedia *Francesca de Rimini*, de Silvio Pellico, y el drama de A. Dumas, *Carlos VII entre sus grandes vasallos*, y en prosa, *Una sola falta*, de E. Scribe, y *Los cuentos de la Reina de Navarra*, del mismo Scribe y de Legouvè. En *La Semana*, revista fundada por los hermanos Alemparte en 1859, publicó una serie de siete cartas sobre el teatro moderno.

maturo y sin sazón. Hubo entonces otras tentativas teatrales, como las del español D. Rafael Minvielle, que además de sus arreglos del *Antony* y del *Hernani*, compuso un drama original, *Ernesto* (1). Pero todas estas producciones mediocres no sirven más que como datos en la cronología literaria.

Mucho antes que se hubiesen dado á conocer los noveles ingenios citados hasta aquí, y con independenciam en cierto modo del movimiento universitario promovido por Mora y Bello, escribía notables versos una esclarecida matrona que ha dejado en Chile tan gratos recuerdos por su piedad y por sus virtudes, como por su talento. Cuando en 1837 sucumbió bajo el plomo de vulgares asesinos políticos el gran magistrado D. Diego Portales, un clamor de angustia se levantó de todos los confines de la República chilena, y la poesía, que hasta entonces sólo había acertado á exhalar roncós sonos, así en las tribulaciones como en las alegrías de la patria, se asoció dignamente á aquel inmenso duelo en las vigorosas estancias de un *Canto fúnebre*, que corrió anónimo de mano en mano, excitando la admiración común,

(1) Minvielle era natural de Játiva, y emigrado liberal de 1823, primero en la República Argentina y luego en Chile, donde prestó muchos servicios á la enseñanza. Además de las piezas citadas, tradujo otras de Adolfo Dennery, Aniceto Bourgeois, Victoriano Sardou, y Teodoro Barrière, entre ellas, *Las mujeres de mármol*.

Falleció en 1887. Puede leerse su biografía en *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, de Amonátegui (páginas 315-334).

Para completar, en lo posible, la ligera enumeración del repertorio del teatro chileno en estos años, hay que citar la traducción que D. Andrés Bello hizo de la *Teresa*, de Dumas; *El Proscrito*, de Soulié, arreglado por Lastarria, autor también de alguna comedia original; la tragedia de Sheridan, *Pizarro*, traducida del inglés por D. Juan García del Río, y alguna otra de menos importancia.

sin que nadie pudiera atinar con el nombre de su autor verdadero. Salvo Bello y D. Felipe Pardo, que por entonces estaba emigrado en Chile, no había persona en el país capaz de escribir versos de tan noble sentimiento, de tan elevado espíritu, de tan pura y briosa dicción. No eran, ni con mucho, los primeros de su autora, de quien bien puede decirse que se había educado á sí misma con la lectura de algunos libros españoles y franceses, especialmente piadosos, y con el trato de algunas personas cultas, como D. Ventura Blanco Encalada y el mismo Bello. De ellos pudo aprender la corrección de la frase y el arte de la forma limpia y castiza; pero la fuente de los afectos poéticos la encontró sin estudio dentro de su propia alma dulce, religiosa y modesta. No fué nunca literata de profesión, sino ejemplarísima mujer de su casa, que sólo escribía versos cuando la devoción, la caridad ó la piedad maternal se los dictaban. Entonces corría su vena, fácil y sin esfuerzo, espontánea y candorosa, demasiado abundante en ocasiones y expuesta á los peligros de la facilidad excesiva. Hay redundancia de palabras en sus mejores composiciones. El *Canto fúnebre*, ya citado, el *Canto á la caridad*, la *Plegaria al pie de la Cruz*, ganarían todas reducidas á menos versos, y así podrían eliminarse algunos prosaicos y desmañados, que de vez en cuando las desdoran. Quizá escribió también demasiadas composiciones de índole familiar y casera. Pero la sinceridad lírica es tan evidente, y tan puro el manantial de que brota, y tan hermoso el corazón que se refleja en aquellos versos, que puede suscribirse sin ambages al juicio de Bello, cuando en 1859 llamaba á esta poetisa chilena «la musa de la caridad cristiana, que tiene gemidos para todos los do-

lores, y sólo presta su voz á los afectos generosos». No lo negará quien haya leído aquellas estancias suyas, que comienzan: «*Dulce es morir*».

Dulce es morir, cuando en la edad primera
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia

El alma juvenil,

Como cándida flor de la pradera,
Que, para ornar al templo soberano,
Separó diestra, cuidadosa mano

De su tallo gentil....

Dulce es morir, cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino

Le siembra de la cruz;

Y al débil sér que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores,

En apacible luz....

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,

En pos del serafín;

Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinte de oro y rosa,
Se disuelve brillante y pudorosa

Del cielo en el confin....

Ni faltan en las poesías de D.^a Mercedes Marín rasgos enérgicos, que hacen más impresión por lo mismo que contrastan con la habitual sencillez de su estilo, verbigracia:

¡Son ciegos que han errado su camino:
Llámalos al redil, Pastor divino,
Antes que baje el sol de tus piedades!

Ó bien cuando exclama en la bella elegía á la muerte de D. Andrés Bello:

Sobre el limpio cristal de su conciencia
Las corrientes del siglo resbalaron.... (1).

La primitiva *América poética*, de Valparaíso (1846), no dió entrada á más ingenios de Chile, que Sanfuentes, D.^a Mercedes Marín, Chacón, Irisarri *junior*, y D. Eusebio Lillo, del cual nada decimos aquí, porque, según nuestras noticias, es uno de los tres poetas que viven de los comprendidos en aquella famosa antología. Si á los nombres citados hasta aquí se agrega el del argentino D. Gabriel Real de Azúa, que fué chileno por adopción; poeta correcto de la escuela de nuestro siglo XVIII; conocido principalmente por sus fábulas, entre las cuales hay algunas ingeniosas y bien versificadas (2), tendremos casi completo el cuadro del movimiento literario en Chile, durante la primera mitad de nuestro siglo.

La fundación de la Universidad en 1843, bajo la sabia dirección de Bello, determinó un notable desarrollo de la cultura, pero más bien en sentido científico é histórico que propiamente literario. En el discurso inaugural del Rector se daba, no obstante, la debida importancia al estudio de las bellas letras, y se proclamaba una fór-

(1) Nació D.^a Mercedes Marín en Santiago de Chile el 11 de Septiembre de 1804, y murió en 21 de Diciembre de 1866. Su biografía está en *La Alborada poética*, de Amunátegui (páginas 476 568). Sus poesías han sido coleccionadas con este título: *Poesías de la Señora D.^a Mercedes Marín del Solar, dadas á luz por su hijo Enrique del Solar* (Santiago, 1874). Fué autora, además, de varios escritos en prosa, una biografía de su padre, otra del primer Arzobispo de Santiago, D. Manuel Vicuña (1843), otra del arcediano don José Miguel del Solar (1847), etc.

(2) Las obras poéticas de Real de Azúa ocupan tres volúmenes, publicados en París por D. Vicente Salvá, en 1830 y 1840. Su comedia *Los Aspirantes*, representada en 1834, mereció los elogios de D. Andrés Bello en un artículo de *El Araucano*.

mula de libertad estética muy amplia: «Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta á nombre de Aristóteles y Homero, y atribuyéndoles á veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles á la mirada de lince del genio.....; creo que hay un arte que guía á la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria. Libertad en todo. Pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.»

Pero no eran «orgías de imaginación» lo que había que temer de los chilenos. De la Universidad salieron historiógrafos, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado á idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente é innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino. Los nombres, caros á las musas, de Eusebio Lillo, Guillermo Matta, G. Blest Gana, Eduardo de la Barra, y otros poetas vivos aún, y que, por consiguiente, no deben ser aquí materia de nuestro estudio,

son prenda de un porvenir que puede ser tan honroso para Chile como lo es el presente bajo otros respectos. Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba, no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras Repúblicas hispano-americanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa dignos de alabanza por su contenido; y con la falta de estilo y arte de exposición que en las mismas monografías históricas, que son el nervio de su literatura, deslucen muchas veces los resultados de una labor sabia, paciente y honradísima. No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman é ilustren con comentarios; pero el historiador, para no ser un simple cronista, necesita cierto grado de imaginación histórica, y cierto buen gusto que le marque la distinción entre lo importante y lo superfluo. Yo admiro y aplaudo el ardor patriótico con que los chilenos se consagran al esclarecimiento de sus anales patrios; pero observo cierta falta de armonía y de proporción en sus trabajos, por lo cual es difícil que fuera del país en que se escriben logren muchos lectores. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius ó por Grote. Evidentemente es demasiado, y no basta todo el entusiasmo nacional para borrar la diferencia y para hacer interesante lo que de suyo no lo es. Por último, el predominio del positivismo dogmático, triunfante al parecer en la enseñanza oficial durante estos últimos años, contribuye á aumen-

tar la sequedad habitual de la literatura chilena, sólida por lo común, pero rara vez amena.

Como principales periódicos literarios, posteriores al *Semanario de Santiago*, pueden citarse *El Crepúsculo*, que en 1843 fundó Lastarria, y pereció al año siguiente á consecuencia del famoso artículo heterodoxo de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, que atrajo sobre su autor y sobre la revista una condenación y un proceso; la *Revista de Santiago*, que el mismo infatigable Lastarria comenzó á publicar en 1848 con la colaboración de Bello, los hermanos Amunátegui y otros, durando, con varias alternativas, hasta 1857; la *Revista de Ciencias y Letras*, que empezó á salir aquel mismo año como órgano de la escuela conservadora; la *Revista del Pacífico*, que en 1858 dirigía en Valparaíso D. Guillermo Blest Gana; *La Semana*, de los hermanos Arteaga Alemparte (D. Justo y D. Domingo); *La Estrella de Chile*, revista católica fundada en 1867; la nueva *Revista de Santiago*, de D. Fanor Velasco y D. Augusto Orrego Luco (1872), y en estos últimos años, la *Revista de Artes y Letras*, que por desgracia ha desaparecido. Como publicación oficial, de las más notables de América, descuellan los *Anales de la Universidad de Chile* (1).

En todas ó en la mayor parte de las colecciones antes citadas, pueden seguirse paso á paso los progresos de la literatura chilena, á cuyo desarrollo han contribuido

(1) Es obra de indispensable consulta la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*. Obra compuesta en virtud de encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile, por D. Ramón Briseño. Santiago de Chile, 1862. Dos tomos en folio.

también diversas asociaciones de vario género, como el *Circulo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes* (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habían sido clásicos, y en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esta sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los cuales sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, que va en esta colección; como en sus traducciones de lord Byron y Víctor Hugo, y de un fragmento del libro 1 de la *Encida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política (1). Puede citarse también á D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo (2), que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición á los clásicos españoles y la pureza del idioma; á D. Zorobabel Rodríguez, valiente

(1) Las poesías de Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

(2) Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal ó amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico*, *El Cóndor* y *El Mercurio*.

controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

XII.

REPÚBLICA ARGENTINA.

El inmenso territorio comprendido entre el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico, formó, por Real cédula de 1778, un nuevo virreinato, llamado de Buenos Aires, que la Revolución separatista vino á fraccionar en cuatro repúblicas de muy desigual extensión é importancia: Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. De la primera hemos hablado ya; la tercera no tiene historia literaria, propiamente dicha, á lo menos en los tiempos modernos (1); resta tratar de las otras dos, y muy especialmente de la Argentina, cuya superior importancia en la cultura de la América del Sur, comienza propiamente con el hecho de la emancipación.

En el período colonial, sus tradiciones literarias son muy escasas. La literatura empieza allí, como en lo restante de América, con crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; tan importantes algunas

(1) De algunos vestigios de su antigua cultura se hablará en este capítulo por la relación que tienen con las cosas de Tucumán y Buenos Aires. No dudo que recorriendo íntegramente las bibliografías jesuíticas de los PP. Backer y Sommervogel, se encontrarán los nombres de algunos Padres de la Compañía, residentes en el Paraguay, que compusieran versos latinos ó castellanos; pero confieso que me ha faltado tiempo y valor para empeñarme en esta investigación de resultado tan dudoso.

como la del bávaro Ulrico Schmidel, que en 1534 formó parte de la expedición de D. Pedro de Mendoza, en que iban 150 alemanes y flamencos; y los *Comentarios* del heroico adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por primera vez impresos en 1555.

Entre estas crónicas no podía faltar alguna escrita en verso y con pretensiones de poema épico. Pero la región del Plata, menos afortunada en esta parte que Chile y Nueva Granada, no tuvo un Ercilla ni siquiera un Pedro de Oña ó un Castellanos, que enalteciesen los hechos de su conquista; sino que le hubo de caer en suerte uno de los más pedestres y desmayados versificadores, entre los muchos á quienes la historia del Nuevo Mundo prestó argumento. Tal fué el extremeño D. Martín del Barco Centenera, natural de Logrosán, en la diócesis de Plasencia, soldado en la expedición del adelantado Juan Ortiz de Zárate (la cual partió de Sanlúcar en 17 de Octubre de 1572), y en su vejez arcediano del Tucumán. Su poema histórico, que consta de veintiocho cantos, lleva el título de *Argentina y conquista del rio de la Plata, con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil* (1), y fué impreso en Lisboa en 1602.

(1) *Argentina..... por el Arcediano D. Martín del Barco Centenera, dirigida á D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, virrey, gobernador y Capitán general de Portugal, por el rey Philipo III nuestro señor..... con licencia. En Lisboa. Por Pedro Crasbeek, 1602.*

8.º mayor; 230 pliegos dobles sin contar cuatro de principios. Preceden al poema, además de un soneto del autor á su obra, versos laudatorios de Juan de Zumárraga Ibargüen; de Diego de Guzmán, vecino de Oropesa, en el Perú; del licenciado Pero Jiménez, vecino de Oropesa; del bachiller Gaminó Correa, y de Valeriano de Frlas de Castillo, que se titula lusitano.

Ha sido tan menudamente analizado y tan magistralmente juzgado por el crítico argentino D. Juan Manuel Gutiérrez, que casi me parece inútil pretender hacerlo de nuevo y con palabras distintas de las suyas. «La Argentina (dice Gutiérrez), toca con la prosa más humilde, por la desnudez del estilo y el desaliño de la locución..... Pertenece á esa degenerada familia de poemas americanos, que no merece llevar en su blasón los cuarteles del hidalguísimo Ercilla, sino cruzados por barras transversales que indican bastardía, según las leyes de la heráldica..... En vano hostiga Barco Centenera á su lerdo Pegaso..... Se entrometió á historiar en verso lo que apenas hubiera escrito bien en prosa casera y corriente; pero fué el único que legó á la posteridad, como testigo ocular, los interesantes sucesos de la conquista del Río de la Plata..... Centenera es el exclusivo cronista del adelantado Juan Ortiz de Zárate, y el biógrafo más minucioso de una parte de la vida del fundador de Buenos Aires, D. Juan de Garay. Al lado suyo se encontraba cuando se echaron los primeros cimientos de esta gran ciudad. La administración de Garay y la de su sucesor Mendieta, no puede estudiarse ni conocerse

Esta primera edición es muy rara y de alto precio en el mercado bibliográfico.

La *Argentina* está reimpressa en el tomo III de los *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*, coleccionados por D. Andrés González Barcia (1749), y también en el tomo III de la importante *Colección de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones, por Pedro de Angelis* (Buenos Aires, imprenta del Estado, 1836, 7 volúmenes, folio). Sé que hay alguna edición posterior, de Montevideo ó de Buenos Aires.

El estudio más importante sobre este poema es el que publicó D. Juan María Gutiérrez en el tomo VI de la *Revista del Río de la Plata*.

en otra fuente original y verídica, que en los versos de la *Argentina*».

Hasta aquí Gutiérrez, el cual por otra parte advierte (quizá con excesiva indulgencia), que no deja de haber entre el fárrago de las descoloridas y *bozales* octavas del Arcediano, «alguna que otra perla que pudiera sacarse á lucir con agrado de los más delicados en materia de buenos versos».

Yo no he tenido la suerte de encontrar tales *perlas* en la *Argentina*; pero sí muchas curiosidades que hacen tolerable, y á ratos entretenida su lectura, sobre todo si uno se olvida de que está leyendo versos. El único elemento de poesía que hay en la obra, procede de la nimia credulidad del autor, de su desenfrenada inclinación á todo lo maravilloso. Creía á pies juntillos en la encantada laguna del Dorado y en el imperio del Paytiti, describiéndonos la magnificencia de sus edificios; el palacio del Emperador, ó gran Moxo; los aparadores y las vasijas de metal con que se servía; las puertas de bronce con leones aherrojados en cadenas de oro; la imagen del disco de la luna sobre una columna de veinticinco pies de alto (como si él propio la hubiera medido) toda de plata, iluminando la laguna; las plazas, arboledas, jardines y fuentes con caños de oro; el altar y lámparas de plata inextinguibles, con otras mil maravillas y grandezas que exceden á cuanto puede inventar la más delirante fantasía. No son menos estupendos los prodigios naturales de que nos informa, dándose siempre por testigo de vista, y procediendo, sin duda, de buena fe, aunque guiado por una observación superficial é incompleta, como de hombre rudo y supersticioso. Nos habla, por ejemplo, de varios pescados muy semejan-

tes al hombre; de la Sirena, «hermosa como una bella dama», que aparece gimiendo y esparciendo sus doradas crines en medio de la laguna donde mora; y sobre todo de un anfibio «de espantable compostura», pero muy sentimental y muy inclinado al amor de las mujeres. Los versos del canto noveno, en que cuenta el susto que este enamorado monstruo dió á una dama en la playa, deben transcribirse á la letra, porque, como vulgarmente se dice, no tienen desperdicio:

Un pece de espantable compostura
 Del mar salió reptando por el suelo:
 Subióse ella huyendo en una altura
 Con gritos que ponía allá en el cielo:
 El pece la siguió: la sin ventura
 Temblando está de miedo con gran duelo;
 El pece con sus ojos la miraba,
 Y *al parecer* gemidos arrojaba.
 Salió en esto el galán de la montaña
 Y el pece se metió en la mar huyendo.....

Quien había visto tales peces, no es maravilla que conociera también mariposas que se convierten en ratones dentro del hueco de cierta caña (canto III).

El agua es muy sabrosa, clara y fría;
 Mas, yendo ya la caña madurando,
 Un gusano se engendra adentro y cria,
 Y al cañuto el gusano horadando
 Afuera mariposa parecía:
 Con las alas comienza de ir volando,
 Y por tiempo las pierde, y queda hecho
 De forma de ratón hecho y derecho.

Hay episodios en el poema que si estuvieran escritos en otro estilo, interesarían grandemente. Tal es la descripción del hambre que pasaron los expedicionarios de

Zárate en la isla de Santa Catalina, con el tierno rasgo de dos enamorados de Hornachuelos, que mueren extenuados en aquellas selvas buscando *palmitos* (ó sean cogollos tiernos de palmera). Habían pasado allí una noche bajo los árboles, el amante devorado por la fiebre, su compañera velándole:

No quiero referir lo que trataron
Los tristes dos amantes y su llanto,
Las voces y suspiros que formaron,
Porque era necesario entero canto.....

Al llegar el alba, el amante se aleja para buscar algún sendero, y sucumbe á la fatiga en el camino, y el autor termina su narración con estos sentidos versos, que son quizá los mejores de su poema:

Quedó por esta causa allí la dama
De dolor y congoja y pena llena,
Do la siguiente noche tuvo cama
Triste, sola, llorosa, en el arena.

La fantasía de un verdadero poeta podía sacar partido de otros episodios del poema de Centenera; por ejemplo: de la mágica navegación de un tal Carreño á España en tres días, en un barco tripulado por una legión de demonios, á los cuales daba órdenes contrarias á las que él quería que ejecutasen, y ellos realmente ejecutaron (canto x); de las hechicerías de Yamandú, emperador de las islas del Paraná, á quien quiso catequizar el propio Centenera, aunque *en vano*,

Porque era muy malvado este pagano;

de los amores de Liropeya y Yanduballo, imitados manifiestamente de los de Caupolicán y Fresia, en Pedro

de Oña; de la muerte del franciscano Fr. Alonso de la Torre, á quien el mismo Centenera, perdido con él en los bosques, ayuda á cortar algunas ramas para hacerse una cama de hojas donde cerrar los ojos para siempre; de la muerte tan diversa del joven Leiva, á quien sus enemigos arrancan de los brazos de su esposa, que proféticamente le había dicho: «Te huele el pescuezo á esparto»:

El hilo le cortaron de la tela,
Que el triste sin ventura mal tejía;
Su esposa con dolor está llorando
Y sus rubios cabellos arrancando.

Por lo demás, el poema no tiene unidad, ni plan, ni concierto: el autor va y viene á merced de sus recuerdos: mezcla continuamente lo geográfico con lo histórico: se pierde en interminables descripciones y en moralidades impertinentes al asunto, aunque no inútiles para conocer el carácter del poeta, que, si no era enteramente lo que hoy diríamos un pesimista, parece haber sido, por lo menos, muy propenso á la melancolía. «Estoy enseñado (dice) á tratar de tristezas y lamentos, porque en la vida he tenido pocos placeres», se complace en describir todo género de escenas lúgubres, y meditando sobre el destino humano, llega á expresar, aunque en malos versos, pensamientos bastante análogos á los del monólogo de *Hamlet*, según nota acertadamente Gutiérrez:

La muerte de sí tiene tal tristeza
Por no saber el hombre el paradero;
Que si de éste se tiene tal certeza,
Alegre es aquel trance y placentero:
Dejar un mundo tal y tal vileza

Había de dar gozo muy entero,
 Y en lugar de tristeza, gran consuelo,
 Pues vemos que salimos de este suelo.

.....
 ¡Si se tuviese el buen conocimiento
 De aquesta triste vida tan funesta,
 Con la muerte contento se tendría,
 Tomándola por gozo y alegría!

Los desengaños del amor debieron de influir algo en esta disposición de su ánimo: á lo menos son frecuentes sus lamentaciones sobre la perfidia de las mujeres:

Por do decir podemos de la hembra:
 Mudanza cogerá quien amor siembra.....

 Pues ¿quién tendrá en mujer ya confianza
 Sabiendo que en su pecho está estampada
 Y al vivo la mudanza retratada?

Gran parte del poema se refiere á las cosas del Perú, y no á las del Río de la Plata, y el autor pasa de las unas á las otras con muy poco orden. Así intercala en los cantos XVI y XVII la rebelión de D. Diego de Mendoza contra el virrey D. Francisco de Toledo, y más adelante el terremoto de Arequipa, los cánones del Concilio Limense de 1581, la enumeración laudatoria de las damas de Lima, de quienes dice, no obstante, al contar la prohibición de los rebozos que hizo el Concilio:

No se muestran esquivas y tiranas;
 Que escuchan á quien quiere requebrallas,
 Y dicen so el rebozo chistecillos
 Con que engañan á veces á bobillos.

Los tres últimos cantos están enteramente dedicados á contar la derrota del pirata inglés Tomás Cavendish, en aguas del Brasil, en 1592.

Pero el mayor interés histórico del poema consiste, sin duda, en lo que atañe á su peculiar asunto, que es el Tucumán y el Río de la Plata; y aquí resulta Centenera exactísimo cronista y fiel observador de los caracteres de la raza indígena llamada *charrúa*, de quien escribe:

Es gente muy crecida y animosa,
 Osada y atrevida en gran manera,
 En guerras y batallas belicosa,
 Empero sin labranza y sementera:

 Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan,
 Corriendo por el campo, los venados;
 Tras fuertes avestruces se abalanzan,
 Hasta de ellos se ver apoderados;
 Con unas bolas que usan los alcanzan
 Si ven que están á lejos apartados;
 Y tienen en la mano tal destreza,
 Que aciertan con la bola en la cabeza.

En resumen, aunque el poema del arcediano Centenera sea fastidioso y mal pergeñado, es, sin disputa, uno de los libros más importantes de la primitiva historia de América.

Además, puede decirse que á este poema está reducida la literatura argentina en los dos siglos XVI y XVII. Sólo de otros dos poetas tengo noticia que residieron en lo que entonces vagamente se llamaba Paraguay y reino de Tucumán. Fué el primero Bernardo de la Vega, á quien Nicolás Antonio supone natural de Madrid, pero que se titula gentilhombre andaluz al principio de la rarísima novela que en 1591 imprimió con título de *El Pastor de Iberia* (1), libro que estaba en la

(1) *El Pastor de Iberia, compuesto por Bernardo de la Vega, gentil-hombre andaluz. Dirigido á D. J. Téllez Girón, Duque y Conde de Urcña, Camarero*

librería de D. Quijote y fué entregado al brazo seglar del ama, juntamente con el *Desengaño de amor y zelos*, de Enciso, y las *Ninfas y Pastores del Henares*, de B. González de Bobadilla. Es obra del género pastoril, dividida en cuatro libros, y compuesta en prosa y verso como todas las de su clase. El autor parece haber intercalado en ella alguna parte de sus aventuras, pintándose en la persona del protagonista Filardo, que, preso en su aldea por sospechas de asesinato, logra evadirse con el favor de sus amigos de Sevilla, se embarca en Sanlúcar y va á parar á Canarias, donde nuevamente le prenden, y nuevamente recobra la libertad. La narración es insulsa y pesada, el lenguaje inculto y plagado de solecismos, y los versos son tales, que el gran Cervantes, que era la indulgencia misma, no sólo los condenó al fuego en el donoso escrutinio, sino que en el *Viaje del Parnaso* (cap. VII) puso á su autor en el ejército de los malos poetas que embestían la montaña sagrada:

Llegó *El Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

Créese generalmente, sobre la autoridad de Nicolás Antonio, que este novelista sea el mismo Bernardo de la Vega, que pocos años después se encontraba en América (sin duda porque la estancia en Canarias no le pareció bastante segura), y que, andando el tiempo

mayor del Rey nuestro señor y su Notario mayor en los reinos de Castilla. En Sevilla, en casa de J. de León, impresor, 1591.

8.º, 228 páginas dobles. Con aprobación de Fr. Pedro de Padilla, y versos laudatorios del Licenciado Baltasar de Cepeda, del Licenciado Mesía de la Cerda y de B. Cairasco de Figueroa.

y abrazando el estado eclesiástico, llegó á ser canónigo de Tucumán, después de haber residido en Méjico, donde en 1600 compuso algunos versos para el túmulo de Felipe II, que se leen en la *Relación historizada de las exequias* de aquel monarca, escrita por el Dr. Dionisio de Ribera Flórez (1). Lo que no hemos llegado á ver son dos libros suyos, impresos también en Méjico en 1601, que hallamos citados por Nicolás Antonio: *La Bella Cotalda y cerco ae París*, que será probablemente un poema caballeresco del género orlándico, y la *Relación de las grandezas del Perú, Méjico y los Ángeles*. Vivía aún Bernardo de la Vega en 1623, puesto que se le menciona en el *Encomio de los ingenios sevillanos*, de Juan Antonio de Ibarra.

También anduvo *por Paraguay y el reino de Tucumán* otro desconocido poeta andaluz, llamado Luis Pardo, de quien no sé que reste verso alguno, pero de quien Lope refiere, en el *Laurel de Apolo* (silva 2.^a), una leyenda de las más extrañas y fantásticas:

Aquí Luis Pardo estuvo,
 Ingenio felicísimo, si diera
 Más á la pluma y menos á la espada;
 Mas la contienda que en su pecho tuvo
 El Dios sangriento de la quinta esfera,
 Siempre la vista de diamante armada,
 Con el docto Cilenio,
 Fué causa que inclinase más su ingenio
 Al estruendo marcial, si bien tenía
 Á Venus que de trino le miraba,
 Con que templar este rigor solía,
 Y deponiendo la fiereza amaba.
 Pues olvidando á Flandes,

(1) Méjico, en casa de Pedro Balli, 1600.

Donde tuviera por hazañas grandes
 Los cargos más honrosos de la guerra,
 Amigos, ocio, amor y propia tierra
 Le dieron lotos; y una Circe hermosa
 (No de otra suerte que detuvo al griego
 Después de aquel fatal troyano fuego)
 Dulcemente engañosa,
 Rémora fué de nuestro gran poeta;
 Mas siendo más hermosa que discreta,
 Daba lugar á un hombre poderoso
 Que la hablaba de noche de secreto.
 El poeta celoso,
 No armado de satirico soneto
 Ni de prólogos fríos,
 Con tantos ignorantes desvarios,
 Sino de su valor y de su queja,
 Quitó los embozados de la reja,
 De suerte que de cuatro dos se fueron;
 Que los dos que esperaron no pudieron.
 Con esto fué forzosa diligencia
 Embarcarse á las Indias con la flota.
 La dama lamentó su injusta ausencia,
 Porque la vida rota
 Adora en los amores criminales;
 Pero al fin de seis meses que tenía
 Nuevas de que vivía
 Entre los argentados minerales
 Del reino de Tucuma,
 La noche del mayor de los nacidos (1)
 Para ver una huerta prevenidos
 El arraez y el barco,
 Que estaba media legua de Sevilla,
 Rompió del Betis la nevada espuma,
 Siendo piloto amor, y el remo el arco.
 Llegados á la orilla,
 Cortó el arraez ramos, renovando
 Los que estaban marchitos, y durmiendo,
 Lisonjeado del susurro blando
 Del agua y viento, poco más de un hora,
 Despertó con los rayos de la aurora;

(1) La noche de San Juan Bautista, que se consideraba como clásica para las hechicerías.

Y á la ciudad volviendo,
 Se fué la dama, y él quedó pagado
 Del viaje y del sueño.
 Estaba por la tarde con su dueño
 Á la orilla del agua el barco atado,
 Cuando algunos indianos, viendo el leño
 De mil árboles indios enramado,
 Bejuco de guaquimos,
 Camaironas de arroba los racimos,
 Aguacates, magüeyes, achiotes,
 Quitayas, guamas, tunas y zapotes,
 Preguntaban de dónde había traído
 Árboles que en la India habían nacido,
 Tan frescos á Sevilla.
 El arraez juraba
 Que los cortó de la primera huerta,
 Que cerca de la orilla
 Del Betis claro á media legua estaba,
 Dejando los marchitos que llevaba,
 Sin ver la gente ó descubrir la puerta;
 De donde se entendió por cosa cierta,
 Y porque declaró que había tenido
 Un sueño que le tuvo en tanto olvido
 Que aun despertando le turbó la vista,
 Que fué y vino la noche del Bautista,
 Pues no hay otra razón que se presuma
 Desde Sevilla al reino de Tucuma.

La instrucción pública en esta vasta región de la América meridional corrió casi exclusivamente á cargo de los jesuitas, siendo su principal centro la Universidad de Córdoba del Tucumán, una de las más célebres de América después de las de Méjico y Lima. En 1586 penetraron en la gobernación de Tucumán, procedentes del Perú, los primeros misioneros de la Compañía, extendiéndose desde allí por el Paraguay, cuyo nombre tomó la célebre provincia jesuítica fundada en 1606, en el generalato de Claudio Aquaviva. Cuando el P. Torres, su primer Provincial, empezó á regirla, no había en ella

más que catorce religiosos repartidos en un colegio y tres casas. En 1614 llegaban ya á diez y nueve los colegios, residencias y misiones, y á ciento veintidós el número de Padres. Once años adelante, la acción de los misioneros se extendía al Paraná y al Uruguay, y en 1650 recibía su organización definitiva aquel pacífico imperio colonial, el más extraordinario de que la historia conserva recuerdo.

Desde 1610 el colegio de Córdoba del Tucumán, considerado como colegio máximo y principal Seminario de la provincia, tenía estudios de artes y teología para los novicios; pero los primeros conatos de Universidad datan de 1613, en que el obispo Dr. Fr. Fernando de Trejo y Sanabria, de acuerdo con el provincial Torres, destinó gran parte de sus rentas á la fundación de un colegio en que los Padres de la Compañía de Jesús «leyesen latín, artes y teología». Ocho años después (1622) estos estudios fueron elevados, por Breve de Gregorio XV y Real cédula de Felipe III, á la categoría de Universidad, con facultad de conferir grados académicos (1). Esta Universidad, cuyas primitivas *Constituciones* son de 1680, permaneció siempre con mucho crédito en manos de los jesuítas hasta su expulsión, en que por breve tiempo se hicieron cargo de ella los franciscanos; secularizándose definitivamente en 1808. Hasta 1791 no tuvo ninguna cátedra de jurisprudencia civil ni dió grados de Doctor en esta facultad hasta 1797. Los legistas de la región argentina salían comúnmente de la Universidad de Charcas ó Chuquisaca en el Alto Perú, la cual

(1) *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba, con un apéndice de documentos, por Juan M. Garro. Buenos Aires, 1882.*

tuvo en los últimos tiempos de la colonia un espíritu enteramente diverso de la de Córdoba: ésta tradicional y conservadora, la de Chuquisaca, regalista y anticlerical: en ella se habían formado los hombres que más parte tuvieron en el movimiento revolucionario de 1810.

También se debe á los jesuitas la introducción de la imprenta, así en las misiones del Paraguay como en la ciudad de Córdoba del Tucumán. La imprenta del Paraguay tuvo carácter eminentemente catequístico, y la mayor parte de los libros que produjo están en lengua de los indígenas, circunstancia que realza su extraordinaria rareza bibliográfica con una importancia lingüística todavía mayor. Ya en 1693, con ocasión de haber traducido en lengua guaraní el P. José Serrano el libro de la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Nieremberg, y el *Flos Sanctorum*, del P. Rivadeneira, trató el general Tirso González del establecimiento de una imprenta en las llamadas *Doctrinas* del Paraguay. Lo más prodigioso fué que ni los tipos ni las planchas que sirvieron para las láminas que en grandísimo número adornan el primer libro, publicado en 1705, fueron trasladados de Europa, sino fundidos los primeros y grabadas las segundas en el breve plazo de tres años por los indios de las misiones, habilísimos artífices en todo género de obras de imitación. El aspecto de la estampación es tosco sin duda, y tiene cierta semejanza con el de los libros *xilográficos*; pero no es dudoso que la mayor parte del texto, por lo menos, se imprimía con tipos de metal. Para que todo parezca singular y misterioso en esta imprenta, hemos de añadir que no parece haber tenido domicilio fijo, sino que anduvo errante por los diversos pueblos de misiones, puesto que mientras

unos libros suenan impresos en Santa María la Mayor, otros lo están en Loreto, otros en San Francisco Xavier, y en algunos se dice solamente *Impreso en las doctrinas*. Alguna razón hubo para tanta cautela. Lo cierto que esta imprenta duró muy poco. No se conoce ningún producto suyo posterior á 1727. El libro más antiguo es, sin disputa, la traducción guaraní hecha, por el P. Serrano, del tratado *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Nieremberg, libro de los más famosos de nuestra literatura ascética, que ha sido vertido, no sólo á todas las lenguas cultas, sino á las más bárbaras y exóticas, y con el cual por raro caso se inauguraron, con pocos años de diferencia, dos imprentas tan *extravagantes* como la imprenta paraguaya de los jesuitas (1705) y la imprenta árabe de los drusos del monte Libano (1734). El texto guaraní (del cual se conoce *un solo ejemplar* en la colección americana del Sr. Trelles, de Buenos Aires), es un tomo en folio con capitales grabadas, viñetas y más de 40 láminas de gran tamaño, imitadas de las que lleva la edición de Amberes de 1684, y destinadas á hablar con gran viveza á la imaginación de los indios, mostrándoles los estragos del pecado, y el horror de los tormentos infernales (1).

Otro de los libros más célebres que de esta imprenta salieron, es el *Vocabulario de la lengua guaraní*, del Padre Antonio Ruiz de Montoya, dos veces reproducido en 1722 y 1724, con escolios, anotaciones y apéndices del P. Restivo y otros ilustres varones de la Com-

(1) Pueden verse reproducidas todas estas láminas en la magnífica publicación del bibliófilo chileno D. José Toribio Medina, *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Rio de la Plata*. (Forma el segundo tomo de los *Anales del Museo de la Plata*, 1892.)

pañía. Fué el limeño P. Montoya (1585-1652) uno de los más grandes misioneros de aquella provincia, tenido por los suyos en opinión de santidad, insigne en los anales de la filología americana por el *Catecismo, Vocabulario y Tesoro*, que compuso, de la lengua guaraní; y memorable también por su libro de la *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* (Madrid, 1639), libro del cual otro jesuita hizo una extraña reducción en guaraní, acomodándola á la capacidad de los indios (1).

Queda indicado ya el carácter de todo lo que esta imprenta produjo: catecismos, sermonarios, ejemplos, todo en guaraní. No hay más excepción que la misteriosa carta del infortunado Dr. Antequera y Castro, condenado poco después á muerte por el Virrey del Perú. La primera edición de esta carta, que es pieza capital en la contienda larguísima entre los jesuitas y el obispo don Bernardino de Cárdenas, tiene por pie de imprenta, *Typis missionarium Paraguariae*, 1727, y fué probablemente lo último que se imprimió allí. La imprenta de Córdoba del Tucumán es muy posterior, y tuvo mucha menos importancia. La establecieron los jesuitas un año antes de la expulsión, para que los alumnos de su colegio de Montserrat (fundado en 1686) y los de la Universidad, que también dirigían ellos, como hemos visto, tuviesen una prensa para reproducir sus tesis y demás ejercicios literarios. Esta imprenta no alcanzó más que un

(1) Ha sido publicada por D. Baptista Caetano d'Almeida, con traducción portuguesa, en el tomo VI de los *Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio Janeiro* (1879).

año de actividad, y en tan efímera vida nó llegó á producir más que tres folletos, siendo el único de alguna curiosidad la colección de cinco elogios latinos del Dr. D. Ignacio Duarte y Quirós, fundador del colegio, compuestos por el P. Manuel Peramás, natural de Mataró. Después de la expulsión de la Compañía, esta imprenta fué trasladada á Buenos Aires en 1780, y su material sirvió para establecer la primera oficina tipográfica de aquella ciudad, la llamada de *Niños Expósitos*.

El vandálico decreto de 1767 ordenando la expulsión de los jesuitas, produjo en las gobernaciones del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán, todavía mayor trastorno que en lo restante de América, porque las circunstancias sociales eran muy diversas (1). En otras

(1) Óigase á Gutiérrez, ciertamente nada sospechoso de parcialidad en favor de los jesuitas:

«Cualquiera que haya hecho estudio de la literatura sud-americana hasta fines del siglo pasado, no podrá menos de confesar que ninguna colonia europea ha producido más talentos ni mayor número de hombres estudiosos que la española en el Nuevo Mundo. Sólo la Compañía de Jesús cuenta en él muchos más de doscientos entre profesores y predicadores, filólogos é historiadores, brillando entre estos últimos los chilenos Ovalle y Molina, el mejicano Clavijero, el ecuatoriano Velasco y los argentinos Iturri, Juárez, Morales, Suárez, etc., etc., cuyas obras corren traducidas á varias lenguas cultas de la Europa. Lacunza dió prueba en su tiempo de una vasta lectura y de un hondo conocimiento de los libros sagrados, estudiándolos en las lenguas griega y hebrea. Buenaventura Suárez, autor del conocido *Lunario Perpetuo*, cuya primera edición es de Lisboa, adquirió por sí mismo en los claustros de Córdoba y en los bosques silenciosos del Paraguay conocimiento profundo en las ciencias matemáticas aplicadas á la astronomía, dejando pruebas prácticas de su capacidad en los gnomones solares con que decoró los patios del colegio en donde pasó (obscuro y desdeñado de los suyos) la mayor parte de su vida, manteniendo comunicación epistolar con afamados astrónomos de su tiempo..... Vióse en la necesidad de construir los instrumentos de observación con sus propias manos, empleando las maderas tersas y consistentes de los bosques vírgenes, en aquellas piezas que

partes existían diversos elementos de cultura que podían llenar en alguna medida el vacío causado por la supresión de los regulares de la Compañía, pero en las provincias argentinas no había más educadores que ellos. Buenos Aires, enriquecida por el contrabando europeo, empezaba á ser un centro comercial, pero no se había despertado aún á la vida literaria: no tenía ni imprenta ni escuelas. Los jesuitas (Techo, Xarque, Lozano, Guevara) eran los únicos que habían hecho la historia civil y religiosa del país. Si existían mapas especiales del territorio, á ellos se debían; é imperfectos y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750. Asperge, Montenegro, Lozano, habían sido los únicos exploradores de la fauna y de la flora argentinas. No había faltado tampoco, á lo menos en los últimos tiempos, alguno que otro cultivador de los estudios amenos, entre ellos el ya citado P. Peramás, de quien se citan un poema manuscrito sobre *La religión en el Nuevo Mundo* y dos elegías latinas sobre la expulsión, además de las biografías de los misioneros del Paraguay, que publicó en Faenza durante su destierro, juntamente con una especie de utopía política muy curiosa, en que se compara la administración de las misiones del Paraguay con la república de Platón. (*De administratione guaranica comparatè ad Rempublicam Platonis.*)

A la tutela jesuítica sucedió la tutela *económico-tuitiva* del regalismo filantrópico del siglo pasado, repre-

requerían bronce ó platino para recibir las delicadas graduaciones con que se miden las distancias entre los astros y se señala su paso por el meridiano.» (*Revista del Rio de la Plata*, tom. x, pág. 312.)

sentada especialmente por el segundo Virrey de Buenos Aires, D. Juan José de Vértiz (1). En torno suyo se agruparon hombres como Labardén, Basilabaso, Maciel, influidos todos por el espíritu reformista de su tiempo, y ganosos de extenderle á todas las esferas de la administración colonial. Hemos dicho que antes de aquella época no existían en Buenos Aires escuelas públicas de humanidades y de filosofía propiamente dichas, si bien en los conventos de dominicos, franciscanos y mercenarios nunca dejó de cursarse algún género de estudios. En 16 de Noviembre de 1771, el Virrey pidió informe á los dos cabildos, eclesiástico y secular, sobre la aplicación que habia de darse á las temporalidades de los jesuitas, conforme á la Real cédula que mandaba emplearlas en objetos de beneficencia ó enseñanza. Ambos cabildos opinaron que se fundase un *Colegio Convictorio* (es decir, de vida común) y una Universidad. El Procurador general de la ciudad, D. Manuel de Basilabaso, redactó un plan de estudios en que entraban las Matemáticas y la Náutica, siendo en total once las cátedras proyectadas. Muy poco de esto llegó á realizarse. Se fundó, en efecto, el colegio de San Carlos, se dotaron cátedras de Latinidad, Filosofía y Teología, y una de Cánones; pero no se llegó á establecer las de Derecho ni menos las de Ciencias exactas, ni á darse forma á la Universidad, á pesar de la Real cédula de 31

(1) Vid. la monografía de D. Juan M. Gutiérrez sobre este personaje en la *Revista de Buenos Aires*, tomo VII, pág. 17, y también el cap. XIX del primer tomo de la *Historia de la República Argentina*, de D. Vicente J. López (Buenos Aires, 1883); obra escrita con mucho talento, aunque con innumerables galicismos, y no sé si con bastante precisión histórica.

de Diciembre de 1779, que así lo preceptuaba. Los estudiantes argentinos de Jurisprudencia siguieron formándose en Charcas, ó en Santiago de Chile. El nuevo Colegio ó Convictorio de San Carlos prosperó poco á pesar de haber tenido por primer Cancelario y Director al magistral D. Juan Bautista Maciel, famoso canonista y uno de los hombres más ilustrados de la colonia (1). En 16 de Julio de 1818 este colegio se refundió en el *de la Unión del Sur*, pero la Universidad no fué erigida definitivamente hasta el 9 de Agosto de 1821 (2).

Al mismo tiempo que se trataba de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, Vértiz nombró visitador de la de Córdoba al obispo de Tucumán, D. José Antonio de San Alberto, que en 28 de Marzo de 1784 redactó nuevas Constituciones. Pero en el plan de estudios no se hizo por entonces novedad importante, salvo el establecimiento de una cátedra de Sagrada Escritura. Por otra parte, las competencias entre los franciscanos y el clero secular, que pretendía obtener la dirección de la Universidad y del colegio de Montserrat, originaron una lucha funesta al prestigio del claustro y á la disciplina escolar; triunfando por fin los canónigos,

(1) En la *Revista de Buenos Aires* (tomo vi) puede leerse su biografía escrita por Gutiérrez. Fué Maciel Provisor y Vicario del Obispado, y murió en el destierro en tiempo del Marqués de Loreto, sucesor de Vértiz. Compuso algunos versos de circunstancias en loor de los Obispos y de los virreyes, especialmente de Ceballos. Una de ellas se titula *Apolo presidiendo el coro de las Musas, al son de su lira, las exhorta á que canten las proezas del Júpiter español*.

(2) J. M. Gutiérrez, *Noticia histórica sobre los estudios y colegios públicos en Buenos Aires, desde el 16 de Noviembre de 1771 hasta la erección de la Universidad, con documentos inéditos y biografías*. (En el tomo II de la *Revista de Buenos Aires: directores Miguel Navarro Viole y Vicente G. Quesada*, 1863.)

ó más bien el famoso deán D. Gregorio Funes, recientemente salido de las aulas de Alcalá, teólogo con ribetes jansenistas, escolástico ilustrado, orador con pretensiones de pompa ciceroniana, hombre docto, aunque campanudo y petulante, que fué quien principalmente llevó el peso de la contienda, ensayándose entonces para mayores y más ruidosas campañas, en que pudo camppear libremente su espíritu de audacia y de intriga. Funes redactó el Memorial del cabildo contra los franciscanos, en Enero de 1785, y él fué también el primer Rector de la nueva Universidad, secularizada y condecorada con título de *Mayor* por Real cédula de 1.º de Diciembre de 1800. Su pingüe patrimonio le permitió fundar aquel mismo año la primera cátedra de Matemáticas, servicio más positivo que su celebrado plan de estudios de 1813, que no difiere en cosa sustancial de los innumerables planes y documentos del mismo género que tanto abundan en nuestra literatura de las postrimerías del siglo XVIII (1). Aquí le mencionamos sólo porque en él se inicia cierto género de enseñanza literaria, recomendando la obra de Batteux para la parte teórica, y la del abate Andrés para la histórica.

Al virrey Vértiz se debió también la inauguración del primer teatro, ó *casa pública de comedias*, en Buenos Aires, no sin oposición de los teólogos; y el establecimiento de la primera imprenta, la *de los Niños Expósi-*

(1) *Plan de estudios para la Universidad de Córdoba, que ha trabajado el Dr. D. Gregorio Funes, Deán de esta Santa Iglesia Catedral, por comisión del ilustre Claustro, á quien se lo presenta el año de mil ochocientos trece.*—Córdoba, imprenta de la Universidad, año de 1842, 4.º

(Véase la *Monobibliografía del Dr. D. Gregorio Funes*, por A. Zinny, en el tomo xv de la *Revista de Buenos Aires*.)

tos, cuyo material se trajo de Córdoba, como ya hemos dicho. Claro es que esta imprenta no sirvió en los primeros tiempos más que para reproducir bandos, ordenanzas, edictos, pastorales y otros documentos de interés público, para surtir las escuelas de catones y cartillas, para estampar anualmente el *Almanaque* y la *Guía de forásteros*, y para alimentar la devoción con novenas, gozos y letrillas (1). Pero ya desde 1796 comenzaron á salir libros de mayor novedad y bulto como los *Principios de la ciencia económico-política*, que tradujo del francés el entonces Secretario del Consulado, y luego famoso general D. Manuel Belgrano. Y también, aunque rara vez, se ve algún opúsculo literario. Uno de ellos, las *Poesías fúnebres á la tierna memoria del virrey D. Pedro Melo de Portugal* (2), parto

(1) Quizá la primera publicación original en verso, que salió de las prensas de Buenos Aires, fué el *Septenario de los dolores de Maria Santísima.... Por..... Dr. Fr. Josef Antonio de San Alberto, Carmelita Descalzo y Obispo de Córdoba de Tucumán* (1781). Contiene siete décimas y una canción. Fué reimpresso muchas veces como opúsculo popular de devoción. De este Obispo hay muchas y muy curiosas pastorales.

(2) *Poesías fúnebres á la tierna memoria del Excmo. Sr. D. Pedro Melo de Portugal y Villena.... Virrey, Gobernador y Capitán general de las provincias del Río de la Plata.... Las compuso y respetuosamente se las consagra.... el presbitero D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, licenciado en Sagrada Teología, Bachiller en Leyes y Capellán de la Real Armada.... Buenos Ayres, en la Real Imprenta de los Niños Expósitos, 1797....*

—*Segunda parte de las poesías fúnebres.... Escribelas el autor de las mismas.... para complemento de ellas, y última demostración de su fina gratitud.... 1797.*

—*Poesías místicas teológico-morales, que para el aprovechamiento espiritual escribió el Capellán de la Real Armada, etc.... 1799.*

Una de estas poesías se titula *Avisos al pecador sumergido en la culpa y de la muerte olvidado.*

La glosa en décimas que Agüero hizo del *Misereere*, parece escrita para rivalizar con la muy conocida del Obispo de Buenos Aires, D. Manuel de Azamor y Ramírez, reimpressa en dicha ciudad en 1797, que es el mismo de la edición de las *Poesías místicas*.

poco feliz de la pedestre musa del capellán de la Armada, D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, autor también de otras *Poesías místicas teológico-morales*, y de una glosa en décimas del *Miserere*, excitaron la vena satírica de algunos ingenios de la colonia, los cuales empezaban á formar un pequeño grupo de tendencias clásicas y de relativo buen gusto. Labarden, Casamayor y Prego de Oliver, eran los principales de esta *Sociedad Patriótico-Literaria*, cuyas primicias aparecieron en el más antiguo periódico de Buenos Aires, el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo* (sic) *del Río de la Plata*, que comenzó á salir en 1801 bajo los auspicios del virrey Marqués de Avilés y del Real Consulado, y bajo la dirección de don Francisco Antonio Cabello y Mesa, «natural de la provincia de Extremadura, Coronel del regimiento provincial fronterizo de infantería de Aragón en los reinos del Perú, protector general de los naturales de Xauxa, Abogado de la Real Audiencia de Lima»; que tales eran los títulos con que en el prospecto se engalanaba. También gustaba de firmarse «El filósofo indiferente», y «Narciso Fellovio Cantón», anagrama con que solía pu-

Después de la revolución, este Dr. Agüero (que era español) cambió radicalmente de ideas, se hizo furibundo materialista y utilitario, fué nombrado en 1822 profesor de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, y publicó unos *Principios de ideología elemental abstractiva y oratoria* (1824 y 1826), que le hicieron expulsar de la enseñanza.

Entre las varias sátiras que impresas y manuscritas corrieron contra las *Poesías fúnebres*, hay que contar la titulada *Dissección anatómica ó especie de análisis apoloético.... en contra de los criticos que como plaga de ranas han llovido, pero indennemente, sobre el autor del impreso que novísimamente corre sin especial nota por los sabios y discretos, mas despreciado por los ignorantes y tontos.*

blicar insulsas letrillas y artículos de costumbres, muy necios. La publicación era bisemanal: duró hasta Septiembre de 1802, y la colección forma cuatro volúmenes. Del estilo que gastaba «el filósofo indiferente», júzguese por algunos rasgos del enfático prospecto: «Volverán los alegres días de Saturno..... ¡Vamos al trabajo!..... Salga el *Telégrafo* y en breve establézcase la *Sociedad Patriótico-Literaria y Económica*, que ha de adelantar las ciencias, las artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre, le inflama y saca de su *soporación*, lo hace diligente y útil. Fúndense ya aquí nuevas escuelas, donde para siempre cesen aquellas voces bárbaras del escolasticismo..... Empiece á sentirse ya en las provincias argentinas aquella gran metamorfosis que á las de México y Lima elevó á par de las más cultas, ricas é industriosas de la iluminada Europa. Empiece mi pluma, en fin, á imponer á los lectores de todos los objetos, progresos y nuevos descubrimientos de la Historia, la antigüedad, las producciones naturales, las artes, las ciencias y la literatura de este país ameno, virgen, rico y venturoso. Ayudadme á escribir, oh sabios argentinos..... Ayudadme propicios para esta obra; y para acertar á hacerla dignamente, á Mercurio imploremos nos dé su ciencia.»

El intento era ciertamente patriótico, y se ve que el novel periodista había tomado por principal modelo el *Mercurio Peruano*; pero ni su talento estaba á la altura del de Baquijano ó del de Unanue, principales redactores de aquella célebre Revista; ni el terreno estaba tan preparado en Buenos Aires como en Lima para una empresa de este género, á pesar del innegable desarrollo que el espíritu de curiosidad científica iba

tomando, merced en gran parte á las comisiones de astrónomos, geodestas y naturalistas españoles, que ya para la demarcación de límites de 1777, ya para la exploración de la fauna y flora del territorio en 1789, depositaron allí los primeros gérmenes de una cultura antes desconocida. Entonces fué cuando D. Andrés de Oyarvide trazó la carta esférica de las provincias septentrionales del virreinato; y D. Diego de Alvear y D. José María Cabrer exploraron por espacio de veinticuatro años, en una extensión de más de 500 leguas, las ignoradas y extensas regiones que bañan el Paraná y el Uruguay; y D. Félix de Azara describió por primera vez más de 400 aves y cerca de 100 cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata, clasificándolos por grupos tan naturales, que algunos han sido admitidos después como géneros; dejando además un tesoro de datos de historia natural y civil en sus abundantísimas obras.

Algo de este impulso vino á reflejarse, aunque débilmente, en las páginas del *Telégrafo*, que insertó las primeras observaciones meteorológicas hechas en Buenos Aires, y alguna vez honró sus páginas con escritos del naturalista bohemio, D. Tadeo Haencke (entonces residente en Cochabamba), compañero que había sido de Pineda y Néé en la expedición científica á Filipinas, Marianas y Australia. Y realmente, por el espíritu científico está inspirada la primera y más notable poesía que apareció en el *Telégrafo*, y la primera sin duda de algún valor é importancia que se compuso en Buenos Aires: la oda *al Paraná*, de D. Manuel José de Labardén:

Augusto Paraná, sagrado rio.....

Este romance endecasílabo, que hoy nos parece de un

mérito no más que relativo, pudo y debió ser entonces recibido con asombro. Era una tentativa de poesía descriptiva americana, con toques de color local, agradables siempre, y novísimos en la escuela á que el autor pertenecía.

En medio del aparato mitológico propio del tiempo, aparecía el dios del gran río argentino, coronado de juncos retorcidos y de silvestre camalote,

En el carro de nácar refulgente,
Tirado de caimanes recamados
De verde y oro.....

Describíase su gruta decorada de perlas nevadas é igneos topacios,

En que tiene volcada la urna de oro
De ondas de plata siempre rebosando.

El Paraguay y el Uruguay salían á su encuentro, conduciendo, para engancharlos á su carro, *los caballos del mar patagónico*. Y poseído Labardén de un entusiasmo muy sincero, aunque no muy líricamente expresado, saludaba á aquél monarca de los ríos del Sur con una especie de himno triunfal, que era al mismo tiempo anuncio ó presagio de la opulencia y felicidad que el poeta auguraba para su patria por ministerio de la industria y de las artes:

Baja con majestad, reconociendo
De sus playas los bosques y los antros,
Extiéndase anchuroso, y sus vertientes,
Dando socorro á los sedientos campos,
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu excelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales

Derrites, y tú elevas los extractos
 De fecundos aceites. Tú introduces
 El humor nutritivo, y suavizando
 El árido terrón, haces que admita
 De calor y humedad fermentos caros.

.
 Ya enjambre vistosisimo de naos
 De incorruptible leño, que es don tuyo,
 Con banderolas de colores varios
 Aguardándote está....

.
 Ven, sacro río, para dar impulso
 Al inspirado ardor: bajo su amparo
 Corran, como tus aguas, nuestros versos....

¿Quién no ve en el pensamiento, y hasta en algunos giros de esta oda, un no remoto parentesco con las *Silvas Americanas* de Bello, que no fueron compuestas sino muchos años después? No intentamos poner en parangón cosas de mérito tan desigual: la oda *Al Paraná* es muy incorrecta y está llena de versos que son pura prosa; pero recuérdese que en este tiempo Bello no había pasado aún de la insipidez que revela su poema *sobre la vacuna*, y había muy pocos versificadores en América capaces de competir con Labardén en los rasgos felices que tiene su canto.

Además de esta oda, se publicaron en el *Telégrafo* fábulas de Azcuénaga y varias composiciones de Prego de Oliver, de D. Eugenio del Portillo, que se firmaba *Enio Tullio Grope*, y de D. Manuel Medrano; además de una oda *Al Comercio*, anónima. Pero Labardén era, sin duda, el más poeta de todos ellos, y es lástima que se conserven tan pocas muestras de su numen. Probablemente ha perecido su tragedia de asunto americano *Siripo*, representada en el Carnaval de 1779 á beneficio de los Niños Expósitos. Fué el Ldo. Labardén uno de

los hombres más influyentes y respetados de su tiempo, y como Auditor de guerra de la Capitanía general, mereció y obtuvo la confianza del virrey Vértiz, é inspiró muchas de sus disposiciones encaminadas al bien público.

Prego de Oliver, cuyo nombre se cita siempre con el de su amigo Labardén, era español y Administrador de la Aduana de Montevideo. Gutiérrez le gradúa de poeta elegante, aunque mediano, y cita de él una oda *Á España en su decadencia*, y algunos versos eróticos. Pero lo que le dió más nombradía fueron sus *Cantos á las acciones de guerra con los ingleses en las Provincias del Rio de la Plata, en los años 1806 y 1807* (1).

Aquella espléndida reconquista, que inmortalizando con el nombre de Liniers el del pueblo de Buenos Aires, dió por primera vez á los argentinos la conciencia de su fuerza viéndose vencedores de los primeros soldados del mundo, provocó en España y en América una explosión poética comparable con la que dos años antes había estallado después de Trafalgar. Ante el recuerdo de la magnífica oda de D. Juan Nicasio Gallego *Á la defensa de Buenos Aires*, quedan las demás reducidas á mera curiosidad bibliográfica; pero no faltan en algunas de ellas (2) cosas estimables, dentro de la

(1) Buenos Aires, 1808. Son cuatro odas que antes se habían impreso sueltas.

En *El Correo de Comercio*, que publicaba en 1810 D. Manuel Belgrano, hay también versos de Prego de Oliver. (*Himeneo*—una sátira.)

(2) El Sr. Medina, en su obra ya citada, *La Imprenta en Buenos Aires*, reproduce íntegras las principales, y trae una bibliografía muy copiosa de todas ellas; de la cual extracto las notas siguientes, que me parecen de algún interés histórico por lo que pueden contribuir á la ilustración de aquel memorable suceso.

rígida y enfática monotonía con que los falsos Píndaros de la escuela española de entonces querían simular el arrebató lírico.

No sin expresiva ternura, decía, por ejemplo, Prego de Oliver deplorando la muerte de su amigo el heroico teniente de fragata Abreu:

—*Á la reconquista de la capital de Buenos Aires por las tropas de mar y tierra á las órdenes del capitán de navio D. Santiago Liniers, el día 12 de Agosto de 1806. (De Prego de Oliver.) Buenos Aires, en la imprenta de Niños Expósitos, 1806.*

—*Á la gloriosa memoria del teniente de fragata D. Agustín Abreu, muerto de resultas de las heridas que recibió en la acción del campo de Maldonado con los ingleses, el día 7 de Noviembre de 1806. Su amigo D. Joseph Prego de Oliver.... Buenos Aires.... Año 1806.*

—*Oda en elogio de la que D. Joseph Prego de Oliver dedicó á la buena memoria de su amigo D. Agustín Abreu.... (De autor anónimo.)*

—*Á Montevideo, tomada por asalto por los ingleses en 3 de Febrero de 1807, siendo Gobernador de dicha plaza el brigadier de la Real Armada, D. Pascual Ruiz Huidobro. Por D. José Prego de Oliver....*

—*Al Sr. D. Santiago de Liniers, brigadier de la Real Armada y Capitán general de las Provincias del Rio de la Plata, por la gloriosa defensa da la capital de Buenos Aires, atacada de diez mil ingleses el 5 de Julio de 1807. Por don José Prego de Oliver. Oda.*

—*Romance heroico en que se hace reelección circunstanciada de la gloriosa reconquista de la ciudad de Buenos Aires, capital del Vireynato del Rio de la Plata, verificada el día 12 de Agosto de 1806. Por un fiel vasallo de S. M. y amante de de la patria.... Buenos Ayres.... Año de 1807. (Fué su autor el presbítero D. Pantaleón Rivarola, profesor de filosofía en el Colegio de San Carlos, que la compuso en forma de romance de ciego, ó como él dice, «en verso corrido, porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y por consiguiente, es el más á propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores, en su trabajo; los artesanos, en sus talleres; los señores en sus estrados, y la gente común, por las calles y plazas.»)*

—*Adiciones y correcciones á la dedicatoria que el autor del Romance heroico sobre la reconquista de Buenos Ayres hizo al M. I. Cabildo.... Buenos Ayres.... 1807. (Versa principalmente sobre los errores históricos del romance, y se atribuye á D. José Joaquín de Araujo. Romance y adiciones fueron reimpresos en Lima, al año siguiente 1808.)*

—*La gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Ayres, capital del Vireynato*

¡No sonará tu voz en mis oídos ;
 Aquella voz que de consejo llena
 El penoso vivir me solazaba.....

El mismo poeta, en estrofas de agradable corte, que recuerdan el estilo de Arriaza, saludaba de este modo á Liniers, después de su segunda victoria:

del Río de la Plata, verificada del 2 al 5 de Julio de 1807. Brevemente delineada en verso suelto, con notas, por un fiel vasallo de S. M. y amante de la patria, quien lo dedica, con notas, al Sr. D. Santiago Liniers y Bremont..... Buenos Aires..... Año de 1807. (Son nuevos romances de ciego, compuestos por el Dr. Rivarola.)

—*Poema panegírico de las gloriosas proesas (sic.) del E. S. D. Santiago Liniers y Bremont.. . dirigido en obsequio de su excelencia y demás personas y gremios que han contribuido á la defensa de nuestro patrio suelo en dos ataques contra la nación británica. Por el Dr. D. Joseph Gabriel Ocampo, Cura y Vicario de las Doctrinas de San Juan Bautista de Finogasta, partido de Catamarca, provincia de Córdoba del Tucumán....., Buenos Aires..... 1807. (Son treinta y nueve detestables décimas.)*

—*Breve recuerdo del formidable ataque del ejército inglés á la ciudad de Buenos Ayres, y su gloriosa defensa por las legiones patrióticas el día 5 de Julio de 1807. (Contiene cuatro composiciones en varios metros, que se atribuyen al mismo Dr. Rivarola, y que de todos modos son muy malas. La más tolerable es un romance endecasílabo que se titula: Canto de reconocimiento al Dios de los ejércitos, según los sentimientos de algunos salmos y cánticos de la Sagrada Escritura, por el inestimable beneficio que nos ha dispensado el día 5 de Julio.)*

—*Poema que un amante de la patria consagra al solemne sorteo celebrado en la plaza Mayor de Buenos Aires por la libertad de los esclavos que pelearon en su defensa.—1807.*

Fué autor de esta oda el franciscano Fr. Cayetano Rodríguez, y de ella dice D. J. M. Gutiérrez: «Este dignísimo varón no se sintió inspirado por la victoria, que costaba sangre, sino por la magnanimidad, que desataba cadenas del pie del hombre esclavo..... La aurora de la revolución baña ya con su luz azulada las estrofas del franciscano.» Á pesar de tal recomendación, la oda es de las peores que se escribieron en aquellas circunstancias. El padre Rodríguez brilló más como orador sagrado que como poeta. Véase lo que de él escribe Gutiérrez en sus *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina* (Buenos Aires, 1860), y en su estudio *De la elocuencia sagrada en Buenos Aires antes de la revolución*. (Tomo II de la *Revista de Buenos Aires*.)

¡Gloria inmortal al héroe que al britano
 Lanzó del patrio suelo;
 Bajo la augusta bóveda del cielo
 No resonó, señor, tu nombre en vano:
 Tu militar denuedo
 Dió al hispano salud, al anglo miedo.....

—*Relación en que se individualizan la entrega de la Lámina que costó y consagró la muy noble villa de Oruro á la memoria de las dos gloriosas acciones ejecutadas en esta capital los días 12 de Agosto de 1806 y 5 de Julio de 1807.....* Buenos Aires, 1808. (Contiene varias inscripciones en verso.)

—*Sucinta memoria sobre la segunda invasión de Buenos Aires el mes de Julio de 1807.....* Buenos Aires, 1808. (Está en octavas reales, con largos comentarios en prosa.)

—*La reconquista de Buenos Aires por las armas de Su Majestad Católica.....* Silva, por D. Manuel Pardo de Andrade..... Reimpresa en Buenos Ayres..... Año de 1808.

De este mismo poeta gallego, que era oidor de Barcelona, hay otra composición al mismo asunto:

—*Derrota de los ingleses el 5 de Julio de 1807.* Silva, por D. Manuel Pardo de Andrade. Publicala el Real Consulado de la Coruña en obsequio de sus antiguos corresponsales y amigos, los valerosos habitantes de aquella leal y gloriosa ciudad. La Coruña, 1807.

—*El Triunfo Argentino.* Poema heroico en memoria de la gloriosa defeusa de la capital de Buenos Ayres contra el ejército de 12.000 hombres, que le atacaron los días 2 á 6 de Julio de 1807. Por D. Vicente López y Planes, capitán de la Legión de Patricios de la misma capital. En Buenos Aires. Año 1808.

—*Buenos Aires reconquistada, poema endecasilábico.* Por J. B. de Portegueda. (México, 1806, 4.º)

—*Oda á la gloriosa defensa de Buenos Ayres por los españoles en los días 5 y 6 de Julio de 1807. Dedicada al teniente de navio D. Manuel de la Iglesia y Darrac, su hermano.* Sin l. ni a. Imprenta de Quintana. (Es edición peninsular.)

—*Rimas en honor de la España.* Por D..... Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1817. Contiene un canto épico, *La invasión inglesa en la América meridional.* El autor de estas rimas fué D. Mariano Colón, Duque de Veragua.

—*Rasgo poético á los habitantes de Buenos Aires, en obsequio del valor y lealtad con que expelieron á los ingleses de la América Meridional el 5 de Julio de 1807.....* Reimpreso en Buenos Aires..... Año de 1808.

(Es un romance endecasilabo; su autor, D. Miguel Belgrano.)

Cubrid el suelo de arrayán y rosa;
 Que ya lleno de gloria
 Se acerca el capitán, y la victoria
 Imprime el pie donde su planta posa.
 Marte le dió la lanza,
 Virtud el cielo, la virtud templanza....

Más celebrado fué entonces, y más reputación tradicional ha conservado, aunque ciertamente no serán muchos los que en nuestros tiempos le hayan leído entero, el *Triunfo argentino*, interminable y prosaico romanzón endecasílabo de D. Vicente López y Planes, que tomó parte activa en aquella jornada como capitán de una compañía de voluntarios *patricios*. Tal circunstancia, á la vez que da valor histórico á su testimonio, explica el calor y la animación de algunos trozos en que el poeta, á pesar de su medianía, acertó á ser intérprete del sentimiento unánime y sincero de su pueblo. Por lo demás, el poema está lleno de reminiscencias virgilianas, especialmente del libro VII de la *Eneida*.

El Triunfo Argentino, aunque consagrado todavía á la gloria de las armas españolas, puede considerarse como el primer destello de la poesía patriótica argentina, puesto que lo que principalmente exalta es el heroísmo del pueblo de Buenos Aires. Cabalmente el mismo López Planes iba á ser uno de los prohombres de la revolución, ya como secretario del general Ocampo, en 1810, ya como diputado á la Soberana Asamblea de 1813, ya como ministro del dictador Pueyrredón, en 1816, ya como Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1827. Su nombre es principalmente famoso por ir unido al *Himno Nacional Argentino*, que puso en música el catalán D. Blas Parera. Este himno es el mejor de los cantados en América durante el pe-

riodo revolucionario, lo cual no quiere decir que sea una obra maestra, ni mucho menos. Desde luego, empieza con un verso que no lo es, si se pronuncia como es debido:

«Oíd, mortales, el grito sagrado.....»;

y hay otros varios también mal acentuados, cosa doblemente grave en una composición destinada al canto.

Pero en conjunto, esta *marcha* guerrera tiene viveza é ímpetu bélico. Se ve que el autor quiso imitar el canto de guerra que Jovellanos había compuesto para Asturias en 1811:

«Ved qué fieros sus viles esclavos
Se adelantan del Sella al Nalón,
Y otra vez sus pendones tremolan
Sobre Torres, Naranco y Gozón.»

.....

Y dice López remedándole:

«¿No los véis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y la Paz?....»

.....

Compuso López otras poesías de circunstancias, que, generalmente, valen poco (1). Quizá merezca exceptuarse una oda *Á la batalla de Maipo*, que no conocemos, pero de la cual dice Gutiérrez: «La composición que comienza, *Aquella ingrata noche había pasado*, es intachable entre las que se conocen de López.»

(1) En *El Correo del Comercio*, que publicaba en 1810 D. Manuel Belgrano, hay de D. Vicente López, una oda titulada *Delicias de la vida del labrador*.

Con él compartieron, en los días de la guerra, el oficio de poetas patrióticos, el sargento mayor de artillería D. Esteban Luca, D. Juan Crisóstomo Lafinur, y otros versificadores clásicos de menos nombre. Luca tenía más estro y dicción más poética que López; su *Canto lírico á la libertad de Lima* (1) contiene trozos de noble y majestuosa entonación en el género de Quintana; sus odas *Á la batalla de Chacabuco* y *Al triunfo de lord Cochrane en el Callao*, son ciertamente poesías de escuela, atestadas de fárrago mitológico y de invocaciones á Apolo y á las Musas, pero están versificadas con mucho vigor, y valen más que las de Fernández Madrid y otros colombianos y mejicanos que por entonces lograban efímera gloria, obscurecida del todo apenas resonó el canto victorioso de Olmedo. Á Lafinur le considera Gutiérrez como «el poeta romántico de esta época clásica» (romántico á la manera de Cienfuegos); y pondera mucho sus tres elegías á la muerte del general Belgrano, «por su pasión, por su abundancia y por su ter-

(1) Es aquél tan celebrado, que comienza:

«No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio.....»

Luca naufragó en el Río de la Plata, en Marzo de 1824, volviendo de Río Janeiro, sin que se pudiese encontrar su cadáver. Este fin trágico ha inspirado á Olegario Andrade su fantasía de *El Arpa perdida*, que termina con estos versos:

«Desde entonces el viajero
Oye en la noche plácida y serena,
Ó entre el rumor de la tormenta brava,
Como el eco de dulce cantilena
Que de lejos lo llama; -
Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino,
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata.»

nura casi filial»; pero de tales elogios hay que descontar bastante cuando se leen las celebradas elegías y se tropieza con versos de esta laya:

«Así la rosa, cuando dulce expira,
Descarga su fragancia en quien la mira.»

Lafinur, cuyo gusto no llegó á formarse nunca, era, al decir del mismo Gutiérrez, «uno de esos hombres de acción y de entusiasmo, cuyos escritos son inferiores á su talento y á su fama». En los veintisiete años de su vida, fué sucesivamente sochantre de la catedral de Córdoba, militar, periodista en Chile en colaboración con Fr. Camilo Enríquez, músico, y profesor de filosofía materialista, de cuyos errores abjuró después, muriendo como fervoroso cristiano (1).

Más notable también por su personalidad excéntrica y aventurera, por su raro talento y variedad de facultades, que por sus escritos, que fueron muy poco numerosos, se nos presenta otro argentino, D. Juan Antonio Miralla. Estudiante de medicina en Lima; comerciante en la Habana; amigo de Vargas Tejada y de Fernández Madrid, con quien fundó, en 1821, *El Argos*; conspirador contra España en Colombia, en Méjico y en los Estados Unidos, pasó la mayor parte de su vida fuera del

(1) La mayor parte de las poesías patrióticas de los autores citados hasta aquí, y de otros que omitimos, están recopiladas en una colección, ya muy rara, que se publicó en Buenos Aires durante la administración de Rivadavia:

«*La Lira Argentina, ó Colección de las Piezas Poéticas, dadas á luz en Buenos Ayres durante la guerra de su independencia. Buenos Ayres, 1824, 4.º, VII-515 páginas.*»

Muchas de ellas figuran en la *América Poética* de Valparaiso.

suelo natal, y murió en Puebla de los Ángeles en 1825 (1). Apenas queda de él ninguna obra original; pero hizo dos traducciones muy notables: la de las *Cartas de Jacopo Ortis*, de Hugo Fóscolo (publicada en la Habana en 1822, reimpresa en Buenos Aires en 1835), donde los pasajes de Dante y Alfieri que Fóscolo cita están puestos en verso castellano con notable propiedad y acierto; y la literalísima versión, casi improvisada, que en 1823 hizo de la elegía de Tomás Gray, *En el cementerio de una aldea*, hecha verso por verso, á pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas lenguas. Los demás intérpretes castellanos de esta elegía, entre los cuales se aventaja D. Enrique de Vedia, han tenido que acudir á la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo á cuerpo; y si no puede decirse que saliera siempre victorioso, porque era empresa casi imposible, á lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó á no perder nada del texto y á calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia. Como esta traducción, aunque bastante conocida en América, por haber sido reproducida en muchos periódicos de Méjico, Venezuela, Colombia y Buenos Aires, lo es muy poco en España, no estará de más

(1) Véase la biografía de Miralla por Gutiérrez, en el tomo x de la *Revista del Rio de la Plata*.

El poeta colombiano D. José María Salazar deploró la temprana muerte de Miralla en una elegía, á la cual pertenecen estos versos:

«Cuando más esperanza prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino:
Bajó la noche en la mitad del día.»

dar aquí alguna muestra de sus nerviosos y viriles versos, que no son la menor prueba de la concisión que cabe en nuestra lengua:

«So aquellos tilos y olmos sombreados,
Do el suelo en varios cúmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados
Duermen los rudos padres de la aldea.

.....

¡Cómo las mieses á su hoz cedían,
Y los duros terrones á su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!

Boato de blasón, mando envidiable,
Y cuanto existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro.

No los culpéis, soberbios, si en la tumba
La memoria trofeos no atesora,
Do en larga nave y bóveda retumba
Del alto honor la antifona sonora.

¿Volverá la urna inscripta, el busto airoso
El fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede á la adulación la sorda muerte?

Tal vez en este sitio abandonado
Hay pechos donde ardió celeste pira;
Manos capaces de regir Estados
Ó de estasiar con la animada lira.

.....

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia!
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa,
En un desierto exhala su fragancia!

Tal vez un Hámpden rústico allí yace
Que al tiranuelo del solar valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla,
De sangre patria un Cromwell inocente.

Oír su aplauso en el Senado atento,
Ruina y penas echar de su memoria,
La tierra henchir de frutos y contento,
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,
Su suerte les vedó; mas en su encono

Crímenes y virtudes dejó yertas,
 Vedóles ir por la matanza á un trono
 Y á toda compasión cerrar las puertas,
 Callar de la conciencia el fiel murmullo,
 Apagar del pudor la ingenua llama,
 Ó el ara henchir del lujo y del orgullo
 Con el incienso que la musa inflama.
 Lejos del vil furor, del lujo insano,
 Nunca en deseos vanos se encendieron,
 Y por el valle de un vivir lejano
 Su fresca senda sin rumor siguieron.»

Pero Miralla no hizo más que traducir, y aun esto como distracción de aficionado; y los demás versificadores hasta aquí mencionados gastaron todas sus fuerzas en la poesía de circunstancias políticas que, pasado algún tiempo, resulta tan enfática, y empalagosa. Digámoslo claro: antes de 1824 se habían hecho en Buenos Aires muchos versos, pero no había aparecido un verdadero poeta. El primero que entre los argentinos fué digno de este nombre, el que representó allí honrosamente la escuela clásica, colocándose, si no al nivel, á corta distancia de los Olmedos y Heredias de otras partes, fué Juan Cruz Varela, de quien hemos de hablar extensamente, no sólo porque el número y variedad de sus composiciones así lo exigen, sino porque la mayor parte de ellas son mejores para citadas á trozos que para figurar integras en una antología. Servirános de guía el minucioso, aunque por desgracia no terminado estudio que á la memoria de Varela dedicó su antiguo amigo D. Juan M. Gutiérrez, el cual compendia en estos rasgos la semblanza del hombre y del poeta: «Juan Cruz Varela jamás desmintió, ni en su conducta ni en sus escritos, que había nacido bajo la atmósfera inestable y eléctrica del Río de la Plata. Impresionable, apasio-

nado, devoto con firmeza á su credo social, despreocupado, entusiasta, abierto á las ideas nuevas, agudo, chistoso, ameno, tan diestro en herir como pronto para perdonar, reúne en sí todas las cualidades de la índole de sus compatriotas» (1).

Nació Juan Cruz Varela en Buenos Aires, el 24 de Noviembre de 1794, y comenzó á educarse en pleno periodo revolucionario, concurriendo desde 1810 á las aulas de Córdoba del Tucumán, donde en 1816 se graduó de Bachiller en Teología y Cánones. Su primera producción fué un poema en quintillas, imitación del *Lutrin* de Boileau, sobre un motín universitario que hubo en Córdoba. Pero su principal vocación no era la de la sátira, ni tampoco la de la poesía amorosa, que en su primera mocedad cultivó bastante, siguiendo, como todos, las huellas de Meléndez. Sus anacreónticas *Á Delia* y *Á Laura*, son frías, amaneradas é insípidas; pero en un poema erótico-mitológico, que tituló *Elvira*, compuesto también en su temporada de estudiante, y excluido luego (salvo algún fragmento) de la colección definitiva de sus poesías que corrigió en 1831, hay octavas muy bien hechas, que recuerdan las mejores de la *Silvia* de Arriaza, á quien indudablemente había tomado por modelo (2):

(1) *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan de la Cruz Varela.* (En los tomos I, II, III y IV de la *Revista del Rio de la Plata, periódico mensual de historia y literatura de América, publicado por Andrés Lamas, Vicente F. López y Juan María Gutiérrez* (Buenos Aires, 1871 y siguientes.)

(2) Es también imitación de Arriaza, aunque muy posterior (1872), la galante oda *Al bello sexo argentino*, especialmente en esta estrofa:

«Buenos Aires soberbia se envanece
Con las hijas donosas

«Tiemble la hermosa cuando sola al lado
 De su querido el corazón le lata;
 Que contra el ruego de un amante amado
 Es imposible que el rubor combata:
 El primer beso á la modestia hurtado
 El primer nudo del pudor desata,
 Y arrancada al pudor la primer hoja,
 Un hábito del aire la deshoja.....

.....
 Sola conmigo la adorada mía
 En las calladas horas se encontraba
 De una pesada siesta, y era el día
 Que amor para su triunfo reservaba:
 Nada nuestro silencio interrumpía;
 Nadie nuestros suspiros escuchaba;
 Que hasta el sordo ruido de las gentes
 Cesa en las horas del verano ardientes.

.....
 ¡Oh días de mi gloria! ¡Oh dulces horas
 Las que, testigos de mi amor, volaban!
 ¿Quién os creyera nunca precursoras
 De los días de horror que me esperaban?
 Pero, ¿cuándo las penas roedoras
 Con la quietud del corazón no acaban?
 ¿Cuál barquilla, que incauta se ha engolfado
 En el mar del amor no ha zozobrado?»

Pero su predilecto entre los poetas españoles de fines
 del siglo pasado fué, sin duda, el melancólico Cienfue-

De su suelo feliz; y así parece
 Cual rosal lleno de galanas rosas
 Que en la estación primaveral florece.
*Todas son bellas, y la mano incierta
 Que á la flor se adelanta,
 Una entre mil á separar no acierta
 Entre la pompa de la verde planta.»*

Arriaza había dicho en el poema *Emilia*:

«Y escogiendo fragancia y colorido
 En tantas flores párase indecisa;
 Mas codiciosa del botín florido,
 Son su despojo al fin cuantas divisa.»

gos, cuyo énfasis sentimental, sostenido por condiciones de excelente versificador, se asimiló en parte Juan Cruz, si bien guardándose de imitarle en las extrañezas de lengua. Esta derivación es visible en la elegía que Varela compuso en 1820 á la memoria de su padre; de ella son estos versos:

«¡Ah, memoria, memoria! La honda herida
Que en mi azorado pecho abrió tal golpe,
Todavía reciente, está sangrando.
Un giro apenas el planeta nuestro
Ha dado en torno al sol, desde la noche
En que bañado en mi copioso llanto
Y desgarrado el corazón, mil besos,
¡Últimos besos!, en la yerta frente
Dí al amado cadáver, y de pronto
De mis brazos amantes le arrancaron
Y le escondieron en la horrible huesa.

.....
¡Oh Señor de la vida y de la muerte!
¿Por qué no me escuchaste? Yo humilde
Mi faz cosía con el polvo negro,
Y te rogaba que el instante aciago,
Señalado al morir del padre mio,
Lentamente viniera, y tarde entrara
En la serie constante de las horas.
¿Por qué no me escuchaste, y en mis ojos
Perenne material de amargo llanto
Sin piedad has abierto? Si una sombra
De unirse había á las del reino obscuro,
¿Mi vida aquí no estaba? En flor yo hubiera
Á la tumba bajado, y ningún hijo,
Ninguna esposa, en mi morir pensara.»

Salía Varela de la Universidad con un buen fondo de cultura clásica. Ya entre sus ensayos de colegio hay versos latinos y una traducción de la elegía tercera del libro I de los *Tristes*, de Ovidio, en que cada dos dísticos del original están interpretados en una octava. Más

adelante tradujo con poca felicidad algunas odas de Horacio (1). Pero su más notable ensayo en este género, fué la versión de algunos libros de la *Encida*, con que entretuvo sus ocios de desterrado en 1829 y 1836. Sólo llegó á dejar limados y corregidos los dos primeros libros; y sólo el primero y algún fragmento del segundo, han sido impresos, que yo sepa (2). Están en endecasílabos libremente rimados; el estilo es puro y agradable, la versificación corre fácil y sin tropiezos; pero el uso frecuente de los pareados quita á esta versión dignidad clásica, y, por otra parte, el trabajo tiene visos de improvisación, y no siempre es fiel á la letra, ni menos al espíritu de Virgilio. El encuentro de Eneas con su madre en el libro primero, y la muerte de Laoconte en el segundo, son de los trozos mejor traducidos. El intérprete comprendía bien las dificultades de su tarea, y tenía sobre el arte de traducir muy sólidos principios, que expuso en una carta de 29 de Abril de 1836 á su antiguo Mecenas, D. Bernardino Rivadavia: «Mi sistema de traducir á Virgilio (decía), no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y aun usar sus mismas palabras en

(1) Están en los números 40, 41, 42 y 51 de *El Patriota*, de Montevideo, y son las siguientes:

Pastor cum traheret (un romancillo muy pobre).

Parcus Deorum cultor et infrequens (otro romance menos malo que el anterior).

Cælo Tonantem (endechas).

Mecenas atavis (endechas). Esta última es la más aceptable de todas.

Gutiérrez, en la *América Poética*, dice que Varela llegó á traducir la mayor parte de las odas de Horacio; pero no sé que se hayan impreso más que las citadas.

(2) En la *Revista del Río de la Plata* (1874).

Varela hizo otras diversas traducciones del latín, del italiano y del francés, entre ellas *La Matrona de Éfeso*, cuento de Lafontaine. La copia Gutiérrez.

cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas que cuando se traduce presenta la versificación» (1).

Si Varela, considerado como traductor, no pasa de la medianía á pesar de su buen gusto y sólidas humanidades, resulta muy superior á sí mismo, cuando en vez de traducir imita, inspirándose libremente en los modelos antiguos, especialmente en Virgilio. Los versos más virgilianos de Juan Cruz no son los de su traducción de la *Eneida*, sino los de su tragedia *Dido*, que es una adaptación dramática del libro iv del poema, siguiéndole á veces casi á la letra, pero con mucha pasión y mucho fuego, especialmente en los monólogos de la infortunada reina de Cartago. Tratándose de obra tan olvidada y difícil de conseguir, no creemos inútil reproducir algunos versos, ciertamente notables:

DIDO.

«Me miró, me incendió, y el labio suyo
Trémulo hablando del infausto fuego
Que devoró su patria, más volcanes
Prendió con sus palabras aquí adentro

(1) Juzgaba con dureza las traducciones anteriores, así en castellano como en otras lenguas: «La de Hernández de Velasco, no puede ser más defectuosa y ridícula; ni aquellos son versos, ni allí hay poesía ni el más ligero remedo de estilo de Virgilio.... Existen también en prosa los seis libros primeros de la *Eneida*, mal atribuidos á Fr. Luis de León, y esta prosa es de lo más insoportable que puede leerse. La traducción de Iriarte, mirándola sólo por lo textual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta; en lo demás no se parece á Virgilio.... En Delille se advierte á cada paso con sentimiento que están completamente alteradas las formas antiguas, y vestidos á la moderna, si es lícito expresarse así, no sólo el poeta que celebró á los héroes de la *Eneida*, sino los mismos héroes celebrados.»

Salvo el excesivo rigor con Hernández de Velasco (en cuyo trabajo hay que distinguir la parte que está en verso suelto, y es casi siempre floja y desaliñada, de la parte compuesta en octavas, donde á veces se muestra poeta) todos estos juicios son de exactitud incontestable.

Que en el silencio de traidora noche
 Allá en su Troya los rencores griegos.
 Amor y elevación eran sus ojos;
 Elevación y amor era su acento.
 Y al mirar, y al hablarme, yo bebía,
 Sedienta de agradarle, este veneno
 En que ya está mi sangre convertida,
 Y hará mi gloria y mi infortunio eterno.

.....
 Testigo ha sido de mi unión el cielo:
 En el fuego del rayo que cruzaba
 Prendió su antorcha el plácido Himeneo;
 Fué nuestro altar un álamo del bosque,
 Y la selva frondosa nuestro templo.»

Todavía hay más arranque patético en las imprecaciones de Dido próxima á la muerte:

«La ambición es tu Dios: te llama; vuela
 Donde ella te arrebató, mientras Dido
 Morirá de dolor, sí; ¡pero tiembla!
 Tiembla, cuando en el mar el rayo, el viento,
 Y los escollos que mi costa cercan,
 Y amotinadas las bramantes olas
 En venganza de Dido se conmuevan.
 Me llamarás entonces; pero entonces
 Morirás desoido. Cuando muera
 Tu amante desolada, entre los brazos
 De tierna hermana expirará siquiera,
 Y sus reliquias posarán tranquilas
 Y bañadas de llanto en tumba regia;
 Pero tú morirás, y tu cadáver,
 Al volver de las ondas, será presa
 De los marinos monstruos, é insepulto,
 Ni en las mansiones de la muerte horrenda
 Descansarán tus manes. Parte, ingrato;
 No esperes en Italia recompensas
 Hallar de tu traición: parte; que Dido
 Entonce al menos estará contenta,
 Cuando allá á las regiones de las almas
 De tu espantable fin llegue la nueva.»

No por su contextura dramática, que es floja, pero sí por los méritos de su robusta versificación, es la *Dido* la primera tragedia argentina digna de ser citada. De la *Siripo* de Labardén no queda más que el título y la fama; y bien puede decirse que el teatro fué insignificante en Buenos Aires hasta 1823 en que apareció esta obra. Inútiles habían sido los esfuerzos de cierta *Sociedad del Buen Gusto*, creada en 1817, para fomentar los espectáculos escénicos, de la cual formaron parte Luca, López Planes, D. Bernardo Vélez y el fraile Camilo Henríquez, que ciertamente no parecía llamado á iniciar en el buen gusto á nadie. Algunas traducciones y algunas piezas de circunstancias fué todo lo que esta asociación produjo, y casi todo ello ha perecido sin dejar rastro: la *Fornada de Maratón*, traducida del francés por D. Bernardo Vélez; la *Camila*, del fraile Enriquez; *La Quincallería*, comedia imitada del inglés por D. Santiago Wilde; *La Revolución de Fupac-Amaru*, del Dr. Lafinur, con intermedios de música; el *Aristodemo*, de D. Miguel Cabrera Nevares; el *Philippo*, de Alfieri, traducido en verso por D. Estéban Luca «con fidelidad y maestría notables» (al decir de Gutiérrez); y finalmente, una tragedia anónima, basada en el famoso libelo *Cornelia Bororquia*, en que se pintaba la Inquisición en la plenitud de sus sombras (según expresión de C. Henríquez), es todo lo que se cita en este repertorio.

No fué la *Dido* el único ensayo dramático de nuestro poeta. Al año siguiente (1824) publicó la *Argia*, tragedia por el corte de las de Alfieri (1) y de sus imitadores

(1) J. Cruz Varela había traducido en prosa la *Virginia*, Ms. que poseía Gutiérrez.

castellanos Cienfuegos y Solís. El *Polinice* y la *Antígona*, del ceñudo trágico piamontés, fueron las principales fuentes de esta composición, según el mismo Juan Cruz declara en el prólogo. Y no imitó sólo el argumento; imitó también la dicción y el estilo. Los versos de la *Argia* son menos armoniosos y elocuentes que los de la *Dido*, pero tienen, en su áspera concisión, un corte más propio del diálogo dramático. Gutiérrez expresa de una manera elegante y pintoresca, aunque algo retórica, este contraste entre la versificación de ambas tragedias: «La de *Argia* no es, como la de *Dido*, una agua que corre por pendientes esmaltadas de flores, sino un torrente de odio y sangre que se estrella bramando contra caracteres de granito. El período es corto, la frase contenida, el movimiento frecuente y áspero, y el verso suena al oído como hierro que se quebranta, ó como cedro que estalla devorado por las llamas.»

Ni la *Dido* ni la *Argia* son recomendables como piezas de teatro (1), sino como obras abundantes en bellezas líricas. Porque lírico era el numen de Juan Cruz, y en ninguna parte brilló tanto como en sus odas, aunque sean de muy desigual mérito. Abundan entre ellas, como era de recelar dado el tiempo, los cantos patrióticos con título kilométrico, más propio que de poesía, de boletín ó de gaceta: *En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando en los llanos*

(1) Mármol, que nada tenía de clásico ni tampoco de unitario en el sentido en que se aplicaba esta calificación á los partidarios de Rivadavia, se divierte en parodiar en su novela *Amalia* algunos pasos de la *Dido* y de la *Argia*.

del rio Maipo, el día 5 de Abril de 1818; Á la muerte del Excmo. Sr. General D. Manuel Belgrano, acaecida en Buenos Aires en el mes de Junio de 1820; Á la libertad de Lima por las armas de la patria el día 10 de Julio de 1821. En conjunto ninguna de ellas merece grande alabanza, y no es extraño que hayan muerto con las circunstancias que las inspiraron, pero en todas hay trozos de noble entonación y buen lenguaje, que dan indicio de la sana educación literaria del autor, testificada de vez en cuando por hábiles imitaciones ú oportunas reminiscencias de los poetas antiguos, especialmente de Horacio (1).

(1) Obsérvese, por ejemplo, la fácil y noble elevación de los primeros versos del canto *por la libertad de Lima*, que recuerdan inmediatamente aquellos otros de Horacio (od. IV, carm. IX):

*«Vivere fortes ante Agamemnona
Multi: sed omnes illacrymabiles
Urgentur, ignotique longa
Nocte, carent quia vate sacro.....»*

«Sólo es dado al poeta y á los dioses
Sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora
Á Eneas y sus hechos conociera?
¿Quién de Priamo, triste, los atroces
Dolores, y la llama asoladora
De su infeliz ciudad, si no viviera
La Musa de Marón? Y sin Homero,
¿Qué fuera ya de Aquiles?.....»

En la elegía á la muerte del general Belgrano leemos estos otros, que proceden, sin duda, de la oda XXIV del lib. I:

*«Non vanae redeat sanguis imagini
Quam virga semel horrida
Non lenis precibus fata recludere,
Nigro compulerit Mercurius gregi.
Durum! Sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas.»*

«Pero en vano: el camino de la Parca
Nunca más se atraviesa;
Y si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa;
Que al reino del espanto
Ni penetra el clamor ni llega el llanto.»

Son de advertir también en algunas de estas composiciones la soltura y la maestría que Juan Cruz Varela llegó á adquirir en el verso suelto; ya por el aprovechado estudio que hizo de los italianos, especialmente de Monti, de quienes aspiró á imitar el suave y ondulante movimiento del periodo poético, y aquellas que Gutiérrez llama «armonísimas curvas por entre el pensamiento, el colorido y la imagen»; ya por el influjo, persistente siempre en él, de Cienfuegos, á quien en medio de todos sus extravíos de gusto, no puede negarse el mérito de haber vuelto á infundir en el endecasílabo castellano la plenitud y el número que había perdido (1). Juan Cruz repetía hasta las imágenes predilectas de Cienfuegos, los trozos semirománticos en que abunda: «el tiempo, despeñando los siglos hacinados; el límite espantable del imperio de la muerte», pero al verterlas en su estilo, les imprimía cierto sello de facilidad graciosa, que contrasta con la manera violenta y atormentada de su modelo, mayor poeta que él, sin duda, pero menos disciplinado.

La imitación de Cienfuegos cedió el paso á la de

(1) Son enteramente versos de la escuela de Cienfuegos, más todavía que de la de Quintana á pesar de la reminiscencia inicial, estos de Juan Cruz Varela, que como tipo cita su biógrafo:

«Yo ví de blonda mies la rubia espiga
 Moverse al viento en el dorado campo;
 Y henchido de esperanzas al colono.
 Nublóse el sol, entristeciése el éter
 Y el Aquilón bramó; granizo á ríos
 Del seno aborta la preñada nube,
 Y aborta destrucción; sus diques rompe
 El arroyo vecino, y muere á un tiempo
 Su mies con su esperanza. y otro día
 Inconsolable el infelice padre
 Llorará sobre el rostro macilento
 De los hijuelos cuando el pan le pidan.....»

Quintana en las poesías de la última y más característica manera de Juan Cruz Varela: en la serie de odas menos políticas que sociales que empezó á escribir en tiempo de la administración de Rivadavia, de quien fué, más que amigo, colaborador entusiasta. Varela fué el poeta clásico del partido *unitario*: sinónimo en Buenos Aires de una tentativa, quizá prematura y teórica, de cultura europea, que por entonces estuvo á punto de fracasar ante el salvaje impulso de las hordas casi nómadas, que obedeciendo al movimiento de desorganización traído por la guerra, se desbordaron desde la inmensa llanura sobre la capital, implantando allí los hábitos del caudillaje del desierto. Durante aquel breve intervalo de paz y cándidas esperanzas, en que Rivadavia gobernó como un filántropo del siglo pasado, como un Turgot ó un Campomanes; Juan Cruz Varela, asociado á sus planes, y aun iniciador de algunos de ellos, no sólo defendió su política en *El Mensajero Argentino*, en *El Tiempo*, en *El Centinela* y en *El Porteño*, sino que transportó á sus versos el pensamiento de la reforma de Rivadavia, y se convirtió en una especie de comentador poético de ella. No hubo decreto del Presidente en pro de la general cultura, que no se viese enaltecido con versos suyos, generalmente buenos, á pesar de lo árido y prosaico de algunos de estos temas de literatura administrativa: odas *á la libertad de la prensa*, *á la erección de la Universidad*, *al establecimiento de la sociedad filarmónica*, *á una distribución de premios de la Sociedad de Beneficencia* y, finalmente, *á los trabajos hidráulicos ordenados por el Gobierno*. «Canto lleno de originalidad (dice Gutiérrez), en el cual el talento del autor ha hecho brotar poesía de

entre las severas nociones de la economía política y de las ciencias aplicadas.» Pero la más brillante de estas composiciones es la oda *Á la libertad de imprenta*. Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto (1), no hubiera desdeñado algunos versos de esta composición; la cual peca, no obstante, de discursiva y poco férvida, aun en la expresión del sincero entusiasmo que el autor sentía por el progreso humano (2). El es-

(1) «De Gutenberg nació. Quintana sólo
Supo cantar su nombre;
Quintana, el hijo del querer de Apolo;
Quintana, el inventor del nuevo canto,
Á quien sólo se diera
Que de su lira al pasmador encanto,
Digno de Gutenberg su verso fuera.»
.....

(2) Algunos versos darán muestra del estilo de este olvidado canto, que tiene alguna curiosidad, aunque sólo sea por su título y por la terrible comparación que suscita:

«Él inventó la imprenta, y de la muerte
Hizo triunfar con su invención al hombre,
Y ató todos los tiempos al presente.
.....
Así la ilustración, como la llama
Del sol irapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro sin cesar revive,
De un siglo en otro permanente dura.
.....
Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su mano osada,
Y el metal que se encierra
En las hondas entañias
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebató con sudoroso anhelo
Á la caverna obscura
Do plugo sepultarla á la natura.
El campo alnorozado
Vió transformar el no pulido fierro
En surcador arado,
Y una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó, de guerra impía,
La maldecida trompa;
.....
Y la sangre humeante discurriera
Por entre el surco del arado abierto.»

collo inevitable de esta poesía es el de caer en estilo de preámbulo de ley ó de artículo de fondo; y si el gran Quintana no acertó siempre á salvarse de la plaga de los lugares comunes filosóficos y humanitarios, calcúlese lo que habrá acontecido á sus imitadores, aun teniendo algunos de ellos la discreción y buen gusto que nunca abandonan del todo á Juan Cruz Varela.

Y con esto llegamos al más celebrado de sus poemas líricos, al *Triunfo de Ituzaingó*, con que en 1827 ensalzó la memorable batalla en que el ejército aliado de argentinos y uruguayos, al mando de D. Carlos Alvear y del almirante Brown, triunfó de 12.000 soldados brasileños, entre los cuales había una legión de infantería alemana. Este larguísimo canto, imitación evidente del de Olmedo á la batalla de Junín, obtuvo el aplauso de los mejores humanistas de aquel tiempo. Don José Joaquín de Mora, que por entonces redactaba, bajo los auspicios de Rivadavia, la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (1), decía en su número de 5 de Abril: «El autor de este poema es uno de los pocos americanos que cultivan con éxito el lenguaje de las Musas. Exposición grandiosa, movimientos líricos, giros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que lucen en el poema.» D. Andrés Bello, crítico más severo y docto que Mora, juzgó la obra en el *Re-*

(1) Mora había llegado al Río de la Plata, en Febrero de 1827, acompañado del erudito italiano Pedro de Angelis, que había sido preceptor de los hijos del rey Joaquín Murat, y que luego prestó tan buen servicio con su colección de documentos relativos á aquella parte de la América del Sur. Mora y Angelis juntos redactaron dos periódicos *El Conciliador* y *La Crónica*, y fundaron también juntos un Colegio. Pero al año siguiente cayó Rivadavia, y Mora pasó á establecerse á Chile, como ya queda referido.

pertorio Americano, de Londres, en términos, no tan generales, pero casi igualmente honoríficos: «Entre la multitud de obras poéticas que se han publicado en América durante los últimos años, se distingue mucho la presente por la armonía de los versos, por alguna más corrección de lenguaje de la que aparece ordinariamente en los escritos americanos, y por la belleza y energía de no pocos pasajes.» Citaba Bello, como de los mejores, estos diez versos de la introducción (que á la verdad hoy nos parecen bastante declamatorios), en que el poeta se transporta á las edades venideras para presenciar en ellas la gloria de su patria y de su héroe.

«Las barreras del tiempo
 Rompió al cabo profética la mente;
 Y atónita se lanza en lo futuro,
 Y á la posteridad mira presente.
 ¡Oh porvenir impenetrable, obscuro!
 Rasgóse al fin el tenebroso velo
 Que ocultó tus misterios á mi anhelo.
 Partióse al fin el diamantino muro
 Con que de mi existencia dividías
 Tus hombres, tus sucesos y tus días.»

El gran defecto del poema es la hinchazón continua, aquella satisfacción infantil y seudopatriótica, aquella hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos, que infestaba entonces los versos y hasta la prosa oficial de los documentos americanos. ¿Quién no se ha de reir, por ejemplo, cuando oye á Juan Cruz Varela afirmar muy en serio que después de la victoria de Ituzaingó no quedará en el mundo memoria de griegos ni de romanos, y que sólo *la República Argentina* se salvará de la ruina de las edades «en las líneas fatidicas del verso y en páginas eternas?»

«No suenan las Termópilas, los llanos
De Maratón no suenan;
Platea y Salamina,
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe.

.....
Esos nombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvear y Brown los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos
Enseñan á los Reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.»

Semejantes extremos no hacen más que amenguar la indisputable grandeza de aquel hecho, que por el número y calidad de las fuerzas que á él concurrieron se eleva bastante sobre el ordinario nivel de las batallas americanas. Fué el último y más glorioso canto de la epopeya argentina, y en él hicieron el más bizarro alarde de su brío aquellos soldados curtidos por la guerra de la Independencia, en Tucumán, en Salta y en Maipo, de quienes en noble tono dice el poeta:

« que llevaron
Triunfantes sus banderas
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones;
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.....»

El poema es muy desigual, y no podía menos de serlo, dados su extensión y el afán de detallar con minuciosidad de gaceta todas las peripecias de la batalla; pero campea en todo él una franqueza de ejecución que hace agrada-

ble su lectura. Es fácil entresacar trozos en que la locución corre limpia y animada (1); pero otros muchos son pura prosa, ó pecan por exceso de frases hechas y sobrecarga de epítetos vulgares, ó parecen centones de versos de otros poetas (2); y como además en toda la composición hay plaga de sinéresis indebidas é importunas asonancias, no lucen tanto como debieran las bellas descripciones del choque de las tropas argentinas con las brasileñas cuando, caído el intrépido Brandzen, jura Alvear vengar su muerte; ó del incendio horrible y rapidísimo de la árida yerba del seco campo en medio de la batalla, á la cual puso lúgubre y fantástico complemento.

(1) Por ejemplo, la estancia que comienza:

«Alzóse Brown en la barquilla débil;
Pero no débil desde que él se alzara.»

.....

Ó la invectiva contra los auxiliares alemanes, que no querían descender á batirse en las llanuras.

¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y á la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron
En demanda de gloria y de laureles?

.....

¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así acosada
Del veloz cazador tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura,
Y aun su pavor conserva
Ya del venablo y el lebrél segura.»

(2) Por ejemplo, *las bóvedas espléndidas del cielo*, que es un verso de Quintana; ó aquel otro famoso de Vaca de Guzmán en *Las Navas de Cortés*:

«Pero tienen valor: son españoles.....»

que Juan Cruz se apropia con esta sencilla y patriótica variante:

«Pero tienen valor: son *argentinos*.»

Este valiente ensayo épico-lírico no fué el último laurel de la corona poética de Juan Cruz Varela, por más que envuelto después de 1826 en el torbellino de la discordia política, arrastrado de prisión en prisión, amagado por el puñal de los asesinos, y, finalmente, desterrado en Montevideo y en la isla de Santa Catalina, pudo ya escribir muy pocos versos en aquel período de lucha terrible que se cerró con la temprana muerte del proscrito en 24 de Enero de 1839 (1). Aunque clásico siempre, se mostró benévolo con las primeras tentativas románticas: saludó con júbilo la aparición de los *Consuelos*, de Echevarría, y él mismo no dejó de buscar, si bien timidamente, nuevos rumbos líricos, aun dentro de lo clásico, cambiando, por ejemplo, la imitación de Quintana por la de Horacio en alguna oda sáfica; y arrojándose en la última y más bella de sus composiciones, en la inspirada y vehemente invectiva contra Rosas, que tituló *El veinticinco de Mayo de 1838*, á remedar el estilo y el metro del primero de los coros del *Adelchi*, de Manzoni.

«Dagli atrii muscosi, dai fori cadenti.....»

Después de este poeta, sin duda el más notable del primer período de la literatura argentina, puede hacerse rápida memoria de su hermano menor D. Florencio Varela, que más que al mérito muy relativo de sus versos, entre los cuales sobresale la oda *Á la Concordia* («¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!»), debe su

(1) No existe, que yo sepa, colección impresa de sus poesías. Él las había recogido en sus últimos años, corrigiéndolas mucho, y este manuscrito pasó á poder de su hermano D. Florencio. (Véase el estudio de Gutiérrez.)

celebridad á la prosa política, y sobre todo á su trágica muerte á manos de los sicarios de Rosas (1).

Próximos ya á las fronteras de la época romántica, conviene hacer aquí breve pausa para saludar, lejos de las orillas del Plata, á un clásico escritor, nacido en Buenos Aires, el cual, aunque pertenece á la literatura general de España, y no á la particular de América, y aunque por haber residido desde su infancia entre nosotros, tuvo más de madrileño que de argentino, nunca olvidó el lugar de su cuna, y se preció siempre de *americano-español* (2), simbolizando en su persona el perenne lazo espiritual entre las colonias emancipadas y la

(1) *El día de Mayo, dedicado al pueblo oriental. Por Florencio Varela, ciudadano de Buenos Aires. Montevideo, 1820. Contiene cinco piezas tituladas: El veinticinco de Mayo.—Al Estado oriental del Uruguay.—Á la Concordia.—Al restablecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo.—Al bello sexo oriental.*

En la *América Poética*, de Gutiérrez, hay dos composiciones no incluidas en este folleto: *La anarquía.—Á la hermandad de la Caridad de Montevideo.*

(2) En unos versos de álbum decía en 1857:

«La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa:
Suyo fui; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció,
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando,
Calló mi musa afligida,
Hoy que á coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
A la América su hermana;
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano español,
A la clara luz del sol
La unión venturosa canto.
Ven, inspiración divina;
Que ya á mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina.»

metrópoli. Sería impertinente aquí un trabajo extenso y formal sobre D. Ventura de la Vega (1807-1865), no sólo porque este insigne autor estuvo fuera de la corriente de la literatura argentina, sino porque su biografía ha sido primorosamente trazada, con rasgos familiares y anécdotas juveniles que la dan extraordinario precio, por uno de sus amigos y camaradas de estudios, venerable Director hoy de nuestra Academia (1); y sobre sus obras dramáticas y líricas han recaído ya fallos magistrales y definitivos (2), que por nuestra parte sería temeridad someter á nueva revisión, ni menos contradecir en cosa sustancial. Ventura de la Vega ha pasado ya á la categoría de los clásicos modernos, y aunque puede haber diversos pareceres sobre el mérito relativo de tal ó cual obra suya, y sobre la preferencia que á una ó á otra debe asignarse, el sufragio de la crítica puede decirse unánime en tenerle por el más correcto, atildado y pulcro, por el más académico, en suma, de todos los artistas literarios de la generación á que perteneció.

Su verdadera gloria está en la poesía dramática; pero en la lírica tiene, aunque con menos perfección y amplitud, cualidades muy análogas: el mismo respeto á la forma, el mismo acicalamiento de versificación, la misma tersura y nitidez de estilo con que á veces llega á simu-

(1) Véase en el tomo II de las *Memorias de la Academia Española* (1870), páginas 434-467, el *Elogio fúnebre de Ventura de la Vega*, por el señor Conde de Cheste.

(2) Son los más extensos é importantes el discurso de D. Patricio de la Escosura, en sesión pública inaugural de la Academia Española en 1870, y el *Estudio biográfico-crítico*, escrito por D. Juan Valera en la colección que lleva por título *Autores dramáticos contemporáneos*, reimpresso después separadamente.

lar la efervescencia de la vida poética que nunca es en él muy intensa, y el sentimiento que nunca es muy profundo. Su cultura clásica, superficial sin duda, pero sana, unida á un exquisito buen gusto, que parece haber sido en él casi innato aunque luego se desarrollase con las enseñanzas y los consejos de Lista, le dieron desde muy temprano la perfección negativa, esto es, la ausencia de defectos monstruosos y palpables, tales como los que en torno suyo cometía á diario la escuela romántica. Su estró lírico no era muy vigoroso, y por consiguiente, no le fué difícil encerrarle en un cauce fácil y ameno (semejante al del *Pusa* descrito por él), donde la vista se recrea en la transparencia de las aguas sin buscar misterios en el fondo. Todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia: no se puede dar una poesía de salón más amena ni más ingeniosa: nadie ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo esto es tan efímero como las flores ó los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida cuando son tan pocos, á lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo (1).

(1) Antes de pasar adelante, advertiremos que es muy incompleta la colección de *Obras poéticas de D. Ventura de la Vega* (Paris, 7, Claye, 1866), publicada con elegancia tipográfica que está muy en armonía con el género de producciones que contiene. Sin salir de la sección de poesías líricas, echo de menos las siguientes, prescindiendo de otras muchas de corta extensión, que podrán hallarse registrando periódicos: *Oda á la reina María Cristina*, que comienza: «¡Que calle yo!.... cuando gozoso en torno»—Octavas leídas en el teatro del Príncipe la noche del 13 de Junio de 1834, en solemnidad de la promulgación del Estatuto Real.—*La Revelación* (quintillas), 1835.—

Lo que falta en la mayor parte de las composiciones sueltas de Ventura (y hablando de tal ingenio, puede decirse sin reparos la verdad entera) es personalidad lírica, ímpetu varonil, entusiasmo sincero, pasión hondamente sentida por algo divino ó humano. Sé que pueden

Á D. Carlos Latorre, en el papel de «Oscar».—*El entusiasmo, oda à Adelaide Tossi, cantando el «Último día de Pompeya»*. (Muchos versos de esta oda fueron utilizados luego en 1838 para otra presentada en nombre del Liceo á la reina D.^a Cristina: esto de plagiarle á sí mismo prueba la poca espontaneidad con que el poeta trabajaba.)—*Oda à la defensa de Sevilla*, premiada en público certamen, abierto por D. José de Salamanca, 1844.—*El hambre, Musa diez*, sátira contra el *Panlèxico*, ó Diccionario de la lengua castellana, por D. Juan López Peñalver, 1842. Esta sátira fué contestada con otra mucho más virulenta, pero no menos bien versificada, por D. Juan Martínez Villergas.—El libro I de la *Eneida*, que luego se citará. Todo esto sin contar con muchos sonetos y otras piezas fugitivas, que no puedo precisar ahora.

Algunas composiciones muy poco conocidas de la primera época de Ventura, están en el raro tomito titulado *Rimas americanas*, publicadas por don Ignacio Herrera Dávila. Habana, 1833.

De comedias originales en todo ó en parte, faltan *Los Partidos* (1843), *El plan de un drama ó la conspiración*, improvisación de Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros (1835).—*Un clavo saca otro clavo*, en colaboración con Ariza y Rubi (1850).—*Los dos camaradas*, drama póstumo, que debía ser principio de una trilogía acerca de Cervantes.

Sin pretender apurar el catálogo de sus traducciones ó arreglos dramáticos, creo de alguna curiosidad apuntar los que recuerdo, ordenándolos en lo posible por fechas. En muy pocos consta el nombre del autor original, ni yo conozco bastante el repertorio francés de ese tiempo para precisarlo. Pero el autor principalmente explotado por Ventura, fué Scribe, sin disputa.

El Testamento (1831).—*La Expiación* (1831).—*La Máscara reconciliadora* (1831).—*Shakespeare enamorado*, de A. Duval (1831).—*Acertar errando, el cambio de diligencia* (1832).—*Hacerse amar con peluca, ó el viejo de veinticinco años*, de Scribe (1832).—*Las Copas*, de Scribe (1833).—*Un Ministro* (1834).—*El Tasso*, de A. Duval (1835).—*Marino Faliero*, de Casimiro Delavigne (1835).—*Jacobo II* (1837).—*La mujer de un artista* (1838).—*La segunda Dama Duende*, imitada de *Le domino noir*, de Scribe (1838).—*El Rey se divierte*, de Víctor Hugo (1838).—*Una ausencia* (1840).—*Mateo ó la hija del Españolito* (1840).—*Una boda improvisada* (1841).—*Un secreto de estado* (1841).—*Marcelino el tapicero* (1841).—*Memorias de un coro-*

alegarse excepciones; pero son tan pocas, que por el momento sólo recuerdo una, aunque bellísima y llena de fuego, *La Agitación*, que es una ráfaga romántica; quizá pueda añadirse la oda política *Á mis amigos*, escrita en 1830, tributo pagado á ciertos hervores revolucionarios que nunca volvió á sentir el autor, y que eran de todo punto contrarios á su índole y temperamento. Todo lo demás son versos de encargo en que ha entrado la cabeza, pero no el corazón del poeta. Es cierto que su buen gusto no le permitía hacer versos por el mero capricho de hacerlos; así es que ninguna de sus poesías puede tacharse de vacía de contenido: mu-

nel (1841).—*El Hijo de la tempestad; Larga Espada el Normando*, de Bouchardy (1841).—*El héroe por fuerza* (1841).—*El Hombre más feo de Francia* (1841).—*Amor de madre* (1841).—*Jusepo el Veronés* (1841).—*La Sociedad de los Trece* (1841).—*Los dos solterones* (1841).—*Los perros del monte de San Bernardo* (1841).—*El Honor español* (1841).—*Á muerte ó á vida ó la Escuela de las coquetas* (1842).—*El Galán duende* (1842).—*El Castigo de una madre* (1842).—*El Corsario* (1842).—*El Juglar* (1842).—*El Primito* (1842).—*Fabio el Novicio ó la predicación* (1842).—*Gaspar el Ganadero* (1842).—*La Escuela de los periodistas* (1842).—*La Familia improvisada* (1842).—*La vuelta de Estanislao*, de Scribe (1842).—*Las Memorias del Diablo* (1842).—*Los Independientes* (1842).—*Llueven bofetones* (1842).—*Mi honra por su vida* (1842).—*Noche toledana* (1842).—*Otra casa con dos puertas.....* (1842).—*Perder y cobrar el cetro* (1842).—*Por él y por mí* (1842).—*Quince años después ó el campo y la corte*, de V. Ducange (1842).—*Retascón barbero y comadrón*, de Scribe (1842).—*El Pozo de los enamorados* (1843).—*El Diplomático* (1844).—*La Calumniá*, de Scribe (1844). Había dos traducciones anteriores, una de ellas del poeta catalán Carbó.—*La Farsa*, comedia de Scribe titulada en su original *Le Puff* (1848).—*La Duquesita* (1848).—*El Tío Tavarira* (1848).—*¡Fortuna te dé Dios, hijo.....!* (1848).—*Adriana de Lecouvreur*, de Scribe y Legouvé (1850).—*El Fuego del cielo* (1851).—*Un hablador sempiterno* (1859).—*Bruno el Tejedor*.—*Cada oveja con su pareja*.—*Cazar en vedado*. Hay que añadir los libretos de las zarzuelas *Jugar con fuego* (1853) —*La Cisterna encantada* (1853).—*El Marqués de Caravaca* (1854).—*Estebanillo* (1855).—*El Planeta Venus* (1858); y, finalmente, *El Diablo predicador*, libretto de una ópera del maestro Basili, é imitación de la antigua comedia española del mismo título (1846).

chas de ellas están inspiradas por grandes acontecimientos políticos que conmovieron la faz de España y que debían de interesar al autor como á todo ciudadano; otras expresan delicados afectos de amistad y galantería, que dejan ver en el poeta el hombre de mundo perfecto, como sin duda lo fué; pero en todas, si bien se mira, no sólo viene el impulso de fuera (que esto es compatible con la más intensa emoción lírica, y en cierto modo es inseparable de ella), sino que el poeta no lo mezcla con nada íntimo suyo, no le infunde ninguna partícula de su alma, y por eso su poesía resulta exterior, aunque admirablemente cincelada; y tiene algo como de juguete. Vega permanece frío, no por serenidad clásica, sino por frivolidad mundana ó retórica, lo cual es cosa muy diversa. Compáresele, no ya con los líricos románticos, sino con sus inmediatos precursores clásicos, con los que fueron sus maestros, con Gallego, con Quintana, con el mismo Lista en ocasiones; y se verá palpablemente lo que quiero decir; y se comprenderá por qué no han envejecido *el Dos de Mayo* y la *elegía á la muerte de la Duquesa de Frías*, al paso que pocos recuerdan las octavas de intachable factura con que Ventura de la Vega cantó la vuelta de Fernando VII de Cataluña en 1828; ó las innumerables y elegantísimas odas que dedicó á la reina Cristina en todos los grandes momentos de su regencia; ó los que escribió en loor de los defensores de Sevilla contra el regente Espartero en 1843; ó los que posteriormente le inspiraron los triunfos de nuestra guerra de Africa, ó el nacimiento del Principe Imperial de Francia. Todo ello es bueno en su línea, y Vega procedió con demasiado rigor (si ya no es que obedeciese á consideraciones ajenas al arte), excluyendo de su colec-

ción muchas de estas piezas de circunstancias, que empiezan á ser inasequibles. Con mucho mejor gusto y menos espontaneidad tiene, en esta sección de sus obras, algún parecido con Arriaza, á quien puede decirse que sucedió en su puesto de poeta áulico, entendida esta calificación en el más noble sentido posible; puesto que lo mismo en Vega que en su predecesor, la poesía oficial y cortesana estuvo siempre en armonía con las honradas convicciones del poeta, que había nacido para frecuentar palacios y para cantar á los reyes dignamente. Pero con esta especie de gracia y este perfume aristocrático que la poesía de Vega tiene, por excepción entre sus contemporáneos, se junta á veces una magnificencia de estilo, en que parece discípulo más bien de D. Juan Nicasio Gallego, que del tierno y bondadoso D. Alberto Lista, cuyas cualidades poéticas eran muy otras.

Todas sus condiciones positivas y negativas de selecta dicción, de gusto acendrado, aunque algo nimio y estrecho, y de timidez ó poco vuelo en la producción original, parece que predestinaban á Ventura para el papel de intérprete felicísimo de pensamientos ajenos. Y, realmente, como traductor é imitador, dejó ensayos memorables que valen tanto ó más que sus composiciones originales. Pasma leer las fechas de 1825 y 1826, al pie de unas paráfrasis de los *Salmos* y del *Cántico de los cánticos*, ó más bien de sus imitadores castellanos, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Escribir con tal pureza, con tan nítida elegancia á los diez y nueve años, raya casi en prodigio; no hay enseñanza literaria que alcance á producir esto sin un instinto casi infalible en el discípulo. Pero convengamos en que Ventura de la

Vega, ni por sus estudios ni por sus inclinaciones podía hacer poesía bíblica que no fuese de segunda mano, y aun ésta *per summa capita*, esto es: cogiendo al vuelo algunos rasgos que se prestaban á ser expuestos con aquella fácil elegancia que era el principal distintivo de su numen. Tenía buen gusto, pero no tenía el gusto *grande*, si se nos permite esta manera de expresar el sentimiento de la gran poesía que todos afectan tener, y que en realidad poseen muy pocos. De tal hipocresía se salvó siempre Ventura; pero hay que reconocer esta limitación de su gusto. Le agradaban más las cosas bonitas, arregladas y graciosas, que las verdaderamente bellas, y, por de contado, mucho más que las trágicas y sublimes. En el fondo de su naturaleza estética había un escepticismo grande, que nunca es indicio de fuerza creadora. Miraba desde lejos las cumbres del arte, y hacía como que las respetaba con cómica sumisión; pero en la intimidad se vengaba con chistes que han quedado proverbiales, sobre Dante, Calderón y Shakespeare.

Con tales disposiciones acometió la traducción de un gran poeta de la antigüedad, á quien sinceramente admiraba; y dejó en magníficos versos sueltos un ensayo de traducción de la *Eneida* que no pasa del primer libro. El entusiasmo de doctos críticos, amigos y compañeros del poeta, puso este ensayo en las nubes, considerándole unos como «la mejor traducción que de Virgilio existe en lengua alguna», y otros como «lo que de poesía latina se ha traducido mejor en verso castellano desde que hay en España literatura».

La versificación es ciertamente intachable, aunque no superior á la de otros endecasílabos sueltos que antes había compuesto él mismo Vega; y en cortes, pausas y

cadencias, recuerda los mejores modelos italianos. Pero si se la considera este fragmento como traducción de Virgilio, no se la pueda conceder tanto precio. El traductor sentía el efecto general de la poesía virgiliana, pero no era bastante humanista ni tenía bastante paciencia para penetrar en los secretos del estilo de Virgilio, en la docta elaboración y *callida junctura* de sus imágenes y de sus versos. El arte de Virgilio es cosa muy distinta de aquel ideal de corrección académica con que Vega soñaba; está lleno de variedad, de sabios atrevimientos y de *speciosa miracula*, que nuestro poeta rara vez reproduce con fidelidad, y de cuyo valor no siempre se da cuenta. Lo que más falta en esta elegantísima traducción, es sabor virgiliano; si se prescinde del texto, se la puede leer con encanto (1).

(1) No parecerá severo este juicio, aunque no vaya muy conforme con la opinión dominante entre nosotros, si se coteja con el del profundo humanista D. Miguel A. Caro, que ha traducido á Virgilio por método enteramente diverso: «Ventura de la Vega, dice, con su fácil y perpetua elegancia, carece de originalidad y energía de estilo, no tiene ingeniosa y variada elocución; si jamás lastima el oído del exigente lector, tampoco le sorprende agradablemente; si nunca lo deja á obscuras, tampoco le induce á pensar; y de aquí que al trasladar los pensamientos de Virgilio, los despoje á menudo del vigor, de la concisión y frescura del original latino. No digo yo que en la traducción de modelo tan perfecto sea posible trasladar todas las cláusulas latinas en otras castellanas que en todo las igualen, pero á lo menos han de conservarse las imágenes ó imitarse el efecto de la frase con cierta energía, cuando es enérgica, con alguna gracia, si es graciosa; y esto es lo que casi siempre no practica Ventura de la Vega, ni parece que le preocupase. El *incedo Regina*, se convierte en un débil «me apellido Reina»; *nec vox hominem sonat*, se explica, vulgarizándose, «ni humano es el sonido de tu voz»; *notos puer pueri induit vultus*, se deslíe en «pues eres niño, de otro niño sabrás fingir el conocido aspecto». Del tremendo poder de los vientos, briosamente indicado por Virgilio, ¿qué queda en la traducción de las siguientes líneas:

Ya he dicho que Ventura de la Vega fué principalmente poeta dramático, y no sólo uno de los mejores de nuestro siglo, sino uno de los hombres que más profundamente han conocido el teatro bajo todos sus diversos aspectos. Dotado de prodigioso talento escénico, hubiera sido, según el unánime sentir de sus contemporáneos, el primer actor español, si alguna vez hubiese pisado las tablas de un teatro público. Extraordinaria viveza para simular la pasión, frialdad en el fondo como al actor conviene, singular talento para el remedo, un delicado sentimiento de los matices de la dicción, son las cualidades que principalmente atribuyen á su declamación, aun prescindiendo del atractivo de la voz, del ademán y de la mirada. Y por caso no raro, sino estrictamente lógico dentro del concierto de las facultades humanas, éstas mismas son las notas características de su ingenio literario, ya se ejercitase en la poesía lírica, ya triunfase con más señorío en el teatro, que fué, á la vez que su gran pasión, el honrado medio de subsistencia, de su juventud, y aun puede decirse que de su edad madura. Superior á todos los dramaturgos á quienes hizo la honra de traducirles, puesto que ni Scribe compuso comedia como *El Hombre de mundo*, ni Delavigne tragedia como *La muerte de César*, pasma á primera vista que se resignase á tal labor; pero luego la explicación se ve muy clara. Era, en sumo grado, perezoso, y era, al mismo

«*Ni faciat, maria ac terras coelumque profundum
Quippe ferant rapidi secum, verrantque per auras.*»

Que si no hiciese tal, por los espacios

Con rapidez arrebataran ellos

La tierra, el mar, el firmamento mismo.

tiempo, grande amante de la perfección; dos cualidades que parecen contrarias, pero que en España suelen andar juntas, y que cada cual de por sí, cuanto más las dos unidas, eran bastante rémora para que no abasteciese el teatro de producciones originales con la frecuencia que á sus intereses convenia. Por otra parte, empezó á escribir en tiempos de gran decadencia para el teatro español, en que el público indiferente, distraído y generalmente iliterato, apenas hacia distinción entre lo original y lo traducido, ni preguntaba siquiera por el nombre del autor, ni establecía ninguna diferencia en la retribución pecuniaria que á unas y otras obras se otorgaba. El oficio hoy tan desacreditado de traductor ó arreglador de comedias no lo estaba entonces, sino que era ocupación seria de literatos eminentes, que muchas veces mejoraban, y siempre castellanizaban, los originales que traducían: así Gallego, Marchena, Saviñón, don Dionisio Solís. Vega, educado en estos tiempos y guiado por los consejos de Carnerero y de Grimaldi, comenzó á traducir piezas francesas desde 1824; como simultáneamente lo hacían los otros dos únicos poetas dramáticos de la generación de entonces, Bretón de los Herreros y Gil y Zárate. Pero así como éstos, especialmente Bretón, se dejaron llevar luego de su originalidad dramática, y no volvieron á traducir sino *per accidens*, convirtiéndose Bretón en creador de un nuevo teatro cómico español, el más castizo y rico de sales que puede imaginarse; Vega, aun en los tiempos más favorables á la producción personal, continuó traduciendo á destajo, y sólo en 1845 dió á las tablas su primera comedia enteramente original, que es á la vez su obra maestra.

Estas traducciones ó arreglos que él excluyó á carga

cerrada de la colección de sus obras, considerándolos como trabajos *de pane lucrando*, no merecían, en verdad, tan absoluta é inflexible condenación. Algunos de ellos tienen tanto de original como de traducido: otros están en verso y son obras verdaderamente literarias, como todos los versos que su autor compuso. Una mano inteligente y menos rigurosa que la del poeta, puede subsanar este defecto en ediciones posteriores, dando entrada por lo menos á algunos libretos de zarzuela, entre los cuales descuella el nunca olvidado de *Fugar con fuego*, digno de la música que le acompaña. El número total de estos *arreglos* (que es el nombre con que en el teatro se designan) quizá pase de ochenta. Algunos de ellos forman todavía parte del caudal de los teatros, y se oyen siempre con gusto. El estilo es desigual, y no faltan galicismos, impropios de autor tan esmerado. En la elección de las piezas que tradujo, consultó más bien el gusto reinante que su escrupulosa conciencia artística, y no tuvo reparo en dar vestidura castellana á los melodramas de Victor Ducange y á las piececillas de Scribe. Pero obsérvese que todas las obras que trasladó á nuestro repertorio tienen, á falta de otro mérito, el de ser eminentemente escénicas. Para discernir esto tenía un don casi infalible, así como en el modo de adaptarlas ó *arreglarlas* se mostraba siempre peritísimo en la mecánica teatral.

Esta industria literaria no perjudicó mucho á su gloria, porque nunca hubiera sido muy fecundo; y de todos modos le dejó espacio y libertad bastante para consagrarse con ahinco á la corrección de sus pocas, pero muy selectas, obras originales. Sólo seis de ellas quiso admitir en su colección, y aun tres son de muy breves

dimensiones y pertenecen al género que Hartzzenbusch llamaba *de encargo*; á pesar de lo cual nada pierden de su mérito. Son piezas cortas de asunto literario, en que el autor hace, en muy vario estilo, como cuadraba á la índole de los poetas elogiados, pero siempre con buen sentido y agudeza, la crítica, ó más bien la apoteosis de Lope, Calderón y Moratín. Y así como en *La tumba salvada* procura con buen éxito remedar la manera alegórica y conceptuosa y la robusta entonación de los *Autos sacramentales*; en la *Crítica del sí de las niñas*, que es una joya, llega á rivalizar con el *Café*, del mismo D. Leandro, y con la *Crítica de la escuela de las mujeres*, y con todas aquellas obras más excelentes en que la preceptiva literaria, vigorizada por el genio satírico, ha puesto en las tablas su cátedra, tanto más eficaz cuanto más amena.

No nos detendremos en el drama histórico *Don Fernando de Antequera*, noble y simpática producción, abundante en bellezas parciales, pensada con madurez y reposo, escrita con gravedad y aliño, sembrada de altas moralidades y sentencias políticas, fiel á lo menos en lo sustancial al espíritu de los tiempos en que la acción pasa; obra, en suma, elevada y serena, romántica en el sentido en que lo son las dos tragedias de Manzoni, y con todo eso no tan estimada y celebrada como otras cosas de Ventura, sin duda porque en medio de todas sus excelencias artísticas le falta un cierto grado de calor en la emoción dramática y de interés en la fábula.

Las dos obras maestras de Ventura de la Vega son una comedia y una tragedia: *El Hombre de mundo* y *La muerte de César*. Sobre el mérito de la primera

no hay controversia posible; *El Hombre de mundo* es una comedia casi perfecta dentro del género á que pertenece, y que con llamarse *alta comedia* no es, sin embargo, el más elevado de la poesía dramática. Con menos profundidad de intención y menos fuerza cómica que Molière y Moratín, Vega pertenece á su escuela, y en el arte de la composición quizá les aventaja: composición clara y lúcida, á la vez que ingeniosa, con una punta de artificio excesivo, pero sin detrimento de la observación fina de costumbres y caracteres, que es el alma de esta especie de comedia. Conocimiento profundo de cierto género de sociedad; conocimiento todavía más cabal de los recursos escénicos, empleados con tal destreza, que parece natural y sencillo lo que es efecto del cálculo más refinado; enseñanza moral, si no muy nueva, importante por lo menos y de verdad eterna; figuras reales y humanas, aunque no muy complejas ni muy profundamente estudiadas; delicada parsimonia en la expresión de los afectos: urbano gracejo en la parte cómica; y en todo ello un no sé qué de nativa elegancia, que, sin dejar de ser castiza, llega á un grado de perfección técnica rarísimo en nuestro teatro; tales son las dotes que hicieron clásica esta pieza desde el momento de su aparición, y las que en tal categoría la mantienen á pesar de los años y de los cambios de gusto. Si algo se echa de menos en ella, no en cotejo con las comedias de su tiempo, aunque entre en cuenta todo el regocijadísimo teatro de Bretón (más genial y espontáneo poeta, pero no mayor autor dramático que Vega) sino con el arte maduro y reflexivo de Tamayo y Ayala, que vinieron después, es cierta gravedad del pensamiento que éstos han tenido, un modo más elevado de conside-

rar la pasión y el deber, un grado más de elevación en la conciencia ética y estética del autor; en suma: el hábito de tomar la vida por lo serio, que es en el fondo el modo más poético de tomarla. Sin duda por falta de esta fibra, sin la cual Molière no hubiera escrito *El Misantrópico*, ni Moratín *El sí de las niñas*, resulta que una comedia tan primorosa deja en el ánimo una vaga impresión de prosaísmo, y con tener un fin moral tan marcado, parece una obra frívola.

Quizá esta misma consideración aplicada, no al mundo de relaciones domésticas en que se mueve la comedia, sino al mundo de la arqueología y de la historia, sea la principal razón de la inferioridad relativa de *La muerte de César*, obra de gran estudio, predilecta de Vega entre las suyas, escrita con más amor y conciencia que otra ninguna, trazada con suma sencillez de plan, admirablemente dialogada, llena de detalles felices, en que se pasa sin violento contraste de la majestuosa entonación de la Melpómene francesa á la manera más familiar del drama moderno, fundiéndose armoniosamente ambos tonos; memorable tragedia de gabinete, que no agradó representada (quizá por el sistema de declamación realista que inflexiblemente seguía el grande actor que la puso en escena), pero que leída vale más que el *Edipo*, de Martínez de la Rosa, y sólo cede á la *Virginia*, de Tamayo, entre todas cuantas tragedias se han compuesto en nuestra lengua. El defecto orgánico de esta producción de Vega, tan literaria y tan digna de respeto, no está en su carácter híbrido, ó más bien ecléctico, que es, por el contrario, una muestra de originalidad nada vulgar y una gran dificultad vencida; sino en el falso y algo mezquino concepto de la historia que el

poeta manifiesta, subordinándola á una paradoja política de bajo vuelo, como es la apología del cesarismo y la supuesta necesidad de la tiranía en pueblos corrompidos ó degenerados. Era la misma idea que por aquellos días se desarrollaba con aparato erudito y dogmático en la entonces tan ruidosa y hoy tan olvidada *Historia de Julio César*, con que el último de los Césares modernos quiso razonar el fundamento histórico de su personal imperio. Sin examinar tal doctrina (que aquí para nada nos importa), baste decir que este concepto político, que, como todos los del mismo orden, sólo ha servido para viciar la historia y convertirla en folleto, tenía que ser todavía más dañoso para el poeta trágico, apartándole de la serena y amplia intuición de la realidad histórica, ó lo que es lo mismo, del espectáculo de la vida, que en el *Julio César*, de Shakespeare, es tan ardiente y tan intensa. La energía interior del drama histórico hay que buscarla en la historia misma, y no en ninguna concepción exterior y sobrepuesta á ella. Pero ni Vega había ahondado bastante en el espíritu del pueblo romano, ni las condiciones de su clarísimo ingenio eran las más á propósito para interpretarle. Había estudiado la historia para las necesidades de su argumento, pero sin compenetrarse íntimamente con ella. Por eso, lo único que falta en su tragedia es grandeza; no porque alguna vez apunte la sonrisa (que en esto hizo bien, separándose de la monotonía del género), sino porque todo está visto á una falsa luz y empequeñecido con sentimientos y preocupaciones de ahora. No hay anacronismos exteriores, pero hay un continuo anacronismo interior: lo mismo en la caricatura de Cicerón, cuyo original reconocieron

todos que, en la importancia que se concede á la supuesta paternidad de César respecto de Bruto, y al personaje de Servilia, sin el cual Vega no veía tragedia posible; como si á Shakespeare no le hubiesen bastado para la suya los grandes móviles de la historia, sin acudir á un recurso sentimental y novelesco, de índole privada, y enteramente ajeno de las costumbres antiguas.

Nada de esto se trae aquí para amenguar en modo alguno el mérito de obras que fueron clásicas desde el momento de su aparición, y que forman ya parte del tesoro de nuestra lengua. Si bien se mira, la continua perfección en los detalles es mérito casi tan relevante como el de una originalidad vigorosa, y en España ha sido siempre mucho más raro. Precisamente por tener las cualidades que menos abundan entre nosotros, debe recomendarse á los principiantes el estudio de éste tan correcto y pulido escritor, como se recomienda el de Moratín con preferencia á otros ingenios más grandes sin duda, pero con los cuales se corre más peligro de extraviarse.

Terminada esta digresión harto larga, y quizá para algunos libre é irreverente en demasía, conviene volver los ojos á la olvidada patria de Ventura de la Vega, donde por los mismos años en que él conquistaba en Madrid sus primeros laureles, comenzaba á darse á conocer como introductor del romanticismo y fundador de una nueva escuela poética americana un autor muy notable por su mérito positivo, y mucho más aún por la novedad y trascendencia de sus propósitos, y por la influencia que sus doctrinas y ejemplos han tenido en la generación que le sucedió. Tal fué D. Esteban Echeverría, uno de los primeros líricos americanos y pa-

triarca de la poesía romántica en el Parnaso argentino.

Hemos visto que en los demás países americanos, en México, en Cuba, en Venezuela, en Colombia y en el Perú, el romanticismo fué recibido de segunda mano y por importación española, exceptuando si acaso á José Eusebio Caro, en quien la influencia de los poetas ingleses es visible, y comenzó muy pronto. Pero no aconteció así en la Argentina: Echeverría importó el romanticismo francés casi por el mismo tiempo en que comenzaban en España las tentativas románticas, pero con entera independencia de ellas y con carácter mucho menos castizo.

Para determinar bien el mérito de este autor, hay que considerar separadamente lo que intentó realizar y lo que efectivamente realizó, porque Echeverría, además de ser un poeta de todas suertes notable, se ha convertido en una especie de símbolo de la poesía argentina nacional y emancipada. Así le ha presentado, y dignamente ensalzado en hermosos versos, el más argentino de los poetas que hoy viven, D. Rafael Obligado. Después de pintar la desolación de la pampa, dilatada y sola,

«Sin más palabra que la voz vibrante
Del buitre carnívero,
El alarido de la tribu errante
Y el soplo del pampero»;

la extensión vacía donde jamás había penetrado el alma del canto, describe en estos términos la aparición del genio poético de aquella región, encarnado en Echeverría:

«Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó á los sonos

El poeta que tal himno ha merecido no puede haber sido vulgar, y no lo fué por cierto, á pesar de las muchas salvedades que el buen gusto tiene que hacer, trándose de sus versos; y á pesar también de que la intención poética valió generalmente en él más que la ejecución, por lo cual resulta un ingenio fragmentario ó incompleto, más digno de estudio que de admiración.

La manera como Echeverría educó y formó su gusto, explica en parte lo que puede encontrarse de bueno y de malo en sus versos (1). Fué pensador antes que poeta, y concibió la poesía principalmente como obra de civilización, como magisterio social. Su influencia política, que fué muy activa, aunque enteramente teórica y doctrinal, es inseparable del pensamiento de sus versos. Lo cual quiere decir que la vocación poética no fué en él muy espontánea, sino que comenzó á despertarse de un modo deliberado y reflexivo, después de largas vigiliás, consagradas principalmente al estudio de las ciencias morales y de la filosofía de la historia. Esta es la razón capital de la frialdad de muchos de sus versos y de las enfadosas divagaciones filantrópicas á que con predilección se entrega.

Sus primeros estudios habían sido muy descuidados, y

(1) *Obras completas de D. Esteban Echeverría, con notas y explicaciones, y una noticia acerca de la vida del autor, por D. Juan María Gutiérrez.* Buenos Aires, 1870-1874. Cinco volúmenes. En el último, además de los escritos en prosa de Echeverría y de su biografía, escrita por Gutiérrez, figuran artículos críticos de los Sres. Goyena, Mitre, Alberdi, Varela (D. Florencio), Torres Caicedo, Amunátegui, y poesías laudatorias de Adolfo Berro y A. Margariños Cervantes.

Nació Echeverría en Buenos Aires, de padre vizcaíno y madre argentina, el 2 de Septiembre de 1805, y falleció en Montevideo el 19 de Enero de 1851.

su juventud algo licenciosa; pero desde 1825 se propuso seriamente reformar su educación, y emprendió un viaje á París, donde residió cinco años, haciendo pobre, obscura y laboriosísima vida de estudiante, saludando, más ó menos de paso, todas las ciencias, pero empapándose con predilección en las doctrinas de la filosofía ecléctica, entonces dominante, y del individualismo liberal y económico; sin dejar de prestar atento oído á las vagas aspiraciones del humanitarismo y de la escuela del progreso indefinido; con todo lo cual formó para su uso un cuerpo de doctrina que luego formuló en *El dogma socialista* y en otros escritos suyos en prosa. Los tres autores que parecen haber dejado más huella en su ánimo son el apocalíptico Lamennais (á partir de las *Palabras de un creyente*); el enfático y hoy tan olvidado Lerminier, y el extraño apóstol de la humanidad, Pedro Leroux, que todavía lo está más. De la filosofía y las ciencias sociales pasó á la literatura, donde ardía entonces la lucha entre clásicos y románticos. Leyó en su original á Shakespeare y Byron; en traducción francesa á Goethe y Schiller, que le «conmovieron profundamente (son sus palabras) y le revelaron un nuevo mundo». Entonces entró en deseos de poetizar, pero se encontró con que apenas sabía escribir en castellano, ni conocía las reglas más elementales de nuestra versificación. Resignóse á aprender algo de lo que ignoraba, y venciendo la antipatía que todo lo español le causaba, comenzó á estudiar la propiedad de nuestra lengua en libros que no debieron de ser muy numerosos, pero sí selectos: la colección de Capmany para la prosa, y la de Quintana para el verso.

Los primeros ensayos poéticos del joven argentino

empezaron á correr con estimación entre algunos compatriotas suyos residentes en París; pero ninguna composición suya se había impreso antes de 1830, en que regresó á Buenos Aires, más rico de ideas ajenas que de experiencia del mundo, y por lo mismo lleno de esperanzas y deseoso de intervenir en la vida pública, aplicando á ella los altos pensamientos que había aprendido en los libros de los filósofos y publicistas, que habían sido asiduos compañeros de su soledad. El espectáculo político de su patria, donde comenzaba á incubarse la tiranía de Rosas, le contristó profundamente: «la patria ya no existía». Su pena moral se agravaba con los padecimientos físicos, iniciándose en él la terrible dolencia del corazón que había de arrancarle la vida. «Me encerré en mí mismo (añade), y de ahí nacieron infinitas producciones, de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Los Consuelos*.»

Pero su estreno literario no fué esta colección, sino un poema titulado *Elvira ó la Novia del Plata*, impreso en 1832, precisamente el mismo año en que salió de las prensas de París *El Moro Expósito* del Duque de Rivas, primera obra importante del romanticismo español. Fuera de esta coincidencia de fechas, el poemita de Echeverría, vaga reminiscencia de las baladas alemanas, especialmente de las de Bürger, vale muy poco, y, á pesar de su título, carece de todo color americano. *Elvira* puede ser la novia del Plata como la de cualquiera otra parte, ó más bien, ni ella ni su amante. Lissardo son más que fantasmas sin consistencia. La parte imaginativa pertenece al amaneramiento romántico más vulgar: ronda de espectros, sábado de brujas, etc. El

pesimismo del autor era muy sincero, pero rara vez logra una expresión francamente poética. La versificación ofrece muestras de muy diversos metros, y de ella pueden entresacarse trozos agradables, como esta canción de Elvira, que Gutiérrez llamaba «Canción de la Ofe-
lia americana», y que efectivamente recuerda algo los versos del sauce, que el mismo Echeverría tradujo después libremente:

«Creció acaso arbusto tierno
 Á orillas de un manso río,
 Y su ramaje sombrío,
 Muy ufano se extendió;
 Mas en el sañudo invierno
 Subió el río cual torrente,
 Y en su tímida corriente
 El tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana,
 Nació garrida y pomposa
 En el desierto una rosa,
 Gala del prado y amor;
 Mas lanzó con furia insana
 Su soplo inflamado el viento,
 Y se llevó en un momento
 Su vana pompa y frescor.

Así dura todo bien....
 Así los dulces amores,
 Como las lozanas flores,
 Se marchitan en su albor;
 Y en el incierto vaivén
 De la fortuna inconstante,
 Nace y muere en un instante
 La esperanza del amor.»

El cuento fantástico de *Elvira* halló mal preparado el terreno, y cayó en medio de la indiferencia general, por hallarse la atención del público muy apartada de todo género de literatura. No sucedió lo mismo en 1834, en que aparecieron *Los Consuelos*, primera colección

lirica del vate argentino, y una de las más antiguas de versos castellanos en que domine el elemento romántico. Una nota puesta al fin del tomo exponía por primera vez el programa estético de Echeverría. «La poesía entre nosotros aun no ha llegado á adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca.»

El libro de *Los Consuelos* era, sin embargo, mucho menos revolucionario de lo que pudiera creerse por esta nota y de lo que dejaba esperar el poema que le había precedido (1). Rara vez cambiaba el autor de metros dentro de una misma composición, y por el contrario conservaba bastantes reminiscencias de los poetas españoles. *La Profecía del Plata* era evidente remedo de Fr. Luis de León: en otras odas patrióticas predominaba el tono de Quintana; y ya en el estilo, ya en los metros, se notaba alguna que otra vez la influencia de Cien-

(1) Al fin de *Los Consuelos* hay otro poemita, *Layda*, del mismo género que *Elvira*.

fuegos ó la de Arriaza. Pero todo esto era accésorio en *Los Consuelos*, y aunque el color local americano no asomase todavía por ninguna parte, lo que daba carácter al libro era la melancolía del subjetivismo romántico. Si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, Echeverría, como Lamartine, era mucho más romántico en el sentimiento que en la forma. Los mejores versos de la colección, *El Poeta enfermo*, *Mi destino*, *Crepúsculo en el mar*, están inspirados por aquella musa de suave y lánguida tristeza que con Millevoye lloró la caída de las hojas y la juventud marchita. El poeta era realmente infeliz: una horrible dolencia cardíaca le atenaceaba en la flor de su vida, presagiándole un fin inminente y prematuro. La forma poética en muchas piezas de *Los Consuelos* es trivial é incolora; pero los afectos que expresan son siempre sinceros. Y en la poesía lírica no es pequeña condición la absoluta sinceridad. Otros fueron quejumbrosos por imitación y por escuela: á Echeverría, el dolor le hizo poeta.

Los Consuelos fueron recibidos con admiración. Eran, como dijo Florencio Varela, «la primera colección de poesías dignas de este nombre que ha aparecido en Buenos Aires». El libro estaba en consonancia con su público. Los jóvenes y las mujeres, sobre todo, saludaron su aparición con simpatía y entusiasmo, «hallando en aquel pequeño volumen (dice Gutiérrez) la historia de su vida anterior».

Pero el poeta no había puesto lo mejor de su numen en *Los Consuelos*. Tres años de recogimiento y estudio antecedieron á la publicación de las *Rimas* (1837), que contienen, sin duda, lo más selecto de su caudal poético, lo que ha sido más celebrado, lo que tiene más pro-

babilidad de sobrevivir: el himno estoico *Al dolor*, inspirado por unas palabras de Kant; la primorosa canción de *La Diamela*, y, sobre todo, el poema de *La Cautiva*. El autor se había engrandecido y transformado, y volvía victorioso de su lucha con el dolor. Sus versos no eran ya «desahogos del sentir individual», sino que aspiraba á darles un interés más general y humano, conforme á las teorías sobre el arte que en el prólogo desarrolla. «La poesía no miente ni exagera (decía).... La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión.... La poesía consiste principalmente en las ideas, y el verdadero poeta idealiza siempre..... Idealizar es sustituir á la tosca é imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo trazado de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza.»

El poema de *La-Cautiva* se presentaba como ensayo y primera muestra de este credo estético, tan noble y elevado. En cuanto al fondo, «la energía de la pasión, manifestándose por actos, y el interno afán de su propia actividad que poco á poco la consume»: en cuanto á la forma, el popular octosílabo, del cual Echeverría se declaraba apasionado, «á pesar del descrédito á que lo habían reducido los copleros». Pero la mayor novedad consistía en el escenario, en la pintura poética del Desierto. «El Desierto es nuestro (decía Echeverría), es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura.»

Si las explicaciones del teórico parecieron algo meta-

físicas para lo que entonces se estilaba en América, el poema, en cambio, se apoderó desde el primer día de la atención y del favor del público. La descripción de la *pampa*, aunque hecha con rasgos que convienen á cualquier desierto, era nueva entonces, y era además bella, reflejando algo de la austera monotonía del paisaje y de la melancólica majestad con que el sol se pone en el vasto horizonte de la silenciosa llanura. Por primera vez entraban en el arte los campamentos de la frontera, los aduares de los bárbaros, los festines en que se embriagan mezclando el licor con sangre de yegua, el inmenso y enmarañado pajonal abrasado por terrible quemazón tras de devorante sequía. *La Cautiva* no era más que un bosquejo; pero si la parte dramática valiese en ella lo que vale la parte descriptiva; si la influencia del sentimentalismo de Chateaubriand fuese menos visible; si las figuras de Brian y María tuviesen más realce, esta historia tierna y sencilla de dos amantes perdidos en el desierto sería una de las mejores cosas de la literatura americana. Tal como está no pasa de la categoría de agradable, aparte del valor que tiene como primera tentativa. Los versos corren fáciles y sonoros, pero con cierto género de facilidad *acuosa*, que es precisamente lo contrario de la perfección rítmica. Aun en sus mejores momentos, Echeverría es un artista negligente y amanerado, que piensa con alteza, pero que no tiene bastante aliento para infundir vida inmortal en sus creaciones (1).

(1) Si esta opinión mía parece demasiado severa, puede el lector argentino preferir el bello ditirambo que la amistad y el patriotismo inspiraron á D. Juan M. Gutiérrez, el cual decía así, hablando del primer canto de

Con *La Cautiva* llegó al apogeo de su fama poética, que penetró hasta en España, á pesar de la incomunicación en que vivían entonces los ingenios americanos respecto de los nuestros. Quinientos ejemplares de las *Rimas* se vendieron en Cádiz. Lista y Ventura de la Vega las elogiaron, y fué preciso hacer una nueva edición española, que se agotó en seguida: caso bien raro, aun en aquellos tiempos en que había más afición á versos que ahora. La leyenda de Echeverría traspasó además las fronteras de los pueblos en que es nativa la lengua de Castilla, y obtuvo los honores de una traducción alemana, que hizo en el mismo metro del original, y en igual número de estrofas, Guillermo Walter (1861), poniéndole este honroso epígrafe: *Res, non verba*.

Hasta 1837, Echeverría, aunque preocupado siempre por ideas de reforma social, no se había manifestado más que como poeta. Aquel año descendió á la propaganda clandestina, fundando una especie de sociedad secreta, que tituló *Asociación de Mayo*, en la cual se afiliaron la mayor parte de los estudiantes de Buenos Aires, capitaneados por Alberdi y Gutiérrez. Esta asociación tenía por objeto preparar la caída de Rosas,

La Cautiva: «Las diez y ocho estrofas de este canto son otras tantas perlas, y de las de más bello oriente, entre las muchas que adornan la cabeza de la musa argentina. El metro, la versificación, los epitetos, las palabras todas empleadas por el poeta, son sencillas y casi familiares. Esas estrofas maestras no necesitan ni de oropel ni de ruido. Puede decirse de ellas, parodiando á Virgilio, que bástales mostrarse para convencerse de que son divinas y reinas en los dominios poéticos de nuestro Parnaso..... El canto del *Desierto* pertenece á esas creaciones que vivirán eternamente, y serán por siempre hermosas, como lo son la naturaleza y la verdad. La poesía de la *pampa* está toda entera elaborada y comprendida en esos pocos versos, así como la poesía de una noche estrellada y *serena* se encierra con todas sus armonías en la oda de León á D. Loarte.»

cuya tiranía, sin haber llegado al punto de sanguinaria insensatez á que llegó después, comenzaba á ser intolerable; y acelerar la *regeneración* de la patria, conforme á los principios que Echeverría desenvolvió en un célebre folleto, *El dogma socialista*: palabra que aqui ha de entenderse en el sentido de *dogma social*, pues, por lo demás, nadie más lejano del socialismo que Echeverría, á quien hoy calificaríamos de individualista de los más clásicos y radicales. Su credo, bandera ó programa, aunque formulado con varonil elocuencia, no contiene más que los lugares comunes de la antigua escuela democrática, tal como la exponían los publicistas franceses anteriores á 1848. Á lo sumo, puede traslucirse en algunos conceptos influencia sansimoniana (1).

La *Asociación* tuvo que dispersarse pronto para salvarse de las pesquisas de la policía de Rosas; y Echeverría se retiró á una de las haciendas que poseía en el campo, esperando con el alejamiento y la obscuridad de su vida, esquivar la persecución y proseguir trabajando en la educación política de sus compatriotas. Allí compuso sus sentidos versos á la muerte del poeta Juan Cruz Varela, muerto en la expatriación; y allí le sorprendió la noticia del alzamiento liberal de los hacendados del Sur, en Octubre de 1839: tentativa prematura y frustrada, que no hizo más que exacerbar las crueldades de Rosas. Aquella insurrección le dió tela para un fastidioso y prosaico poema en variedad de metros, ó más bien gaceta rimada, que dió á luz años después en Montevideo.

(1) En sus *Cartas á D. Pedro de Angelis*, editor del *Archivo Americano* y panegirista asalariado de Rosas, Echeverría rechaza toda complicidad con el socialismo europeo.

Echeverría, á quien su quebrantada salud impidió alistarse en las filas del ejército libertador del general Lavalle, que con tan mal éxito luchó contra Rosas en 1840 y 1841, tuvo que resignarse á la expatriación y buscar asilo, primero, en la colonia del Sacramento, y luego en Montevideo. Allí, durante el memorable cerco de aquella plaza, continuó la lucha contra el dictador, en verso y en prosa, en periódicos, discursos y folletos, Pero el visionario, el iluminado, el utopista, fué sobreponiéndose cada vez más al poeta. Sus compañeros de proscrición le respetaban más bien que le seguían, teniéndole por inútil para la acción revolucionaria; y él se perdía cada vez más en nebulosidades de metafísica social, explanando y comentando de mil modos su *dogma socialista*, que quiso introducir hasta en un compendio de moral que escribió para las escuelas primarias. Entretanto, el poeta, aunque versificando á destajo, no volvió á encontrar inspiraciones semejantes á las de *La Cautiva*. La bella descripción del Tucumán al principio del poema *Avellaneda*, es casi lo único que merece salvarse de esta segunda manera suya, en que el político mató miserablemente al poeta que, aspirando al lauro épico, sólo consiguió poner en renglones desiguales é incorrectos la prosa de los periódicos. Y sin embargo, aquella guerra era trágica y de proporciones aterradoras, y merecía tener, y tuvo en efecto, su poeta; pero no en verso, sino en prosa; no el autor de *Avellaneda* y de la *Insurrección del Sur*, sino el de *Facundo Quiroga*; no Echeverría, sino Sarmiento. Echeverría no tenía genio épico, y sus poemas largos son otros tantos abortos. Si alguno puede citarse como peor que los restantes, es el más largo y el último de

todos, aquel en que precisamente fundaba mayores esperanzas, *El Ángel caído*, del cual puede decirse con mucha más razón, que de *La chute d'un ange* de Lamartine, que no es la caída de un ángel, sino la caída de un poeta. Esta farragosa composición, que llena por sí sola un grueso volumen de más de 500 páginas en 4.º en la colección de las obras de Echeverría, es punto menos que ilegible; y el mismo Gutiérrez, con todo su entusiasmo, reconoce que están de más una gran parte de los ocho mil versos de que consta. El héroe del poema es el eterno D. Juan, pero un D. Juan trasplantado á las orillas del Plata é introducido en la sociedad argentina; ó más bien, el *D. Juan* de Echeverría no es nadie, por el mismo empeño loco de que lo sea todo. Es una abstracción quimérica, compuesta de elementos contradictorios: «un tipo (dice el autor con toda sencillez), en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino mis sueños ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir. Como todas las almas grandes y elásticas, la de mi D. Juan se engolfará á veces en las regiones de lo infinito y lo ideal, y otras se apegará, para nutrirse, á la materia ó al deleite. Así, representará la doble faz de nuestro sér, el espíritu y la carne, ó el idealismo y el materialismo....., y como nuestra sociedad es el *medium*, ó el teatro donde esa alma debe ejercitar su devorante actividad, esto me dará lugar para ponerla á cada paso en contacto con ella, pintar nuestras costumbres, censurar, dogmatizar é imprimir, hasta cierto punto, al poema, un colorido local y americano»:

Como este tipo, que realmente no es tal tipo ni cosa

que lo valga, daba tanto de sí, el autor nos amenaza con nuevos poemas que tenía ideados, en los cuales «*este multiforme Proteo americano* (¡americano D. Juan Tenorio!), reaparecería bajo otra luz y con distinto relieve». Hay que advertir que *El Ángel caído* es ya continuación de otro poema no corto que se titula *La Guitarra* (en que hay imitaciones, bastante desgraciadas, de la *Parisina*, de Byron), y luego iba á venir el *Pandemonium*, y luego, no sabemos qué, porque el poeta había perdido enteramente la brújula, y era, como García de Quevedo, una de las más señaladas víctimas del furor épico, trascendental y simbólico. Nada interesa en *El Ángel caído*: ni la fábula, que es insulsa y desatinada; ni la construcción del poema, que es informe y sin ningún género de unidad orgánica; ni las ideas filosóficas, que son un barullo caótico y pedantesco, último residuo de lecturas mal digeridas; ni la dicción poética, que es arastrada, débil, palabrera. Echeverría, que hacía alarde de despreciar á todos los poetas españoles antiguos y modernos, porque «no descubría en ellos acción psicológica, afectos íntimos, ni pensamientos filosóficos, sino la manifestación orgánica y brutal de la pasión», hubiera hecho bien en pedir prestado, no ya al gran Tirso, sino á sus propios contemporáneos, Espronceda y Zorrilla, algo del interés y de la vida que pusieron en sus reproducciones del tipo de D. Juan.

Resumiendo todo lo expuesto sobre Echeverría, hay que reconocer, como reconoce su mayor panegirista Gutiérrez, que en sus obras anda revuelto «el oro de buena ley con materias muy humildes». Fue un pensador sincero, aunque mediano, un entusiasta con visos de iluminado, un patriota algo cándido y enamorado de

abstracciones, pues aun buscando base histórica para su política, tenía tan pobre manera de entender la historia de su país, que no empezaba á contarla más que desde fecha tan reciente como la revolución de Mayo de 1810, como si ninguna nación se hubiese improvisado en un día. Del mismo modo quiso improvisar una literatura americana, renegando de todos los precedentes coloniales y quedándose sólo con la lengua. Sobre esto son muy dignas de tenerse en cuenta, por lo atinadas y sagaces, las reflexiones de un crítico y poeta de la nueva generación argentina, D. Calixto Oyuela (1). «Precisamente por haberse apartado Echeverría de lo español y castizo más de lo que nuestra propia naturaleza consiente, no pudo ser suficientemente americano. No acertó á librarse de la imitación romántico-francesa, como se libró de la seudoclásica española; y pensando en francés, escribió en castellano de mediana ley. Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea. «Aceptemos de España su hermosa lengua», dice. Pero ¡qué! ¿Puede aceptarse una lengua, rechazando á la vez de todo en todo el pensamiento, el medio de imaginar y de sentir y de expresar, que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección en que hoy se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse á voluntad, sino la expansión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee. Cervantes, Calderón, Lope, León, Quevedo, viven y

(1) *Carta á Rafael Obligado*, Buenos Aires, 1885.

palpitan todavía en las voces, modulaciones y giros de la lengua castellana, la cual sólo podrá ser natural instrumento de los pueblos que, si bien modificados, conservan sustancialmente índole ó afinidades españolas. Si Echeverría quiso renegar de esta índole y de estas afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés ó en quichua.»

Después de estas palabras tan llenas de sensatez, no hay más remedio que ver en Echeverría un artista incompleto, que emprendió grandes cosas con fuerzas desproporcionadas á su intento, y que nunca llegó á dominar el instrumento que empleaba. Su americanismo, valga lo que valiere, se reduce á *La Cautiva*, y á algún rasgo del *Avellaneda*, poema muy mal escrito en casi todas sus partes. Tenía dotes de observación realista, como lo prueban su cuadro de *El Matadero*, y algún otro de sus fragmentos en prosa; pero no utilizó esta vena, que le hubiera conducido quizá á una literatura más americana que la de sus versos. Prefirió perderse en nieblas teosóficas, y hoy yace enterrado bajo la balumba de sus obras en el suntuoso, pero demasiado completo, monumento que le levantó su fiel amigo Gutiérrez. Es autor que sólo debe ser leído por extractos y en muy pequeño volumen, tal como le presenta Obligado. Pero con todos sus defectos de fondo y forma, no se puede negar que fué sacerdote fiel del culto del ideal, y que tuvo un noble y elevado concepto de la poesía. El hombre y el ciudadano valían en él más que el poeta: por eso mereció del ilustre orador católico D. Félix Frías, en pleno Parlamento argentino, este elogio póstumo, que vale por muchos: «D. Esteban Echeverría era capaz

de hacer algo mejor que bellos versos: era un poeta en acción; jamás prostituyó su honor ni su musa.»

Desde 1837, fecha de las *Rimas* de Echeverría, hasta 1852, fecha de la caída de Rosas, la literatura argentina no se desarrolló en Buenos Aires, de donde la había ahuyentado la tiranía de aquel demente; sino en Bolivia, Chile y Montevideo. Entre estos proscritos brillaron en la prensa chilena, ó en la del Estado Oriental: D. Vicente Fidel López, autor del primer *Curso de Bellas Letras* que rompió en América con la rutinaseudoclásica, y escritor muy celebrado después por sus extensos trabajos históricos: Sarmiento, á quien hemos encontrado ya en nuestro camino, y que fué, con toda su selvática incorrección, el más ardiente é inspirado de los prosistas del Sur, distinguiéndose además, como reformador de la enseñanza primaria: D. J. B. Alberdi, que empezó escribiendo artículos de costumbres á imitación de Larra, con el seudónimo de *Figarillo*, y abandonó luego los floridos senderos de la literatura (1) para dedicarse á las ciencias jurídicas, especialmente al derecho político y al internacional, en que llegó á ser eminente por la fuerza analítica y el vigor de su pensamiento: D. Félix Frías, que á diferencia de la mayor parte de sus compañeros de emigración y correligionarios políticos, fué siempre fervoroso campéon del catolicismo en la prensa y en la tribuna; varón de vida inculpable y austera, de gran caridad y generosa elocuencia. Prescindimos aquí de los pocos que hoy so-

(1) Hay en el segundo tomo de las *Obras Completas* de J. B. Alberdi (Buenos Aires, 1886), pág. 152 y siguientes, una especie de poema, *El Edén*, escrito en prosa por Alberdi y puesto en verso por Gutiérrez.

breviven de aquella gloriosa emigración, entre ellos el respetable general Mitre, uno de los primeros historiadores de América, poeta además y traductor de Dante. Pero debemos hacer especial mención del ya tantas veces citado en estas páginas, D. Juan María Gutiérrez, que no sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente (1). Como colector, prestó el gran servicio de la

(1) Nació Gutiérrez en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809, y era hijo de español, lo cual hace todavía más extraño é inexcusable su odio á España. Su primera profesión fué la de ingeniero. Durante la emigración fué Director de la Escuela Naval de Valparaíso; después de la caída de Rosas Ministro de Estado; y en 1861 Rector de la Universidad de Buenos Aires. Falleció en 26 de Febrero de 1878. Fué el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia Española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras.

Falta una colección completa de sus obras, que sería muy importante. Algunas de ellas ya están citadas en el curso de este trabajo. Las más extensas y eruditas son:

Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta el año de 1810 inclusive, precedida de una biografía del virrey D. Juan José de Vertiz, y de una disertación sobre el origen del arte de imprimir en América, y especialmente en el Rio de la Plata (1866).

—*Bosquejo biográfico del general D. José de San Martín* (1868).

—*Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (1865). Los poetas de quienes trata son Juan de Ayllón (peruano), el dramaturgo Ruiz de Alarcón (mejicano), Labardén (argentino), Caviedes (peruano), Sor Juana Inés (mejicana), el P. Aguirre (ecuatoriano), Pedro de Oña (chileno), Olavide (peruano).

—*Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (desde 1767 á 1821). *Con notas, biografías, etc.*, 1868.

Añádanse las vidas de Franklin, Washington, etc., é innumerables artículos en el *Mercurio*, de Valparaíso, y en todas las revistas argentinas.

Hay varias biografías literarias de Gutiérrez. Las más minuciosas son la de D. Antonio Zinny (escritor gibraltareño, nacionalizado en la Argentina). *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (Buenos Aires, 1878), y la del

América Poética, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho fárrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un americanismo indulgente y mal entendido, que solía extraviarle en su crítica. Salvo este defecto, y su aversión á España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática é intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mal hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable.

La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus ver-

infatigable polígrafo chileno, Vicuña Mackenna, *Juan Maria Gutiérrez, su vida y sus escritos conforme á documentos enteramente inéditos*.

En el ameno é interesante libro que lleva el nombre de *Memorias de un Viejo*, por Victor Gálvez (Buenos Aires, 1889), hay una semblanza física y moral del Dr. Gutiérrez (tomo I, páginas 389-404).

sos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto á la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.

Colaborador de Gutiérrez en algunos periódicos de Montevideo durante el período de expatriación, fué el malogrado publicista D. José Rivera Indarte, natural de Córdoba del Tucumán; el primero que en 1834 defendió en un célebre folleto, *El Voto de América*, la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España, y abrir los puertos á su bandera. Su campaña de cinco años contra la tiranía de Rosas en las columnas de *El Nacional*, le ha dado más celebridad que sus medianos versos, entre los cuales recuerdo *El rey*

Baltasar, melodía hebraica, imitada de la *Visión of Belshazzar* de Byron.

A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aun puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias, y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación imita (1), procurando emular su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérbolas desaforadas de venganza y exter-

(1) No hay más que comparar las famosas *Nubes*, de Zorrilla, con el canto de los *Trópicos*. en los fragmentos de *El Peregrino*.

minio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgredada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos.

Pero Mármol tenía en su lira otra cuerda más suave y cadenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica. Mármol sentía grandiosamente la naturaleza, y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunden las noches tropicales. Los fragmentos de *El Peregrino*, en que quiso imitar el *Viaje de Childe-Harold*, pero sin tomar de Byron la ironía ni el pesimismo, son lo mejor de su obra poética; el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de las infinitas escorias que en otras composiciones la afean. No es justo olvidar, como generalmente se olvida, que el verdugo poético de Rosas es también el autor del espléndido canto á *Los Trópicos*, «radiante palacio del Crucero.»

Hizo Mármol representar en Montevideo dos ensayos dramáticos, que valen poco (*El Cruzado* y *El Poeta*), y dejó además una larga novela, *Amalia*, que es

de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención era imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años. La novela está mal escrita, como puede suponerse conociendo al poeta; adolece de galicismos y aun de solecismos y faltas gramaticales de toda especie, y, por otra parte, la prosa de Mármol no tiene el nervio ni el vigor pintoresco de la de Sarmiento; pero el interés de la narración es muy grande, y difícilmente se suelta el libro de las manos. Lo cual no quiere decir que sea una obra propiamente literaria, sino que tiene aquel mismo atractivo de curiosidad que en las espeluznantes novelas de Soulié ó de Eugenio Sué, tan en boga por aquellos años, puede encontrarse (1).

(1) Nació Mármol en Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1818, y murió ciego en 12 de Agosto de 1881. Había sido Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La colección de sus *Obras Poéticas y Dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), formada por D. José Domingo Cortés con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas, no contiene los fragmentos de *El Peregrino*, que deben buscarse en

Mármol es el último poeta argentino de los que alcanza la *América Poética* de Gutiérrez (1), y puede decirse que con él se cierra el primer período romántico de la literatura argentina, por más que continuase pujante la imitación de Víctor Hugo en unos, y la de Alfredo de Musset en otros. Pero esta imitación se combinó con otras tendencias; se modificó luego por la lectura de nuevos modelos franceses, como Gautier y los *parnasianos*, y aun por influencias italianas más ó menos profundas; y aun fué rechazada de plano por algunos poetas jóvenes que, ora vuelven á tremolar la bandera americana de Echeverría, ora prestan culto á los eternos modelos del clasicismo greco-latino y de sus más puros imitadores españoles. Todas estas tendencias están representadas por ingenios de positivo mérito; pero no todos pueden entrar en el cuadro que vamos bosquejando, porque afortunadamente viven los más de ellos, y á la posteridad toca hacer justicia á sus esfuerzos y dividir entre ellos el codiciado lauro. Omitimos, pues, con harta sentimiento á poetas tales como D. Carlos Guido Spano, D. Ricardo Gutiérrez, y entre los más jóvenes, á D. Rafael Obligado, D. Calixto Oyuela, D. Martín Coronado, D. Domingo Martinto, D. M. García Mérou, y

la *América Poética* de Gutiérrez, puesto que la primera edición de Montevideo, 1846, es casi inasequible.

(1) Figuran también en esta célebre antología, pero no me parecen dignos de particular estudio, *Balcarce* (Florencio), *Cantilo* (José María), *Godoy* (Juan), *Inurrieta* (Manuel), *Pacheco y Obes* (Melchor): todos ellos (á excepción acaso del último), no eran poetas, sino meros aficionados. Don Luis L. Domínguez, autor de la composición *El Ombú*, y de otras verdaderamente notables, es uno de los tres poetas de aquella colección, que viven aún. Los otros dos son: el mejicano D. Guillermo Prieto, y el chileno don. Eusebio Lillo.

otros que no habrán llegado á nuestra noticia; y sólo vamos á decir dos palabras de los que ya han rendido á la muerte el común tributo.

Al frente de ellos figura D. Olegario V. Andrade, uno de los poetas de más grandilocuencia y más robusto acento que ha producido la América del Sur. Sus defectos son palmarios, y de ellos no cabe excusa. Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido á cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroco de la forma. Andrade tenía el gusto sin educar, y le fascinó la imitación de lo peor de Víctor Hugo, por quien profesaba una especie de culto, ó más bien de fanatismo; pero tenía también, aunque en pequeña escala, algunos de los grandes dones de su modelo: la sensación ardiente y luminosa; cierta especie de visión hipnótica que agranda y transfigura los objetos; la *imaginación retórica*, que los interpreta de un modo siempre eficaz, aunque desmesurado y sofisticado; y juntamente con esto la arrogancia, plenitud y número de la versificación, la pródiga y despilfarrada magnificencia del estilo, fecundo en hipérboles, abundante en palabras rotundas, de sonido y brillo metálicos. En él, como en Víctor Hugo, fatiga la monotonía de lo grandioso, la luz abrasadora de Mediodía, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos. Y como en todo imitador, aun siendo tan distinguido como Andrade, se extreman los defectos y no las cualidades del modelo, de ahí que el poeta argentino sucumba con frecuencia bajo el peso de los colosos de granito y de las

montañas de metáforas con que pretende escalar el cielo.

Tuvo Andrade la ambición de los grandes asuntos, y no se mostró indigno de tenerla. *La Atlántida* y *El Prometeo*, capitales poesías suyas, demuestran esta aspiración elevada, y en parte la justifican. Es cierto que su saber era corto, elementales sus estudios, vagas y mal digeridas sus lecturas, confusas las nociones que tenía de la Naturaleza y de la Historia. Por otra parte, el periodismo, que es mala escuela poética, había viciado su gusto, educándole en la declamación ampulosa, en el verbalismo insustancial con que se compaginan los programas políticos y los artículos de fondo. No es imposible, ni mucho menos, que concurren en una misma persona la cualidad de poeta y la de publicista; pero será á condición de que el poeta se olvide del publicista y el publicista del poeta. Y por desgracia, en Andrade no acontecía así. Un poeta como él, dotado de grandes condiciones plásticas, nacido para la visión intensa de las cosas concretas, introduce á cada momento en su estilo, como chillona discordancia, el vocabulario abstracto, amanerado y marchito de la lengua parlamentaria y de los folletos de propaganda; y rima, sin darse cuenta de ello, las más enfáticas y prosaicas vulgaridades. Verdad es que lo mismo hacía Víctor Hugo en su última manera, convirtiéndose en gárrulo tribuno de la plebe, y no, como él imaginaba, en «pensador alado», en «boca del clarín negro», y en «nuevo Prometeo».

Disuenan, pues, en los versos de Andrade, generalmente armoniosos y viriles aunque incorrectos y plagados de asonancias, una multitud de expresiones que el dialecto poético no puede admitir, y más siendo tan

enfático y encumbrado como el que habla nuestro autor; porque no son de las que le enriquecen trayéndole nuevas formas y nuevos aspectos de la vida y una nueva y más íntima penetración de las cosas, sino de las que violan la esencia misma del genio de la poesía, poniendo en sus labios de diosa la jerga vil de las arengas de partido, de los brindis patrióticos, de los manifiestos electorales; la lengua lacia y mustia de los negocios, de las transacciones y de las polémicas, lengua que nada dice á los ojos, que suena ingrata en los oídos, y que con fórmulas huecas anula la espontánea vivacidad del pensamiento.

No tenemos que pedir cuentas al poeta de la falsedad intrínseca de muchos conceptos suyos, ni censurar, como en otra parte fuera justo y debido, el espíritu sectario á que rinde tributo; su filosofía de la historia superficial y enmarañada; su pomposo *latinismo* de raza, que viene á resolverse en un galicismo perpetuo; sus mil candideces democráticas; su incoherente simbolismo religioso. De todo esto ya dió cuenta D. Juan Valera en una carta tan ingeniosa y amena como todas las suyas (1).

Andrade sabía ciertamente poco para hacer poemas teogónicos ni cosmogónicos; pero sentía con cierto vigoroso, aunque confuso naturalismo, el hervor de la existencia, y aspiraba á encerrar en vastas síntesis el tumulto de la historia. Su espléndido canto sobre los destinos de la raza latina, impropriamente llamado *Atlántida*, tiene, á vueltas de todas sus imperfecciones de pensamiento y de formas, versos magníficos, trozos caldeados por la pasión y el entusiasmo, y un juvenil y sim-

(1) *Cartas americanas*, 1.^a serie (Madrid, 1889).

pático alborozo por el progreso humano, que hace prorrumper al autor en ditirambos de férvida elocuencia. Las ideas valen poco, y son de las más vulgares del liberalismo; pero el poeta parece que vuelve á inventarlas por el arranque y el brio con que las siente y expone. Daña, no obstante, á esta composición el plan demasiado simétrico, y más propio de una lección de historia ó de un tratado que de una oda.

Superior, en mi juicio, bajo el aspecto de la ejecución poética, aunque afeado también por vicios radicales en la concepción, es el *Prometeo*, en que Andrade, después de tantos otros, pero siguiendo principalmente las huellas de Edgar Quinet, trata de dar nuevo sentido trascendental y moderno al mito griego del *Titán filántropo*, convirtiendo á Prometeo en precursor del espíritu humano emancipado y del pensamiento libre. Confieso que este símbolo progresista me parece mucho menos estético que la sublime y religiosa poesía del viejo Esquilo, en que tantos han visto una prefiguración ó anuncio vago de la Redención humana. El Titán de Andrade, que habla muchas veces en estilo de orador de club, no nos interesa ni nos conmueve como el de Esquilo, porque es una abstracción, una alegoría muerta, sin ningún género de virtualidad divina ni humana. Nadie niega el simbolismo del *Prometeo encadenado*, aunque pueda interpretarse de diversas maneras, pero aquel símbolo vive eternamente, porque fué engendrado de las entrañas de una teogonía en que firmemente creían Esquilo y sus contemporáneos. Despojada hoy la fábula de su carácter religioso; trasplantada á un medio tan diverso; interpretada de un modo tan infiel, con tan poco estudio de la antigüedad, por un espíritu tan poco

maduro como el de Andrade, no podía producir más que una declamación poética, brillante, eso sí, y de gran vuelo, pero muy cándida y superficial, que ni siquiera tiene el amargo dejo de la poesía satánica con que interpretó Shelley el mito de Prometeo. Pero si el poema no se recomienda por el pensamiento, vale mucho por los esplendores de la forma: por la riqueza y magnificencia de la dicción poética, aquí menos rígida y monótona que en otros cantos de Andrade: por la salvaje y áspera energía de las maldiciones que lanza el Titán: por la suavidad delicada y etérea del coro de las Oceánidas.

Si á estos dos poemas capitales se unen *El Nido de Cóndores*, original y poética apoteosis del genio de la independencia americana; *El Arpa perdida*, elegía al naufragio del poeta Luca; *Paisandú*, canto magnífico al heroísmo uruguayo en la resistencia contra el Brasil; y finalmente, los versos *A Victor Hugo*, arrogante composición digna de Victor Hugo mismo, y muy mal pagada por él con frases de trivial cortesía, se encontrará justificada la reputación de Andrade, aun para los que gusten menos de poetas *hierofantes* y de filosofías de la historia puestas en verso. En Andrade debemos reconocer y aplaudir mucho de lo bueno que encontramos en nuestro Tassara, cuyos aciertos y caídas se parecen mucho á los suyos, salvo la expresión que siempre es en Tassara mucho más limpia y correcta. Andrade no había tenido ningún género de estudios de humanidades, y no leyó más que en libros franceses (1).

(1) *Olegario V. Andrade. Obras Poéticas. Publicación ordenada por el Excelentísimo Gobierno Nacional. Buenos Aires, 1887, 4.º* Con un prólogo de don Benjamín Basualdo.

Por sus aspiraciones filosóficas y doctrinales tiene cierta semejanza con Andrade, otro ingenio malogrado en 1882, el matemático y pensador evolucionista Carlos Encina, de quien sólo quedan tres largas poesías: un *Canto lírico á Colón*, otro *Canto al Arte*, y otro que se titula *La lucha por la idea*. Basta pasar la vista por los primeros versos de cualquiera de estas composiciones hinchadas y pedantescas, para convencerse de que su autor era leyente asiduo de Hegel y de Spencer, pero que apenas había recibido de la naturaleza ninguna condición poética. Sus versos, duros, secos, desarticulados, sin color ni música, plagados de voces técnicas y abstractas, son prosa rimada, y de la peor especie posible, prosa de tratados de filosofía puesta en malos versos. Véanse para muestra algunos versos de *La lucha por la idea*:

«El Dios *irrevelado*,
 El eterno misterio,
 De su increado ser la vida crea,
 Por ese acto supremo
 Que no cabe en las formas de la idea.
 Es germen invisible
 Que en su misterio el átomo cincela;
 Bosquejo que las formas de la vida
 Como inmortal aspiración, despliega.
 Rudimento de luz, dudoso ensayo,
 De la conciencia vacilante rayo.
 ¡Hombre por fin! Y mente iluminada
 En que el Creador refleja su mirada,
 Y que de Dios resuelve
 El eterno *problema*,
 Última faz del inmortal poema.
 ¡Ley de unidad que en la unidad absorbe
 El átomo y el orbe!
 Transformación sublime
 En que el divino Autor su sello imprime.
 Así nace la idea,

Germen imperceptible de la mente,
 En cuyo seno el porvenir se encierra.....

.....
 Cristo es la *idea humana*
 Encarnada en las formas,
 La vida y el amor: ¡Cristo no muere!
 Rompiendo las tinieblas
 Del fanatismo, que á la tierra humilla,
 Como eléctrico fuego,
 El *libre examen* poderoso brilla.....»

Parece imposible que este galimatías haya sido puesto en las nubes como dechado de poesía filosófica, y como nuevo rumbo abierto al arte americano. Y sin embargo, así fué, como puede juzgarse por la lectura de los artículos y discursos que acompañan al tomito de las poesías de Encina (1). Los que creen que la primera obligación del poeta es saber escribir en verso, no lamentarán mucho que se quedasen en ciernes otros cantos que Encina tenía comenzados, y cuyos títulos ya indican lo que podían ser: *El Poema del Infinito*; *La Evolución del Espíritu*; *La mujer ideal*. ¡Cuántos desastres acarrea la Metafísica mal digerida!

En frente de la poesía culta que hasta ahora venimos estudiando, ha florecido en la República Argentina, por excepción rara entre las demás literaturas de América, una poesía popular, ó si se quiere vulgar, y en cierto grado indígena, que ha sido imitada con talento por algunos poetas artísticos. El *gaucho* de la pampa, que

(1) *Carlos Encina. In Memoriam.* Buenos Aires, 1883.

Entre los poetas argentinos malogrados en estos últimos años, se cita con elogio el nombre de Adolfo Mitre, cuyas *Poesías*, publicadas en 1882, sólo conozco por un artículo de Ernesto Quesada, en su libro *Reseñas y Críticas*. (Buenos Aires, 1893.)

no es ni más ni menos que el campesino andaluz, ó estremeño, adaptado á distinto medio geográfico y social, y modificado por la vida nómada del desierto y por el continuo ejercicio del caballo y del lazo, ha sido siempre cantador y guitarrista, y tiene desde antiguo sus poetas populares, llamados *payadores* (1), uno de los cuales, San-

(1) En su célebre *Facundo* describe Sarmiento al cantor de la pampa en estos términos: «El cantor anda de pago en pago, de *tapera* en *galpón*, cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia; los llantos de la viuda á quien los indios robaron sus hijos en un *malón* reciente; la derrota y la muerte del valiente Rauch; la catástrofe de Facundo Quiroga, y la suerte que cupo á Santos Pérez..... El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche le sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Donde quiera que el *cielito* (baile popular) enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada *pulperia* tiene su guitarra para poner en manos del cantor, á quien el grupo de caballos estacionados á la puerta anuncia á lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

»El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar cuenta de *sendas* (sic) puñaladas que ha distribuido, una ó dos *desgracias* (muertes) que tuvo, y algún caballo ó una muchacha que robó.....

»Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona á la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y de las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas ó las de algún afamado *malévolo* (gaucho malo), parece al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstas hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiración y sentimiento.»

(*Facundo ó Civilización y Barbarie*, por Domingo F. Sarmiento. Montevideo, 1888 (ed. de la *Biblioteca Latino-Americana*), pp. 99-103.)

En otro libro de Sarmiento (*Vida y escritos del coronel D. Francisco J. Muñoz*, Buenos Aires, 1886), se define el verbo *payar*: «improvisar entre dos

tos Vega, que no sé si es personaje real ó fabuloso, ha llegado á convertirse en símbolo de la clase entera, como es de ver en la preciosa leyenda en que Rafael Obligado cuenta su lucha poética con el diablo y su vencimiento por él.

Prescindiendo de esta poesía tradicional, sobre la cual no tenemos datos bastante positivos y seguros, y llegando á la poesía escrita ó de imitación más ó menos literaria, aparece como remoto precursor de ella, aquel capellán del Fijo de Buenos Aires y exprofesor en el colegio Carolino, autor de romances históricos sobre la defensa de Buenos Aires, compuestos para «ser cantados en *comunes instrumentos* (¿la guitarra?) por los labradores, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente común en las calles y plazas». Pero estos romanzones vulgares, en el tono de las jácaras de Francisco Esteban, nada tienen que pueda decirse muy peculiarmente argentino.

El primero que, coincidiendo en este procedimiento con muchos poetas dialectales de todos tiempos y naciones (1), se apoderó del tipo del *gaucho* para hacerle

»sobre cualquier asunto, cantándolo en verso al son de la guitarra. La difi-
 »cultad principal para ambos vates consiste en..... el deber casi forzoso de
 »contestar con materia siempre alusiva á la expuesta por el contrario, y en
 »la necesidad de servirse del consonante del último verso del antagonista.»

Esta especie de torneos poéticos, así como otras circunstancias que se refieren de los improvisadores argentinos, recuerdan algo los hábitos de la poesía árabe anteislámica, sin duda porque el desierto y la vida nómada crean en todas partes iguales costumbres.

(1) En nuestra poesía regional gallega y bable son frecuentes desde el siglo xvii estos diálogos políticos entre rústicos. Pero aun son más antiguos y clásicos; ejemplo las coplas de Mingo Revulgo, y alguna de las églogas de Juan del Encina, compuestas en sayagüés ó en charro.

discurrir en su propio dialecto sobre los acontecimientos políticos, fué un poeta uruguayo, D. Bartolomé Hidalgo, antiguo oficial de barbero, y por consiguiente coplista y tocador de guitarra. Tenía, no obstante, pretensiones de poeta culto; pero nunca los *unipersonales* ó monólogos que hizo representar en festividades cívicas en los teatros de Montevideo y Buenos Aires, le dieron la reputación que justamente logró por los pintorescos y graciosos diálogos entre Jacinto Chano, «capataz de una estancia en las islas del Tordillo», y Ramón Contreras, «gaucho de la guardia del Monte», describiendo el uno lo que vió en las fiestas de Mayo en Buenos Aires el año 1822, y dando el otro sanos consejos políticos, con sentido común análogo al del *Buen hombre Ricardo*, de Franklin.

Los diálogos de Hidalgo y los de sus imitadores, no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puede negarse que fueron el germen de esa peculiar literatura *gauchesca*, que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana. Estanislao del Campo, Hilario Ascasubi y José Hernández, son los que logran más nombradía entre estos ingenios del terruño; y con su lectura descansa algo el ánimo de la servil y fastidiosa imitación de Víctor Hugo y otros franceses, que es la plaga del arte argentino. Estos poetas, sea cualquiera su valor intrínseco, son al cabo de nuestra familia, hablan, no muy estropeada, la lengua de nuestro vulgo, y son los únicos que pueden revelarnos algo de lo que verdaderamente piensa y siente el pueblo de los campos, la masa que más intacta se ha conservado de la antigua colonización española.

Ni Estanislao del Campo, hijo de un coronel de la guerra de la Independencia, diputado varias veces, secretario del Gobierno de Buenos Aires; ni Hilario Ascasubi, ayudante del general Urquiza; ni José Hernández, antiguo redactor de *El Río de la Plata*, pueden ser calificados en rigor de *payadores* ni de poetas populares: hay en sus obras mucho *dilettantismo* artístico, pero la fibra popular persiste, y en el último llega á manifestarse épicamente.

En 1870 apareció el *Fausto* de Estanislao del Campo, poema de singular asunto, en que un gaucho cuenta á su modo el argumento de la ópera de Gounod, que vió representar en Buenos Aires. Prescindiendo de lo inverosímil del dato, divierte é interesa mucho esta especie de parodia inocente, ó más bien de libre interpretación del pensamiento poético de Goethe por un campesino ingenuo y semisalvaje, que cree haber visto realmente al diablo en el teatro. «Poco á poco (dice Mefistófeles):

»Si quiere, hagamos un pato:
Usté su alma me ha de dar
Y en todo lo he de ayudar;
¿Le parece bien el trato?
Como el doctor consintió,
El diablo sacó un papel,
Y le hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.»

Todo está dicho con sencillez suma, y nada hay que exceda de la comprensión del rústico narrador:

«Al rato el lienzo subió,
Y desecha y lagrimeando,
Contra una máquina hilando
La rubia se apareció.
La pobre *dentró* á quejarse

Tan amargamente allí,
Que yo á mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse.....»

Hay redondillas sumamente felices, por la rápida viveza con que se precipita el relato. Así, cuando el capitán presenta al diablo la cruz de la espada:

«—Viera al diablo retorcerse
Como culebra—¡aparceró!
¡Óiganle!
—Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse.»

«El poeta—dice un escritor argentino—ha preparado el efecto de su diálogo con mano maestra: le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos á los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos ó tiernos, y de supersticiones infantiles que á cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego.... Aumenta el encanto y la majestad de la escena, el idioma propio de sus actores....., que se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados.... El poema se desenvuelve en un diálogo sabroso, en el que cruzan, como nubes coloreadas por el iris, los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de color inagotables» (1).

(1) Joaquín V. González, *La Tradición Nacional* (Buenos Aires, 1868); página 162.

De estas descripciones, vamos á presentar dos ejemplos: uno en que puede decirse que habla el poeta; otro en que, con más naturalidad y no menos poesía, habla el gaucho:

«El sol ya se iba poniendo,
 La claridá se auyentaba,
 Y la noche se acercaba
 Su negro poncho tendiendo.
 Ya las estrellas brillantes
 Una por una salían,
 Y los montes parecían
 Batallones de gigantes.
 Ya las ovejas balaban
 En el corral prisioneras,
 Y ya las aves caseras
 Sobre el alero ganaban.
 El toque de la oración
 Triste los aires rompía,
 Y entre sombras se movía
 El crespo sauce llorón.
 Ya sobre la agua estancada
 De silenciosa laguna,
 Al asomarse la luna
 Se miraba retratada.
 Y haciendo un extraño ruido
 En las hojas trompezaban,
 Los pájaros que volaban
 Á guarecerse en su nido.
 Ya del sereno brillando
 La hoja de la higuera estaba,
 Y la lechuza pasaba
 De techo en techo chillando.....»

Á esta descripción, ciertamente agradable, pero hecha con los lugares comunes de la retórica descriptiva, contraponemos la siguiente del mismo poeta:

«—¿Sabe que es linda la mar?
 —¡La viera de mañanita
 Cuando á gatas la puntita
 Del sol comienza á asomar!

Ve usted venir á esa hora
 Roncando la marejada,
 Y ve en la espuma encrespada,
 Los colores de la aurora.

Á veces con viento en la anca
 Y con la vela al solcito,
 Se ve cruzar un barquito
 Como una paloma blanca.

Otras, usted ve patente
 Venir boyando un islote,
 Y es que trai un camalote
 Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao
 Bien se puede comparar,
 Cuando el lomo empieza á hinchar
 El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
 Á la playa á gatas vienen,
 Y allí en lamber se entretienen
 Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
 En que la mar ha bajao,
 Cair volando al displayao
 Gaviotas, garzas y patos.

.....
 Y no sé qué da el mirar
 Cuando barrosa y bramando,
 Sierras de agua viene alzando
 Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
 Se amostrase retobao,
 Al mirar tanto pecao
 Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
 Cuando el señor la serena,
 Sobre ancha cama de arena
 Obligándola á dormir.»

.....
 Todo esto, á pesar de su forma modestísima, es buena, sana, legítima poesía, que recrea suavemente la imaginación más que las rapsodias filosóficas de Encina y los arrebatos apocalípticos de Andrade.

Menos importantes que el *Fausto*, son las demás poesías vulgares de Estanislao del Campo, que en ellas se muestra imitador del fecundísimo Hilario Ascasubi, cuyas obras completas llenan tres tomos publicados en París en 1872, con los títulos de *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo* y *Paulino Lucero*.

Pero la obra maestra del género, es, por confesión unánime de los argentinos, el poema de José Hernández, *Martin Fierro*, obra popularísima en todo el territorio de la República, y no sólo en las ciudades, sino en las pulperías y ranchos del campo; obra de la cual en diez años (de 1872, en que apareció, á 1882) se agotaron cerca de sesenta mil ejemplares, y de la cual existen más de doce ediciones en forma de libro, ya plebeyas, ya lujosas, y no sé cuántas más en las columnas de los periódicos. Entre nosotros ha tenido por ferviente encomiador á uno de los jóvenes de mayores esperanzas y de más vigoroso pensar con que hoy cuenta el profesorado español.

Quizá habría que rebajar algo de su entusiasmo; quizá el poema no sea tan genuinamente popular como él supone, aunque sea sin duda de lo más popular que hoy puede hacerse; quizá el pensamiento de reforma social resulte en el poema de Hernández más visible de lo que convendría á la pureza de la impresión estética, defecto que crece sobremanera en la segunda parte titulada *La vuelta de Martín Fierro*; pero en general, el juicio del Sr. Unamuno (1), que es el crítico á quien aludimos, nos parece penetrante y certero. Lo que pálidamente intentó Echevarría en *La Cautiva*, lo realiza con viril y

(1) *Revista Española*; Madrid, 1894, núm. 1.º

sana rudeza el autor de *Martin Fierro*. El soplo de la pampa argentina corre por sus desgredados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social que inútilmente comprime los ímpetus del protagonista, y acaba por lanzarle á la vida libre del desierto, no sin que sienta alguna nostalgia del mundo civilizado que le arroja de su seno:

«Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones,
Y á Fierro dos lagrimones
Le cayeron por la cara.....»

De este modo el gaucho pacífico, perseguido por la leva y acorralado por la civilización, se convierte de desertor en nómada ó *matrero*, gasta la vida en huir de la justicia, y vuelve como sus antepasados, los conquistadores, á abrirse camino por las selvas con su cuchillo.

«En *Martin Fierro*—dice el Sr. Unamuno—se penetran y como que se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martin Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español..... Cuando el *payador* pampero, á la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, ó en la noche serena á la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas de *Martin Fierro*, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos inextingibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres..... *Mar-*

tin Fierro es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué á América á servir de avanzada á la civilización y á abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas (1) y su

(1) Véase alguna muestra de estas máximas ó consejos de sabiduría práctica y popular, puestos en boca de *Martin Fierro*, ya que del poema no damos extracto en el cuerpo de la Antología, por no saber á ciencia cierta si su autor vive todavía:

CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO .

Yo nunca tuve otra escuela
 Que una vida desgraciada:
 No extrañes si en la jugada
 Alguna vez me equivooco,
 Pues debe saber muy poco
 Aquel que no aprendió nada.
 Hay hombres que de su cencia
 Tienen la cabeza llena;
 Hay sabios de todas menas,
 Mas, digo sin ser muy ducho:
 Es mejor que aprender mucho
 El aprender cosas buenas.
 No aprovechan los trabajos
 Si no han de enseñarnos nada;
 El hombre de una mirada
 Todo ha de verlo al momento;
 El primer conocimiento
 Es conocer cuándo enfada.

.....
 Las faltas no tienen límites,
 Como tienen los terrenos:
 Se encuentran en los más buenos,
 Y es justo que les prevenga:
 Aquel que defectos tenga,
 Disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
 Lo dejen en la estacada,
 Pero no le pidan nada
 Ni lo aguarden todo de él:
 Siempre el amigo más fiel
 Es una conducta honrada.

sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura.»

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que á uno le asalten;
Así no se sobresalten
Por los bienes que parezcan:
Al rico nunca le ofrezcan,
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta á la gente:
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos,
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
Porque es preciso adquirir;
No se expongan á sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

.....
Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por experiencia lo afirmo,
Más que el sable y que la lanza,
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía;
Sin ella sucumbiría;
Pero sigue mi experiencia:
Se vuelve en unos prudencia,
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente,
Y téngalo bien presente,
Si al compararla no yerro:
La ocasión es como el fierro,
Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
Que á veces las vuelve á hallar,
Pero las debe enseñar;
Y es bueno que lo recuerde:
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve á encontrar.

.....
Respeten á los ancianos:
El burlarlos no es hazaña.
Si andan entre gente extraña

XIII.

URUGUAY.

Sólo una razón política, y que pudiéramos decir de equilibrio internacional, divide las dos Repúblicas, de

Deben ser muy precavidos,
 Pues por ignal es tenido
 Quien con malos se acompaña.
 La cigüeña, cuando es vieja,
 Pierde la vista; y procuran
 Cuidarla en su edá madura
 Todas sus hijas pequeñas;
 Apriendan de las cigüeñas
 Este ejemplo de ternura.

.....
 El que obedeciendo vive
 Nunca tiene suerte blanda,
 Mas con su soberbia agranda
 El rigor en que padece;
 Obedezca el que obedece
 Y será bueno el que manda.

.....
 Ave de pico encorvado,
 Le tiene al robo afición;
 Pero el hombre de razón
 No roba jamís un cobre;
 Pues no es vergüenza ser pobre
 Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
 Ni pelee por fantasía:
 Tiene en la desgracia mía
 Un espejo en que mirarse;
 Saber el hombre guardarse
 Es la gran sabiduría.

La sangre que se derrama
 No se olvida hasta la muerte:
 La impresión es de tal suerte,
 Que, á mi pesar, no lo niego,
 Cae como gota de fuego
 En la alma del que la vierte.

.....
 Si entregan su corazón
 Á alguna mujer querida
 No le hagan una partida
 Que le ohenda á la mujer;

tan desigual extensión, que se asientan en las márgenes oriental y occidental del Río de la Plata. La historia de ambos países es una misma, idénticas sus condiciones sociales, análogo el carácter de sus moradores, y tan mezclada su producción literaria, que es casi imposible dejar de mencionar entre los argentinos algún escritor uruguayo, ó viceversa. La pequeñez del territorio de la República Oriental está compensada con las riquezas del suelo y con la posesión de uno de los más hermosos puertos y de las más opulentas ciudades de la América del Sur. Su independencia política parece garantizada también por su posición intermedia entre dos grandes y poderosos Estados, el Brasil y la República Argentina, cuyas fuerzas puede decirse que se han neutralizado para constituir esta Bélgica americana. La historia ha conducido á esta solución por muy largos rodeos, y la constitución definitiva de esta República es mucho más moderna que la de ningún Estado ultramarino. Aun la misma capital, Montevideo, es de fundación modernísima; nació en 1726 al patriótico impulso del Goberna-

Siempre los ha de perder
 Una mujer ofendida.
 Procuren, si son cantores,
 El cantar con sentimiento:
 No templen el estrumento
 Por sólo el gusto de hablar,
 Y acostúmbrense á cantar
 En cosas de fundamento.
 Y les doy estos consejos
 Que me han costado adquirirlos,
 Porque deseo dirigirlos;
 Pero no alcanza mi ciencia,
 Hasta darles la prudencia
 Que precisan pa seguirlos.
 Estas cosas y otras muchas,
 Medité en mis soledades;
 Sepan que no hay falsedades
 Ni error en estos consejos;
 Es de la boca del viejo
 De ande salen las verdades.

dor de Buenos Aires, D. Bruno Mauricio de Zabala, para anular la colonia portuguesa del Sacramento. Aquella resolución memorable salvó el porvenir de la raza y de la lengua castellana en la margen oriental del río, y aseguró al mismo tiempo un baluarte inexpugnable para los inmensos territorios de la orilla opuesta.

Siguió Montevideo el impulso general de la revolución argentina, y en 1812 quedó emancipada de la metrópoli, después de las acciones de *Las Piedras* y de *El Cerrito*; pero su dependencia del Gobierno de Buenos Aires fué muy transitoria. Un jefe de gauchos, llamado Artigas, á quien los uruguayos consideran como un héroe, y los argentinos poco menos que como un facineroso, constituyó en la banda oriental un Estado independiente, que entregado á sus solas fuerzas, no pudo resistir á la invasión portuguesa en 1817. Desde esta fecha hasta 1825, el Uruguay estuvo sometido primero á la corona de Portugal, y luego al Imperio del Brasil, con el nombre de provincia *cis-platina*. El heroico esfuerzo de los *treinta y tres patriotas* inició la reconquista de la independencia, que con auxilio de los argentinos quedó realizada en el campo de batalla de Ituzaingó, y fué sancionada diplomáticamente en 25 de Agosto de 1825.

Es claro que un país constituido de esta suerte ha de carecer de toda tradición literaria del tiempo de la colonia. Aun la imprenta es allí modernísima: fué introducida por los ingleses durante el breve período de su ocupación en 1807, con la mira de publicar sus bandos y gacetas, y hacer propaganda en favor de su dominación.

Las discordias civiles de Buenos Aires en el segundo tercio de nuestro siglo favorecieron de una manera muy

eficaz el desarrollo de la cultura en Montevideo, que por algún tiempo pudo considerarse como la Atenas del Plata. En ella buscaron refugio los principales escritores argentinos fugitivos de la tiranía de Rosas, y allí publicaron gran número de periódicos y algunas de sus principales obras Florencio Varela Echeverría, Gutiérrez, Mármol, Rivera Indarte y muchos otros, ya mencionados en el capítulo anterior.

Pero á pesar de su escasa población y limitado territorio, no ha dejado el Uruguay de producir escritores muy estimables en varios ramos del saber, tales como el erudito historiógrafo D. Andrés Lamas, el naturalista D. Dámaso Larrañaga, y el pedagogo D. Marcos Sastre, autor también de un bello libro descriptivo de las islas del Paraná, que llama *El Tempe Argentino*. Esta República es madre también de algunos poetas de mérito, entre los cuales el primero, en el orden de los tiempos, no menos que en la fecundidad, es D. Francisco Acuña de Figueroa (1).

Todo el que vea el retrato de este simpático ingenio, le encontrará desde luego gran parecido con nuestro Bretón de los Herreros; y si recorre sus obras, notará que esta semejanza no se limita á la parte fisiológica. Aunque Acuña de Figueroa no cultivó ja-

(1) Nació en Montevideo el 20 de Septiembre de 1790, y murió en 6 de Octubre de 1862. Había sido durante muchos años Director de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

Sus *Obras completas*, revisadas y anotadas por D. Manuel Bernárdez, forman ocho volúmenes en 4.º, impresos en 1890. (*Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, editores.*) La distribución es la siguiente: cuatro tomos de poesías diversas, sin distinción alguna de asuntos ni de géneros: dos de *epigramas y toraídas*, y otros dos con el *Diario histórico del sitio de Montevideo*. Estos dos últimos no los he visto.

más la poesía dramática, su musa festiva y satírica, y aun lírica á su modo, es de la misma familia que aquella musa juguetona, cándida y risueña que dictó á Bretón sus letrillas, sus sátiras y otras muchas de sus composiciones sueltas. A Acuña de Figueroa puede aplicarse, como á Bretón aplicó Lista, lo que de sí propio dice Ovidio: «*Quidquid tentabat dicere, versus erat.*» Fué, en efecto, un versificador inagotable, dotado de grandes condiciones para la improvisación, y bastante dueño de la lengua y del metro para hacerse perdonar su facilidad, que en otro hombre de menos ingenio hubiera sido desastrosa. Acuña de Figueroa no tiene elevación ni ternura: las poesías en que quiso levantar el tono son generalmente las que menos valen de toda su voluminosa colección; si bien en algunos himnos patrióticos y en algunas composiciones sagradas, la elegancia y soltura de la rima hacen perdonar la ausencia de inspiración original y vigorosa. Como lírico, vale menos que Arriaza, pero pertenece á su escuela. Poeta de circunstancias, incansable proveedor de versos para todos los acontecimientos públicos, para todas las solemnidades domésticas, repentista de banquetes lo mismo que de profesiones de monjas, oscila entre lo poeta y lo coplero, y tropieza muchas veces en lo segundo. Hay entre el fárrago de sus poesías (que ganarían mucho con reducirse á la quinta parte) extravagancias de gusto propias de un improvisador de tertulias caseras: enigmas, anagramas, charadas, acrósticos, pies forzados, versos en forma de cruz, de reloj de arena, de copa. La mayor parte de sus composiciones no pueden tomarse en serio, ni seguramente las tomaba el mismo autor; pero muchas tienen donaire y agudeza, y en todas

pasman la vena abundantísima y el jovial humor que no abandonaron al poeta ni aun en la extrema ancianidad. Era un hombre algo vulgar en sus aspiraciones artísticas, pero sano, bien avenido con la vida, castizo é inocente en sus chistes, muy español en todo, muy regocijado y simpático en su honesta alegría, y muy á propósito para recrear el ánimo de los lectores después de tanta bambolla sentimental, lúgubre y afrancesada como se escribía á orillas del Plata. Sus versos vienen á formar una especie de crónica muy divertida de las costumbres de Montevideo durante más de medio siglo.

Acuña hacía versos sobre todas las cosas, y ya hemos dicho que en general los hacía bien, aunque versasen sobre fruslerías. Nada tenía de poeta inculto: su educación clásica era muy sólida, como lo prueban sus traducciones de Horacio y sus reminiscencias de otros poetas latinos y castellanos del buen tiempo. En la dicción, es uno de los escritores más puros que en América pueden encontrarse. Sus faltas de gusto nacen de la idea un poco trivial que se había formado de la poesía, que para él consistía principalmente en el mecanismo y artificio de los versos. Por eso no tenía reparo en versificar las materias más ingratas, y estaba más satisfecho que de ninguna obra suya, de un *Diario poético* ó crónica rimada del sitio de Montevideo durante los años de 1812, 1813 y 1814, en más de 1.000 páginas. Mucho más hubiera valido, probablemente, para su fama, la publicación de *Los Animales Parlantes*, de Casti, poema que tenía completamente traducido en 1846, y que estaba tan en su gusto y en su cuérda.

Lo más apreciable de sus versos son, sin disputa, algunas letrillas; las *Toraidas*, ó revistas de corridas de

toros, en octavas reales con otros metros intercalados; y sobre todo la colección de epigramas que tituló *Mosaico*. De ella, como de todas las de su género, puede repetirse la sentencia que formuló Marcial sobre la suya propia: «*Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.*» Pero, á decir verdad, hay pocos centones de epigramas compuestos por un solo autor, en que se encuentren tantos buenos como los que pueden entresacarse de la enorme cifra de 1450 á que ascienden los del *Mosaico*. Se conoce que el poeta había nacido para este género de chiste lapidario, y que le perseguía con ahinco, acertando muchas veces con la punta aguda y sutil, aunque rara vez envenenada. Son pocos los que, ni aun remotamente, ofendan el decoro ó parezcan dictados por la maledicencia. Pero muchos consisten en meros retruécanos ó juegos de palabras, y otros tienen poco de originales, hasta cuando no se confiesan traducidos.

Fué también versificador aventajado, dentro de la escuela clásica (1), D. Bernardo P. Berro, autor de una oda *A la Providencia*, en liras, y de una larga *Epístola á Doricio*, que es más bien un poema bucólico, en el que campean á menudo la facilidad en la parte métrica, la pureza de dicción, la belleza de las descripciones y la naturalidad del sentimiento: todo conforme al gusto de nuestros poetas de fin del siglo XVIII, si bien con la liga de prosaísmo que entonces solía mezclarse en toda descripción de la belleza campestre, y de que es memorable y candoroso ejemplo el *Observatorio rústico* de Salas. Algunos tercetos darán idea de la manera des-

(1) Basta citar muy de paso el nombre de otro poeta del mismo grupo, D. Carlos G. Villademoros, de quien hay algunos versos en el *Parnaso Oriental*.

criptiva del poeta uruguayo, tanto en sus aciertos como en sus caídas:

«Un peñón circundado hasta la altura
De hojosas ramas, forma en sus entrañas
Una gruta de rara arquitectura:

No habitada de fieras alimañas,
Dulce reposo y dulce fresco ofrece
Con sus bellas alcobas cuanto extrañas.

Allí al ruido del céfiro que mece
Los circunstantes árboles sombríos,
Mi cuerpo poco á poco se adormece;

Y al fin vencidos los sentidos míos,
Fugaces sueños la adormida mente
Halagan en risueños desvaríos.

Tal vez donde bullendo la corriente
Mansamente murmura, luego acudo;
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:

Y á la sombra de un ceibo alto y copudo,¹
Que cerca de ella se halla, me recuesto
Sobre el césped suavísimo, menudo.

Un airecillo entonces en vuelo presto,
Triscando entre las hojas susurrante,
Baña en grato frescor aqueste puesto

En tanto que con voz dulcisonante
Modulan en mil quiebros y trinados,
Los pájaros su música brillante.

Callan luego los sonos acordados;
El aura apenas expira desmayada;
El susurro disípase por grados:

Natura toda en calma reposada,
En un hondo suspiro mudo y quieto
Yace lánguidamente sepultada.

Empapada mi alma en un completo
Estado de placer indefinible,
Vagamente se espacia sin objeto,

.....
Pues si de estos objetos se desvía
Y se encumbra á la parte de Occidente,
Goza encanto mayor la vista mía.

Del claro día el luminar fulgente
Tras los últimos montes escondido,
El horizonte tiñe en rojo ardiente,

Sobre el cual leves nubes de lucido
 Oro bordadas, trazan mil informes
 Figuras varias con pincel fingido.

Ves allí en confusión montes enormes,
 Hondas cimas, peñascos erizados,
 Descomunales masas disconformes.

Encima de aquel pico, al aire alzados
 Los colosales miembros, un gigante
 Semeja al genio, rey de los collados.

En aquella otra punta, que distante
 Sale á un lado, un anciano venerable
 Tiende su larga barba hacia adelante.

Á otra parte un castillo inexpugnable;
 Á otra, miro soberbios torreones;
 Á otra, ruinas de fábrica espantable.

Tan bellas, tan magníficas visiones,
 Exaltando mi ardiente fantasía
 La entregan á sublimes ilusiones;

Y en ellas abismada todavía
 Está cuando su manto tenebroso
 Tiende la noche pavorosa umbría.»

El malogrado joven D. Adolfo Berro (1), que sigue á Acuña de Figueroa en el orden cronológico de los ingenios del Uruguay, fué, más que un poeta propiamente dicho, la esperanza de un poeta. Muerto á los veintiún años, no se le puede pedir cuenta muy rigurosa de sus versos. Sus apuntes en prosa sobre educación popular, y sobre la emancipación y mejora intelectual de las gentes de color, empresa á que se consagró con el más generoso aliento, prueban que era ante todo un filántropo

(1) Nació en Montevideo el 19 de Agosto de 1819. Falleció en 29 de Septiembre de 1841. Había practicado la abogacía en el bufete del escritor don Florencio Varela, que dió á conocer sus primeros versos en *El Correo de la Plata*. La colección póstuma de todos ellos se publicó en Montevideo en 1842 con un discurso preliminar de D. Andrés Lamas. De Berro hablaron los hermanos Anumátegui en su *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. (Santiago de Chile, 1861, págs. 329-333.)

cristiano. Algunas de sus poesías, *El Esclavo*, *El Mendigo*, *La Expósita*, *La Ramera*, están inspiradas por la misma tendencia: la forma es romántica, y revela la imitación de Espronceda, pero á la verdad muy poco afortunada. El estilo es endeble, vulgar é incoloro: las ideas simpáticas, pero triviales, y la versificación tan floja y desaliñada, que recuerda la del cubano Milanés, cuando en su segunda época trataba estos mismos asuntos. Las poesías no sociales de Berro resultan más agradables, aunque en extremo candorosas, y bastante incorrectas. De un episodio de *La Argentina*, de Barco Centenera, tomó asunto para uno de sus romances históricos, *Yandabuyu y Liropeya*.

Tuvo más estro lírico y más grandilocuencia Juan Carlos Gómez, aunque no fuese poeta de profesión, sino publicista y hombre político. Pero ni sus enfáticos alejandrinos *A la libertad*, atestados de lugares comunes y de ripio y cascote de la peor especie, ni sus versos de sentimiento romántico son tales que un colector de buen gusto deba recogerlos, si se exceptúa alguna composición breve como *El Cedro y la Palma*.

De D. Bartolomé Hidalgo, patriarca de la poesía *gauchesca*, ya se ha hablado incidentalmente al tratar de Buenos Aires.

Creemos inútil detenernos en otros poetas de menos nombradía y mérito, cuyos versos pueden leerse en las diversas colecciones especiales de poetas de la República oriental, publicadas hasta el presente (1). Pero es

(1) La más antigua y ya bastante rara es el *Parnaso oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya*. (Montevideo, imp. de *La Libertad*, 1835.) Son tres volúmenes en que no todos los versos pertenecen á poetas uruguayos.

justo hacer mención honrosa del fecundísimo y benemérito escritor D. Alejandro Magariños Cervantes, que durante cierto período representó casi sólo la literatura de su país, y que por haber hecho vida literaria en Madrid y publicado aquí algunas de sus primeras obras, ha sido mucho más conocido que otros poetas americanos. Y no fué poeta tan sólo, sino también historiador, novelista, crítico y periodista, de todo lo cual dan testimonio sus apreciables y numerosas obras. Su genialidad poética tiene puntos de contacto con la del venezolano Heriberto García de Quevedo, aunque la musa de Magariños Cervantes fué menos emprendedora y temeraria, y no se aventuró tanto por los senderos de la poesía trascendental. Magariños era versificador muy afluente, cualidad que en algún modo le perjudica, haciéndole degenerar en verboso. Hay cierta insipidez en su estilo, y más riqueza aparente que real en sus obras. Las más extensas son leyendas románticas en variedad de metros, en las cuales se combina la imitación de Zorrilla con algunos rasgos descriptivos de naturaleza americana,

- La más copiosa lleva el título de *Páginas Uruguayas*. Tomo I. *Álbum de poesías coleccionadas con algunas breves notas, por Alejandro Magariños Cervantes*. (Montevideo, 1878.)

Figuran en esta compilación los siguientes poetas, que ya han fallecido:

Argüelles (Fernando), *Arrascaeta* (Enrique), *Berro* (Adolfo), *Berro* (Bernardo), *Bermúdez* (coronel D. Pedro), *Carrillo* (Manuel M.), *Fajardo* (Carlos A.), *Fajardo* (Heraclio C.), *Ferreira y Artigas* (Dr. Fermín), *Figueroa* (Julio), *Gómez* (Dr. Juan Carlos), *Gordon* (Eduardo), *Hidalgo* (Bartolomé), *Lapuente* (Laurindo), *Magariños Cervantes* (D. Alejandro), *Otero* (Dr. Luis), *Rosende* (Petrona), *Varela* (Horacio), *Varela* (José Pedro), *Varela* (Juan Cruz: distinto del poeta argentino del mismo nombre y apellido), *Vázquez* (Dr. Juan Andrés).

En el libro titulado *Poetas de la América de habla española. Colección de poesías escogidas, por Enrique de Arrascaeta*. (Montevideo, 1881), están en mayoría los poetas uruguayos.

en que parece seguir el modelo de *La Cautiva*, de Echeverría; si bien creemos que Magariños Cervantes, portugués de origen, no fué tampoco ajeno á la influencia de algunos épicos brasileños, como el autor del *Caramurú* (fray Benito de Santa Rita Durão), el del *Uruguay* (José Basilio de Gama), y el más moderno cantor de *La Confederación de los Tamoyos* (Domingo Gonçalves Magalhaes).

Aleccionado por estos modelos (si bien el último de estos poemas publicado en 1857, es posterior á la leyenda *Celiar*, con que empezó á consolidarse la fama poética del Sr. Magariños), procura el poeta uruguayo poner color americano en sus obras é inspirarse en la vida y costumbres de las tribus indígenas, y si no puede decirse que consiga siempre poetizarlas, tiene, á lo menos, el mérito de haber abierto y mostrado esta senda al autor del *Tabaré*, que hoy la recorre con tanto aplauso, y que es el que verdaderamente ha naturalizado á los *charrúas* en el arte. Las novelas en prosa de Magariños Cervantes, especialmente la titulada *Caramurú*, tienen la misma tendencia y se componen de los mismos elementos que sus poemas, pero han alcanzado menos fama.

En sus rimas líricas, que son abundantísimas, y que para su fama importaría mucho que no lo fuesen tanto, Magariños, como todos los románticos de segundo orden, peca por exuberancia de palabras más que por exuberancia de imaginación: son versos que suenan bien, que se dejan leer con facilidad y aun con cierto agrado, pero que con la misma y aun con mayor facilidad se olvidan. Las ideas son generalmente nobles y simpáticas; pero hay tantas frases hechas, tantas imágenes marchitas, que no sé yo lo que de tan voluminosa colección de

versos podrá salvar la posteridad. Mas por riguroso que sea su fallo, siempre habrá de encomiarse el entusiasmo artístico de este autor, la pureza de sus motivos, la elevación de su sentido moral, su sincero y ferviente espiritualismo, la originalidad relativa de sus temas americanos, y el impulso que con el ejemplo de su laboriosidad infatigable dió á la naciente literatura de su país (1).

(1) Nació D. Alejandro Magariños Cervantes en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. Comenzó allí sus estudios y los terminó en España, recibiendo el grado de doctor en Jurisprudencia. Ya antes de su partida para Europa había publicado gran número de composiciones sueltas, un *Ensayo de oratoria*, y dos cantos de un poema con el título de *Montevideo: Episodios de nuestra historia contemporánea*.

En España fué colaborador de *La Patria*, *El Orden*, *La Ilustración* (de Fernández de los Ríos), *La Semana*, y otros periódicos y revistas; publicó varias novelas: *La estrella del Sur*, *Caramurú*, *No hay mal que por bien no venga*, unos *Estudios histórico-políticos sobre el Río de la Plata*, una comedia (representada en 1850), *Percances matrimoniales*, y, finalmente, la leyenda *Celiar* (1852), con un prólogo muy laudatorio de Ventura de la Vega. En París sostuvo por más de dos años la *Revista Española de Ambos Mundos*. Vuelto á su patria, en 1855 dió á luz un opúsculo sobre *La Iglesia y el Estado*, y en 1858 inició la publicación de la *Biblioteca Americana*, curiosa colección que forma diez tomos, en que, juntamente con varias obras de Gutiérrez, Sastre, Florencio Varela y Cané, figuran dos nuevas colecciones poéticas de Magariños, *Horas de melancolía* y *Brisas del Plata* (1864). Durante algún tiempo pareció abandonar las letras por el foro y la magistratura, pero luego brotaron de su incansable pluma multitud de escritos de todo género. La colección definitiva y más extensa de sus versos, interpolada con largas notas, lleva por título *Palmas y Ombúes* (Montevideo, 1884-1888), dos gruesos volúmenes en 4.º El libro rotulado *Violetas y Ortigas* (Montevideo, 1850), es un centón de artículos, propios y ajenos, sobre diversas materias. No pretendemos aquí apurar el catálogo de sus obras impresas, ni mucho menos de las que dejó inéditas, tales como un drama sobre *Vasco Núñez de Balboa*, y una traducción de la *Guerra Católica*, de Salustio.

Desempeñó, entre otros cargos, el de Rector de la Universidad de Montevideo.

Entre los poetas uruguayos de la última época, debe añadirse el nombre de Heraclio C. Fajardo, que, además del drama *Camila O'Gorman* y de va-

rios trabajos históricos, dejó una colección de versos líricos *Arenas del Uruguay*. Su composición de aparato, *América y Colón*, premiada en un certamen de 1858, vale tan poco como casi todas las que se han dedicado al mismo asunto, pero son agradables é ingeniosos los versos de álbum que tituló *El Colibri*.

Del coronel D. Pedro P. Bermúdez se cita un drama histórico, *El Charrúa*. Magariños Cervantes le elogia por «la exactitud de los rasgos antropológicos é históricos que en él campean».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS.

CHILE.

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

ARAUCO DOMADO.

CANTO V.

Estaba á la sazón Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do por gozar el sol en su frescura,
Se vino con su palla mano á mano;
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura;
Que allí las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el Septiembre frío,
Nunca el templado Abril estuvo fuera;
Allí no falta verde primavera
Ni asoma crudo invierno y seco estío.
Allí, por el sereno y manso río,
Como por transparente vidriera,
Las náyades están á su contento
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,
Que por colar allí su luz febea,
Con los tejidos árboles pelea,

Que al agua están, mirándose, mirando;
Tal vez de ver que el viento respirando
Á los hojosos ramos lisonjea,
Tal vez de que los dulces rui señores
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,
Que van á dar al cielo con las frentes
Y al suelo con sus fértiles vertientes,
La deleitosa vera está fundada.
¡Oh, quién tuviera pluma tan cortada
Y versos tan medidos y corrientes,
Que hicieran el vestido deste valle,
Cortado á la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de hierba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado:
Aquí veréis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando
Los dos Favonio y Céfito las vuelven,
Y ellas, en pago desto, los envuelven
Del suave olor que están de sí lanzando;
Entre ellas las abejas susurrando,
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinüoso,
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoro
Despacha al hondo mar la rica vena,

Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
El sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero paraíso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha haya levantada ;
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas
Las driadas, oréades, napeas,
Y otras ignotas mil silvestres deas,
De sátiros y faunos perseguidas;
En álamos Lampecies convertidas,
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,
Que son, por conocerse tan hermosas,
Selváticas, esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos
Que con el blando céfiro bracean,
En acordada música gorjean
Mil coros de esmaltados pajarillos ;
Cuyos acentos dobles y sencillos
Sus puntos y sus cláusulas recrean
De tal manera el ánima que atiende,
Que se arrebatada, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera
Veréis al blanco cisne paseando,
Y alguna vez en dulce voz mostrando
Haberse ya llegado la postrera;
Sublimes por el agua el cuerpo fuera,
Veréis á los patillos ir nadando,
Y cuando se os esconden y escabullen,
¡Qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
Ya pasa el gamo tímido y ligero,
Ya corren la corcilla y el venado,
Ya se atraviesa el tigre variado,
Ya penden sobre algún despeñadero
Las saltadoras cabras montesinas
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos
Por la frisada, tosca y dura peña
En fugitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oídos;
En medio de los árboles floridos
Y crespos de la hojosa y verde greña,
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente
Las guijas y pizarras de la arena,
Sin recibir la vista mucha pena,
Se pueden numerar distintamente;
Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida y serena,
Que no sabréis cuál es la rama viva,
Si la que está debajo ó la de arriba.

Titán, al tramontarse, lo saluda,
Tornando sus arenas de oro fino,
Y para descansar de su camino

No tiene otro lugar á donde acuda;
La verde yerba nace tan menuda
Orillas del estero cristalino,
Y toda por igual por donde quiera,
Como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado
Fué digna de estampar su ruda huella,
Ni se podrá alabar de que con ella
Dejase su esplendor contaminado;
Tan solamente el niño Dios alado
En esta parte vive y goza della,
Y esparce tiernamente por las flores
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso
Con Fresia, como dije, sesteaba,
Y sus pasados lances le acordaba
Por tierno estilo y término amoroso:
No estaba de la guerra cuidadoso,
Ni cosa por su cargo se le daba,
Porque do está el amor apoderado,
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;
La ociosidad por otro le convida
Para comunicar á su querida
Palabra, mano, pecho, rostro y boca,
Y al regalado son que amor le toca,
Le canta: «Dulce gloria, dulce vida,
¿Quién goza como yo de bien tan alto,
Sin pena ni temor ni sobresalto?

»¿Hay gloria ó puede habella que se iguale
Con esta que resulta de tu vista?
¿Hay pecho tan de nieve que resista
Al fuego y resplandor que della sale?
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale
Del universo mundo la conquista,

Respecto de lo que es haberla hecho
Al muro inexpugnable de tu pecho?

» ¡Dichosos los peligros desiguales
En que por tí me puse, amores míos!
Dichosos tus desdenes y desvíos,
Dichosos todos estos y otros males;
Pues ya se han reducido á bienes tales,
Que entre estos altos álamos sombríos,
Tu libre cuello rindas á mis brazos
Y á tan estrechos vínculos y abrazos.»

« ¡Ay, Fresia le responde, dueño amado,
Y cómo no es de amor perfecto y puro
Hallarse en el contento tan seguro,
Sin pena, sin temor y sin cuidado;
Pues nunca tras el dulce y tierno estado
Se deja de seguir el agro y duro,
Ni viene el bien, si vez alguna vino,
Sin que le ataje el mal en su camino!

» De mí te sé decir, mi caro esposo
(No sé si es condición de las mujeres),
Que en medio de estos gustos y placeres
Se siente acá mi pecho sospechoso;
Mas siempre del amor huye el reposo,
Ó al menos está preso de alfileres;
Que en la labor de un pecho enamorado
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolicán replica: « ¿Quién es parte,
Por más que se nos muestre el hado esquivo,
Para que desta gloria que recibo
Y deste bien tan próspero me aparte?
No hay para qué, señora, recelarte
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,
Y pues que estoy seguro yo de muerte,
Estarlo puedes tú de mala suerte.

»Sacude, pues, del pecho esos temores
Que sin razón agora te saltean,
Y no te dé ninguno de que sean
Menos de lo que son nuestros amores.»
Con esto se levantan de las flores,
Y alegres por el prado se pasean,
Aunque ella, no del todo enajenado
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente ;
Que los está llamando su frescura ,
Y Apolo, que también los apresura ,
Por se mostrar entonces más ardiente ;
El hijo de Leocán gallardamente
Descubre la corpórea compostura ,
Espalda y pechos anchos, muslo grueso ,
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja ,
La cual, con alboroto encanecido ,
Al recibirle forma aquel ruido
Que el árbol sacndiéndole la hoja ;
El cuerpo en un instante se remoja ,
Y esgrime el brazo y músculo fornido ,
Supliendo con el arte y su destreza
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,
Y sola no se puede sufrir tanto,
Con ademán airoso lanza el manto
Y la delgada túnica desprende ;
Las mismas aguas frías enciende ;
Al ofuscado bosque pone espanto,
Y Febo de propósito se para
Para gozar mejor su vista rara.

Abrásase mirándola, dudoso
Si fuese Dafne en lauro convertida,
De nuevo al ser humano reducida,

Según se siente della cudicioso;
Descúbrese un alegre objeto hermoso,
Bastante causador de muerte y vida,
Que el monte y valle, viéndolo, se ufana,
Creyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,
Su frente, cuello y manos son de nieve,
Su boca de rubí, graciosa y breve,
La vista garza, el pecho relevado;
De torno el brazo, el vientre jaspeado
Columna á quien el Paro parias debe,
Su tierno y albo pie por la verdura
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,
Huyendo de miralla, con aviso
De no morir la muerte que Narciso,
Si dentro la figura propia viera;
Mostrósele la fuente placentera,
Poniéndose en el temple que ella quiso,
Y aun dicen que de gozo al recibilla
Se adelantó del término y orilla.

Va zambullendo el cuerpo sumergido,
Que muestra por debajo el agua pura
Del cándido alabastro la blancura,
Si tiene sobre sí cristal bruñido;
Hasta que da en los pies de su querido,
Adonde, con el agua á la cintura,
Se enhiesta sacudiéndose el cabello
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos, antes bellos que velludos,
Ya que se les prohíbe el penetrarse,
Procuran lo que pueden estrecharse
Con reciprocación de ciegos nudos;
No están allí los Géminis desnudos
Con tan fogosas ansias de juntarse,

Ni Salmacis con Troco el zahareño,
Á quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el ñudo se desata,
Y ella se finge esquiva y se escabulle;
Mas el galán, siguiéndola, zabulle,
Y por el pie nevado la arrebató;
El agua salta arriba vuelta en plata,
Y abajo la menuda arena bulle;
La tórtola envidiosa que los mira,
Más triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,
Linfáticos haciendo ya del agua
Á costa del amor chisposa fragua,
Que á tanto suele ser amor bastante;
Se les presenta súbito delante,
Con que el presente gusto se les agua,
La disfrazada furia de Megera,
Hablando al general desta manera:

«No es tiempo agora, príncipe araucano,
De darte á pasatiempos y placeres,
Ni de rendirte al pie de las mujeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano.
¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que, sin respeto alguno de quien eres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya,
Con vana presunción de hacerla suya?»

Quedó Caupolicán alborotado
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado;
Él la miraba atónito y pasmado
Sin que decir pudiese alguna cosa,
Y ella entre sí, mirándole, decía:
«¡Esto era lo que tanto yo temía!»

La furia, como tiempo ve oportuno,
De las que á mano están sobre la frente,
Dos víboras arranca prestamente,
Llenas de más que tósigo importuno,
Y escóndeles la suya á cada uno,
Que sin acuerdo están del accidente
Allá en lo más intrínseco del seno,
Do siembren su mortífero veneno.

Deslízanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos;
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya, del veneno hinchándose, revientan.

Megera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: «Torna en ti, Caupolicano;
Que ser señor del mundo está en tu mano,
Si sabes acudir con pasos prestos.
Sabrás que cien cristianos descompuestos,
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Penco un flaco muro,
Donde los tiene un joven mal seguro.

»Partióse del Pirú con vano intento
De ser la confusión de tu reinado,
Y con desprecio loco del Estado
Ha fabricado á vista dél su asiento;
Importa que, dejando atrás el viento,
Vayas á que te pague de contado
Su temerario y frívolo desigmo,
Ya de tu indignación y enojo digno.

»Pero conviene hacerse de manera,
Que no le dé lugar la prisa tuya
Para que al espumoso mar se huya,

Haciendo de sus ondas talanquera;
Mas antes que el ejército que espera
Tu gente desanime con la suya,
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,
Que aun para arrepentirse no le halle.

»Pues goza de tan buena coyuntura,
Que no la habrá mejor según barrunto,
Y vuela con tu fuerza y poder junto
Á do te está llamando la ventura.
Mira que la victoria está segura
Con sólo que perder no quieras punto,
Y que una dilación pequeña puede
Negarte lo que el cielo te concede.

»¿Cómo? ¿Qué, tu soberbia frente altiva
Podrá sufrir agora ver delante
Que con desprecio della la levante
Uno que en verdes años sólo estriba,
Y que con poca gente apenas viva
Ose salir á puesto semejante,
Á tiro de ponerse en tierra firme.
Contigo rostro á rostro y firme á firme?

»¿De qué te sirve, oh gran Caupolicano,
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,
Si agora que subida está en el techo,
Sufres que den con ella por lo llano,
Y que á pesar del crédito araucano,
Un mozo advenedizo tenga pecho
Para que sólo en fe del tierno suyo
Se ponga al duro encuentro desc tuyo?

»Cuando otra cosa nunca hacer pudiese
Que haberse en el lugar que digo puesto,
Aunque después medroso en curso presto
Al mar por donde vino se volviese,
Le fuera de grandísimo interese,
Y á ti tan mal contado y mal honesto,

Que escurecieras bien con este solo
Tus hechos claros más que el mismo Apolo.

»En nombre de Pillan, te hago cierto
Que si padeces punto de tardanza,
Verás resuelta en humo tu esperanza,
Y contra ti la suerte al descubierto;
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto
Jamás á ley sujeta ni ordenanza,
Verás al yugo dellas sometida,
Si á bien librar quedares con la vida.

»Por cuanto quieres verte deste modo,
Estando el remediallo á tu albedrío,
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,
Sin dulce libertad, que es sobre todo;
Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,
Por dar al blando amor lugar vacío,
Ni de famoso rey potente y bravo
Venir á ser infame y triste esclavo.

»Mira, Caupolicán, que eres la base
Donde tan grande máquina se apoya;
No quieras que se pierda como Troya,
Por consentir que amor te desencase;
Traba de la ocasión antes que pase,
Porque si aquí te estás como la boya
En amorosas aguas sobre aguado,
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible
Su caviloso encanto persuasivo,
Dejando al pecho bárbaro y altivo
Nadando en puro fuego inextinguible;
Y haciéndose á sus ojos invisible,
Vuelve al estado el paso fugitivo,
Adonde su furor, veneno y llama
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,
Ya con sangrientas áspides mortales,
Ya con la lengua y ojos infernales
Va corrompiendo en torno aquel asiento;
Hasta que casi calva y sin aliento,
Así de haber lanzado soplos tales,
Como de echar culebras de la frente,
Se vuelve adonde está la triste gente.

Y en un volcán de fiera boca oscura,
Por donde escupe horror la negra estancia,
Dejado lo fantástico, se lanza
Llevándose tras sí la puerta dura;
En tanto que del agua clara y pura
Caupolicán saltando se abalanza
Á se vestir frenético el vestido,
Ya de furioso espíritu embestido.

De allí se parte luego acelerado;
Siguiéndole su Fresia presurosa,
Colérica, linfática, furiosa,
Con pecho de temor enajenado;
Y marchan hasta cuando el sol dorado,
Huyendo de la noche tenebrosa,
Que á más andar siguiéndole venía,
Al mar como á sagrado se acogía.

Llegado el indio al rancho, aplica el cuerno
Al tímido carrillo y recia boca,
De do la voz horrisona revoca
Allá en lo más oculto del infierno:
Suena de mano en mano en su gobierno,
Y en breve casi todo se convoca,
Porque iban como en vuelo arrebatados,
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,
Sin pompa ni artificio de razones,
Porque para mover sus corazones

Resobra que les miren á la cara,
Y ordénales que cuando el alba clara
Abriese los oscuros pabellones,
Dejando cama y lado de su esposo,
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando, con sonido carrasqueño
Que al órgano del oído destemplaba,
El importuno grillo aviso daba
De ser llegada ya la vez del sueño,
Enderezando á Talca, sitio isleño
Que á vista del vecino muro estaba,
Caminan veinte mil á sordo paso
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente á Talcaguano
Cubiertos del capote y velo obscuro,
Marcharon sin parar al breve muro
Orillas del ondoso mar insano;
Mas con silencio tal, que el aire vano
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,
Como si por allí nadie pasara
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pie del monte
Que en su cabeza tiene la albarrada,
Esperó el fiero bárbaro en celada
Á que el nocturno tiempo se remonte,
Para que, en argentando al horizonte
La matutina voz del alborada,
Que es cuando el sueño ocupa lo más alto,
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,
Abriéndose por todos sus dobleces
Y limpio de neblina y otras heces,
Aljofarado el valle se mostraba;
Rompiendo aquel silencio en grita brava,
Y con los alaridos que otras veces,

Asaltan el palenque y baluarte,
Ciñéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones
Presenta el enemigo la batallá,
De cruda piel cubierto y fina malla,
Y tremolando enseñas y pendones;
Ya los de más fogosos corazones
Se van adelantando á la muralla
Con mil cabezas, colas y pellejos
De tigre, de león, de zorros viejos.

Asómase á mirar su fera traza
Aquella clara sangre de Mendoza,
Que dentro de las venas le retoza
Por experimentar la dura maza,
Y no se turba punto ni embaraza,
Mas todo lo posible se alborozá,
De ver que ya lugar se le concede
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor, industria y maña
Aquello que no estarlo parecía;
Y enfrente, por la parte que venía
Arauco denodado contra España,
Seis piezas, como dije, de campaña
El adivino joven puesto había,
Que fueron casi todo el instrumento
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada,
Y á recibir al bárbaro saliera,
Si ser temeridad no conociera,
Y cosa en generales reprobada;
Ya sube á toda prisa la emboscada
Con astas erizando la ladera;
Pero, con todo, el Hércules gallardo
Se mata porque viene á paso tardo.

No suele estar jamás lebrel de Irlanda
Si al jabalí cerdoso ve mostrarse,
Con tanta voluntad de abalanzarse
Tirando del collar y quien le manda,
Como de ver subir la espesa banda
Revienta el general por señalarse;
Mas la razón, que sola es quien le humilla,
Sabe tenelle corta la trailla.

Y como la visera no ha calado
Para que así mejor advierta y note
Cuál viene por su mal y por su azote
El enemigo ejército formado,
Está como el azor empiguelado
Antes de haberle puesto el capirote;
Que si pasar un ave se le antoja
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando, pues, intrépido mirando
Al indio bravo el joven orgulloso,
No sé qué brazo idólatra nervoso
Desembrazó con ímpetu nefando
Una redonda piedra, que zumbando
Con más furor que el rayo impetüoso,
Su curso fugacísimo endereza
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,
Y tanto, que con dar á la celada,
Por especial milagro la pedrada
Dejó de dar al blanco de la vida;
Pues con la frente el joven aturdida
Miró de abajo el muro y albarrada,
Mas no tocó la tierra cuando luego
Se enderezó brotando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano
Hiciese el riguroso tiro fuerte,
Sabiendo que si al joven daba muerte,

Estaba lo demás rendido y llano;
Mas el Eterno Padre soberano,
Que permitió acertalle desta suerte,
Por ser tan lleno el blanco y espacioso,
Previno, como Dios, lo más dañoso.

Después que firme el pie en la tierra pone,
Y la esperanza y ojos en el cielo,
El cesarino espíritu novelo,
Su gente anima, exhorta y la compone.
No hay prevención ni ardid á que perdonè,
Porque los halla escritos en el suelo
Su claro entendimiento y perspicacia,
Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terraplano,
Que al morro exento sirve de corona,
De espesa gente en orden se corona,
Con hierro en mano y ánimo en el seno;
Ya no hay lugar allí que no esté lleno
De quien por él arriesgue la persona;
Ya todos dan la suerte por echada,
Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,
Estrépito confuso y ruido espeso,
El pérfido escuadrón cerrado y grueso
Asalta los bastiones guarnecidos;
Los nuestros al asalto apercebidos,
Con orden y valor en contrapeso
Del excesivo número contrario,
Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,
Con los que la procuran, más se allegan,
Y al enemigo hierro así se entregan
Como pudieran toros de Jarama;
Unos echando tierra y otros rama
Para pasar el ancho foso ciegan;

Otros no esperan esto mal sufridos,
Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuáles, para mejor poder hacello,
Se valen de las picas prolongadas;
Cuáles, de correndillas atrasadas;
Cuáles, del aire solo del cabello;
Y cuáles, sin aquesto y sin aquello,
Apenas dan algunas braceadas,
Cuando de pies están en la otra parte
Y luego sobre el fuerte y baluarte.

Fué éstos el primero Gracolano,
Mozo gallardo, fuerte y atrevido,
Y fué por habello prometido
Al sumo general Caupolicano,
De que ganando á todos por la mano,
En fe de su renombre esclarecido,
Al muro cespado de armas entraría,
Abriendo por entre ellas ancha vía.

En cumplimiento, pues, de su promesa,
El animoso joven se adelanta,
Do sobre el foso puesta la una planta,
Con la otra por el aire lo atraviesa;
Y luego al agro muro y gente espesa,
Sin espantalle que es atal y tanta,
Tropa furioso el bárbaro derecho,
Mostrando á duras arma, duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,
Subiendo, aunque de sangre y golpes lleno,
Sus prestos pies al ancho terraplano,
Y su valor y nombre á las estrellas;
Do haciendo ver á muchos muchas dellas,
Á costa de los nuestros hizo bueno
Su dicho tan infiel como arrogante,
Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,
Siguiéndole Talguen su amigo grande,
Con Rengo, Leucotón y Lepomande
Y Euglón, á quien sirvió mi patrio suelo;
Los cuales todos siete dando un vuelo,
Que no hay quien se lo impida ni demande,
Pasan de claro en claro el foso obscuro,
Viniendo á dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la barrera
Del poderoso golpe y duro encuentro,
Haciendo conocer á los de dentro
El ánimo y vigor de los de fuera;
Que luego sin escala ni escalera
Suben arriba en busca de su centro,
Sin ser á defenderse lo bastante
Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,
Como los que á vencer estaban hechos,
Mil armas desbaratan con los pechos,
Que son allí sus cóncavos escudos;
No bastan á tenellos golpes crudos
Ni el granizar de rayos contrahechos,
Que por broncinas bocas escupidos,
Retiñen sordamente en sus oídos.

Del muro los impelen y rebaten
Con duras picas y ásperas espadas,
Unas á botes y otras á estocadas,
Á cuyo ronco son los montes laten;
Mas ellos como rocas á quien baten
Las ondas por el cierzo reforzadas,
No sólo tienen fuerte en esta guerra,
Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,
El otro á la contraria bien asido,
Arriban al palenque defendido

Y al peligroso fin de su esperanza ;
Quién luego su membrudo cuerpo lanza
Por el lugar de gente más tupido,
Y quién sobre el bastón ñudoso y grueso
Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas ¿quién podrá pintar á Tucapelo
De pie sobre la cerca y palizada,
En medio de la gente amontonada,
Soberbio despreciando tierra y cielo,
Armado un peto doble de su abuelo,
Y una marina concha por celada,
Con que la maza en mano se rodea,
Y haciendo campo el bárbaro campea ?

Á cuál de un golpe solo el cuerpo muele,
Á cuál con otro deja sin sentido,
Á cuál del muro abajo sacudido,
Hace que á su pesar sin alas vuele;
Nada le queda allí que no lo asuele
Su brazo de infernal furor movido,
Por donde hacia la parte que lo cala
Retira, lleva, arrolla y acorrالا.

No lleva con paciencia don Felipe,
¡Oh justa indignación de sangre noble!
Que tanto golpe el pérfido redoble,
Sin que él también alguno participe;
Y no queriendo que otro se anticipe,
Se va para él tan fuerte como un roble,
Firme la espada rígida en la diestra,
Y el acerado escudo en la siniestra.

El indio con la dura maza en alto
Y atrás el pie derecho lo recibe;
Aguarda el español que la derribe,
Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto ;
Mas de destreza el bárbaro no falto
Al enemigo intento se aperebe,

Tirando el primer golpe blandamente,
Á fin de segundalle fácilmente.

Aciértale; mas ved si fué tan blando,
Pues dándole en el canto del escudo
Y haciendo el caballero lo que pudo,
Se lo llevó dos pasos tropicando ;
Tras él entró, la maza levantando
Para el segundo golpe, y fué tan crudo,
Que si lugar el nuestro no le hiciera,
Muerto á sus pies el indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado
En la albarrada el leño con tal fuerza,
Que aunque á librallo el dueño dél se esfuerza,
Tiene primero tiempo el bautizado
De dalle, habiendo ya con él entrado,
Sin que el agudo filo se le tuerza,
Por el siniestro brazo una estocada
Que le pasó con más de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,
Doblando su cerviz tan dura y terca ;
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca
Envueltos en durísimos abrazos,
Que entrambos en la lucha son maestros,
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas
Á fuerza de los vínculos estrechos,
Y con los pies izquierdos y derechos
Se valen de trapiés y zancadillas ;
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,
Ya latén los ijares, ya garlean
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,
Arando con sus pies la tierra dura,
Y válese tal vez de fuerza pura,
Tal vez de su destreza, maña y arte;
La firme trabazón del baluarte
Se siente á sus vaivenes mal segura,
Y toda en torno tanto se estremece,
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,
El uno porque á tanto no se atreve,
Y el otro porque haciendo lo que debe
Acude en su lugar á la pelea;
Demás de que por toda la trinchea
Tan á menudo flecha y bala llueve
Por nubes de materia salitrada,
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,
Andando cuál encima y cuál debajo,
El bárbaro de un salto vino abajo
Dejando al español y á la barrera;
Y no cayó á la parte de hacia fuera
Para que se librara del trabajo,
Sino en la plaza, en medio de enemigos
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrojase tras él de la muralla
El presto don Felipe de Hurtado,
Ganoso de acabar lo comenzado
Y de ganar al indio la batalla;
Mas él que en tales términos se halla,
Bramando más que el toro agarrochado,
Espumajoso y fiero en el semblante,
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana,
Y á la primera vez que la voltea
Hace subir más gente á la trinchea

De la que se le queda en tierra llana :
En esto la batida barbacana,
Vuelta de cana en roja, bermejea,
Y á más andar por una y otra parte
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el indio flechas en la plaza;
Graniza sobre el fuerte piedra dura;
Ya dellas la formada nube oscura
Al claro cielo encubre y embaraza ;
Ya el dardo arrojadizo desembraza,
Rompiendo la región sutil y pura;
Ya calla el mar furioso y bravas ondas
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el español, á fuerza de tronidos,
Hace temblar el monte y la trinchea;
Ya el seco polvorín relampaguea,
Ya se disparan rayos encendidos;
Ya el cielo y aire están escurecidos;
Ya no hay debajo dellos qué se vea,
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba
Venir la tempestad impetüosa,
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,
Con desigual horror y furia brava;
La cual al cielo, que antes raso estaba,
Viste de negra nube procelosa,
Que despidiendo lanzas á la tierra,
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Quando se ven el mar, el aire, el cielo,
Armados del rigor que están lanzando,
Y la rasgada nube retronando
Escupe fuego vivo contra el suelo;
El pájaro en su nido eriza el pelo,
Y todo se acorruca tiritando;

Debajo de sus madres los cabritos
Están temblando mudos y marchitos;

Ó como suelen dos discordes vientos
Iguales en las fuerzas encontrarse,
Y en una opaca selva contrastarse
Con encontrados soplos turbulentos,
Haciendo que á sus ímpetus violentos,
Unos con otros vengan á trabarse
Los árboles del bosque entretejido,
Formando fragosísimo rüido:

Así las huestes bárbara y cristiana,
Dado que desiguales tanto sean,
Es tanta la igualdad con que pelean
Que aun no se pierde tanto ni se gana;
Aunque con mano todos inhumana
Así los duros golpes menudean,
Que van atropellando los postreros,
Por priesa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,
Enhiesto sobre el muro, entre su gente
Parece aquel magnánimo y valiente,
Aquel insigne joven don García;
Cual suele parecer al mediodía
Á vueltas de agua un sol resplandeciente,
Ó como cuando el cielo está ñublado
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera
Un blanco y limpio arnés de temple fino,
Y por de dentro al alma un diamantino
Que al ímpetu de un monte resistiera ;
Brotaba por su rostro y la cimera
Más luz que el sol en medio su camino,
Bastante á que mirándole de frente
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba
Con suma perfección y gracia puesto,
Y el aguileño, rojo y blanco gesto
Envuelto en fina púrpura mostraba ;
Ninguno de los suyos le miraba
Por mínimo que fuera, que con esto
No concibiese un ánimo terrible
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazón el fuerte escudo
Como á seguro arrimo está arrimado,
Y á la derecha mano encomendado
El blanco, ya bermejo, filo agudo ;
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo
Á su pesar mil veces paso ha dado,
Haciendo de la clara sangre nueva,
Á costa de la suya, clara prueba.

Solícito por todas partes anda,
En todo se interpone, á todo atiende,
Y aunque en furor colérico se enciende,
Con gran reportación ordena y manda ;
Á quien la mano muestra floja y blanda,
Con apretar la suya reprehende,
Y en el que con mayor esfuerzo lidia
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
Anima á su escuadrón en tal estrecho,
Y sobre el alto dicho pone el hecho ,
Cosa que en un sujeto apenas cabe ;
Y menos cabe en mí que los alabe
Faltándome la voz, el canto, el pecho,
Si no me presta el cielo para tanto
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.

D.ª MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

D.^a MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

CANTO FÚNEBRE

Á LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES.

Despierta, musa mía,
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo,
Modera tu quebranto,
Inspiración benigna pide al cielo,
Y desde esta mansión de luto y llanto
Anuncia con acento lamentable
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crimen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo y horror será del mundo.

Mas ¿cuál sonido penetrante escucho
Que atormenta el oído y que resuena
En lo íntimo del alma? La campana
Es esta de la muerte, y ella hermana
Sus destemplados lúgubres sonidos
Con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna, ¿cómo así permites
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas

Del tesoro precioso
En que libró su dicha y su reposo
La patria, y así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña
De un porvenir que á Chile prometía
De poderío, de grandeza y gloria?
¿Dónde está el genio que antes diera vida
Á nuestra patria amada? ¡Oh caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el labio
Mudo por la aflicción! Su infeliz suerte,
Su prematura dolorosa muerte
No acierto á describir. ¡Ilustre sombra!
Perdona mi extravío en este canto,
Empapado mil veces con mi llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos
Del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
Franquea á nuestras naves. Los pendones
Que victoria anunciaban
Y tantos nobles pechos inflamaban
Y terror infundieron al tirano
En su asiento lejano,
Ya en sangre y polvo envueltos
Se ven, y de vergüenza, ¡oh Dios! cubiertos.
Enrojecido el suelo
Está de sangre fraternal. Despojos
De víctimas humanas
Se ven doquier, y cual torrente fiero
De destrucción la muerte se ha lanzado:
La obra de iniquidad se ha consumado.

Sí, desencadenada,
Saliera del averno horrenda furia;
Oculta con cautela la sangrienta
Cuchilla á las traiciones avezada,
La torpe faz velada
Con apariencias dulces y engañosas,
Cual sierpe que se oculta entre las rosas,

Ella se arrastra y hasta el alto solio
Penetra del poder: allí combina
El plan de maldición. Su envenenado
Soplo respira sobre mil incautos
Corazones que, ilusos, extraviados,
De incomprensible error siguen su huella:
Los días numerados
Tiene ya de la víctima inocente;
Y no hay rasgo alevoso
Que del crimen odioso
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres, ¡oh dolor! La cruda fiera
Que supo alucinarte con falsías:
No respetó tus días,
Que tan queridos á la patria fueran.
¡Qué! ¿El mérito sublime,
El talento divino,
Poderosos no fueron á librarte
De tan injusto y bárbaro destino?
¿Con qué fatal conjuro el fementido
Pudo cerrar tu oído
Al aviso oficioso,
De la fiel amistad que al lazo oculto
Tus sagaces miradas convertía?
¿Cómo su noble celo
Rasgar no pudo el velo
Con que las encubrió la alevosía?

Mas ¿qué infernal instigación ofusca
La mente del traidor? Los beneficios
Que con tan larga mano le prodigas
¿No desarman la suya? La brillante
Carrera que le ofreces á la gloria,
Á la estima, al poder, á los honores,
Cual sendero de flores,
¿No halaga su ambición? ¿Ni aquella noble
Magnánima segura confianza
Con que le libras tu preciosa vida,

Un solo sentimiento
De lealtad á despertar no alcanza?
Tú, cual el grande Macedón, la copa
Apuras sin recelo,
No ya de saludable medicina,
Sino de activo y pérfido veneno.
Mas ¡ay! no era posible que en el cieno
De la maldad, un ser degenerado
Por tan viles instintos
De ambición y bajeza,
Percibiese el exceso de grandeza
Que encierra un proceder tan delicado.

¿Cómo, oh Dios, el prestigio poderoso
De la víctima ilustre, el crudo golpe
No vedó al asesino, como al cimbrío
La faz aterradora del romano?
La sacrílega mano
Quedar debiera al punto yerta y fría,
Al suelo descendiendo el hierro insano;
Pero no vió la luz del claro día
Esta escena de horror; tiniebla oscura
Sirvió de velo al crimen espantoso.
Nada en torno se oía : en el silencio
Que al modo de la calma precursora
De hórrida tempestad allí reinaba
Con imperio terrible y pavoroso,
Sólo un ¡ay! doloroso
El eco de la selva repetía
Y entre débiles auras se perdía.

Dime, infeliz Portales, ¿qué sentiste
Cuando el amargo cáliz de la muerte
Se presentó á tus ojos por la mano
De la negra maldad? ¿Di, cuál sufriste
Más agudo dolor? ¿Fué la injusticia
De la cadena atroz? ¿La alevosía
Y baja ingratitud? ¿Fué el pensamiento
Del hondo precipicio en que sumida

Vías la dulce patria, ó la memoria
De aquellas prendas á que la Natura
Con vínculos de amor te había unido?
Revévalo, amistad ardiente y pura (1),
Que cual numen de paz y de consuelo
Descendido del cielo,
Tu bálsamo suavísimo vertiendo
En el alma afligida,
Tocar pudiste la profunda herida.

Inútil fué el denuedo
Y tanta noble sangre derramada
Por la leal Milicia en su defensa ;
Ni la preciosa vida
Del valiente Zaldívar en las aras
De la patria ofrecida.

Y tú, infeliz Cavada,
De la fiel amistad ilustre ejemplo,
¿Por qué mueres también? ¿Cuál fué el delito
Que provocó la rabia
Sangrienta de esos lobos carniceros,
Para cebarse en tu modesta vida?
Tú sigues á la víctima querida
Al sacrificio fiero ; mas en vano
Su salvación procuras: el camino
Del dédalo intrincado
Por astucia infernal está cerrado.

Mas veo la venganza de los cielos
Descender al momento,
Confiada á nuestros bravos, que acometen,
Y cual llama que acrece el raudo viento,
Nuevo ardor los inflama
Á vista de la víctima sangrienta
Que exánime á sus ojos se presenta.

(1) Esta alusión se dirige al coronel D. Eugenio Necochea, que habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta la muerte. —(L. A.)

Furor, ira, venganza, dolor fiero,
Llena los hondos pechos; por sus ojos
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,
Esgrimen denodados el acero,
Que vibra refulgente cual espada
Del exterminador: seguid, valientes;
Purificad un suelo amancillado
Por tan horrendo crimen: no son hombres,
Son furias infernales las que cruzan
Ese campo fatal: corred, guerreros;
Perseguidlas en todos los senderos,
Y si huyen á sus hórridas guaridas,
Ponga el remordimiento,
Con incesante roedor tormento,
Fin espantoso á sus infames vidas.

Triunfáis al fin, y la afligida patria
Tornó de su angustioso parasismo,
Para sentir, empero, mil dolores
En el aciago triunfo. Al mismo tiempo
Que besa agradecida los laureles
Que el general valiente
Le consagra con llanto, un ¡ay! doliente
Se escapa de su seno, penetrado
De una inmensa aflicción. Un eco triste
Repite por doquier: «¡Murió Portales!»
Y todo es miedo, indignación y susto,
Y todo anuncio de futuros males.

No hay himno de victoria
En este infausto día, ni otra gloria
Que llorar y gemir. El pueblo en tanto (1)
Se avanza á recibir el don funesto
De la negra traición. La fiel matrona,
Sorpresa, aterrada,

(1) El pueblo de Valparaíso se adelantó á recibir los cadáveres de los señores Portales, Zaldívar y Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales, después de embalsamado, fué conducido con grande pompa á la capital, donde se le hicieron honores extraordinarios.—(La A.)

Su morada, sus hijos abandona
Y se muestra también: vertiendo llanto
En medio de las calles, las doncellas
Están de sí olvidadas. Los infantes,
Fijos los ojos en sus madres tristes,
Enmudecen de espanto:
Y el decrepito anciano,
Que ver tantos horrores no esperaba
Y en dulce paz tranquilo se gozaba,
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa,
La juventud chilena se percibe
Á vengar el ultraje. No la espanta
Puñal aterrador; su sangre toda
Gustosa verterá, si así redime
El honor ultrajado y el reposo
De la patria infeliz. El entusiasmo,
Como fuego del cielo descendido,
Llena los corazones. Cuál quisiera
Con atrevida mano
Derrocar al tirano; cuál, tornando
Al mártir de la patria sus miradas,
Ansía seguir su huella esplendorosa,
Y halla suerte dichosa
La de morir llorado
Del pueblo libre, cuya dicha fuera
De su desvelo el fin..... Pero la patria
Verá días de gloria..... Noble arrojo
Será, no vil oprobio y desaliento,
El fruto del profundo sentimiento
Con que á Portales llora desolada
La familia chilena. ¡Sombra amada!
No te conmuevas en la fría tumba,
Ni turbe tu reposo
El pensamiento odioso
De ver por el tirano envilecida,
Aherrojada, oprimida,
Esta patria adorada

Que merced á tu celo se vió un día
Á tan excelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo
Con que el cañón anuncia que se acerca
El carro funeral. Lucida pompa
Se mira en torno de él. Los viles hierros
Que á la inocente víctima ligaron,
De signo ignominioso
En timbre de alto honor se ven trocados
Y en público espectáculo se ostentan,
No menos gloriosos
Que á los que al gran Colón apercibieron
Calumnia atroz y bárbara injusticia.
El carro en que á la muerte fué llevado
Por insanos verdugos,
Aparece en las calles enlutado,
Y de sorpresa y duelo
Indefinible sensación produce.
Ya la amistad con mano fiel conduce,
La faz en tiernas lágrimas bañada,
La ceniza preciosa
Al postrimer asilo. Reverente
Hondo silencio en torno se difunde,
Y arrobada la mente se confunde,
En solo un doloroso pensamiento.
¿Son estos restos fríos,
Es esta imagen insensible y muda
Lo que nos ha quedado de Portales?
¿Su indeleble memoria,
Sus acciones legadas á la historia
Son de hoy en más todo su ser y vida?
¿Dó está el soplo divino que animaba
Aquel semblante hermoso? ¿Dó se esconde
La mente osada, altiva,
De aspiraciones elevadas llena;
El alma firme, impávida, serena,
La mirada sagaz y penetrante,
La voluntad resuelta, decidida,

El aliento de vida
Que á todos de su espíritu animaba,
La pasión generosa y anhelante
De lo grande y lo justo? La faz yerta
Carece de expresión. No ven sus ojos,
Su oído no percibe ya el lamento
Y amargo sentimiento
Con que todos contemplan sus despojos.
¿Dónde estás? ¿Es posible? ¿Te perdimos
Para siempre jamás? ¿No nos escuchas,
Y el pueblo idolatrado
Es nada para ti? ¿Tú mismo en nada
Te tornas para él? Terror, espanto
Yerman el corazón y no hay consuelo.....
Empero torno al cielo
Mis ojos, por el llanto fatigados,
Y veo allí la religión divina,
Que con faz de belleza peregrina
Y recorriendo misterioso velo,
Me muestra en los alcázares del cielo
El asilo dichoso,
Donde libre su espíritu reside
En sempiterna paz, en almo gozo.
«No llegan los malvados,
Me dice, á este lugar, ni su malicia
Dardos emponzoñados
Asestar puede aquí con mano aleve ;
Los que están fatigados
Aquí descansan, y en el blando seno
Del Hacedor Supremo, no hay cuidados,
No hay insidias, ni engaños, ni traiciones.
De las viles pasiones
El imperio tiránico no alcanza
Á perturbar el goce inalterable
De este bien inefable,
Y su furor inútil aquí expira,
Cual las olas del mar tempestuoso
Contra el escollo inmóvil que las mira.

¡Salve, feliz y veneranda sombra!
¡Salve mil veces! Tu alma generosa,
Otra morada ocupa más grandiosa
Y digna de habitarse. El suelo impuro
Que premia la virtud con cruda muerte
No mereció, Portales, poseerte.
Habita esa mansión de luz divina
Que cobarde traición no contamina;
Mientras tu cuerpo helado,
Por la doliente patria custodiado,
Cual reliquia preciosa,
Entre los puros ardorosos votos
De un pueblo agradecido,
Ante el santuario del Señor reposa.

Á LA SEPULTURA

DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA, PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA
CHILENA.

Soneto.

Yace bajo esta losa muda y fría
El despojo mortal del Pastor santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grey solitaria noche y día.
La tierna Magdalena así gemía
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesús, y tal era su quebranto,
Que la divina voz desconocía.
Cumplióse aquí la ley de la natura:
Un vacío, un dolor, una memoria,
Sólo deja al morir la criatura;
Mas si rauda se eleva hacia la gloria
El alma eterna, refulgente y pura,
¿Dónde está de la muerte la victoria?

D. SALVADOR SANFUENTES.

D. SALVADOR SANFUENTES.

EL CAMPANARIO.

CANTO PRIMERO.

Quando el siglo diez y ocho promediaba,
Cierta Marqués vivía en nuestro suelo,
Que las ideas y usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo;
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo;
Viejo devoto y de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
Ó á París se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
Las familias de Chile era perito,
Y de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducía argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto

Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos,
Mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi Marqués sin mengua
Alarde hacer de pretensión tan loca,
Porque él era muy rico, y ¿á qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista y su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico
Es que hace impune cuanto quiere un rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el Marqués por el verano,
Ejerciendo en sus siervos y peones
La amplia jurisdicción de un soberano;
Y luego á los primeros nubarrones
Que anunciaban el invierno cano,
Exento de molestias y pesares,
Tornaba con gran pompa á sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
En que sonaban cajas y cohetes,
Ora una procesión con lujo vario
De arcos triunfales, música y pebetes,
De admiración llenaba al vecindario,
Y daba á las beatas y vejetes
Para conversación fecundo tema,
En que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
Dormía hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decían misa,
Y tomaba después su chocolate.
La comida á las doce era precisa,
Y la siesta después, y luego el mate,
Y tras esto por vía de recreo
Iba á dar en calesa su paseo.

Á oraciones se vuelve, y si del templo
Llama á Escuela de Cristo el campanario,
El Marqués y los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir á palacio diligente
Para hacerle la corte al Presidente.

Á las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
Y vuelto á su mansión, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrían bien sus cuatro ahora,
Y viniéndole el sueño dulce y blando,
Á los once el Marqués está roncando.

Tenía este dichoso personaje
Un hijo y una hija; y al primero,
Por no hacer una injuria á su linaje,
Sólo de paso describir yo quiero:
Leía no muy bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacía
Garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse
Que aprendiese á Nebrija de muchacho;
Pero en llegando á *quis vel qui* estancóse,
Sin poder digerir aquel empacho.
Al fin un sabio preceptor cansóse,
Y recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios, á los cuales
Se aficionó bien pronto á tal extremo,
Que el andar en rodeos de animales

Era su dicha y su placer supremo!
Con tal educación, con gustos tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme á la ciudad venía,
En sociedad ridículo sería.

¡Error, solemne error! Desde el momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atención general y el rendimiento
De su persona en rededor volaba:
El mismo sexo hermoso ¡qué portento!
Con su conversación se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosa no le oyera
Que de pechadas, lazos y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale
Ser hijo de Marqués! Mas si discurro
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
Muy prolongado y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
En duras voces, á pintar me escurro
A la bella Leonor, digna por cierto
De tener un hermano más despierto.

Á su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterrar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: á mí me gusta
Como á Lord Byron la mujer que es alta;
Y no se tache esta opinión de injusta,
Que en pígmea mujer nunca resalta
Ese gentil y seductor donaire
De que habla aquel proverbio: *amor es aire*.

Su delicado talle es tan esbelto
Que sin duda las Gracias le han formado;
Breve es su planta, su ademán resuelto,
Y su seno gracioso y abultado.
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,

Ver en todo su cuerpo me imagino
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color obscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,
Y su mirada al corazón más duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas ¿habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que á escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si no es henchida,
En que los signos del talento lucen ;
Boca pequeña y á la vez pulida,
Donde las perlas y el coral relucen :
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroínas,
Son, describiendo á mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
Y hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñaes
Nacida sin cultivo ni fomento ;
Mas su despejo y su vigor son tales,
Que á tener el más leve pulimento,
Daría en profusión rico tributo
De sazonado y exquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trató
Poco servían tan brillantes dotes,
Y era en las niñas excesivo ornato
El saber algo más que hacer palotes ;
Coser, bordar y por la noche un rato
Leer devotamente unos librotos
Donde raros prodigios se ingirieran,
Los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa,
Era porque copiaba de continuo
Novenas que su madre religiosa
Juzgaba flores del amor divino;
Y siempre que ocurría alguna cosa
En que importaba el escribir con tino,
Desde el amo de casa hasta el sirviente
Hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón, que era muy diestro
En tocar en el órgano una misa,
Y con su canto lúgubre y siniestro
Causaba á veces á los niños risa,
Fué de clave y de canto su maestro,
Y si bien la enseñanza anduvo aprisa,
De tal manera adelantó la dama,
Que hizo adquirir al motilón gran fama.

En casa de Leonor no se permite
Visitar sino á Condes y Marqueses ;
Gente de estado llano no se admite
Sino por grande precisión á veces.
El padre confesor hace en desquite
Más de veinte visitas en dos meses,
Y siempre su persona gorda y santa
Á la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
Son sus discursos fáciles y amenos,
Y al mismo tiempo que consejos dicta,
Cuenta pasajes de chuscadas llenos.
Y sobre todo su elocuencia invicta
Parece despedir rayos y truenos,
Cuando por blanco de su arenga toma
Á los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
Del Marqués, tiene en ella tal imperio,
Que por precepto incuestionable pasa

Cuanta regla prescribe su criterio;
Con cuidado especial no se traspasa
Lo que él decide sobre baile serio,
Siendo sólo el *minuet* licita danza,
E invención infernal la contradanza.

En los días también de alguna fiesta
Dice que puede haber gran *manducacio*,
Y mesa de manjares bien repuesta,
Pero con el licor se ande despacio:
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,
Mas que se deje suficiente espacio
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria
Con la proximidad se vuelve furia.

Y á las diez de la noche cada uno
Se retire á su casa sin desvelo;
Que el pasar de esta hora es importuno
Y anuncia planes que reprueba el cielo.
Yo estoy con este padre: yo me aduno
Á los consejos de su santo celo,
Y al ver tal mutación en años pocos,
Exclamo: «¡ *Oh tempora corrupta!* ¡Oh locos!

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
En tan mística vida algunos años,
Á pesar que ha llegado ya á la fecha
En que amor suele hacer terribles daños,
Y en que la niña á la virtud más hecha,
Por más que la refiera desengaños,
Empieza á desear con ansia mucha
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando á tal edad, la mujer siente
Una vaga inquietud; gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
Y apartando los ojos, ¡ay! suspira;
Ama á los niños con ardor vehemente,
Y su inocencia encantadora admira:

Se vuelve hacia un espejo, y se alboroz
Al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va á mirar si está el zapato
Ajustado á su pie; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
Y abre y cierra con gracia el abanico:
Se hace de crespón pomposo ornato,
Y ufana se acomoda el sombrerico;
Y al fin, después de agitación tan viva,
Viene á quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no, quien lo crea
Se engañará por cierto: ella conoce
De Condes y Marqueses la ralea,
Pero la encuentra insoportable, atroce;
Y por más bellos jóvenes que vea
De una clase inferior, los desconoce,
É imbuída en las ideas de su rango,
Cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algún encanto
Para ser más completa su ventura;
Mas de advertir cuál sea dista tanto,
Que se jacta de ser cual bronce dura:
Viendo tal perfección, lleno de espanto
Dice su confesor que alma tan pura
No ha encontrado jamás desque confiesa,
Y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
Confesaros que pienso de otro modo,
Y de un sabio francés sigo el aviso,
Pues que se amolda á mi experiencia en todo.
Dice, pues, Labruyère en su conciso
Lenguaje, que á mis versos acomodo,
Que la mujer que de tibieza charla,
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba, con un caso sucedido
En la ciudad de Esmirna á cierta dama,
Que niña que hasta tarde no ha querido,
Cuando llega á querer, de veras ama,
Y las aguas del ancho mar tendido
No son bastantes á extinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
La desmienta Leonor con su conduta!

Lo vamos pronto á ver, porque se acerca
La hora decisiva de su suerte,
Y si aun consigue mantenerse terca,
Ya diré con razón que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
El día del Marqués, que de su inerte
Reposo él sale, y quiere que haya boda (1)
Á que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones
Me imagino ya ver con los reflejos
Que despide la luz de los blandones,
Repetida en finísimos espejos.
Las techumbres ornadas de florones
Y portentosos figurones viejos,
Mas de ricos dorados esmaltadas,
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
Las damas de purísimo linaje,
Con ricos y plegados faldellines
Y ligeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas y rubines,
El bordado de plata y el encaje
Con que su lujo y su riqueza ostentan,
De sus encantos el poder aumentan.

(1) La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier función doméstica. En este sentido se toma aquí. (N. del A.)

Sentado en un macizo taburete,
Y de grandes señores rodeado,
Preséntase el Marqués con más copete
Que si fuera un monarca coronado;
Parece tener algo que le inquiete,
Porque ya varias veces ha cortado
El hilo del discurso de improviso,
Y se ha puesto á escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,
Porque en venir el Presidente tarda,
Cuya honrosa visita con orgullo,
Por un aviso anticipado aguarda;
Y si un leve rumor, cualquier murmullo
Hierde su oído, que se encuentra en guarda,
Con dulce sobresalto se detiene
Creuyendo ya que su Excelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso
De coche y de caballos se percibe:
«¡El Presidente!» grita sonoro
Clamor al punto, y el Marqués revive.
Con los demás señores presuroso
Se precipita hacia el zaguán, recibe
En él al noble amigo, y muy ufano
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salón, do en impaciencia viva
Las señoras esperan su llegada,
Don Antonio Gonzaga y comitiva
Hacen con pompa y majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
Presencia y de estatura algo elevada,
Cortés, afable, y amador de gloria,
Según lo pinta la chilena historia.

Pero á pesar de ser tan halagüeño
Y popular su trato, bien se observa
En cierto aire sombrío de su ceño

Que un mal oculto su interior reserva:
El ver frustrado el favorito empeño
De hacer vivir en pueblos la caterva
De indomables indígenas, le causa
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
Bordado de oro el personaje tiene,
Sobre cuyas labores con encanto
La vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
Lucida escolta de oficiales viene,
Jóvenes, viejos y de edad mediana,
Que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, á quien parece
Un cariño especial tener Gonzaga,
Joven gallardo, que en su aspecto ofrece
Cuanto el capricho mujeril halaga:
El valor en sus ojos resplandece
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si á un estrado por ventura asoma
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De extrema agilidad su cuerpo bello,
Y su conversación llena de hechizo.
Un clásico poeta, al conocello,
Diría pronto que el Amor lo hizo,
Á fin de que las damas insensibles
Aprendiesen á ser más accesibles.

Tal fué el joven á quien el Presidente,
Luego que se sentó, llamó á su lado;
Y al Marqués, que le asiste diligente,
Presenta el oficial afortunado,
Diciendo: «Amigo mío, este valiente
» Joven, que siempre como á hijo he amado,

» Es el ilustre capitán Eulogio,
» De quien os hablé mil veces con elogio.

» Es el que me ha sacado del barranco
» En que he estado metido sin remedio,
» Y derrotando al fiero *Curiñanco*,
» Libró á *Cabrilo* de su duro asedio.
» En vano de mil tiros se hizo el blanco,
» Rompiendo con sus bravos por el medio
» Del ejército infiel que á Angol cercaba,
» Pues su próspera suerte le guardaba

» Para honor de su patria. Bien merece
» Que le titule salvador la España.
» ¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
» Á nuestra imitación tan noble hazaña!»
Así dice Gonzaga, y se enternece,
Ocasionando admiración extraña,
Con su tierno discurso laudatorio,
Á todo el nobilísimo auditorio.

La vista general clavóse al punto
En el joven así favorecido,
Y todos alabaron el conjunto
De las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulogio entre tanto era el trasunto
De un hombre que se encuentra confundido,
Y no hallando expresión que satisfaga,
Con cortesías respondió á Gonzaga.

También le hizo el Marqués gran agasajo,
Aunque fué más forzado que sincero,
Porque al momento á su memoria trajo
Que Eulogio no era un noble caballero;
Y aunque es verdad que en su linaje bajo
Se podía citar más de un guerrero
Que se cubriera de esplendente gloria,
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzón modesto
Por la falsa afección que le mostraba,
Y de aquel sitio retiróse presto,
Porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor, ¡ trance funesto !,
No sé qué cosa en su interior notaba
Que daba á sus ideas raro giro ;
Ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y á una amiga de su íntima confianza
Que allí se hallaba, con misterio dijo :
« Lástima es que ese joven de esperanza
»No sea de ascendientes nobles hijo.»
Que la respuesta fué maligna chanza,
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,
Y con sorpresa tal llena de susto,
Hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
En el cual varias veces mi heroína
Llenó al concurso de agradable encanto
Con los gorjeos de su voz divina ;
Pero nada le atrajo aplauso tanto,
Y nada ejecutó con voz tan fina,
Con tan propia expresión, cual la cantata
Que aquí voy á copiar y la retrata:

« Corren mis días en perfecta calma :
No halla el camino de mi pecho amor ,
Y de sus tiros, victoriosa el alma,
Burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas,
Libre me veo entre cautivas mil,
No quiero que arda por mis puras venas
Fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes ;
Que amor es fuente de inmortal placer ;

Yo de laurel coronaré mis sienes,
Libre he de ser.

Una pastora conocí que amaba
Á un pastorcillo con extremo ardor,
Y á la inocente el seductor juraba
Sincero amor.

Mas ¡ay! que pronto la olvidó triunfante,
Viéndola frío ante sus pies gemir,
Y otro consuelo no quedó á la amante
Que el de morir.

La triste suerte de esa fiel pastora
Siempre grabada en mi memoria está,
Siempre del lazo de pasión traidora
Me salvará.

Y como el ave que la red burlando,
Que la tendiera cazador cruel,
Vuela, su dulce libertad cantando,
Por el verjel;

Yo, que orgullosa de desprecios huyo;
Yo, que no quiero de dolor morir,
Siempre ¡oh amor! del cautiverio tuyo
Me he de eximir.»

No bien su canto terminó Leonora
Entre aplauso sonoro y repetido,
Cuando exclamó Gonzaga: «Pues ahora
Una guitarra para Eulogio pido.
No sólo la Natura bienhechora
La prenda del valor le ha concedido;
Que mostrándole pródiga su afecto
Le ha formado también galán perfecto.

«¡Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones
»Distrajeron mil veces mis fatigas,

» Cuando en pos de contrarios escuadrones
» Corriamos las tierras enemigas.
» Osténtanos, pues, hoy tus perfecciones,
» Y que el digno Marqués y las amigas
» Nobles y bellas que á su fiesta asisten,
» De tus talentos á juzgar se alisten.»

Y á tal invitación, de rubor lleno,
El mancebo gentil quiso excusarse;
Pero ningún pretexto se halló bueno
Y le fué necesario resignarse.
Al dulce son del instrumento ameno
Deja al fin estos versos escucharse,
Que, según malas lenguas refrieron,
Para aquel caso improvisados fueron.

Laura hermosa, cual la estrella
Que precede á la mañana,
Vive sola y muy ufana
Con su dulce libertad.

Amadores mil por ella
Largo tiempo han suspirado;
Pero ya se han ausentado,
Maldiciendo su impiedad.

Con afecto más sincero
Á sus pies llega otro amante,
Y así pinta sollozante
Á Laura su padecer:

«Influjo del hado fiero
Me fuerza á amarte, bien mío,
Ni pendió de mi albedrío
El dejarte de querer.

» Sé que otros te han ofrecido
Títulos, honor, riqueza;

Sé también que tu belleza
Sus presentes despreció.

»En hora fatal nacido,
Sin fortuna y sin honores,
Para obtener tus favores
¿Qué puedo ofrecerte yo?

»Sólo un corazón poseo
Que te adora apasionado,
Y únicamente á tu lado
La vida podrá sufrir.

»Complacerte es su deseo,
Y como por ti respira,
Si compasión no te inspira,
Su sólo anhelo es morir.

»Á ti dictar mi sentencia,
Vida mía, corresponde.»
Laura entonces le responde :
«La libertad es mi bien.

Ni me engaña tu apariencia,
Que otros morir me han jurado,
Pero ya me han olvidado;
Tú me olvidarás también.»

Desprecio tan riguroso
Sufrir no pudo el amante,
Y ante Laura al mismo instante
De sentimiento expiró.

«¡Vive para ser mi esposo !»
Clamó Laura arrepentida;
Pero el cuerpo, ya sin vida,
Sus palabras no escuchó.

El que vagando en una fértil vega
Á orillas de un arroyo entre el carrizo,
Oye al nevado cisne que despliega
De su voz melodiosa el suave hechizo,
Nunca á sentir las impresiones llega
Con que á Leonor enternecerse hizo
En delicioso inexprimible encanto
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño
De los que habían su niñez mecido,
Aquel acento dulce y halagüeño
Escuchado por ella había sido,
Que la llamaba : *mi querido dueño*,
Y se quejaba triste y dolorido
De la frialdad é indiferencia dura
Con que pagaba su mortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
Su mente absorbe, y en estatua muda
La deja convertida, al mismo instante
Que un palmoteo al capitán saluda.
La amiga, que la observa vigilante,
Le dice : « Hola, Leonor, ¿ qué es lo que anuda
» Al presente tu voz? ¿ No te entusiasma
» Esa linda canción que á todos pasma? »

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
Débil enfermo que el causón padece,
Responde la doncella : « El trance amargo
» Del desdichado amante me enternece ! »
La amiga sonrióse, y aunque largo
Espacio á nuevas chanzas se le ofrece,
Esta vez prefirió dejar que libre
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
Y al oficial tomando de la mano,
Le llevó hacia Leonor, y con atento

Ademán y lenguaje cortesano,
» Señorita, le dice, mucho siento
» No verme ya tan ágil y lozano
» Como en los días de mi edad primera,
» Pues danzar un *minué* con vos quisiera.

» Mas como impropio de mi edad reputo
» Ofrecerme yo á vos por compañero,
» Os presento en Eulogio un sustituto,
» Que vos gustosa aceptaréis espero.»
La joven, sin tardarse ni un minuto,
Se levanta con rostro placentero,
Y siguiendo al mancebo afortunado,
Se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
Enlazadas las manos avanzaron,
Y luego en movimientos elegantes,
Y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos expresivos y brillantes
Diversas veces con temor se hallaron,
Y el carmín de sus rostros encendióse
Y aun en sus pasos turbación notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa
Y aéreos ademanes parecía
Aparición celeste y luminosa
Que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiración algo anhelosa
En su agitado seno se veía,
Y cierta languidez que cunde en ella
Le hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando, á fin de terminar, volvieron
Los dos con leves pasos á acercarse,
Y sus dos manos en unión sintieron,
Y sus pies mutuamente aproximarse,
Sin duda en aquel punto conocieron
Que si merece la existencia amarse,

Es sólo por saber cuáles arcanos
El amor les descubre á los humanos.

Nunca había bailado con más gusto
Mi heroína un *minué*, ni hubo quien fuese
Con la bella pareja tan injusto,
Que aplausos repetidos no le diese:
Sólo el Marqués sufrió con ceño adusto
Que un compañero tal su hija tuviese;
Mas su enojo no osó salir al labio;
Que ofender al amigo temió sabio.

D. HERMÓGENES DE IRISARRI.

D. HERMÓGENES DE IRISARRI.

LA MUJER ADÚLTERA (1).

I.

« Con mirra y con alóes
Perfumé cuidadosa el lecho mío ;
El nardo y cinamomo
Mis alfombras sahumaron del Egipto :
Galana entre oro y piedras
Luzca mi frente ante tu vista el brillo.
¡Oh, ven, pues, á embriagarme,
Caro mío, de amor en los deliquios,
Hasta que dé la hora
En que el día nos llame al sacrificio.
Hoy, que el esposo se halla
Lejos de la ciudad y su recinto,
Ven, en nocturna vela,
Á ser felice, como yo contigo.» —
De una azotea arriba
Así se oyó sonar, y entre el sombrío
Ramaje de naranjes
La voz de una mujer que abre un postigo
Y á su amante da entrada,
Y lo cierra tras ambos de improviso ,

(1) Imitación de Alfredo de Vigny.

La secreta poniendo,
Que la puerta guardaba, en el pestillo.
Y luego estas palabras
Del amante y la bella enardecidos,
En la estancia se oyeron,
Vibrando el artesón de cedro rico:
« ¡ Al fin vengo á abrasarme
En los rayos del sol de ojos tan lindos !
¿ Por ventura es más bello
Que tu frente, en el valle, el fresco lirio ?
¿ Y más que el de tus labios,
De la rosa el perfume es exquisito ?
Como blando tu acento,
Son suaves, oh hermosa, tus cariños.....
¡ Ah, pronto, desanuda
Tu importuno collar, tus atavíos !
No; deja que mi mano
Pueda enjugar lo que el ambiente quiso
Llorar en tus cabellos
De su celoso y húmedo rocío.
— Por culpa mía sólo
La noche heló tu frente, ¡ oh mi querido !
— Pero mi pecho en llamas
Sólo alienta de amor al albedrío ;
¡ Mi bella entre las bellas,
Cuando estoy junto á ti, me regocijo !
¿ Qué importa de las noches
Exponerme por ti á coger el frío,
Si el fruto de la palma
Del amor no se coge sin peligros,
Si ese fruto lo tengo,
Si ya lo va á gustar el labio mío ?
— Sí..... mas ¿ qué pasos oigo ?.....
Y á estas horas, así ¿ quién da ese grito ?
— Es que á oración convoca
Un hijo de Aarón al pueblo pío.....
¿ Por qué te empalideces ?
Deja, deja una vez que al fuego vivo ,
Del ardoroso beso

Nuestros amores sean consumidos ;
De ti solo se pagan ;
Ahuyente tu temer y tu desvío,
Y á toda negativa
Selle por siempre el labio purpurino ! »
Y no se oyó ya nada ;
Y la nocturna lámpara, su tibio
Resplandor consumiendo,
Por sí sola á la fin perdió su brillo.

II.

Era la hora en que el sol por el Oriente
Sus rayos enviaba á la campaña,
Á los verdes olivos lustre dando
En la Santa Montaña ;
Era la hora apacible en que atraviesa
El camello el desierto,
Sobre el giboso lomo soportando
La carga tributaria,
De polvo todo y de sudor cubierto ;
Era la hora en que el pastor que ha visto
La última estrella en el azul perderse,
Á la puerta se para de su tienda,
La blanca tela que la cierra alzando,
Á los suyos llamando
Á entonar el cantar que ha de ofrecerse
Al padre de la luz que un nuevo día,
Con nuevo sol, al universo envía.
Y el satisfecho seductor su crimen
Al secreto entregando,
Del placer ya enojoso se desvía,
El placer y la víctima olvidando.

Ella se queda sola allí y se sienta,
Y en su pálida frente se trasunta
El rubor que acrecienta

Del fiero torcedor la aguda punta ;
Fijar quisiera aquella noche triste
Que su cómplice ha sido,
Y que una sola fuera
Con su mal, y esa aurora
La última también y la primera.
Su falta y el lugar contempla ahora,
Se asombra de sí misma y de Dios duda ;
Inmóvil, yerta, muda,
Las manos junta, entrambos ojos clava
En la secreta puerta,
Y á no ser por el llanto
Que señal de la vida en ella daba,
Ser dijérase allí que estaba muerta.
Tal vió Sodoma á la mujer incauta
A quien Dios castigó cuando, soltando
Á su cólera el freno,
Y á dos pueblos malditos abrasando,
Sus palacios sumerge
De un pestífero lago en hondo seno.
Desoye la infelice
El celeste mandato :
Tal vez quiere mirar por vez postrera
El sitio donde vió la luz primera
Y en donde fué felice,
Ó la ambición su espíritu alentando,
Curiosa intenta levantar el velo
Del secreto de muerte ;
Pero sus pies se clavan en el suelo,
En estatua de sal se la convierte,
Y el justo que á Segor se encaminaba,
Pensaba que sentía
Los pasos que tras él ya nadie daba.

No se ve de otra suerte
La frente helada de la infiel judía.
Mas ¿quién es ese niño
Que á su lado aparece?
Porque mira llorar, él también llora ;

Con tímido ademán el beso implora
Que todas las mañanas se le ofrece,
Y con incierta planta
Receloso á su madre se adelanta;
Y de su madre al fin, sereno un tanto,
Las mejillas besó que inunda el llanto.
¡Cuán dulces son sus besos!
Devolverlos intenta;
Mas su esposo la espanta
Y á sus ojos en su hijo se presenta.
Delante de ese lecho,
Esas paredes y ese sacro techo,
De su secreto conyugal testigos
Y su amor criminal, se aterroriza;
El maternal amor la ruboriza;
Y en esa alcoba austera
Donde su hijo á besarlo la provoca,
Ella manchar creyera
Los puros labios con su impura boca.
Quiso hablar, y su voz formó sonidos
Que murieron apena articulados;
Acentos sofocados
Se escucharon también é indefinidos,
Y del fondo del alma adolorida
Pareció que arrancaba, á pesar suyo,
El último suspiro de la vida.
Aparta el hijo de su lado entonces,
Que tanto al corazón en sobresalto
La vergüenza ha tomado por asalto;
Abrir quiere la puerta,
Y al rechinar los gonces
En el umbral se tumba;
No de otro modo, el pedestal faltando,
La estatua alabastrina se derrumba.

III.

En ese mismo día,
En la ciudad su entrada hizo un viajero

Que volvía de Tiro.
Testimonio de que era hombre opulento
Sus caballos lo daban,
Su comitiva toda y sus arreos.
El onagro listado
Y el indolente y sufridor camello
Que al conductor se esquivaba,
Tras el guía marchaban delantero,
Á lomo sustentando
De la carga preciada el grave peso ;
Y doce servidores
Que á su señor también iban siguiendo,
Las ricas sederías
Llevando en hombros y encorvando el cuerpo,
Y se decía el amo :
«No hay dudar que mi Séfora en acecho
Al horizonte pido
Y el polvo que apetece su deseo,
Y tal vez llora y clama :
«¡ Ay, que aun está de la ciudad muy lejos,
Y el sol se ha levantado,
Y el camino de Tiro está desierto ! »
Sorprenderse la miro
Cuando anhelosa sálgame al encuentro ;
Y le diré yo entonces :
«Regocíjate. oh bella ; todos esos
Alfombrados, ese ámbar,
Esa seda, esa púrpura, mi afecto
Te hace obsequio de todo ;
Y aquí les traigo, de bruñido acero,
Á tus ojos divinos,
El que tú ambicionabas claro espejo.»
Y en las tortuosas calles
De la Santa Sión, así diciendo,
De una en otra pasando,
Se le perdió de vista en un momento

IV.

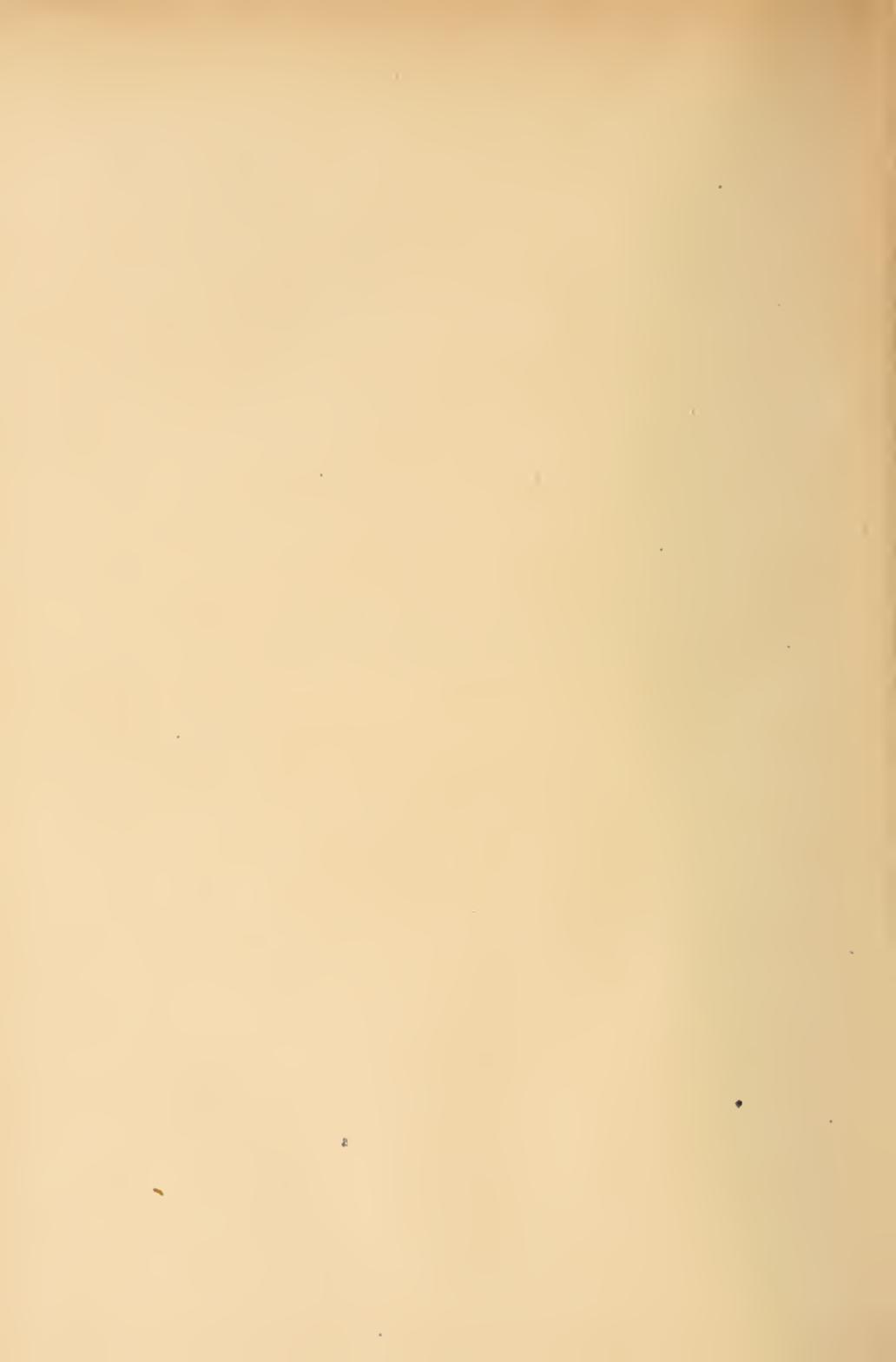
Y era día de fiesta, y en el templo
El pueblo rumoroso se agolpaba;
Los niños, los ancianos, las mujeres
Que, en contrición y llanto sumergidas,
Buscaban decididas
Remedio para el mal que las labraba.
El ciego que gritaba,
Y el torpe cojo que correr quería,
Y el asco de la tierra,
El impuro leproso,
Cada uno refería
De su cura el milagro portentoso,
Á los pies del Señor de tierra y cielo
La turba prosternándose en el suelo.
El que ha nacido entre el dolor y penas,
Rey de la pobre gente,
Milagros prodigaba,
Derramando el consuelo á manos llenas;
De sus labios manaba
De oráculos eternos una fuente;
La carga de la vida compartía
Con todo el que sufría;
Igualábase al pobre en la pobreza,
Saliéndole al encuentro su grandeza.
Y algunos hombres rudos,
De humilde nacimiento,
Pero en su escuela divinal formados,
Pero llenos del mismo sentimiento,
Lo seguían callados
Contemplando la luz que despedía
La célica aureola
Que su testa sagrada circuía.

De súbito aparece,
Arrebatada entre tropel furioso,

Por el pelo cogida,
Manchada una mujer de sangre y lodo;
Al cielo levantaba
Sus azorados y brillantes ojos;
Los brazos no, que atados
Los tenía á la espalda por los codos.
Ante el Hijo del Hombre
Es conducida; los escribas torvos,
Imaginando insultos,
Y engolfados en mares de sus odios,
Reunidos se adelantan,
La presentan, y uno habla de este modo:
«Decidnos, ¡oh Maestro!
¿Qué pensáis vos de ese pecado odioso?
Sorprendida y culpable
Esta adúltera ha sido entre nosotros.
De Moisés en las leyes
¿Qué halláis contra ella?» Y la afrontaban todos,
Y la infiel desposada
Su espantado mirar giraba en torno,
Como buscando alguno
Que en trance tal sirviérale de apoyo.
Y con piedras en mano,
Ensañando á las turbas el encono,
Su fiesta de ella hacían
Y estos gritos se daban unos y otros:
«¡Ah, que apedreada sea
La adúltera mujer: ya el alevoso
Seductor está muerto!»
Y lloró la infeliz. Pero de pronto:
«La primer piedra tire
Quien se halle sin pecado entre vosotros»,
Dijo Jesús; y á un lado
Á colocarse fué, volviendo el rostro.
El inconstante pueblo
Comenzó á serenarse poco á poco;
Y al fin apaciguado,
Dejó de ser como era numeroso;
Al tiempo que el Maestro,

Inclinándose á tierra, hizo en el polvo,
En idioma ignorado,
Caracteres que un dedo misterioso
En la mansión celeste
Retrazó de los Ángeles Custodios....
Jesús, al levantarse,
Miraba á su alrededor, y estaba solo.

D. MARTÍN JOSÉ LIRA.



D. MARTÍN JOSÉ LIRA.

CAÍDA DEL SOL EN EL MAR.

—¡El baño, el baño!—la postrera hora
Del día, exclama con solemne acento :
—Su delicioso aroma esparza el viento,
De la urna inmensa, en la onda bullidora.—

Ya va de un punto á otro voladora,
Tapizando de grana el firmamento,
Tienda formando al frígido elemento,
Do el sol templa el ardor que le devora.

Ya el gigante desciende ; ya su canto
Entona la sirena misteriosa ;
Ya se echa en brazos de las olas bellas.

Rápidas éstas, tiéndenle su manto ;
Pues fingiendo mirada perezosa,
¡ Su desnudez atisban las estrellas !

D. DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

D. DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

ODA AL AMOR.

¡Oh Amor! ¡tú que gobiernas
El sentimiento humano ;
Que ensalzas ó prosternas
Con invencible mano
El inmortal espíritu
Que anima nuestro ser !
¡Deidad cuyos santuarios
Tiernas ofrendas llenan,
Y nunca solitarios,
Con ecos mil resuenan
De jubilosos cánticos
Que aclaman tu poder!

Jamás tu santo nombre
Juró mi labio en vano,
Ni de tu ley, al hombre
Impenetrable arcano,
Mofé en impía sátira,
Ó en chiste baladí:
Tu alto misterio adoro,
Tu omnipotencia siento,
Y hoy que á mi musa imploro
Nuevo favor y aliento,

¡Á ti de mi fiel cítara
El primer canto, á ti!

Al rey de la colina
Y á la del prado diosa,
Á la orgullosa encina
Y la purpúrea rosa
La luz del sol vivífica
Dió pródigo el Señor;
Y á el alma humana, germen
De simpatía y ciencia,
En cuyo sueño duermen
Verdad, bien y creencia,
Le dió tu luz purísima,
Tu luz fecunda, Amor!

¡Ay de la pobre planta
Que el sol nunca ha mirado,
Y pálida levanta
En medio del nublado
Su estéril rama, huérfana
De aromas y de flor!
¡Ay del mortal que un rayo
De amor jamás ha herido,
Y en lánguido desmayo
Su corazón sumido,
Se agita en una atmósfera
Sin luz y sin calor!

¡Oh, cuán de otra manera
Si, Amor, tu lumbre viertes
Del alma en alta esfera,
Y fúlgido conviertes
La infancia y su crepúsculo
En alba y juventud!
El silencioso velo
Se ve caer, las nieblas
Disípanse, y el cielo
De mil celajes pueblas

Rosados, blancos, diáfanos,
De casta beatitud.

Al recibir tu aliento,
Del hombre la conciencia
Despierta al sentimiento,
Y efluvios de alma esencia
En expansión magnífica
Exhala el corazón:
Á tu calor respira
Perfume la ternura,
Inspiración la lira,
Fulgores la hermosura,
La ciencia fe y espíritu,
El arte creación.

Tú irradias, y en el mundo
Del alma es primavera:
El germinar fecundo
Bullir se oye doquiera;
Gloriosas metamórfosis
Contémplanse doquier;
La voz, la risa en notas
Transfórmanse y en canto,
En tembladoras gotas
De albo rocío el llanto,
En mariposa nítida
La oruga del placer.

Tu luz á nuestra mente
Explica todo arcano;
El idioma rugiente
Del tímido Oceano,
Los himnos del empíreo
De bendición y paz.
Del viento los gemidos,
La queja de las brisas,
La lengua de los nidos,
Del bosque las sonrisas,

Las codiciadas lágrimas
De la aurora fugaz.

¡Deidad augusta y pura,
Antorcha de la vida
Que con mortal presura
Transmite á la partida,
Á sus hermanos pósteros
Cada generación !
En vano á tu ara insulto
Arroja el sensualismo
En su grosero culto,
Ó estéril ascetismo
Á tu poder sin límites
Disputa el corazón.

¡Tú no eres, no, la suave
Voz de sirena odiosa,
El banco en que la nave
Encalla impetüosa,
La pérfida luciérnaga
Engaña al viajador !
¡Tú eres la voz que un día
Pablo oye en su camino,
La estrella que nos guía
Con resplandor divino
Á las celestes márgenes
Do reina el Creador !

REPÚBLICA ARGENTINA.

D. JUAN CRUZ VARELA.

D. JUAN CRUZ VARELA.

EL 25 DE MAYO DE 1838, EN BUENOS AIRES.

«Ya raya la aurora del día de Mayo:
Salgamos, salgamos á esperar el rayo
Que lance primero su fúlgido sol.

Mirad: todavía no asoma la frente,
Pero ya le anuncia cercano al Oriente
De púrpura y oro brillante arrebol.

Mirad esas filas; el rayo, el acero,
Los patrios pendones, la voz del guerrero
Al salir el astro saludo le harán ;

De párvulos tiernos inocente coro
Alzará á los cielos el canto sonoro,
Y todas las madres de amor llorarán.

Por los horizontes del río de Plata
El pueblo en silencio la vista dilata
Buscando en las aguas naciente fulgor ;

Y el aire de vivas poblaráse luego
Cuando en el baluarte con lenguas de fuego
Anuncie el momento cañón tronador:

Cándida y celeste la patria bandera
Sobre las almenas será la primera
Que el brillo reciba del gran luminar :

Y ved en las bellas cándida y celeste
Cómo la bandera de nítida veste
En gracioso talle graciosa ondear.

Yo he sido guerrero: también ha postrado
Mi brazo enemigos: me le ha destrozado
La ardiente metralla del bronce español.

No sigo estandartes inútil ahora;
Pero tengo patria..... Ya luce la aurora,
Y seré dichoso si miro este sol.»

Así entre extranjeros que absortos oían,
Y á ver esta pompa de lejos venían,
Hablaban un soldado, y era joven yo.

¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquéllas!
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas
Consiente el tirano que el mando robó.

¡Ay, sella tus labios, antiguo guerrero,
Y no hables ahora si ansioso extranjero
La gloria de Mayo pregunta cuál es!

Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡Ah, no te desprecien los hombres que miras,
Espera los días que vendrán después!

¡En vano se abrieron de Oriente las puertas!
¡Como en negra noche mudas y desiertas
Las calles y plazas y templos están!

Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
Bandas africanas de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje
Es en este día meditado ultraje
Del nuevo caribe que el Sur abortó.

Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
En su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los hombres de Mayo son hombres de crimen
Para este ministro del genio del mal.

Sin él, *patria*, *leyes*, *libertad* gritaron,
Sin él, valerosos la espada empuñaron,
Rompiéron cadenas y yugo sin él.

Por eso persigue con hórrida saña
Á los vencedores de su amada España,
Y en el grande día la vengá cruel.

El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,
Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso
¿Le vieron acaso pugnar y vencer?

Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata
Donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿Le vieron acaso con gloria caer?

Á fuer de cobarde y aleve asesino,
Españaba el momento que al pueblo argentino
Postrado dejara discordia civil,

Y al verle vencido por su propia fuerza
Le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza
En que arrastre esclavo cadena servil.

¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos;
De la dulce patria nuestras mismas manos
Las tiernas entrañas osaron romper:

¡Y por castigarnos al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que obscuro salvaje nos quiso imponer!

¿Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,
Humillada sufres que sirvan ahora
Todos tus trofeos de alfombra á su pie?

¿Será que ese monstruo robártelos pueda
Y de ti se diga que sólo te queda
El mísero orgullo de un tiempo que fué? (1).

¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
Qué nuevo infortunio, cara patria mía,
De que tú no seas la víctima ya?

¡Ah, si tu tirano supiese siquiera
Reprimir el vuelo de audacia extranjera
Y vengar insultos que no vengará!

De Albión la potente sin duro castigo,
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo
La espalda del Plata jamás abrumó.

¡Y hora extraña flota le doma, le oprime,
Tricolor bandera flamea sublime,
Y la azul y blanca vencida cayó!

¿Qué importa al perjuro tu honor ó tu afrenta?
Los heroicos hechos que tu historia cuenta,
Tus días felices, tu antiguo esplendor,

(1) *Col misero orgoglio d' un tempo che fu*, dice el vehemente Manzoni en uno de sus coros. (El A.)

Deslumbran su vista, confunden su nada,
Y el bárbaro intenta dejar apagada
La luz que á los libres en Mayo alumbró.

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
Postrado tres siglos en sueño profundo
Y diste á los reyes tremenda lección,

¿De un déspota imbécil esclava suspiras?
¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
¿No has visto á tus plantas rendido un león? (1).

¡Hijos de mi patria, levantad la frente
Y con fuerte brazo la fiera inclemente
Que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!

Lavad vuestra mancha, valientes porteños,
Y mostrad al mundo que no tiene dueños
El pueblo que en Mayo gritó *Libertad*.

~ (1) Alusión al último verso de la primera estrofa del himno nacional argentino.
(El A.)

D. FLORENCIO VARELA.

D. FLORENCIO VARELA.

LA CONCORDIA.

Deh, fate un corpo sol di membri amici
Fate un capo che gli altri indirizzi e frene.

(Gerusalemme Liberata.)

¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!
Por ti este pueblo sacudiera el yugo
De servidumbre dura;
Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo
Darle nueva existencia,
Y llamarle á gozar de independencia.

No abandones jamás la tierna planta
Al furor de los vientos, cuando apenas
Lozana se levanta.
Libra á tu pueblo, oh Dios, de las escenas
De discordia inhumana,
Que destruyen la tierra americana.

Si en merecida pena á sus delitos
Impuso tu justicia á otras naciones
Los males infinitos
Que traen las fraternales disensiones,
El pueblo del Oriente
Como recién nacido es inocente.

Sálvate, por piedad: no se marchiten
Jamás sus esperanzas deliciosas;
Sin fin en él habiten
La Concordia y la Paz, hijas dichosas
De la Virtud, consuelo
Al hombre justo dado por el cielo.

Á su sombra benéfica florecen
Las ciencias y las artes bienhechoras,
Los pueblos se engrandecen
Llenos de vida; y leyes protectoras
La perfección alcanzan
Y moderada libertad afianzan.

La Concordia es la fuente más fecunda
De los bienes que gozan los humanos;
Y como el sol inunda
Con su fulgor las cumbres y los llanos,
Ella con su influencia
Á todo sabe dar nueva existencia.

Al verla se despeñan al abismo
La ambición prepotente, la ignorancia,
El ciego fanatismo,
La sacrílega y ruda intolerancia,
Y todos los errores
Que las pasiones traen con sus furores.

Ella fué la que un día dió renombre
Á mi patria: por ella el universo
Veneraba su nombre,
Y la historia veraz, y el rico verso
En página divina
Honraron la república Argentina.

El cielo la robó tanta ventura.
¡Llanto y respeto á su fatal estrella!
Y el que, con lengua impura,
Se atreva á mancillar su fama bella,

Y su desgracia insulte,
En el profundo Averno se sepulte.

Sus males evitad, hijos de Oriente;
De la Concordia al delicioso abrazo
Volad alegremente:
Él os estreche con perpetuo lazo,
Ahogando en vuestra orilla
De la anarquía la letal semilla.

La madre entonces besará tranquila
Al hijo de su amor, sin que la muerte
De la rebelde fila
Se lo arrebate en flor, y á dura suerte
Su ancianidad condene,
Y de amargura y de dolor la llene.

Ni temerá el colono que, inclemente,
El soldado feroz sus mieses tale,
Dejando solamente
La negra huella que el furor señale;
Y de pueblos-cubiertos
Los campos se verán que hoy son desiertos.

Mis votos oye, oh Dios Omnipotente,
Y una familia sola reunida
Forma en el rico Oriente,
Que, á leyes paternas sometida,
La peligrosa rienda
Nunca usurpar con crímenes pretenda.

Ampara tú su juventud dichosa,
Y hostias de Paz adornen tus altares;
Con mano bondadosa
Vierte sobre ella dones á millares
De la gloria y ventura;
¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!

D. VENTURA DE LA VEGA.

D. VENTURA DE LA VEGA.

IMITACIÓN DE LOS SALMOS.

¡Ay, no vuelvas, Señor, tu rostro airado
Á un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
La senda del delito.

Y en ti, humilde, oh mi Dios, la vista clavo
Y me aterra tu ceño,
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada
Henchida de armonía!
¡Y tú, por el perdón purificada,
Levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,
Y por el ancho mundo,
Cantaré de la diestra vengadora
El poder sin segundo.

Te cantaré, oh mi Dios, cuando te plugo
Bajo tu amparo y guía
Á Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino:
Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó; de enjuta arena
Ancha senda le ofrece:
Síguelo Faraón.....—La mar serena
Lo traga, y desaparece.

Viólo el Jordán, y huyó; monte y collado
Cual tierno corderillo
Saltaron de placer; el risco alzado
Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
Y á Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte, ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.
Las trompetas sonaron:
¡Paróse el sol, y *Gabaón* se aterra,
Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
Agua en mansa corriente,
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
Allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro sūave;
Y el hondo mar turbando
Cruzan los vientos, y la triste nave
Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya descende
Al abismo horroroso;
Ruge el trueno: veloz el aire hiende
Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
Le miras con ternura.
El vendaval es céfiro: el hinchado
Mar tranquila llanura!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

Los tiranos del mundo en liga impía
Para el mal se adunaron,
Y á la incauta Israel «¡Dios nos envía!»
Desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
Al justo renovemos:
Blasfememos, que Dios no nos escucha:
Dios no ve: degollemos.»

Dijeron, y no son.—Su raza impía
Cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oído? ¿No vería
El que los ojos hizo?

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

Los ímpios que tus casas allanaron
De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron,
Como leña del monte;

Los fuertes que se alzaban, cual montaña
Que á las nubes se eleva,
Desparecieron como débil caña
Que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edón*, y los tiranos
De *Moab*, ¿qué se hicieron?
¡El Señor los miró y abrió sus manos,
Y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

EL CANTO DE LA ESPOSA.

IMITACIÓN DEL «CANTAR DE LOS CANTARES».

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,

Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
Desdeña esquivá la purpúrea rosa
Á la tierra inclinada:
La abeja silenciosa
Ni en torno gira, ni en la flor se posa;

Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin ti, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin ti mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
El sol ardiente tus mejillas tuesta:
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo en mi morada;
Mas del Esposo, el corazón velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando:
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO.

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mío;
Ábreme por tu vida;

Que yerto estoy de frío,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA.

¡Ay! ¡que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!
¡Ay! ¡que el pie delicado
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta:
Á su tacto amoroso
Mi corazón despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alceme presurosa
Para abrir al Esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.

Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste! ¡Y era ido
Celoso y despechado!
¡Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!

Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron,
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
Si por dicha encontráis mi fugitivo,
Decidle que no sea

Con su adorada esquivo;
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conocéis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conoceréis quién sea,
Si al verle os encendéis en fuego vivo.
Doncellas de Judea,
Traedme al fugitivo;
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

Á MIS AMIGOS.

No muera, amigos, en el pecho helado
Tímido el fuego creador del genio :
Llega el momento en que la lira el libre
Cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena
Rico presente la deidad del Pindo,
No es vuestro solo; de la patria es feudo :
Ella lo pide.

¡Ay! ¡de la patria!..... preguntar os oigo:
«¿Dó está la patria?..... Al corazón no llega
Del que contento en la cadena vive
Himno sonoro.

»Francia, que el trono de ignominia, alzado
De Waterlóo sobre los muertos héroes,
Fiero padrón de servidumbre indigna,
Rompe y sepulta;

»Francia en buen hora renacer la dulce
Lira contemple en que cantaba Horacio,
Rotos al bote de romana lanza
Partos y Medos.

»Goce al cantor de las *Meseniás* (1), goce,
Íncrito *Alfonso* (2), tu gigante numen;
Pindaros tenga la que tiene tantos
Héroes cual hijos.

»¡Ay de nosotros!— Sobre todos cruje
Látigo alzado déspota altanero,
Y hunde en el polvo y con la planta huella
Liras y leyes!»

Sí; mas la musa que inspiró el robusto
Son que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;

Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del *Tormes* encantó las aguas,
Todas llorosas os demandan nuevas
Aras y culto.

«Jóvenes, dicen, á la dulce sombra
De ese laurel que vuestra frente anhela,
Santa amistad y poesía junten
Vates hermanos.

»Harto las iras de belleza ingrata
Supo ablandar enamorado canto,
Y vuestra lira enguainaldó de rosas
Alma Ciprina.

(1) Casimiro Delavigne.

(2) Lamartine.

»Otros acentos las Pimpléas aman,
Cuando despunta suspirada aurora;
Pruebe á lanzar el inflamado plectro
Ronca tirtéida.»

¿Veis? Ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia que á salvarla vienen (1).
¿Veis? ¡Ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla!

¡ Caros alumnos! á la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad la corva
Cítara ensaye.

Á LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBÓN

VISITANDO EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Cuando la griega juventud volaba
Al campo de la gloria,
Y al macedón guerrero arrebataba
El sangriento laurel de la victoria;
¿Quién á blandir la fulminante lanza
Robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza,
¿Quién su pecho alentó?—quién, sino el fuego
Del entusiasmo ardiente
Que corrió en viva llama por sus venas,
Cuando escuchó elocuente
Tronar la voz del orador de Atenas?

(1) La invasión de los liberales emigrados, capitaneada por *Mina* y *Valdés*.

Tú fuiste, oh santo fuego,
Tú, quien el duro mármol animaba
Bajo el cincel del inspirado griego;
Tú, quien la trompa de Marón sonaba:
En cuanto el mundo á la memoria ofrece
De eterno, de elevado,
Tu creador espíritu aparece;
Tú, ante el funesto vaso envenenado,
En el alma de *Sócrates* brillabas,
Tú la mano de *Apeles* dirigías,
En la lira de *Pindaro* sonabas,
Y la lanza de *Aristides* blandías.

Mas, ¡oh! ¿por qué ofuscada
Á tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
De la aureola de Dios destello ardiente,
Que de la antigua Grecia derrüida
El canto melodioso
Eternizó y el brazo belicoso,
¿Yace entre sus escombros extinguida?

No.—Como chispa eléctrica impaciente,
Que presa en frío pedernal, no pudo
Brillar, hasta que siente
De acerado eslabón el golpe rudo;
Así en medroso pasmo
En tu pecho dormía,
Juventud española, el entusiasmo;
Mas cuando el regio acento generoso
Retumbó por los ámbitos de España,
De el Pirene riscoso
Al confín andaluz que Atlante baña,
Estalla al fin la mágica centella
Las almas conmoviendo,
Y el abatido pueblo se levanta,
Y en sed de gloria ardiendo,
Lidia el guerrero y el poeta canta.

¡Todo ya es entusiasmo, todo es vida!
Navarra muestra su campaña en sangre
De rebeldes teñida;
Allí guerrera juventud, clamando
Cristina y libertad en ronco acento,
La espada desnudando,
La vaina arroja al viento,
Y al son del himno nacional se lanza
Con noble bizzarria
Sobre la hueste audaz que el polvo muerde
En *Luchana, Arlabán, Mendigorria*.

Aquí los que sintieron
Su pecho palpar, en mudo asombro
De rodillas cayeron
Ante la virgen pura
Cuyo rostro de cándida hermosura
Y maternal desvelo
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
Que entonaba León en arpa de oro
Oyen con tierno llanto,
Y al Dios del almo coro
Alzan también el cántico sonoro;

Ó al robusto sonido
De la trompa de *Herrera*, ante sus ojos
Ven cargadas de bárbaros despojos
Á las veleras naves españolas
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*
Con turca sangre enrojació sus olas;
Todos en lazo fraternal unidos,
Digno templo á las artes elevando,
Preparan ya los himnos merecidos,
Y aprestan los pinceles
Con que en la edad futura eterna sea
La fama de esa hueste generosa
Que por su Reina hermosa

Y por la santa libertad pelea.
Mas ¡oh! ¿qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido Mayo
El resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedlo!..... ¡es ella!..... ¡es *Cristina!*
Su presencia divina
Baña de lumbre al español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira
Cómo pintar su célica hermosura
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta:
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con risa bondosa
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

EPÍSTOLA.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjugarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor repcsa,

No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.

¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte,
Antes que yo consuelos te ofreciera?
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
¿Cuál para ti, cuál otra que la mía
Más diligente y cariñosa fuera?—

Contigo me crié: contigo un día
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.

Aun me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos, se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, ¡oh dolor! el genio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *León* el ánimo valiente
Apercibía á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada
Probó la diestra que empuñar debía
La épica trompa y la fulmínea espada.

Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,
Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
Rico de inspiración sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.

¡Allí otros mil!....—¡Oh fugitivo encanto!
¡Oh sonrisa primera de la vida,
Recuerdo de placer, que arranca llanto!

Y qué, Mariano, ¿la ilusión perdida
De la edad infantil, en noche oscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?

¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?
¿Es este mundo una región de duelo
De desesperación y de amargura?

No, no es verdad.—Del nebuloso cielo
Del negro Septentrión esa herejía
Vino *en traje francés* á nuestro suelo.

¡Todos pecamos!—Yo también un día,
Gimiendo adrede por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la común manía

Á esa espelunca do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito:
«¡Ay! ¡dejad, los que entráis, toda esperanza!»

Allí en verso trotón, y á voz en grito,
Lloraba su *vejez anticipada*
Un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apenas,
Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
Ata al nacer con grillos y cadenas.

¡Y porque más su desventura asombre,
Quejábase también de estar *minado*
De una secreta enfermedad *sin nombre!*

¡Era un vivir aquel desesperado!
Sólo se oía en recia taravilla:
¡¡Maldición!! por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores,
Á las voces de *Lista* y *Hermosilla*.

Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol que en torno á mí la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,

Dije: ¡Gracias á Dios! Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir. ¡Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*,

Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida!*

Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
Á buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces al rüido
De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraído;

Y prefiero las aguas de *Hípocrene*
Á esas lagunas cenegosas, donde
Blanca fantasma su morada tiene,

Y al que pide favor sólo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Alcese *Byron* de su numen fiero
En las alas flamígeras, y escoja
Á su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío, á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Ríjia*.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscán* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio*?

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena
Á que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,
Sólo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en el *lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al són de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía
En la antigua amistad y en el encanto
De la consoladora poesía.

Julio de 1842.

ORILLAS DEL PUSA.

¡Qué calor!..... sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
Á este valle que en sosiego
Tu corriente, oh Pusa, baña
Susurrando.

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudó giro
Se derrumba,
Tan humilde, que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledo,
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida,
Y allí del mundo lejano
Tu breve carrera imite
Y escondida.

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.

Su destino es envidiar,
Ó de tu curso sùave
La paz suma,
Ó el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!.... Si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente

¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!

De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
Á Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte descende,
Y al rebaño
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende,
Fresco baña.

Y hoy á mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa, adió!..... corre ignorado,
Y los quintos (1) de Malpica
Fecunda en paz.

(1) Llámense allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

LA AGITACIÓN.

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor!..... ¡Caber no puede
Donde impera tu imagen adorada
Sino amor, sólo amor!..... ¡Cuanto solía
Mi pecho conmover..... ya todo cede
Á la ardiente mirada
De tus luceros bellos!
Mal mi grado, á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta,
Como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracán sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó va á estrellarse en el peñasco rudo;
Así en la fiebre do anhelando gira
Este alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.
¡Y este vaivén continuo, esta perpetua
Conmoción es la vida!—¡Cuántas horas,
Mudo, yerto, insensible
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en ti habitaba,

Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
En ti no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad, ¿dó estás?—Este vacío
Que al dilatarse el corazón no llena,
Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
El guerrero clarín, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime:
¿Bastárame empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronce,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad, ¿te hallará entonces?
En el tropel del mundo
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba;
Y en tanto «¡Aquí domina!»
Otro desde la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!.....
¡Y los años volaban!
Las hojas de los árboles caían.....
Las hojas de los árboles brotaban. —
¡Una mujer! con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente:
Los brazos tiendo á la fantasma bella;
Mas al asirla, alzada
Vi una ara ante mis pies, y detrás de ella

Mi visión adorada,
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación..... delito!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído,
Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido.
Abrió sus ojos por la vez primera,
Dejándome con sola una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.
¡Ah! ¿qué me importa? Agitación sublime,
¡Yo te adoro! ¡Tú eres
Alma de mi existencia! Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta;
Inunda, inunda mi mejilla en lloro;
Clamar me oirás entre congoja tanta:
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL.

¿Dónde la gloria vive del que un día,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde?—Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual rauda
Torrente el Septentrión: circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Despareció; mas al común estrago,
Sobre siglos sin fin los inmortales
Cantos de Horacio y de Marón divinos

Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las romanas letras,
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De turbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular, voló en pedazos;
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad, el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aun vive
Con renombre inmortal, docta *Academia*.
Tú, más que á los históricos ejemplos
Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazón magnánimos que abrigas
Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años, asunto con tus hechos prestas,
Oh noble Conde, á la española musa.
Ella, en tanto que al pie del soberano
Solio te vió, dispensador de honores,
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plectro de oro
Presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cuál vibra en tu loor y el estro
De cien vates inflama que, á porfía,
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector del saber.»—¡Oh noble, oh digno
Premio que tanto mereciste y gozas!
Gózalo en paz; y el que ásperos desdenes
Halla no más, y hondo silencio, cuando
De la áurea silla del poder la instable
Deidad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz su cuerpo nutren,
Alma tiene también, y el alma vive

De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos lesdeña,
Y humo vano apellida. Tú, arrojando
Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzaste á *Talia*.—Allí de *Lope*,
De *Calderón*, de *Rojas* y de *Inarco*,
De *Moreto* y de *Tirso*, numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta
Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficción.—Los que, al reflejo
De aquellos faros luminosos, siguen
La ardua senda con gloria que á la cumbre
Del sacro Pindo guía, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
Á tus sienas espléndida corona.
Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicón pisar, una sencilla
Flor de su falda corto; ofrenda humilde
Que agradecido te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Varios amigos del Marqués de Molins le dirigimos á París una carta en tercetos el día de Navidad del año de 1855. Cada uno escribió un trozo de ella, ligándose con el anterior. He aquí el mío: con él remataba la carta.

¡Oportuno en verdad viene ese *tanto*
Á mediar el terceto antecedente,
Pues me convida á principiar con *llanto!*.....

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo día,
En mi memoria sin cesar presente ;

Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna al casto seno,
¡ Todo es verdad ! mi esposa me decía.

¡ Todo es verdad ! ¡ Oh Dios! Si en ronco trueno
Sonó un día tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno,

¡ Oh milagro de amor no merecido!
Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó mi corazón estremecido.

Gusano vil en lodazal inmundo,
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé lejos del mundo.

Á regiones más puras me subieron ;
Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron.

¡ Cuándo será! ¡ Me oprime la tristeza!
¡ El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir, y al despertar empieza!

¡ Pídele á Dios omnipotente y sumo
Que te guarde á tu *Carmen!*..... ¡ Ay, amigo,
Y no le pidas más: el resto es humo!

¡ De tu casta mitad al dulce abrigo,
Donde quiera que estés, patria y honores
Y placer y amistad verás contigo!

¡ Ay, para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el día,
Ni calor el hogar, ni olor las flores!

Hoy viene á acrecentar la pena mía
La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé..... ¡y ella vivía!

¡Cuán distinto de aquél! Destino vario
Á ti te arroja cabe el turbio Sena,
Á mí en Madrid me amarra solitario!

¡Mas, ay, el bronce místico resuena!
¡Media-noche sonó..... luz desusada
Brotó en *Belén* y el universo llena!

¡Triste prole de *Adán*, ya estás salvada!
¡El niño-Dios, que los pecados quita,
Nos abre ya la celestial morada!

¡Oh placer, allí está! ¡De Dios bendita,
Mi *Manuela*, vestida de hermosura,
Entre los puros ángeles habita!

¡Alma inmortal! ¡De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura!

Sí, Mariano: tu amigo sólo anhela
Sentir en breve el lazo desatado
Que este cautivo espíritu encarcela;

Y por tanto dolor purificado,
Á mi esposa en la gloria unirme presto....
Y ver que allí también á nuestro lado
Te guarda Dios el merecido puesto!

LA PAZ.

AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

Oda.

Iris de paz, iluminando el cielo,
La tempestad serena;
El águila imperial recoge el vuelo
Y torna al patrio Sena.

No en vapores de sangre se embriaga,
Ni llama á la pelea;
Ya en su garra potente el rayo apaga
Que fulminó en Crimea.

Sus alas tiende, cual dosel brillante,
Sobre la regia cuna,
Donde reposa del francés triunfante
La gloria y la fortuna.

Y allí á par descendiendo apresurado
De la eternal montaña,
A custodiar el vástago anhelado
Llega el león de España.

Que sangre de Guzmán corre en sus venas:
Sus timbres maternos
Escritos muestra España en las almenas
De Tarifa inmortales.

Siempre un Napoleón Dios nos envía
Con misterio profundo,
Cuando place á su gran sabiduría
Recomponer el mundo.

Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo
Sobre el francés vomita,
De allá le envía su cortés saludo
El bronce moscovita.

Del Cáucaso á la cumbre pirinea,
Y por los anchos mares,
Unida al lienzo tricolor, ondea
El aspa de los Czares.

Y cubriendo de rosas sus espadas,
De oliva sus pendones,
Al festín de la Paz alborozadas
Acuden las naciones.

Paz ese niño, y dicha y abundancia
En su destino encierra.
Pueblos, velad por él. ¡La paz de Francia
Es la paz de la tierra!

1856.

HIMNO Á LUPERCO.

(*La Muerte de César*, ACTO III, ESCENA IX.)

¡Sacro ministro del potente Jove,
Fuente de vida, animador del mundo,
Numen fecundo, tutelar de Roma,
Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos!

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Numen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fía.

¡Numen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
¡Cubra tu escudo al Dictador de Roma,
Divo Luperco!

D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

AVELLANEDA.

CANTO PRIMERO.

I.

¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador,
De cuyo virgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su varia y magnífica natura?

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona regia, donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjero sin cesar florece,
Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus doradas pomas.
Donde el sacro laurel, ambicionado
Galardón del poeta y del soldado,

Al rayo desafía entre la nube
Á par del cedro que gallardo sube,
Y el *pacará* (1) que al viajador asombra
Cien jinetes cobija con su sombra.
Donde el zorzal y ruiseñor, artistas
De ingenua inspiración sin hondas vistas,
En las serenas tardes de verano,
Cuando reina sin par melancolía
En la natura, el premio soberano
Se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son verjeles (2)
Donde habitó la paz y la abundancia
En tiempos más felices, cuando fieles
Á la costumbre y fe de sus mayores,
Ó avenidos tal vez con su ignorancia,
Vivían sus tranquilos moradores.
Pero hoy ya no es así; de esos hogares
Huyó la paz por la civil contienda,
Y quedaron el llanto y los pesares,
De las pasiones viles triste ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,
Ni por bosquejo alguno conocerla
De pluma ó de pincel! Cuando el invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida á amortiguar en sus entrañas,
Una virgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida

(1) El *pacará* es el árbol más robusto y corpulento de Tucumán. Hay allí muchos cuya copa daría sombra á más de cien jinetes.

(2) *Sus casas son verjeles*. No es el pobre de Tucumán como el pobre de Europa: habita una pequeña casa más sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardín y de un gran número de aves domésticas. (Memoria descriptiva sobre Tucumán, publicada en 1834, por el señor Alberdi.)

Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,
Flamantes y vistosas ;
Duerme y no duerme, sueña ;
Oye soñando el plácido murmullo
Del festín y la danza, el alborozo
Del expansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,
Como si el fresco animador volviera
Á respirar de perfumada brisa.
Después la primavera,
Con su templado sol y sus rumores,
Su concierto de pájaros cantores,
Á electrizar sus miembros adormidos
Llega y bañar en lumbre sus sentidos ;
Y la virgen despierta
De su sueño fugaz, y se levanta
Radiante de alegría y de frescura,
De gracia y de hermosura,
Y á engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y á perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores :
Hasta que el sol de la estación ardiente
Subir hace á su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno immaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,
Engendra en sus entrañas virginales
Cuanto apetece y necesita el hombre
Para vivir feliz : en animales,

En frutas y productos tropicales,
En colosal vegetación. En vano
El adusto verano
La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada cerviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,
La baña con sus frígidos alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda.
Entonce ella de lumbré
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito ser que la dió vida
Y su eternal espíritu alimenta (1).

¡Cuán bella entonces es! ¡Al pensamiento
Cuánto inspira de luz y arrobamiento!
¡Cuánto de eterna nutrición le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
Sus selvas virginales y sus montes,
Sus campiñas y claros horizontes,
Y transformar con su inefable hechizo
Aquella tierra en otro paraíso,
Paraíso de gloria y de esperanza,
De pura, inagotable bienandanza.

¡Cuán bella entonces es! ¡Cuánto de calma,
De aspiración sublime infunde al alma!
Encantado jardín, valle florido
Del edén desprendido
Para adornar el argentino suelo.

(1) El capitán Andrews, en su *Viaje á la América del Sud*, publicado en Londres en 1827, no dice como yo que Tucumán es bellissimo, sino que «en punto á grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucumán no tiene igual en la tierra; que Tucumán es el jardín del universo». (Memoria de Alberdi.)

Sus aires son aromas
Que parece fluir entre azul velo
Del seno de redomas
Inmensas de azahar y de azucena,
De *poleo* (1), cedrón y hierbabuena;
Brisas que dulcemente
Los sentidos embriagan y la mente,
Y el corazón llenando de alegría
Dan alas á la inquieta fantasía.

EL ÁNGEL CAIDO.

(FRAGMENTO.)

¡Salve, oh Plata! en tu presencia
Multiplicarse yo siento,
Sublimarse mi existencia,
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora inquieta, ora iracunda
Se muestra, hirviendo la vida
Rebosar en mí fecunda,
Como rebosa ahora en ti.

Y toda vez que el Pampero
Sobre tus espaldas monta
Y arrojar espuma fiero,
Bramar te hace de furor;
Y te azota, y tú soberbio,
Tú indomable te agigantas,
Por millares de gargantas
Lanzando eco atronador;

Tú á mis ojos representas
De la pasión y del hombre

(1) *Poleo*. Arbusto de cinco pies, cuya fragancia se parece á la del tomillo.

El afán y las tormentas
Y la convulsión febril,
Y el incesante murmullo,
Y el tesón infatigable,
Y de su indómito orgullo
La pujanza varonil.

Cuando agitado te miro
El corazón se me ensancha :
Alegre y libre respiro
De cuidado mundanal ;
Y todo olvido, y mi mente
En su inspiración sublime
Abarca, concibe, siente
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
No hallan aire mis pulmones:
Sólo entre fango diviso
Las reliquias del *no ser* ;
Misteriosa y escondida
Tú me revelas la fuente
Del deleite y de la vida
Que no tiene ni hoy ni ayer.

Esa inagotable fuente
Que insaciables, delirando
Mi corazón y mi mente
Van buscando en el vivir ;
Cuya agua sola el abismo
Insondable de pasiones
Calmar podrá que en mí mismo
Palpitante siento hervir.

¡ Oh! la tierra me fastidia
Con sus mezquinos afanes,
Con su miserable envidia,
Con su odiosa ingratitud,
Con el humo de su gloria,

Con sus frívolos amores,
Con su ambición irrisoria,
Con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
De su gozo y sus deleites,
Que refrigerio ni hartura
Jamás á mi labio dan;
Todo cuanto loco en ella
Apetezco y acaricio,
Y hasta el beso de la bella
Que busqué con tanto afán.

Junto á ti mi pensamiento
Algo tiene de divino:
En todo ser y elemento
Columbra el soplo de Dios;
Y la vida de la muerte
Surgir ve, armónico el orden,
Del aparente desorden
La luz viva del caos.

Tu voz, oh Plata estupendo,
Gigantesca habla un idioma
Que me deleita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,
Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas,
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir,
Y en el raudo torbellino
De la tormenta engolfarse,
En su atmósfera bañarse
Y de su vida vivir!

Me place con el Pampero
Esa tu lidia gigante,
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia,
Que atolondran mis sentidos,
Llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma
Dormir, como suele á veces
Dormitar tranquila mi alma
Ó mi vida material;
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, y jugando,
El aura apenas te riza
La melena de cristal.

Me places, como el Océano
Tu rival en poderío,
Cuando lo surcaba ufano
En mi albor de juventud;
Con el corazón de luto
Pero con alma nutrida
De savia fértil de vida,
De fe y sueños de virtud.

Me places, cual la llanura
Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura
Y su vaga ondulación;
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente,
Para aturdir en mi mente
La febril cavilación.

Y te quiero, oh Plata, tanto.
Como te quise algún día,
Porque tienes un encanto

Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo
Más dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones
Que vi en sueño alguna vez.

Oh Plata, al verte gigante,
Me agiganto, iluso siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer,
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal transformarse
Mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera,
Si me oyese, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera,
Mi cuerpo entregarte, sí;
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre
Ni preguntase quién fuí.

EL POETA ENFERMO.

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego
Echaste el agua.

Forge Manrique.

El sol fulgente de mis bellos días
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace moribunda y triste,
Y el sacro fuego, inspiración divina
Devora mi alma.

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo, sin que el canto excelso,
Eco sublime de mi dulce lira,
Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas Musas
Me prometieron, y guirnalda bella
Á la sien tierna de la patria mía
Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta
Con mano impía los frondosos ramos;
Que el frío soplo de dolencia infausta
Hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos
Mi alma era un tiempo; que el activo soplo
De las pasiones exhalaba ardiente
Voces sublimes.

Cuando tocaba en su celeste fuego
Ardía al punto; el universo un himno
Era para ella, de armonías puras
Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;
Ángel de muerte de mi lira en torno
Mueve sus alas, y suspira sólo
Fúnebre canto.

Como la lumbre del metéoro errante,
Como el son dulce de armoniosa lira,
Así la llama que mi vida alienta
Veo extinguirse.

Adiós por siempre, aspiraciones vanas,
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adiós, del mundo lisonjeras glorias,
Deleites vanos.

Adiós, morada de tiniebla y llanto,
Tierra infeliz que la virtud repeles,
Y desconoces insensata al genio
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura
Se halló oprimida; peregrino ignoto,
Por ti he pasado y sin pesar ninguno
De ti me alejo.

Lira enlutada melodiosa entona
Funeral canto; acompañadla gratas,
Musas divinas; mi postrer suspiro
Un himno sea.

CONTESTACION.

¡Ah! Ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente, de dolor nublada.

HEREDIA.

Feliz tú, que de bellas ilusiones
Sin cesar halagado, á las visiones
Inefables del alma
Librar puedes tu ardiente fantasía,
Y de éxtasi embriagar y de armonía
Tu corazón en calma.

Feliz tú, que aspirando el aura pura
Del majestuoso Plata, la hermosura
Contemplas de la luna,
Que asoma melancólica su frente,
Como gentil beldad que de amor siente
La congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,
Oyes sólo el susurro misterioso
De las olas serenas,
Que al rayo de la luna resplandecen,
Y en cadencia armoniosa se adormecen
Sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo,
Y olvidada del mundo
Escucha la armonía soberana
Que de su eterna gloria eterna mana
Cual venero fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente
En esa viva, inagotable fuente
Que al universo anima,
Y con alas de fuego divagando
El infinito abarca, y remontando
Más y más se sublima.

¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno
De esperanza y de fe, por el ameno
Camino de la vida
Espaciar sus miradas halagüeñas,
Y ver por todo imágenes risueñas,
Como en la edad florida!

¡Quién en su lira modular sonora
Dulce amor y amistad consoladora,
Tesoros celestiales;
Y al son de la hechicera melodía
Derramar esperanza y alegría
En los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú, que atrás dejando
Un pasado feliz, y contemplando
El porvenir brillante,
Un mundo de esperanzas y delicias
Ante tus ojos ves, y no codicias
Nada al vulgo anhelante.

Mi juventud también tuvo visiones
De ambición y de gloria, y mil pasiones
Terribles le agitaron;
Amor fué su delirio y su ventura,
Y en brazos apuré de la hermosura
Delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba
El feroz huracán de cumbre altiva,
Al impulso violento
De fogosas pasiones, abatida

Cayó mi juventud, que solo vida
Tiene para el tormento.

¡Oh si en himnos de excelsa poesía
Yo pudiera el torrente de armonía
Exhalar de mi pecho,
Ó en tristes tonos modular sūaves
De mi fiero dolor las ansias graves,
Las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía
Al eco de la tuya se uniría
En soberano coro,
Y esos pechos de bronce casi yertos
Latirían oyendo los conciertos
De vuestra lira de oro.

Pero, vano delirio, mi destino
Es batallar con el dolor contino
Hasta que suene la hora;
Y consumirme en agonía lenta,
Como el ave inmortal que en sí alimenta
Fuego que la devora.

CREPÚSCULO EN EL MAR.

Antes de expirar el día
Vi morir á mi esperanza.

ZÁRATE.

Allá en el horizonte el rey del día
Su frente hunde radiosa,
Y por el vasto espacio va flotando
Su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes
Se adorna el firmamento,

Que entre negros celajes se confunden
En su brillante airoso movimiento.

Y poco á poco sus inmensas alas
La noche va extendiendo,
Y con manto de duelo los adornos
Y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones
Ven la imagen sombría,
De la esperanza que los sustentaba,
Desvanecerse con la luz del día.

Y la hora en que yo veo de mi vida
La trama deshacerse,
Y el porvenir glorioso que la halaga,
Como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adiós á la esperanza
Y á los gozos del mundo,
Y con incierto paso y sin vigía
Marcho por un desierto tremebundo.

En que contemplo mi fugaz aurora
Sin lucir disiparse,
Y las lozanas flores de mi vida
Sin exhalar perfume deshojarse.

En que á la vez mis bellas ilusiones
Toman cuerpo, se abultan,
Tocan la realidad, y desmayadas
En crepúsculo negro se sepultan.

Mayo 1830.

MI DESTINO.

Oui, je mourrai: déjà ma lyre en est'en deuil.
Jeune, je m'éteindrai, laissant pas de memoire.

V. Hugo.

Presa de mil dolencias
El corazón marchito,
Á veces angustiado
Me concentro en mí mismo,
Y voz secreta escucho
Decirme estremecido:
«En juventud temprana
Morir es tu destino.»

«Antes que el lauro sacro
Se entrelace y el mirto
En tu lozana frente,
Sufrirás el martirio
Que al que nació poeta
Reserva el hado impío;
Que en juventud temprana
Morir es tu destino.»

De Prometeo el fuego
Arde en mi seno altivo;
Un buitro despedaza
Mi pecho enardecido,
Y mi existencia llena
De angustias y conflictos;
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Á cada instante veo
El tenebroso abismo
De la tumba á mi planta,

Y el pensamiento mío
Replega al contemplarlo
Sus alas abatido;
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Con el mirar profundo
De espíritu divino,
Mi genio el universo
Abarca y lo infinito;
Pero voz ominosa
Me repite al oído
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Como la flor del campo
Que el inflamado estío
Agosta en el momento
De desplegar sus visos;
Así se han marchitado
Mis juveniles bríos:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

¿Qué importa que llenase
De fuego peregrino
Mi pensamiento el cielo,
Si soplo fugitivo,
Exhalación errante,
Al nacer ya me extingo,
Si en juventud temprana
Morir es mi destino?

Mi corazón desmaya
De dolor consumido,
Y mis fugaces días,
Sin ostentar su brillo,
Se eclipsan y descienden
Á la mansión de olvido:

Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

23 Octubre 1831.

HIMNO AL DOLOR.

Nada se hace en la tierra sin motivo, y
de la tierra no nace el dolor.

Las cosas que antes no quería tocar mi
alma, ahora por la congoja son mi comida.

Job.

Devora, fiera insaciable,
Monstruo ó demonio execrable
Que avasallas la creación;
Devora como lo has hecho,
Si no te hallas satisfecho,
Con furor aun más deshecho,
Mi robusto corazón.

Cebe, cebe en mis entrañas
Con más rencorosas sañas,
Tu furia el diente voraz,
Y en ellas continuo asida,
Como el cáncer á la herida,
Lo que me resta de vida
Consuma en su afán tenaz.

Roe, roe; tu constancia
No abatirá mi arrogancia,
Ni mi orgullo tu furor.
Nada, nada desconhorta
Un corazón que conforta
Alma grande á quien importa
Poco placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno
Tu mortífero veneno
Derrama: no he de gemir ;
Y cual Jacob, sin testigo
Contra el ángel enemigo
Lucharé firme contigo
Hasta vencer ó morir.

No temas, no, que me espante
Tu fuerza y poder gigante,
Aunque frágil caña soy.
Mi alma es símil á la roca
Cuya frente el cielo toca
Y la tempestad provoca,
Siendo mañana lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra
Su dardo, hiere y se libra
Del villano pie veloz ;
Ó sobre el tigre enroscando
Su flexible cuerpo blando,
Lucha incansable, burlando
Su instinto y saña feroz.

Devora: tu fiero brío
Yo provoco y desafío
Armado de mi razón ;
Yo, masa de vil arcilla,
Yo, flor que un soplo amancilla,
Trama débil y sencilla,
Despojo de la creación ;

Yo, miserable gusano,
Luz que alienta efluvio vano,
Insecto, chispa mortal ;
Yo, menos que un ente aerio,
Yo, esclavo vil de tu imperio,
Yo, polvo, nada, misterio.....
Nacido en hora fatal ;

Yo te provoco: descarga
Sobre mí con mano larga
Tus iras: yo callaré;
Y sellando como el sabio
Á toda queja mi labio,
Cual firme monte á tu agravio
Inmoble siempre estaré.

Yo te provoco: Dios eres,
Dios terrible que á los seres
Impones tu dura ley;
Dios, que su furia sedienta
Con gemidos alimenta,
Como el oso su cruenta
Zarpa en indefensa grey.

Dios inexorable y fuerte
Que divides con la muerte
El vasto imperio del mal,
Desde que el hombre perverso,
En obscuro día adverso,
Fué lanzado al universo
Del crimen con la señal.

Yo te provoco: al infierno
Pide su penar eterno,
Su angustia y noche sin fin,
Su exquisito sentimiento,
El vivaz remordimiento,
La congoja y el tormento
Del soberbio serafín.

Pídele con sus delirios
Sus indecibles martirios,
El hielo y llama voraz;
La sed, la rabia y despechos
De los más precitos pechos
Y aquellos marmóreos lechos
Do no hay dueño ni solaz.

Pide también á la tierra
Cuantos dolores encierra,
Cuanto ha y debe padecer;
Y sobre mí con violencia
Lanza toda su inclemencia;
Que de mi alma la excelencia
No se dejará vencer.

Yo te provoco: cuatro años
Los tormentos más extraños
Probaste iracundo en mí;
Agostando de mi vida,
De mi juventud florida,
La fuente excelsa, que henchida
De un mundo de glorias vi.

Yo te provoco: cuatro años
De mil y mil desengaños
Me hiciste apurar la hiel;
Y en un páramo desierto,
Do todo era negro y yerto,
Me dejaste al descubierto
Presa de borrasca cruel.

Yo te provoco: tu mano
De mis fatigas temprano
La copiosa mies segó,
Dejándome los abrojos,
Para doblar mis enojos,
Y el recuerdo y los despojos
De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: ¿qué males,
Qué ansias ó penas fatales
Me podrán sobrevenir
Que no haya firme sufrido?
¿Qué pasión no habré sentido?
¿Qué idea no habré podido
Grande ó noble concebir?

Mi espíritu en su carrera
Ha recorrido la esfera
De lo terrestre y lo ideal ;
Visto su forma desnuda
Y sondado sin ayuda
Los abismos de la duda
Del bien, la virtud y el mal.

Cuando los otros, insanos,
Á pensamientos livianos
El juvenil brío dan ;
Y en el labio la sonrisa,
Con inquietud indecisa,
Flores de la vida aprisa
Deshojando torpes van,

Mi corazón de tormentas
Desatadas y violentas
Sufrido había el rigor ;
Y laso en un solo día,
Muerto al placer y alegría,
Dicho, en su congoja, había
Adiós eterno al amor.

En la edad en que sin tino
Del error por el camino
Mueve tropezando el pie
La turba insana, y apura,
Su vida en tiniebla obscura,
Del placer la copa impura
Que vacía siempre ve,

Ya mi espíritu ambicioso
Para su ardor generoso
Buscaba un nuevo manjar ;
Y en sus vuelos soberanos,
Libre de brazos mundanos,
De la creación los arcanos
Osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso
Reflejaba el universo
Sus maravillas en él :
Nada, nada se encubría
Á la inteligencia mía,
Y mi ardiente fantasía
Era un mágico pincel.

Gloria, gloria era el acento.
Que en el cielo, tierra y viento
Yo escuchaba resonar ;
Gloria mi pecho exhalaba,
Gloria durmiendo soñaba,
Y su fantasma miraba
Doquier como astro brillar.

Ella me llevara ufano
Á contemplar del Oceano
El tempestuoso furor ;
Ella entre cultas naciones
Á buscar dignas lecciones
De graves meditaciones ;
Nuevo alimento á mi ardor.

¿Dónde se fué tanto sueño,
Porvenir tan halagüeño,
Tanta sublime pasión ?
¡Dolor impío! Triunfante
Tu brazo asoló pujante
El edificio gigante
Que labrara mi ambición.

Tú agotando poco á poco
Has ido el ardiente foco
De luz que mi alma abrigó,
Y con tu soplo de muerte
Convirtiendo en masa inerte
Una edad joven y fuerte
Que mil frutos prometió.

¿Qué esperanza me has dejado,
Qué idea no has sofocado
En mi espíritu al nacer?
¿Qué pasión ó sentimiento
No me has trocado en tormento?
¿Qué amor ó contentamiento
En hastío ó desplacer?

¿Qué ilusión ó dulce engaño
En funesto desengaño?
¿Qué dicha en triste pesar?
¿De qué angustia no has cercado
Mi corazón desolado?
¿Qué lágrima no has helado
En mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones,
Pensamientos y visiones
Sublimes, gran porvenir;
Estudios, vigiliass largas,
Siempre fastidiosas cargas
Para débil cuerpo, amargas
Horas de obscuro vivir

Y de frío desaliento;
Todo, todo en un momento
¡Oh inescrutable dolor!
Para mí estéril ha sido,
Grano en el agua esparcido;
Y en fuente lo has convertido
De despecho y amargor.

¿Qué aflicción ó desventura
Podrá parecerme dura?
¿Qué puedes robarme ya?
¿Qué placer del mundo activo
Puede tener atractivo
Para mi pesar esquivo?
¿Qué llenar mi alma podrá?

Ven, ven, oh dolor terrible;
De tu poder invisible
Haz un nuevo ensayo en mí;
Verás que un alma arrogante
Es como el duro diamante,
Que siempre brilla flamante
Sin admitir mancha en sí.

Ven, oh dolor, en silencio;
Ven, pues ya te reverencio
Como á genio bienhechor,
Que mueve influjo divino;
No cual numen que previno
Inexorable destino
Para venganza y terror.

Como animando la tierra
El aire impuro destierra
Con su ardiente rayo el sol;
Así tú, oh dolor fecundo,
Lacerando el cuerpo inmundo
Que se ase reptil al mundo,
Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,
La limpias y purificas
De la escoria material,
Sublimando la excelencia
De su peregrina esencia,
Hasta darle una potencia
Divina, excelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,
Su constancia y su grandeza
En el yunque del sufrir,
El triunfo glorificando
Del que contigo luchando
Sufre y calla, sofocando
De sus huesos el gemir.

Sin tu influjo, el hombre henchido
De vanidad, sumergido
Yace en el mar del placer,
Y cree en su delirio ufano,
Cuando se arrastra gusano,
Tierra y cielo soberano
Sujetar á su poder.

Ven, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho, aun lleno de ardor;
Que á tu inhumana porfía
Exhalará una armonía
Capaz de darme alegría
Y de vencerte, oh dolor.

Ven luego; que una alma noble
Firme, incontrastable, inmoble,
Es contra la adversidad
Como el Oceano sublime,
Que de ley común se exime,
En cuya frente no imprime
Mancilla el tiempo, ni edad (1).

Sep. 1834.

LA AUSENCIA.

Fuése el hechizo
Del alma mía,
Y mi alegría
Se fué también:
En un instante

(1) Hemos hallado la explicación filosófica de este himno en el siguiente comentario de Kant al conocido dicho del estoico: «Oh dolor, jamás confesaré de ti que eres un mal». «Razón tenía el estoico, exclama aquél: lo que sentía y le arrancaba gritos era el mal físico, no el mal moral, incapaz para con él; porque el dolor no apoca la dignidad del hombre, y cuando más, modifica su estado. Pudo dejarse vencer del abatimiento; pero lejos de eso, hizo cobrar el dolor mayor espíritu y exaltación, porque tenía conciencia de no haber cometido injusticia ni maldad, y de no merecer, por consiguiente, castigo alguno.»—(El A.)

Todo he perdido:
¿Dónde te has ido,
Mi amado bien?

Cubrióse todo
De obscuro velo
El bello cielo
Que me alumbró,
Y el astro hermoso
De mi destino
En su camino
Se obscureció.

Perdió su hechizo
La melodía
Que apetecía
Mi corazón.
Fúnebre canto
Sólo serena
La esquiva vena
De mi pasión.

Doquiera llevo
Mis tristes ojos,
Hallo despojos
Del dulce amor;
Doquier vestigios
De fugaz gloria,
Cuya memoria
Me da dolor.

Vuelve á mis brazos,
Querido dueño;
Sol halagüeño
Me alumbrará:
Vuelve tu vista,
Que todo alegra;
Mi noche negra
Disipará.

LA DIAMELA.

Dióme un día una bella portefa,
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos,
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla
Como don misterioso del cielo
Que algún ángel de amor y consuelo
Me viniese, durmiendo, á ofrecer;
En mi seno inflamado guardéla,
Con el suyo mezclando mi aliento,
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, doquiera que miro
Allí está la diameLA olorosa,
Y á su lado una imagen hermosa
Cuya frente respira candor;
Desde entonces, por ella suspiro,
Rindo el pecho inconstante á su halago,
Con su aroma inefable me embriago,
Y á ella sola consagro mi amor.

LA LÁGRIMA.

Enjuga, enjuga esa preciosa perla
Que para herir cristalizó el amor:
Ella deslumbra el corazón, que al verla
Hierve de nuevo en criminal ardor.

No venga, no, de tus hermosos ojos,
Astros de vida, el brillo á obscurecer;
No venga infausta á presagiar enojos,
Ni amortiguar su bello rosicler.

Chispa divina del sagrado fuego
Que infundió á tu alma celestial piedad
Ella es, y deja al desdichado ciego
Que vaga envuelto en triste obscuridad.

¿Por qué llorar? De las pasiones fieras
Tú no has sentido el devorante ardor;
Siempre te halagan auras lisonjeras,
Nunca te asalta el frígido escozor.

¿Por qué llorar? Un misterioso velo
Te encubre aún arcanos del vivir;
Tu alma es más pura que la luz del cielo,
Todo á tu anhelo miras sonreír.

¿Por qué llorar? Impresa en la memoria
No llevas, no, la sombra del pesar;
Gozas de un ángel la inefable gloria,
Tu sueño guarda un ángel tutelar.

Mas ¡ay! que veo tu pupila ardiente
Toda anegada en lloro virginal;
Mas ¡ay! que asoma en tu lozana frente
Del infortunio el precursor fatal.

Dale á mi mano el enjugar tus ojos;
Mas ¡ah! que vierten fuego abrasador;
Y yo, insensato, para más enojos,
Ni llorar puedo ni sentir amor.

ÚLTIMO CANTO DE LARA.

Revestida de púrpura fulgente,
En el diáfano Oriente
La aurora aparecía y anunciaba,
Bañando en su esplendor la inmensa esfera,
Al gran planeta que en el orbe impera;
Cuando el cómitre audaz clamó impaciente,
Y la marina gente,
Desplegando veloz los anchos linos
Que dilata el pampero, en vuelo suave
Se desliza la nave
Por los senos del Plata cristalinos.

Todos sienten la ausencia, y silenciosos
Tienden la vista por la playa ansiosos:
No hay quien no dé un recuerdo ó un suspiro,
Quien no traiga en secreto á la memoria
Algún instante de delicia y gloria,
Alguna imagen dulce: no hay quien mire
Desparecer con ojo indiferente
La ribera natal, la tierra amiga
Que los objetos de su amor abriga.

Sólo uno está sereno; su semblante,
Joven aún, pero sombrío y triste,
Sólo demuestra indiferencia fría,
Y en su marchita frente,
Como herida de rayo omnipotente,
Se ve de las pasiones elevadas
La traza profundísima y radiante:
Empero por las olas vaga inquieta,
Su vista sin cesar, como sujeta
Á poderosa magia, y contemplando
El incansable hervor que las agita,
Al que reina en su pecho semejante,
Animarse parece, y en sus ojos

Y en su pálida faz brilla un instante
El destello fugaz de la alegría,
Y á la ilusión cediendo encantadora
Que á su abatida mente aliento inspira,
Al son fugaz de la armoniosa lira,
Canta con voz sonora,
Mientras luchando con las ondas fieras
Se abre camino la sonante prora:

—Al fin respiro libre
En tu agitado seno,
Oh Plata caudaloso.....
Al fin mi pensamiento borrascoso
Vino á gozarse en medio del tumulto
De tus ondas altivas nuevamente;
Á olvidarse del mundo y los pesares
Como otro tiempo en medio de los mares ;
Á contemplar la férvida corriente
Que hirviendo siempre amenazante gira,
Y á celebrar tu nombre y tu grandeza
Con plectro de oro y resonante lira.

Un hijo de tus playas te saluda,
Oh padre de los ríos y á pagarte
De admiración tributo generoso
Viene desde su albergue silencioso.
La inmensidad de tus sonoras aguas
Ante los ojos míos hoy dilata,
Grande, sublime, majestuoso Plata,
Para que pueda mi inspirada mente
Abarcar tu grandeza, y por el orbe,
En alas de la fama y de la gloria,
Llevar de tus portentos la memoria.

Corres sereno y con augusto paso,
Bañando la mitad de un continente,
Y llevas de tus aguas el torrente
Al atónito mar por boca inmensa,
Que temible y airado y no pudiendo

El ímpetu feroz de tu pujanza
Sufrir ni tu soberbia, se abalanza,
Te hace guerra, te impele, y rebramando
Á tu cauce rehuyes anchuroso,
Y en su límite estrecho no cabiendo,
Hierves enfurecido y te levantas,
Como fiero gigante,
Sacudiendo las crines espumosa
Hasta las nubes, y con voz tronante
Á la tierra y al cielo á un tiempo espantas.
Mas llegan en tu ayuda tributarios
El Uruguay y Paraná famosos,
Con curso dilatado, tempestuosos,
Y uniendo á tu corriente su corriente,
Con fuerza irresistible
Arrollas dilatando victorioso,
Hasta el abismo inmenso de los mares,
La inmensa voz de tu poder ingente.

¿Quién al mirarte, oh Plata, no se asombra?
¿Quién no siente elevarse si te nombra?
Como Oceano inmenso te presentas
Rodeado de peligros y tormentas,
Y la atónita vista busca en vano
El límite que pone soberano
Á raya tu furor: doquiera torno,
Hallo tu faz plateada, escucho el eco
Aterrador salir con poderío
De tu seno profundo,
Dilatando tu nombre por el mundo;
Veo hervir en mi torno
Tus aguas espumosas, y encantado
Creo mirar el impetuoso brío
Del Atlántico inmenso. Y tú eres río;
Pero río famoso, que triunfando
De la saña del tiempo y de la muerte,
Eterno vivirás, y á las edades
Y á los remotos siglos la memoria
Llevarás de tu patria y de tu nombre,

Con trompa resonante de victoria
Que al universo asombre.

Tú fuiste el numen titular que un día
Inspiraste á mi ardiente fantasía
El canto soberano ;
Por ti la lira resonó en mi mano
Y se elevó mi espíritu á la cumbre
Do no alcanza la necia muchedumbre.....
Por ti mi mente ardía ,
Y del estrecho círculo anhelaba
Salir que la ceñía ;
Por ti con raudo vuelo se elevaba
Y en la cumbre veía
Resplandecer los nombres
Coronados de lauro omnipotente
De los héroes famosos que la historia
Con eco sempiterno á las edades
Lleva de gente en gente,
Y osó aspirar á la suprema gloria.

Tú llenaste mi pecho del ardiente
Deseo de la fama, y me llevaste
De mis paternos lares
Al borrascoso seno de los mares,
Y allá do los imperios y naciones
Ostentan vanidosos.....
De su nada y su gloria los blasones.

Al fin he vuelto á ti, ¡cuán diferente
De lo que fuí! Mi desolada mente
Nada encuentra en la tierra que la halague :
Voló en pos de falaces ilusiones
Y encontró desengaños :
Buscó anhelosa ideales perfecciones,
Y sólo halló la realidad terrible,
El esqueleto lívido y horrible
De lo que es, y envuelto en el torrente
Del destino común de los mortales,

Mi triste corazón lleva consigo
Del pesar enemigo,
Del tedio y la aflicción los crudos males.

Adiós, Plata grandioso, los acentos
De mi lira sonora
Al murmullo incesante de tus ondas
Ya no se mezclarán; la voz canora
Del cisne de tus plácidas riberas
Va á extinguirse por siempre. ¿Quién tu nombre
Celebrará y grandeza? Ya el sepulcro
Fríó me espera en mi temprana aurora;
Cual meteoro fugaz voy á ocultarme.
¡Oh, si me fuera dado sepultarme
En tus ondas amigas y que el hombre
Repitiese mi nombre cual tu nombre!
Adiós, por siempre, adiós, Plata grandioso;
De un hijo de estas playas generoso
El adiós postrimer recibe en tanto
Y de mi lira el postrimero canto.—

Cesó de Lara el canto, y ya la prora
La corriente sonora
Del Uruguay surcaba majestuoso,
Y el luminar grandioso
En el rojo horizonte se escondía,
Serenó derramando
Amortiguada lumbre y el imperio
De la región antártica dejando
Al triste nuncio de la noche umbría.
Hora infeliz al corazón que sufre,
Hora menguada en que naturaleza
Del velo funeral de la tristeza
Se cubre toda, y en que el alma triste
Siente un vago temor sobrecogida,
Cual si viese en los pálidos desmayos
De los menguantes rayos
El postrimer adiós de la esperanza
Ó el último suspiro de la vida.

¿Y adónde Lara va; dónde dirige
Sus pasos hoy? ¿Va acaso vagabundo
Cual otro tiempo á recorrer el mundo
En busca de ilusiones? ¿Va anheloso
De encontrar la verdad en los desiertos,
Contemplando la pampa y maravillas
De la naturaleza? No, angustioso
Va á buscar la salud en las orillas
Apacibles del Negro (1). Allí lo lleva
La esperanza feliz de hallar consuelo
Al mal que lo devora en otro cielo,
En clima más benigno. Allí la calma
Á la continua agitación de su alma
Juzga que encontrará. ¡Vano delirio!
Corre en sus venas la letal ponzoña;
Va con él su tormento y su martirio.
¡Desdichado de aquel que perdió un día
La paz del corazón y que consigo
Del desengaño cruel lleva la imagen;
Del que en su ardiente y loca fantasía
Á ilusiones fálaces diera abrigo,
Y fantásticas formas persiguiendo
Perdió su juventud; se mira al cabo
Del largo viaje solitario y triste,
Sin encontrar el venturoso puerto,
Cual peregrino en medio del desierto,
Y burlado en su afán, en ningún sitio
Halla reposo á su enemiga suerte,
Y rodeado de angustias y pesares
Vive con su dolor como en los mares
El alción solitario, y sin amigos,
Hasta que viene á su clamor la muerte!

Tal es el mal de Lara. Ya venía
Armado de rigor el triste invierno;
El frígido pampero por los campos

(1) Río de la República del Uruguay, á cuya margen está situada la ciudad de Mercedes.

Su soplo asolador ya derramaba,
Y con la hojosa pompa de los bosques
El suelo amarillento se vestía.
Huye la golondrina, huyen las aves
Á región más benigna, y ya no se oyen
Sino tristes gemidos en los sitios
Do resonó poco antes la alegría.

Muere la pompa que ostentó el verano;
Mueren de Flora las vistosas galas,
Que amortiguado el resplandor Febeo
Á sus débiles restos no da vida,
Y de tanto ornamento y hermosura
No quedaron bien pronto ni vestigios.
Así mueren también las esperanzas
Que el hombre alimentó; les falta el fuego
De la ilusión feliz, y desmayadas
Caen como flores que marchita el hielo
Y cual humo fugaz se desvanecen.

Así se disiparon bien temprano
Las que daban vigor á tu existencia,
Cuitado Lara: la fatal dolencia
Tu ufana juventud ha sorprendido
Cuando empezaba á desplegar su pompa,
Y confuso ora ves ante tus ojos,
De su dura inclemencia hecho despojos,
El trabajo y afán que consagrabas
Á hacerla fértil y fecunda un día.
Así en la edad de la ambición ardiente
En su amarga aflicción ningún deseo
Ni esperanza feliz Lara alimenta:
Todo mira con ojo indiferente
Su triste corazón, y nada siente
Más que la herida cruel que lo atormenta.

Cuando los otros en triviales juegos
Pasan los años de su infancia larga,
Su corazón sensible desplegara

Un mundo de pasiones: corrió ansioso
En pos de un atractivo falacioso,
Y engolfado en su piélago profundo,
Perdió inexperto sin timón ni guía
Por siempre su inocencia y su alegría.

De su edad juvenil fueron amigos
La soledad esquivada y el retiro:
Cuando los otros impacientes vuelan
Tras el placer fugaz, él solo hacia
Su deleite, su gloria y su recreo
De pensar solitario; y asentado
Bajo el dosel de la enramada umbría,
Ya en la margen del Plata, ya abrigado
Del manto de la noche y en los sitios
Que circunda el terror.....

Así los pasatiempos esquivando
Creció su juventud como la encina
Solitaria y robusta que domina
Las cumbres más soberbias: el halago
Del mundo seductor, ni los prestigios
De la beldad risueña, encantadora
Que el juvenil torrente insano adora,
De su burlado corazón la calma
Pudieron perturbar: solo con su alma,
Impasible y sereno alimentando
Las ansias de su pecho y sus pasiones
Ardientes, con felices ilusiones
De renombre y de gloria caminaba.....

Á MI GUITARRA.

(FRAGMENTO.)

Tú, que has sido siempre
Mi fiel compañera,

Justo es que te cante,
Sonora vihuela.
La dulce armonía
Que exhalan tus cuerdas,
Cuando enajenada
Te pulsa mi diestra,
Justo es que celebre
Mi musa halagüena,
Pues endulza siempre
Mis amargas penas.
Cuando enfurecida
La negra tristeza
Devora mi pecho,
De angustias me llena,
Te tomo en mi mano,
Te pulsa mi diestra,
Y al oír tu armonía
La fiera se aleja.
Halaga mi oído,
Que suenen tus cuerdas
De amor y ternura
Las dulces endechas.
Y me digo entonces:
Pues que amar se niega
Mi burlado pecho,
De tus dulces cuerdas
Oigamos al menos
De amor las endechas,
Que el que amando vive
Sufre muchas penas.

Ora suave cantes,
Ora más severa
Eficaz preludies
Las pasiones fieras;
Ora el paso sigas
De la danza suelta,
Graciosa imitando
Sus giros y vueltas;

Ora la voz dulce
De alguna belleza
Acompañes suave,
Siempre me enajenas.
Así es que te adoro,
Sonora vihuela,
Con igual cariño
Que amante á su bella,
Y elevarte quiero
Mas que las estrellas,
Al tono cantando
De tus dulces cuerdas
Sonoras odas
Y canciones tiernas.
Tú, que has sido siempre
Mi fiel compañera,
Serás de hoy mi numen,
Mi lira suprema.

LA CAUTIVA.

PRIMERA PARTE.

El desierto.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies
Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades,
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades,
De Dios sólo conocidas,
Que él sólo puede sondar.

À veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino
Y pasa; ó su *toldería* (1)
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día.....
Duerme..... tranquila reposa.....
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes, y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡ Cuánto arcano
Que no es dado al vulgo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento.....
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía

(1) *Toldería*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.—(Nota del autor, lo mismo que todas las que siguen.)

Pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus alas de aroma llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altánero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
Ó las nubes contemplando,
Como extático y gozoso
El yajá (1) de cuando en cuando

(1) El P. Guevara habla de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía;
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió.
Mientras, la noche bajando
Lenta venía. La calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano

«El *Yajá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado, duro y fuerte con que pelea.... En su canto repite estas voces: *Yajá, yajá*, que significa en guanarí, «vamos, vamos», de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir *yajá, yajá*, como si dijeran: «Vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas.» Los que saben esta propiedad del *yajá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.....»

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Sordo y confuso clamor;
Se perdió.... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonorosó,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma:
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! Que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos (1) do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
Á libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.—

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;

(1) Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos.

Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras, la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE.

El festín.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El genio de las tinieblas,
Para algún misterio inundo
Sobre la llanura inmensa,
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Vienen, van, brillan, se alejan.
Mientras, el insecto chilla,
Y en fachinales (1) ó cuevas
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.

La tribu aleve entretanto,
Allá en la Pampa desierta,
Donde el cristiano atrevido
Jamás estampa la huella,

(1) Llámense así en la provincia ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;
Y campo tiene fecundo
Al pie de una loma extensa,
Lugar hermoso, do á veces
Sus tolderías asienta.

Feliz la maloca (1) ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató á los cristianos:
Caballos, potros y yeguas,
Bienes que en su vida errante
Ella más que el oro precia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante hierba;
Y al lazo, algunos prendidos,
Á la pica, ó la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio,
Sin esperanza, lamentan,
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo
Cuatro extendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean

(1) Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo ó-llama tuestan;
Aquél come, éste destriza,
Más allá alguno degüella
Con afilado cuchillo,
La yegua al lazo sujeta;
Y á la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella,
Y á borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pie, trémula y convulsa,
Dos ó tres indios se pegan;
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo murmullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
Y se desploma la yegua,
Con aplauso de las indias
Que á descuartizarla empiezan.

Arden en medio del campo,
Con viva luz, las hogueras;
Sopla el viento de la pampa,
Y el humo y las chispas vuelan.
Á la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacías echan,
Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza

Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algún indio, medio ebrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente
Y beber también no deja
Á los que aguijan furiosos;
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra,
Y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, rie, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se da la tribu: aquel ebrio
Se levanta, bambolea,
Á plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca.
Éste chilla, algunos lloran,
Y otros á beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñoera,
Y hace andar en remolinos
Sus delirantes cabezas.
Empieza el bullicio entonces
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.

Mientras, sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños,
Al ver llorar á sus madres.

Las hogueras entretanto
En la obscuridad flamean,
Y á los pintados semblantes
Y á las largas cabelleras
De aquellos indios beodos

Da su vislumbre siniestra
Colorido tan extraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Precita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta (1).
Todos en silencio escuchan.
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas,
Y los cantos de la guerra.

Guerra, guerra y exterminio
Al tiránico dominio
Del huinca (2); engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos;
Que en su vientre los caranchos
Ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,
Y en su fogoso tordillo
Salió Brián;
Pocos eran, y él delante
Venía; al bruto arrogante
Dió una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brián;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido,

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ú hombre que no es de su raza.

Como toro enfurecido
Se encaró;
Ceño torvo revolviendo,
Y el acero sacudiendo:
Nadie acometerle osó.

Valichu (1) estaba en su brazo;
Pero al golpe de un bolazo (2)
Cayó Brián
Como potro en la llanura:
Cebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo;
Pero el indio guapo no:
Chañil cayó como bravo,
Batallando en la refriega;
De una lanzada murió.

Salió Brián airado
Blandiendo la lanza;
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzado,
Brián lo levantó.

Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído, en el Falkner, Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

(2) Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando, en el otro, otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio más fuerte
Que la Pampa crió.

Quiénes su pérdida lloran,
Quiénes sus hazañas mentan,
Óyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un sordo murmullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algún indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza,
Al rencor adormecido
Y á la venganza subleva.
En su mano los cuchillos,
Á la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen.
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan,
Y asombradas las cautivas,
La carnicería horrenda
Miran, y á Dios en silencio
Humildes preces elevan.

Sus mujeres entretanto,
Cuya vigilancia tierna

En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luego á calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas,
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan,
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
Á la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.

Al tumulto y la matanza,
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos;
Las lastimosas endechas
Á la abundancia pasada,
Á la presente miseria,
Á las víctimas queridas
De aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio
Hace á los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, ó quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan,
Los gemidos infantiles
Del ñacurutú (1) se mezclan;

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda á la presa.
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Sólo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE.

El puñal.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,
Y ningún ruido perturba
Su sueño ó sopor mortal.
Varones y hembras mezclados,
Todos duermen sosegados:
Sólo, en vano tal vez, velan
Los que libertarse anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos, que vagando
Libres despuntan la grama:
Y á la moribunda llama
De las hogueras se ve,
Se ve sola y taciturna,
Símil á sombra nocturna,
Moverse una forma humana,

Como quien lucha y se afana,
Y oprime algo bajo el pie;

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo,
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad:
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo á borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio. Ya el paso leve
Por entre la hierba mueve,
Como quien busca y no atina,
Y temeroso camina
De ser visto ó tropezar,
Una mujer. En la diestra
Un puñal sangriento muestra;
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Allá va. Toda es oídos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando..... escucha..... mira.....
Se para..... apenas respira,
Y vuelve de nuevo á andar.
Allá marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas,
Mil espectros divisar

Allá va, y aún de su sombra
Como el criminal se asombra.....
Alza, inclina la cabeza;

Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve; mas ella
Cobra espíritu y coraje,
Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido expira:
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con más tino,
Arrostrando del destino
La rigurosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto generoso
La impele y guía segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella obscuridad.

Su corazón de alegría
Palpita. Lo que quería,
Lo que buscaba con ansia
Su amorosa vigilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor, esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafín.

—Brián—dice,—mi Brián querido,
Busca durmiendo el olvido;
Quizá ni soñando espera
Que yo entre esta gente fiera
Le venga á favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho

Descansa, como en su lecho,
Sin esperar ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle más amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y más su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mía,
Guardaron, cuando triunfantes
Hasta los tiernos infantes,
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno
De sus madres. ¡Día lleno
De execración y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me da horror!—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente
Del sentimiento fecunda,
Que el femenino pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazón alianza
Han hecho, y sólo una idea
Tiene fija, y saborea
Su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcán, y se explaya
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo, y ceñido
El cuerpo con duros lazos,

Abiertos en cruz los brazos,
Ligados manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
Inmóvil, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible:
De la Pampa el león terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía
Esperando con el día
Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre
Era, al bárbaro traidor,
Más temible que el zumbido
Del hierro ó plomo encendido;
Más aciago y espantoso
Que el Valichu rencoroso
Á quien acata su error.

Allí está. Silenciosa ella,
Como tímida doncella
Besa su entreabierta boca;
Cual si dudara le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre común.

Brián despierta. Su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco á poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino: echan fuego
Sus ojos de ira; más luego
Se siente libre y se calma,

Y dice:—¿Eres algún alma
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
Ángel bueno, ó vacilante
Parto de mi fantasía?
—¡Brián, mi Brián! Soy tu María.
¿No me ves? Tu amada soy.
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,
En aquesta noche obscura
Velando á tu lado estoy.

Nada tema tu congoja.—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le da mil besos y abrazos,
Repitiendo:—¡Brián, mi Brián!—
La alma heroica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
Apura aliento de vida,
Y la estrecha cariñoso
Y en éxtasis amoroso
Ambos respiran así;
Más, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:
—María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrás ajado la pureza
De tu honor, y mancillado

Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor.
Ya no me es dado quererte.—
Ella le responde:—Advierte
Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,
Y saltará de contento .
Tu corazón orgulloso;
Diómele amor poderoso,
Diómele para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;
Para, á un tiempo, de mi padre,
De nuestro hijo y mi madre,
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
Ó contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo,
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brián la querida ver,

Después de haber mutilado
Á nuestro hijo, anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Dióle muerte este puñal.
Levanta, mi Brián, levanta;
Sigue, sigue mi ágil planta;
Huyamos de esta guarida

Donde la turba se anida
Más inhumana y fatal.

— ¿Pero á dónde, á dónde iremos?
¿Por fortuna encontraremos
En la Pampa algún asilo
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
¿Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar á pie, jadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?

— Sí; el anchuroso desierto
Más de un abrigo encubierto
Ofrece; y la densa niebla
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brián, cuando aparezca el día,
Palpitantes de alegría,
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallaremos
Que el cielo al infeliz da.

— Tú podrás, querida amiga,
Hacer frente á la fatiga;
Mas yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja á Brián infortunado,
Solo, en tormentos morir.

— No, no, tú vendrás conmigo,
Ó pereceré contigo.
De la amada patria nuestra

Escudo fuerte es tu diestra,
¿Y qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos; propicio
El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos.
Huyamos, mi Brián, huyamos;
Que en el áspero camino
Mi brazo y poder divino
Te servirán de sostén.
—Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria ó agonía
Participar con María
Yo quiero; huyamos, ven, ven.—

Dice Brián, y se levanta.
El dolor traba su planta,
Mas devora el sufrimiento;
Y ambos caminan á tiento
Por aquella obscuridad.
Tristes van, de cuando en cuando
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que gime.
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte ó la libertad.

—Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guía?
—Brián, ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella
Cual benigno astro de amor?
Pues esa, es por Dios enviada
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodigiosa;

Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto
Nos llevará á feliz puerto.—
Allá van. Solas, perdidas
Huyen dos almas queridas,
Que amor en la tierra unió;
Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
La desdicha les robó.

Allá van. Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan;
Mil fantasmas se divisan;
Mil formas vanas allí,
Que la sangre joven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brián desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando
Dice á su querida así:

—Mira: ¿no ves? La luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha obscurecido,
Y el cielo más denegrado
Nos anuncia algo fatal.
—Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brián, el camino,
Antes de volver á manos
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo: ¡este puñal!—

CUARTA PARTE.

La alborada.

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
Recién la hierba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el oriente nubloso
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y sólo, al ronco bufido
De algún potro que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
Sola techumbre del cielo,
Libre, ajena de recelo
Dormía la tribu infiel;
Más la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba cruel.

Súbite al trote asomaron
Sobre la extendida loma
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador;
Y al pie de ella divisaron
La chusma quieta y dormida,

Y volviendo atrás la brida
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadrón de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano ;
Y en hileras dividido,
Al indio no apercibido
En doble muro encerró.

Entonces el grito « ¡ Cristiano, cristiano ! »
Resuena en el llanto.
« ¡ Cristiano ! » repite confuso clamor.
La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada:
« ¡ Cristiano nos cerca, cristiano traidor ! »

Niños y mujeres, llenos de conflicto
Levantán el grito ;
Sus almas conturba la tribulación ;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quién salta al caballo que encontró primero,
Quién toma el acero,
Quién corre su potro querido á buscar ;
Mas ya la llanura cruzan desbandadas
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten :
Cual fieras embisten.
El brazo difunde matanza cruel.

El sol aparece: las armas agudas
Relucen desnudas:
Horrible la muerte se muestra doquier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje
Crece del salvaje;
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo, la fácil victoria,
Que no le da gloria,
Prosigue el cristiano lleno de rencor.
Caen luego caciques, soberbios caudillos;
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Gemir del que implora,
Puesto de rodillas, en vano piedad.....
Todo se confunde: del plomo el silbido,
Del hierro el crujido,
Que ciego no acata ni sexo ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso á la perfidia,
Y en fácil y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida
De sangre, hediondo y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes se holgaron
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;
Una al esposo, otra al hijo
Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban,
Porque ni vivo ni muerto
Halló á Brián, en el desierto,
Su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE.

El Pajonal (1).

Así, huyendo á la ventura,
Ambos á pie divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del día
Á corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal.
Brián, debilitado, herido,
Á la fatiga rendido,
La planta apenas movía;
Su angustia era sin igual.

Pero un angel, su querida,
Siempre á su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heroica anidaba
La infundía, al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas;
Y aquellas palabras tiernas
Ó armonías misteriosas,
Que sólo manan fecundas
Del labio de la mujer.

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos, á la distancia, aparecen en la planicie como bosques: son los *oasis* de la Pampa.

Temerosos del salvaje
Acogiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar ;
Descansar allí un momento,
Y refrigerio y sustento
Á la flaqueza buscar.

Era el adusto verano ;
Ardiente el sol como fragua,
En cenagoso pantano
Convertido había el agua
Allí estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,
Muertos el aire infestaban,
Ó entre las impuras heces
Aparecían á veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire: aquí se vía
Al voraz cuervo, tragando
Lo más asqueroso y vil:
Allí la blanca cigüeña
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algún reptil;
Más allá se ve el carancho,
Que jamás pieza desdeña,
Con pico en forma de gancho,
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña :
Y en aquel páramo yerto,
Donde á buscar, como á puerto,
Refrigerio, van errantes
Brián y María anhelantes,
Sólo divisan sus ojos,
Feos, inmundos despojos

De la muerte. ¡Qué destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino,
La memoria perdurable
De la pasada ventura,
Á turbar su fantasía,
¡Cuán amarga les sería!
¡Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando, ó subiendo
El pie flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construído
Por mano hábil) se sentaron
Á descansar ó morir.
Súbito allí desmayaron
Los espíritus vitales
De Brián á tanto sufrir;
Y en los brazos de María,
Que inmóvil permanecía,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrían
El desaliento y angustias,
Ó las imágenes mustias
Que el alma atravesarían
De aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia á los humanos
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto

Retoñece más robusto
De su noble alma el valor ;
Y otra vez con paso fuerte,
Huella el fango do la muerte
Disputa un resto de vida
Á indefensos animales ;
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,
Camina á un sordo rumor
Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corría,
Se volvió atrás, exclamando
Arrobada de alegría :
— ¡ Gracias te doy , Dios supremo !
Brián se salva , nada temo —

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido ;
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva á paso lento,
Al puerto de salvamento
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los labios, frente y cara
En el agua fresca y clara
Le embebe; su aliento aspira,
Por ver si vivo respira;
Trémula su pecho toca;
Y otra vez sienes y boca
Le empapa : en sus ojos vivos,
Y en su semblante animado,
Los matices fugitivos
De la apasionada guerra
Que su corazón encierra,

Se muestran. Brián recobrado
Se mueve, incorpora, alienta,
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa María,
Diciéndola: —Amada mía,
Pensé no volver á verte,
Y que este sueño sería
Como el sueño de la muerte;
Pero tú, siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte
Sino doblar la amargura
De tu extraña desventura.
—Que vivas tan sólo quiero,
Porque si mueres, yo muero;
Brián mío, alienta, triunfamos;
En salvo y libres estamos;
No te aflijas. Bebe, bebe
Esta agua, cuyo frescor
El extenuado vigor
Volverá á tu cuerpo en breve,
Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos.—

Dijo así, y en la corriente
Recoge agua, y diligente
De sus miembros con esmero
Se aplica á lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas hinchidas
De negra sangre cuajada,
Y á sus inflamados piés
El lodo impuro; y después
Con su mano delicada
Las venda. Brián silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente á la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
Corre á buscar; y un momento,
Sin duda el cielo piadoso,
De aquellos tiernos amantes,
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE.

La espera.

Triste, oscura, encapotada
Llegó la noche esperada,
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera;
Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fugitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina
Entre sombra funeral.

Brián, por el dolor vencido,
Al margen yace tendido
Del arroyo; probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir;
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez. Sintió entonces
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,
Con corazón agitado,
Que amanecerá otra aurora
Más bella y consoladora;
El amor le inspira fe

En destino más propicio,
Y le oculta el precipicio
Cuya idea sólo pasma :
El descarnado fantasma
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,
Ciega pasión la fascina ;
Mostrando á su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.
Ella infunde á su flaqueza
Constancia allí y fortaleza ;
Ella su hambre, su fatiga
Y sus angustias mitiga,
Para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,
¿Qué sería? Frágil caña
Que el más leve impulso quiebra,
Sér delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
Que pone á raya el destino,
Ángel poderoso y tierno
Á quién no haría el infierno
Vacilar ni estremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
Á sofocar el aliento
Que hace vivir á los dos ;
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que á la muerte vencería
Y en sí eficacia tendría
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,
Es religión arraigada
En lo íntimo de la vida.
Fuente inagotable henchida
De esperanza; su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria;
Si se estrella en lo imposible,
Gozoso vuela á la gloria
Su heroica palma á buscar.

María no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama ventura,
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.
—Mañana— el grito constante
De su corazón amante
La dice: — mañana el cielo
Hará cesar vuestro duelo,
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto
Que aquellos páramos puebla,
Ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos;
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,

En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la inferna terriblez.

Brián, recostado en la yerba
Como ajeno de sentido,
Nada ve: ella un rüido
Oye; pero sólo observa
La negra desolación,
Ó las sombrías visiones
Que engendran las turbaciones
De su espíritu. ¡Cuán larga
Aquella noche y amarga
Sería á su corazón!

Miró á su amante. Espantoso,
Un bramido cavernoso
La hizo temblar, resonando:
Era el tigre que buscando
Pasto á su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presagios fatales
Al infortunio traía.
En silencio, echó María
Mano á su puñal veloz.

SÉPTIMA PARTE.

La quemazón.

El aire estaba inflamado,
Turbia la región suprema,
Envuelto el campo en vapor;
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcía;

El bruto, el pájaro huía,
Y agua la tierra pedía
Sedientá y llena de ardor.

Soplando á veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes;
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas,
Como lenguas inflamadas,
Ó melenas encrespadas
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas
Por la esfera dilataban,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y más, y más aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos;
Del día enlutado
La ceñuda faz.
El humilde llora,
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.
Quién cree ser indicio
Fatal, estupendo
Del día del juicio,
Del día tremendo

Que anunciado está.
Quién piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone á prueba ya.

Era la plaga que cría
La devorante sequía
Para estrago y confusión
De la chispa de una hoguera,
Que llevó el viento ligera,
Nació grande, cundió fiera
La terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean
Flameando también:
La tierra gimiendo,
Los brutos rugiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.
Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca, en breve
Reduce á tizón.
Ella era, y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales
Ceniza, humo son.
Raudal vomitando,
Venía de llama,
Que hirviendo, silbando,
Se enrosca y derrama
Con velocidad.
Sentada María
Con su Brián la vía:

—; Dios mío! — decía, —
De nós ten piedad.—

Piedad María imploraba,
Y piedad necesitaba
De potencia celestial.
Brián caminar no podía,
Y la quemazón cundía
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y agitando, desbocada,
Su crin de fuego erizada
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza;
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,
Con despavoridos ojos,
Están, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,
Esperanza ni refugio;
¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brián yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.

Detrás arroyo profundo
Ancho se extiende, y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

—Huye presto,— Brián decía
Con voz débil á María —
Déjame solo morir ;
Este lugar es un horno :
Huye ¿ no miras en torno
Vapor cárdeno subir?—

Ella calla, ó le responde :
—Dios, largo tiempo, no esconde
Su divina protección.
¿ Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
Ó morir, mi corazón.—

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio
No debían perecer :
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora :
De la pasión que atesora
El espíritu inmortal
Brotó, en su faz la belleza
Estampando y fortaleza
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana ;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,

Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor ;
Semejante á ondina bella
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados
Suelos, reluciendo van ;
Boga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
Á flor, el cuerpo de Brián.

Aran la corriente unidos
Como dos cisnes queridos,
Que huyen de águila crüel,
Cuya garra, siempre lista,
Desde la nube se alista
Á separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos. Ufana
En la orilla opuesta el pie
Pone María triunfante,
Y otra vez libre á su amante
De horrenda agonía ve.

¡ Oh del amor maravilla !
En sus bellos ojos brota
Del corazón, gota á gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable unción ;
Sale en lágrimas deshecho,
Su heroico amor satisfecho,
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazón.

Calmó después el violento
Soplar del airado viento :
El fuego á paso más lento
Surcó por el pajonal
Sin topar ningún escollo ;
Y á la orilla del arroyo
Á morir al cabo vino ,
Dejando, en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE.

Brián.

Pasó aquél, llegó otro día
Triste, ardiente, y todavía
Desamparados como antes,
Á los míseros amantes
Encontró en el pajonal.
Brián sobre pajizo lecho
Inmoble está, y en su pecho
Arde fuego inextinguible;
Brotó en su rostro visible
Abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos
Sus ojos, como adormidos,
La luz esquivan, ó absortos
En los pálidos abortos
De la conciencia (legión
Que atribula al moribundo),
Verán formas de otro mundo ;
Imágenes fugitivas,
Ó las claridades vivas,
De fantástica región.

Triste á su lado María
Revuelve en la fantasía
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí á asaltar;
Espectros que engendra el alma,
Cuando el ciego desvarío
De las pasiones se calma,
Y perdida en el vacío
Se recoge á meditar.

Allí, frágil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca rie bonanza
Se encuentra, sin esperanza
De poder al fin surgir.
Allí vé su afán perdido
Por salvar á su querido;
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir.

¡ Cuán largo, incierto camino
La desdicha le previno !
¡ Cuán triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo á sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroísmo;
La vuelve, y hórrido abismo
Mira atónita detrás.
Allí apura la agonía

Del que vió cuando dormía
Edéu de ventura eterno,
Y al despertar, un infierno
Que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado ;
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brían sigue inmoble, y María
En formar se entretenía
De junco un denso tejido,
Que guardase á su querido
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
Que al levantarse ó moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral.
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió con movimiento tardo,
Y hacia ella encaminarse
Lamiéndose, un tigre pardo
Tinto en sangre: atroz señal.

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo á Brían.
Llegó la fiera inclemente ;
Clavó en ella vista ardiente,
Y á compasión ya movida,
Ó fascinada y herida
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,

Y al arroyo cristalino
Se echó á nadar. ¡ Oh amor tierno !
De lo más frágil y eterno
Se formó tu hermoso sér.
Siendo sólo afecto humano ,
Chispa fugaz , tu grandeza ,
Por impenetrable arcano ,
Es celestial. — ¡ Oh belleza !
No se anida tu poder.

En tus lágrimas, ni enojos ;
Sí en los sinceros arrojos
De tu corazón amante.
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror ,
Pero cayó sin sentido
Á conmoción tan violenta.
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba , exenta
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ ah ! parecía
Que marchitado no había
La aridez de la congoja ,
Que á lo más bello despoja ,
Su frescura juvenil.
¡ Venturosa si más largo
Hubiera sido su sueño !
Brián despierta del letargo :
Brilla matiz más risueño
En su rostro varonil.

Se sienta..... extático mira.....
Como el que en vela delira ,
Lleva la mano á su frente
Sudorífera y ardiente.
¿ Qué cosas su alma verá ?
La luz noche le parece.
Tierra y cielo se oscurece ,

Y rueda en un torbellino
De nubes.—Este camino
Lleno de espinas está :

Y la llanura, María,
¿ No ves cuán triste y sombría !
¿ Dónde vamos ? — Á la muerte.
—Triunfó la enemiga suerte.—
Dice delirando Brián.

— ¡ Cuán caro mi amor te cuesta !
Y mi confianza funesta,
¡ Cuánta fatiga y ultrajes !
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.—

Cobra María el sentido
Al oír de su querido
La voz, y en gozo nadando
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
—Pensé dormías—la dice —
Y despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

¿ Sabes ? Sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo ;
Mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
Desolación vomitando,
Su vigilante perfidia.
Obra es del inícuo bando.....
¡ Qué dirá la torpe envidia !
Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba

Y en la villa descansaba....
Oye, no te fies, vela....
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener....
Mira donde me han traído....
Atado estoy y ceñido,
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

¡ Venga, venga mi caballo !
¡ Mi caballo por la vida !
¡ Venga mi lanza fornida,
Que yo basto á ese tropel !.....
Rodeado de picas me hallo....
¡ Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel !

¿ No mirais la polvareda
Que del llano se levanta ?
¿ No sentís lejos la planta
De los brutos retumbar ?
La tribus es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,
Y degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡ Oh mengua ! ¡ oh rabia ! ¡ oh mancilla !
¡ Venga mi lanza ligero !
Mi caballo parejero
Daré alcance á ese tropel.—

Se alzó Brián enajenado,
Y su bigote erizado

Se mueve; chispean rojos,
Como centellas, sus ojos
Que hace el entusiasmo arder ;
El rostro y talante fiero ,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza ,
La majestad del guerrero
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece.
Ella atónita enmudece :
No halla voz su sentimiento ;
En tan solemne momento
Flaquea su corazón.
El sol pálido declina :
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos ,
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura legión ,

De cadáveres avara ,
Cual si muerte presagiara ,
Así la caterva estulta ,
Vil el heroísmo insulta ,
Que triunfante veneró.
María tiembla. Él alzando
La vista al cielo, y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga adoradas ,
Á su pecho las llevó ,

Y con voz débil la dice :
—Oye : de Dios es arcano ,
Que más tarde ó más temprano
Todos debemos morir.
Insensato el que maldice
La ley que á todos iguala :
Hoy el término señala
Á mi robusto vivir .

Resígnate ; bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte,
Que á la patria y al honor
Joven consagró su vida.
¿Qué es ella? Una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,
Pero á la patria sirviera ;
También mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de ti me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

Otro premio merecía
Tu amor y espíritu brioso,
Y galardón más precioso
Te destinaba mi fe.
Pero ¡ay Dios! la suerte mía
De otro modo se eslabona ;
Hoy me arrancan la corona
Que insensato ambicioné.

¡ Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese !
Ó antes por la patria fuese
Aclamado vencedor !
¡ Oh destino ! ¡ quién pudiera
Morir en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor !

Tal gloria no he conseguido :
Mis enemigos triunfaron ;
Pero mi orgullo no ajaron

Los favores del poder.
¡Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de la victoria!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré á gozaros;
Joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno á mí todo calla.....
Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue á tu santuario.....
Aves de presa parecen.
Ya mis ojos se oscurecen ;
Pero allí baja un condor ,

Y huye el enjambre insolente.
Adios, en vano te aflijo.....
Vive, vive para tu hijo.
Dios te impone ese deber.
Sigue, sigue al occidente
En trabajosa jornada.
Adios, en otra morada
Nos volveremos á ver.

Calló Brián, y en su querida,
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella
Al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía

En el desierto luz mustia.
Del corazón de María,
El desaliento y angustia,
Sólo el cielo penetró.

NOVENA PARTE.

María.

¿Qué hará María? En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasión,
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo;
Burla horrible, su contento;
Su compasión, un tormento;
Su sonrisa, una irrisión;

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vanagloria,
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
En qué límite del orbe,
El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra; lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el más tierno amor.
Sobre ella hincada María,
Muda, como estatua fría,

Inclinada la cabeza,
Semejaba á la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,
Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora ;
Pero como ángel que implora,
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez :

—Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo,
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien :
Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase ;
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma
Tu seno regalado :
Del bienaventurado
Reciba el galardón :
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha,
Que busca en su desdicha,
Mi viudo corazón.—

Dice : un punto su sentido
Queda como sumergido.
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está.
Mirada llena de vida ;

Pero lánguida, abatida
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla ;
Y tomando por la orilla
Del arroyo hacia el ocaso ,
Con indiferente paso
Se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira adelante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche! ¡oh fúlgida estrella,
Luna solitaria y bella,
Sed benignas! El indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos,
Preñados de temporales,
Apiadaos; fieras fatales,
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz á su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fe acrisolada;
Susténtala en su jornada,
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,

Adios, pajonal amigo.
Se va ella sola. ¡ Cuán presto
De su júbilo, testigo,
De su luto fuiste ¡ oh Dios!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoy tumba de un soldado
Eres y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adiós!

Gózate; ya no se anidan
En ti las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Sólo á los brutos y fieras:
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En ti hallaron refrigerio;
De su infortunio el misterio
Tú sólo puedes contar.

Gózate; votos ni ardores
De felices amadores
Tu esquividad no turbaron;
Sino voces que confiaron
Á tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la legión ominosa,
Oirás ayes y gemidos:
Adiós, triste pajonal.

De tí María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma; agradecido
El depósito querido
Guarda y conserva; quizá
Mano generosa y pía
Venga á pedírtelo un día:

Quizá la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará—

Día y noche ella camina :
Y la estrella matutina
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir
La ve. En su planta desnuda
Brotó la sangre y chorrea ;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua,
Un volcán su pensamiento ;
Pero mar de hielo y agua
Refrigerio inútil es
Para el incendio que abriga ;
Insensible á la fatiga,
Á cuanto ve indiferente,
Como misera demente
Mueve sus heridos pies

Por el desierto. Adormida
Está su orgánica vida ;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,

Ultimo efugio, suplicio
Del infierno, semejante
Á la postrer convulsión
De la víctima en tormento :
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fría
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿ Adónde
Tu poder ¡ oh Dios! se esconde?
¿ Está por ventura exhausto?
¿ Más dolor en holocausto
Pide á una flaca mujer?
No; de la quieta llanura
Ya se remonta á la altura
Gritando el yajá.—Camina,
Oye la voz peregrina
Que te viene á socorrer.

¡ Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina, sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal :
Tuyo es también del espacio
El transparente palacio :
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
El huracán y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla :
Pero tú la tempestad,
Día y noche vigilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presagio,

Al que asechanza ó naufragio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,
Oye, María infelice.
— ¡ Alerta, alerta! — te dice;
— Aquí está tu salvación. —
¿ No la ves cómo en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿ No escuchas su ronco acento?
Corre á calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va á prisa:
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
Se presentan á sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta, insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas, ¡ ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca. ¿ Serán infieles,
Enemigos? No: soldados
Son del desdichado Brián.
Llegan, su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálida fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitán.

Creíanla cautiva ó muerta;
Grande fué su regocijo.
Ella los mira y despierta.

— ¿No sabeis que es de mi hijo? —
Con toda el alma exclamó.
Tristes mirando á María
Todos el labio sellaron ;
Mas luego una voz impía :
— Los indios lo degollaron —
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,
Cual se quiebra seco tallo
Al menor soplo de viento,
Ó como herida del rayo,
Cayó exámine á sus pies.
Al verla caer, turbados,
Los animosos soldados
Una lágrima vertieron,
Y en torno á su cuerpo hicieron
Mudo círculo después.

Aquella trama formada
De la hebra más delicada,
Cuyo espíritu robusto
Lo más acerbo é injusto
De la adversidad probó,
Un soplo débil deshizo :
Dios para amar, sin duda, hizo
Un corazón tan sensible;
Palpitar le fué imposible
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!
¡Cuál entraña te abortara!
Mover al tigre pudiera
Su vista sola ; y no hallara
En tí alguna compasión,
Tanta miseria y conflicto,
Ni aquel su materno grito ;
Y como flecha saliste,

Y en lo más profundo heriste
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones
De un mar de tribulaciones
Ella arrojó ; y la agonía
Saboreó su fantasía,
Y el punzante frenesí
De la esperanza insaciable,
Que en pos de un deseo vuela ;
No alcanza el blanco inefable,
Se irrita en vano y desvela ;
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,
Sus ilusiones volaron,
Y sus deseos con ellas ;
Sola y triste la dejaron
Sufrir hasta enloquecer.
Quedaba á su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazón que querer ,

Una voz cuya armonía
Adormecerla podría ;
Á su llorar un testigo,
Á su miseria un abrigo,
Á sus ojos qué mirar.
Quedaba á su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno ;
Encontrarlo aquí no pudo,
Y su alma al regazo eterno
Lo fué volando á buscar.

Murió ; por siempre cerrados
Están sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo,

De sufrir tanto desvelo,
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar: ya el desierto,
Su último asilo, los astros
De tan hechiceros rastros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?
Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada, entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo,
Y sonrisa angelical,
Que destellan las facciones
De una virgen en su lecho,
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,
Dormida ; oh Dios! la creyera ;
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad ;
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida
Que sonríe á su amor puro :

Mas ¡ay! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.

EPÍLOGO

¡Oh María! Tu heroísmo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor, el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
Salvar quisiste á tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir
¡Cuál tu congoja sería!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudara á sentir.

Se malogró tu esperanza,
Y cuando sola te viste,
También mísera caíste,
Como árbol cuya raíz
En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato:
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta,
Como diamante en la mina
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta,

Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe también reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar, amor tu delirio,
Amor causó tu martirio,
Te dió sobrehumano sér ;
Y amor en edad florida,
Sofocó la pasión tierna,
Que omnipotencia de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María !
Que la vírgen poesía
Corona te forma ya
De ciprés entretejido
Con flores que nunca mueren ;
Y que admíren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada,
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz ;
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa extensa y tupida
De un ombú (1), donde se anida

(1) Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras, como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves que cría el desierto,
Se pone en ella á cubierto
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quién á su sombra el signo
Puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca á aquellos lugares,
Recordando sus hogares
Se postra á hacer oración.

Fama es que la tribu errante;
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú gigante
La vercosa cabellera,
Suelta al potro la carrera
Gritando:—¡ Allí está la cruz!—

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brián.
Pálido el indio exorcista
El fatídico árbol nombra.
Ni á hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado
Cuenta, que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos *lucos* aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,

Juntas á su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aéreo,
Quizá espíritus, ¡misterio!
Visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía
Forman coro en la armonía
De la invisible creación.

Á LA JUVENTUD ARGENTINA.

I.

Compañeros, salud; al fin, exento
De esperanza ó temor, mi pensamiento
Rompe el sueño fatal que le oprimía,
Y en medio del silencio pavoroso
Osa hablaros, con eco poderoso,
De patria y libertad la musa mía.

¿Y podré acaso refrenar mi lengua
Cuando el luto y la mengua
De la mísera patria estoy mirando?
¿Cuando, sólo en su mal los ojos fijos,
Gimen y callan sus bastardos hijos
Sus antiguas virtudes olvidando?

¿Cuando, dado al temor y al egoísmo,
Ve sentarse, paciente, al despotismo
Sobre el trono sagrado de sus leyes,
Un pueblo que fué libre, y cuya espada,
Con gloria y con honor siempre vibrada,
Hizo temblar á los ilicuos reyes?

¿Cuándo á la faz del mundo impunemente
Una turba venal, necia, impudente,
Instrumentos estúpidos de un hombre,
Hoy se atreve á vender nuestros derechos
Conquistados con sangre y con mil hechos
Dignos de admiración y de renombre?

¿Cuándo la raza humana conmovida
Marcha al soplo de Dios, y nueva vida
Recobran las naciones de ambos mundos,
Mientras se encorva humilde el argentino,
Hollar dejando su blasón divino
Á un hato de satélites inmundos?

No; salga al fin mi incorruptible acento,
Y convierta en coraje al desaliento,
Y subleve al espíritu abatido
Contra todo poder que injusto oprima,
Y este fuego sagrado que me anima
Castigue al opresor y al oprimido.

II.

¿No los veis, no los veis, compañeros?
Ya caminan mostrando altaneros
Por divisa sanguíneo color;
Ya levantan el grito perjuro,
Y en sus hombros un ídolo impuro
Llevan de odio, exterminio y rencor.

Preguntad á esos viles traidores
Si celebran con esos clamores
De la patria algún triunfo marcial.
Preguntad si su frente lavaron,
Si en el campo de honor conquistaron,
Combatiendo, algún lauro inmortal.

No, dirán; nuestro triunfo es más grande
Que el que escrito en la cima del Ande
El acero argentino dejó;
Nuestro brazo abatió al patriotismo,
Y de nuevo exhumó al despotismo
Del sepulcro en que Mayo lo hundió.

¿No miráis? Ya del monstruo arrogante
La deforme cabeza triunfante
En el solio se ve de la ley.
Nuestros fueros son ya sus antojos,
Y apacienta en nosotros sus ojos
Como mansa y estúpida grey.

¿Y esto sufre un gran pueblo, paciente,
Con infamia del siglo presente,
Cuando puede morir con honor?
¿Esto sufre y gimiendo se humilla,
Cuando ve la terrible cuchilla
Amagar con siniestro fulgor?

III.

Si; el cuello doble abatido
Al castigo merecido
El Pueblo que ha preferido
La tiranía á la ley;
Pues lo tolera villano,
Sufra el azote inhumano
De un compatriota tirano
Quien romper supo el de un rey.

Que su real, noble ropaje
Manche, pisotee y aje;
Que lo envilezca y ultraje
Como al esclavo el señor;

Que á su lengua maldiciente
Ponga mordaza, y el diente
De la ironía insolente
Le muestre al ver su furor.

Que se ría de sus penas;
Con el sudor de sus venas
Doble el peso á sus cadenas,
Nutra su turba voraz;
Que dé á la razón tormento,
Y anonade el pensamiento,
Tomando por instrumento
La superstición falaz.

Que la sangre corra á ríos
Para hartar los desvaríos
De sus enconos sombríos,
De su barbarie feroz;
Y que la infame ralea,
Que lo sostiene y rodea,
Y á quien huella y bofetea,
Hiera, asesine á su voz.

Que á la venganza del mundo,
Todo exangüe y moribundo,
Te saque el Tirano inmundo
Del siglo á ser irrisión,
Oh Pueblo, y con rojos lazos
Orne tus sienas y brazos,
Y á su vista mil pedazos
Haga tu heroico blasón.

Rememora tu grandeza
Para sentir la tristeza
Del abismo de vileza
Do te hundió tu insensatez;
¿Cinco lustros vanamente
Uno y otro continente

No te llamó independiente,
No admiró tu intrepidez?

Dime, oh Pueblo soberano,
¿Qué hiciste de ellos liviano
Cuando tuviste en la mano
Tu destino y porvenir?
Despedazarte cual fiera,
Dar la palma lisonjera
Á la ignorancia rastrera,
Al ingenio perseguir;

Á tus ilustres varones
Pagar con muerte y baldones,
Y merecer maldiciones
De los que te dieron ser;
Á las madres dejar llanto,
Al patriotismo quebranto,
Á tus hijos sólo espanto,
Sólo hierro que romper.

IV.

Digno premio á tu gloria y tu demencia,
Digno ejemplo á tu prole, digna herencia;
Mas no fué crimen tuyo, te engañaron;
Tu ignorancia y pasiones sedujeron,
Los que de tu honra y sangre avaros fueron,
Y de tu ciego error se aprovecharon.

De ellos el crimen es, tuya la mengua,
Tuyo el largo sufrir; así mi lengua
Sólo infamar quisiera á los malvados;
Pero la voz de la justicia austera
Dice que el despotismo sólo impera
Sobre pueblos cobardes ó estragados.

V.

Aceptemos el don, compañeros,
Como ejemplo elocuente y terrible,
Y en las almas altar invisible
Elevemos á la *Libertad*;
Demos culto á su imagen secreto,
Mientras yace la Patria querida
En el mar de miseria sumida
Do la hundió la más negra maldad.

Reine, mande á esos seres innobles
En buen hora el feroz despotismo;
Pero sepa que aun hay patriotismo,
Y que hierve en silencio el volcán;
De esa turba que besa su planta
Vil reciba alabanzas impuras;
Pero sepa que vivas y puras
Las virtudes heroicas están.

Por tener una patria y ser libres
Nuestros padres valientes lucharon,
Y gloriosos sus armas llevaron
Desde el Plata al Pacífico mar;
Con su sangre y su vida preciosa
La corona del triunfo obtuvieron,
Y en herencia á sus hijos quisieron
Leyes, patria, derechos dejar.

Pero vano fué todo, y vosotros,
De la patria mirando el desdoro,
Lloraréis el precioso tesoro
Que os robara una inicua facción;
Ella puso á merced de un tirano
Vuestras leyes, derechos y vida,
Y os insulta y amaga atrevida
Porque osáis arrostrar la opresión.

Arrostradla, y lanzad anatema
Contra el bando de necios traidores
Que imagina con viejos errores
El progreso del siglo atajar;
Arrostradla, y con ella luchando,
Á ese Pueblo que atónito gime
Dad al menos ejemplo sublime;
No dejéis vuestro honor mancillar.

De los héroes de Mayo sois hijos,
No herederos de sangre de esclavos;
Digna prole de raza de bravos
Para bien de la Patria seréis;
Si á su esfuerzo debió ella la vida,
Si renombre la espada le diera,
Del saber la corona os espera:
Feliz, libre, ilustrada la haréis.

¿Ignoráis, por acaso, la suerte
Que esa turba ignorante os destina?
Que arrastréis una vida mezquina,
Que de parias sufráis el baldón.
El pensar es un crimen para ellos,
Abrigar alma noble, demencia,
Detestar la opresión, insolencia,
Pronunciar Libertad, rebelión.

¡ Maldición! ¿ Pretendéis, miserables,
Poner freno al fugaz pensamiento?
¿ No sabéis que terrible y violento
Rompe al cabo cual fiero huracán?
¿ No sabéis que la lava oprimida
Largo tiempo rebulle y fermenta,
Pero al fin inflamada revienta
Por la boca del negro volcán?

VI.

¡ Compañeros, salud! la tiranía,
Más injusta y audaz que la que un día
Desplomó sobre América la Iberia,
Hoy con ella ambiciona embrutecernos,
Apagar la razón y envilecernos,
Para afirmar su reino en la miseria.

Gimen vuestros hermanos y suspiran,
Y el astro hermoso de la Patria miran
Entre nubes perderse enrojecido,
Marchitarse su gloria y sus laureles,
Y el numen que acataron siempre fieles
Á los Andes volar despavorido.

Allí se burla del horrible encono
De las pasiones viles, sobre trono
De nieve sempiterna, y con su escudo
El vasto mundo de Colón cubriendo,
Y torrentes de luz siempre vertiendo,
Hace la guerra al despotismo rudo.

Empero ahora de la Patria nuestra
Vosotros, compañeros, sois la diestra,
La esperanza y el muro do se estrelle
Su efímero poder; hasta que henchida
Rompa la indignación como avenida,
Liberte, arrase y su exterminio selle.

Marzo de 1835.

(D. A. D. L. C.) (1).

(1) Del autor de los *Consuelos*.— Con estas iniciales se publicó esta composición en el núm. 1.º de la *Revista del Plata*, Montevideo 15 de Mayo de 1839. La revolución del Sur estalló en 29 de Octubre de este mismo año.

(Nota de D. Juan María Gutiérrez.)

Á DON JUAN CRUZ VARELA,

MUERTO EN LA EXPATRIACIÓN.

Pobre al fin, desterrado
De su patria querida,
El poeta Argentino
Dijo adiós á la lira,
Dijo adiós al vivir;
¡ Triste destino el suyo!
En diez años, un día.
No respirar las auras
De la natal orilla:
¡¡ No verla ni al morir !!

Pero esto no bastaba.
Al volver al asilo,
De donde moribundo
Satélites vendidos
Al tirano feroz,
Lo arrojan á que busque
En el mar un abrigo;
Al abrazar su madre
Su esposa y tiernos hijos,
Les da el último adiós.

Cuando anhelante mira
Su espíritu agitado
Alborear victorioso
El nuevo sol de Mayo,
El sol de libertad;
Cuando otra vez la pluma,
Temible á los tiranos,
Toma en pro de la Patria
Y de su esfuerzo sacro,
Pasa á la eternidad.

¡Oh Dios! ¡cuánta amargura
Á su agonía lenta!
¡Ver vana la esperanza
Que su alma de poeta
Tanto tiempo abrigó!
¡No ver su Patria libre,
Después que á defenderla,
Ilustrarla y servirla,
Su juvenil riqueza
Su ingenio consagró!

¡Verla en las manos viles
De viles opresores,
Siendo escarnio y vergüenza
De las cultas naciones
Sin poderla valer;
Ultraje sobre ultraje
De enemigos innobles
Sufrir en el destierro,
Y devorar baldones
De infames con poder!

¡Mendigar, por patriota,
El pan del extranjero,
Tan duro y tan amargo
Á los altivos pechos,
¡Oh digno galardón!
Partirlo con sus hijos,
Y con su esposa, lleno
De esas lágrimas tristes,
Que como plomo hirviendo
Brotan del corazón!

¡Tolerar la arrogancia
De la mezquina turba,
Insectos miserables
Que en torno al león susurran
Cuando en hierros está:
Y el graznido molesto

De esas aves inmundas,
Que en desechos del tigre
Ceban su torpe gula,
Hartas de sangre ya!

¡ Oh Dios! cuánto infortunio
Reservado al poeta,
Reservado al ingenio
Que en la común palestra
Se avanza á combatir
En pro de la justicia
Y la verdad austera;
Sin más arma que el filo
De incorruptible lengua,
Firme en su fe y sentir.

En premio inmerecido
Del heroico combate
Que hace al error y al crimen,
Y del sudor y afanes
De su más bella edad,
Recibe desengaños,
Muerte, infamia ó pesares,
Y dejas que, burlando
Tu justicia insondable,
Triunfe la iniquidad.

¿ No la veis cómo hipócrita
Se postra ante tus aras,
Y grita levantando
Su mano ensangrentada:
« Dios es justo también? »
Castigo, recompensas,
Justicia soberana,
¿ Qué son? ¿ ó indiferente
Tu providencia infausta
Prodiga el mal y el bien?

¡ Insondable misterio!

Aquí no es el castigo
Ni la infamia del crimen;
Que él reina y tiene impío
De la justicia el fiel;
La inocencia perece
Implorando tu auxilio,
Y las virtudes lloran
Sus más ilustres hijos,
Perseguidos por él.

Para mezquinos seres
Sin labor concentrado
Crece y medra fecundo
De la fortuna el árbol,
Para el poeta no.
La tierra que él abona
Con su sudor y llanto,
Sólo espinas le ofrece:
Otros se regalaron
Con el fruto que dió.

El corazón que sabe
Mover los corazones,
Inflamarlos, henchirlos
De sentimientos nobles,
De espíritu marcial;
El que en las horas tristes
Con hechiceras voces
Los consuela y anima,
Pintándoles visiones
De una ventura ideal:

Ignorado en la tierra
Huérfano y solo vive,
Sin que nadie el misterio
De su elación sublime
Alcance á penetrar;
Ni lo que sufre y calla,
Simpático y sensible

Á los males humanos,
Sin que ninguno aplique
Bálsamo á su pesar.

Aquel que generoso
Los lauros de la gloria
Reparte, celebrando
Las virtudes heroicas
De los pueblos blasón,
Y su elocuente ejemplo
Llega á edades remotas,
La palma del martirio,
La diadema espinosa
Recibe en galardón.

Pero no, en paz descansa
En tu florida tumba ;
Cantor del Plata ilustre,
La que alcanzó tu Musa
Digna venganza fué ;
La infamia del tirano
Estampó ya tu pluma
En indelebles versos :
No es la victoria suya ,
Aunque en la cumbre esté.

Hoy el clamor lo engríe
De sus esclavos necios ;
Pero quizá mañana
La justicia del pueblo
Cuenta les pedirá
De la sangre inocente
Que bárbaros vertieron ;
Y á ti, y á tus amigos
De infortunio, alto premio
De honor consagrará.

En vano al ver tu suerte
La Providencia acusa,

Porque vedó al poeta
Los delicados frutos
De su terrestre edén ;
Incienso perdurable
Fué el patrimonio suyo ,
Y su inefable dicha
Y su deleite puro ,
Ver en idea el bien.

Gozarse en animarlo
Con un fecundo soplo ,
Ofrecerlo vestido
Á los humanos ojos
De belleza inmortal ;
Y ver la muchedumbre ,
En frívolo alborozo
Menospreciar del mundo ,
Por agruparse en torno
De su creación ideal.

¡Oh poeta! la gloria
Que te cupo en herencia
Bella fué, yo la envidio ;
Yo, que tarde á la arena
Lleno de ardor corrí.—
Tu Musa nació al ruido
De la trompa guerrera ,
Nació al nacer la Patria
Virgen, robusta y bella ,
Para inspirarte á ti.

La mía, al eco infausto
De las impuras órgias
Del despotismo en triunfo ,
Cuando murió su gloria ,
Su libertad y honor.—
Tu Musa de laureles
Se fabricó coronas
Y entusiasmada al grito

De combate y victoria,
Dió al heroísmo loor.

La mía, al triste luto
De la mísera Patria
¿Qué pudo dar? Silencio,
Ó una acerba mirada
De estéril compasión;
Y buscó en los abismos
De la conciencia humana
Cantos que nunca oyeron
Las argentinas playas,
Cantos del corazón.

No tema en mí tu nombre
Rivalidad mezquina;
Las musas son hermanas
Y á la rastrera envidia
Niegan su alto laurel.
La región do se albergan
Es mundo de armonía
Inagotable, y sólo
La inspiración divina
Bebe el poeta en él.

Émulos generosos,
Tal vez mi lira no hable,
¿Qué importa? tributando
Á la tuya homenaje
Hago ofrenda al deber.
¿Se negará al ingenio
Que á su Patria honrar sabe
Este don, cuando turba
De ambiciosos vulgares
Honra usurpa y poder?

¡Oh! tú fuiste dichoso,
Respiraste aura libre,
Y el astro de la Patria

En el Oriente viste
Más de una vez brillar.
Yo sólo allá en mi infancia
La vi en sueño felice;
Que joven á otro clima
Me llevó ansia sublime
De saber y admirar .

Tú entre libres gozaste
De su benigno influjo;
Yo entre opresor y esclavos
Mi juventud consumo,
Falto de aire vital ;
Y esperando el gran día
De redención y triunfo,
Viendo doquier vileza,
Salvar mi honor procuro.
Del contagio letal.

Pero ¡ay! con esperanza
Frágil yo me alucino :
De ese glorioso día
Los albores lucidos
Mi voz no ensalzará.
Mi vida ya se agota
Como se agota un rio
En arrenal sed'ento ;
Mi corazón altivo
Despedazado está.

Poeta, ¿qué es la vida
Después que victoriosos
Del combate salimos,
Mostrando arado el rostro
De honrosa cicatriz ?
¿Qué es ? inacción molesta,
Triste afanar : sin logro ,
Ir , venir como el vulgo

Con el costal al hombro : —
¡Oh, tú fuiste feliz!

Mas morir cuando el alma
Lleva joven y ardiente
La ambición generosa
Que á conquistar impele
El lauro vencedor ;
Al poner pie en la liza
Que ambicionan los fuertes ;
Morir desesperado ; —
Triste destino es éste,
Este acerbo dolor.

Paz al noble poeta,
Honra al digno patriota
Que en la arena luchando
Supo doble corona
Á su frente ceñir.
Musa de nuestro siglo,
La libertad lo llora
Mártir esclarecido,
Y su ejemplar memoria
Transmite al porvenir.

Estancia de los Talas. Abril 1839.

D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Á MI CABALLO.

Rey de los llanos de la patria mía,
Mi tostado alazán, ¡quién me volviera
Tu fiel y generosa compañía
Y tu mirada inteligente y fiera!

¿Has llorado por mí? ¿Cuando otra mano
Limpia el polvo á la crin de tus melenas,
Recibes las caricias siempre ufano,
Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
Tan sólo de recuerdos ha vivido,
Y en todos los caminos de este mundo
La imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana,
La constante visión de la memoria,
El sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
La nativa llanura abandonaste
Y el lago cristalino y azulado
En el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
Los astros que en el Plata se reflejan!

¡Con renegridos ojos y cabellos
Esclavo el corazón sus hijas dejan!

Crece allí las flores y las mieses
Sin el cansancio de la frente humana,
Y señala el camino de los meses
Fruto sabroso que perfume emana.....

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
Cuando llegando á la ventana mía,
Hallaste mi cabeza indagadora
Ante el libro doblada que mentía?

Ya del oriente el resplandor velaba
Del lucero de amor la mustia lumbre,
Y la aromada brisa que reinaba
El pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto
Mi ser me pareció; tendí los brazos,
Y sólo sombras y silencio quieto
Halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
Que en mi inocente corazón nacía,
Y á mi joven, incauta inexperiencia
Placeres y deleites prometía.

¡Placer..... deleite! espinas y dolores
Sólo encontré cuando clavé los ojos
En los de una mujer, tan seductores,
Que alfombra hizo á su pie de mis despojos.

¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
La vez primera que el amor sentimos,
Cuando está el corazón en primavera
Y al son de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampa leve

Besé de sus pisadas vagarosas
Sobre la hierba de la senda breve
Formada de jazmines y de rosas,

Y en las arenas de mi patrio río,
Cuando ella, entre las bellas argentinas,
En las auroras dulces del estío
Se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
Más de una vez has inundado el seno
De otro alazán fogoso y diligente,
Con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas á las tuyas confundidas
Se vieron muchas veces en la arena,
Cuando en voces del alma desprendidas
Conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
Por mi amada en los campos preferido,
Y el paso redoblabas placentero,
De mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez desde tu inquieta espalda
De flores despoblé la enredadera,
Para adornar su sien de una guirnalda
Que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,
Puesto ya el sol, su calle y su ventana,
É inclinando la frente te parabas
Ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! Del pobre desterrado
En el variable pecho de la bella
No hay ni un recuerdo del amor pasado,
Ni en sus paternos campos una huella.

AMOR DEL DESIERTO.

«Pende de lenho á lenho a rede extensa:
Allí descanço toma o corpo laço;
Allí se esconde a marital licença.....»

CARAMURU. Canto II, octava LXI.

Entre troncos de palmeras,
Como nido de torcazas,
De dos hijos del desierto
Suspendida está la hamaca;
Y á compás de los vaivenes,
Y á los soplos de las auras,
Como tórtolas que arrullan
Sus amores dulces cantan:

—En la laguna,
La leve espuma
De la onda azul,
No es tan liviana,
No es tan gallarda
Como eres tú.

—El agua hirviente
De los torrentes
Del Paraná,
No pasma tanto
Como en el llano
Tu marcha audaz.

—Como la concha
Rosada y roja
Que hay en la mar,
Así es tu boca
Cuando rebosa
De risa y paz.

—Como las pomas
Llenas de aroma,
Llenas de miel,
Tal es tu labio
Si en dulce halago
Toca en mi tez.

—Como la hierba
De la pradera
Y el arrayán,
Así son blandos
Los tiernos lazos
De mi beldad.

—Cual muelle alfombra
Bajo las sombras
De árbol en flor,
Así es á mi alma
La sombra grata
De mi señor.

Como tórtolas que arrullan
Sus amores así cantan,
Y á la par de las canciones
Ondulando va el hamaca ;
Y al cansancio del deleite,
Y á las sombras que se avanzan,
Adurmiendo van los ojos
Sin temores ni esperanzas.

6 Abril 1845, en el Pacífico.

RECUERDO.

Del huracán las alas tenebrosas
Sobre el abismo enfurecidas van,
Cual fúnebres coronas deponiendo
Blancas espumas sobre el negro mar.

Vienen en tanto á la memoria mía
Las frescas horas de mi quieta edad;
Con la inquietud presente se confunden
Como la espuma y el horror del mar.

¡Visión de luz! ¡Amor primero y puro,
Cáliz de almíbar que arrojé desleal!
En esta noche que entristece á mi alma,
Eres la espuma que ilumina al mar.

Perfumes llegan de mi patrio suelo
Del trébol, rosas, violas, azahar,
Y de esa flor del aire misteriosa
Que es como espuma blanca de la mar.

Siento en la playa del inmenso río
Correr veloz el férvido alazán,
Bañado el pecho en argentada espuma,
Como la espuma que levanta el mar.

Madre y hermanas que lloráis mi ausencia,
Yo pisaré vuestro desierto umbral:
Es el tirano odioso de mi patria
Espuma leve que se traga el mar.

Golfo de Gascuña, Noviembre 1843.

D. JOSÉ MÁRMOL.

D. JOSÉ MÁRMOL.

LOS TRÓPICOS.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO: «EL PEREGRINO».)

Y en medio de las sombras
Enmudece lo voz del Peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino
Sobre el *Fénix* (1) se oía,
Que como el genio de la noche huía
En las alas del viento tristemente;
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

.....

¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura
Pasar al Mediodía del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibio pinta la luz meridional!

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del crucero (2),
Foco de luz que vierte torrentes por doquier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

(1) Nombre del buque.

(2) Constelación del Sur.

Quando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza llena de timidez y frío
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tocanos, guacamayos, el león y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátíl en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala
Formando pabellones para burlar el sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante
No emana sino vida y amor y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey.

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.....

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: «la luz»,
La luz ardiente, roja; cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical;
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
Ó del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
É hidrópica de vida revienta por los poros,
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan al postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color;
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando reciba su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares,
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazón:
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más..... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas
Parecen las ideas del infinito ser
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,
Con iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la virgen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

LAS NUBES.

(FRAGMENTO DE «EL PEREGRINO».)

Gloria á vosotros, vaporosos velos
Que flotáis en la frente de los cielos
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos,
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al través de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su labio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
Del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo
Cuando de oro y azul pintáis la esfera
Y derramáis colores
Ricos en fantasías y en amores
Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe
Cuando á la frente cándida del alba
Asomáis con el tinte de la rosa,

Cual el rubor al pálido semblante
De virgen candorosa
Al primer beso de su tierno amante?

¿Al contemplar el mundo,
Se acuerda de su bello paraíso,
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
Por el que habita lodazal inmundo;
Y por el hombre siente,
Y se le nubla de pesar la frente
Cuando quedáis en la tranquila tarde
Con esa luz fantástica, sombría,
Entre el ser y el no ser del tibio día?

¿Sois el imán entonces misterioso
Que arrastra á meditar el pensamiento
Y agita silencioso
Dentro del corazón el sufrimiento?
¡Quién en vosotras, húmedos los ojos,
No clavó alguna vez, cuando del día
Va muriendo la luz, cual va muriendo
Del alma con los años la alegría,
Y la enlutada noche hasta el ocaso
Llega, cual la vejez, paso tras paso!

Decid nubes, decid, ¿sois los reflejos
Del alma de mi Dios?..... El rudo crimen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus labios soberanos
Tremenda maldición. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras, rodando por la esfera
Hidrópicos los senos,
Lanzasteis cual torrente furibundo,
Entre millón de truenos,
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra

En sus ejes rodó; y en todas ellas
No iluminara el sol ni las estrellas
Las sombras del airado firmamento,
Y tan sólo á vosotras en contino
Y rápido volar negras mirara,
Lanzando en torbellino
Á su maldita frente
Las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
Del poderoso juez del universo,
Y á su semblante, adusto
Al castigar al crimen del perverso,
Asomó la alegría
Y vosotras con ella
Bañadas del color del claro día,
Al decir: «*Basta*» y levantar del arca
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldición también. Allí vosotras
Al eco de su voz acudís luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego.....
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
Á iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesús el postrimero
Dolorido suspiro en el madero;
Allí también, oh nubes misteriosas,
Pálidas os contemplo y silenciosas,
Cubrir la luz del luminar del cielo
Y por el Hombre-Dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo
Del alma de mi Dios? ¿Son sus ojos
Y el eco de su acento,
Y el fuego de sus ojos

Terrible centellando,
Cuando en montes trepáis al firmamento
La recia y ruda tempestad rodando?
¿Ese trueno es su voz? Esa serpiente
De fugitiva luz, ¿es la mirada
Que lanza de repente
Al volar su carroza de topacios
Chispeando estrepitosa en los espacios?
¡Salud, nubes, salud!..... Sí, sois las bellas
Luces de un rico y eternal espejo,
Donde el Dios que conserva las estrellas
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos extasiamos
Cuando azuláis los cielos,
Bellas cual los primeros dulces años;
Y tímidos temblamos
Cuando os tornáis encapotados velos,
Tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
Por eso el corazón medita y flota
En la mar de recuerdos dilatada,
Y del cáliz del alma tibia gota
Empaña la pupila,
Fija en el horizonte la mirada
Por vuestro imán fatídico arrastrada.

¡Ay! ¡Cuántas veces de la verde orilla
Del río cuyas ondas arrullaron
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto
La pálida mejilla,
Mis ojos en vosotras se clavaron!

¡Y no era aún infeliz! ¡Aun no la mente
Desplegando la momia de la vida,
Al corazón valiente
Con su esqueleto lívido asustara,
Y el corazón volviendo

La vista entristecida,
Sus lazos con el mundo desatará!

¡Pero ya un no sé qué de misterioso
En el fondo de mi alma se escondía,
Y os procuraba inquieto y silencioso
Entre el ser y el no ser del tibio día!
Así la joven que inexperta siente
La primera impresión dentro del alma,
Sin saber el porqué de sus sonrojos
Teme y evita los extraños ojos,
Y el corazón sin calma,
Por el jardín, perdida,
En las flores se fija distraída.
¡Cuántas veces proscrito y peregrino,
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,
Desde extranjera roca
Os contemplé llorando mi destino,
Y con esa expresión que nunca alcanza
El labio á repetir, el alma mía
Os contó sus pesares,
Triste como el crepúsculo del día,
Desde el arena de extranjeros mares!.....

Hay momentos, oh nubes,
Que misterioso eléctrico fluido
El alma con vosotras armoniza,
Y al hombre con el polvo confundido
Ángel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erais, oh nubes,
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es más espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Más bordadas de fúlgidos destellos.
Allí mi fantasía

Ahogaba los recuerdos con deseos,
Y en dulces devaneos
Menos os daba mi alma que os pedía.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume emanación de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caída.

Mas ¡ay! también del aterido polo
Cubris los cielos como pardo manto;
Y yo desde un bajel perdido y solo
Donde nadie cantó, nubes, os canto.

Depeñadas cruzáis el firmamento
Rápidas como herido pensamiento,
Y atónita os contempla
Mi alma, como el enojo soberano
Lanzado en derredor de este Oceano,
Que encarcelado y solo
Entre el linde de América y del mundo,
Maldice de su cárcel los confines,
Y en rudos parasismos
Sacudiendo sus crines
Salta de los abismos
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
La humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria.
Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo
Nos os rindió alguna vez? En el contento,
Ó con el alma en luto,
¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,
Cuando flotáis en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apenas

Soplo sutil á deshacerlas basta,
El corazón dolido,
¿Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
Ó amorosa y prolija,
No imaginó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?.....

¿Qué virgen no os ha dicho sus amores,
Ó la tardía ausencia
Del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría,
Cuando voláis en densa muchedumbre
Como inquietas ideas
De recóndita negra incertidumbre,
¿Adónde el alma impía
Que miró sin temor el cielo airado?
¿Qué genio no ha volado
En alas de su ardiente fantasía?
¿Qué desterrado, acaso,
En los velos de nácar y záfiro
Que bajáis al ocaso,
No ha mandado á su patria algún suspiro?.....

Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.
Y del proscrito bardo
Que vaga peregrino
Y os canta, oh nubes, desde el frágil pino,
Revelad á su dulce patria bella
Cuánto suspira el corazón por ella:
Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto más padece más la adora.

Marzo 8 de 1845.

Á ROSAS, EL 25 DE MAYO.

«Al triunfo, la agonía siguió del moribundo
Al viva del combate, de servidumbre el ¡ay!

.....
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mía
De paz y de ventura, de gloria y hermandad.»

JUAN CARLOS GÓMEZ.

I.

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el Oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente;
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron victoriosos en su nevada sien.

¡Veneración! Las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes «¡Veneración!» exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II.

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos sin patria y sin hogares
Á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales,
¿Por qué no les embriaga la salva del cañón,
Los vivas de los libres, los cánticos triunfales
Y el ruido de las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
¿Por qué está de rodillas sin vitorearte, ¡oh sol!
¿Por qué como otros días sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III.

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló;
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
Para evitar su mengua sepúltala, ¡por Dios!
¡¡La emperatriz del Plata te espera de rodillas,
Ahogada entre gemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel;
Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él.

IV.

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Qué súbito y ardiente te páta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Que has hecho de la patria que te guardaba en sí;
Contempla lo que viene cruzando el firmamento,
Y dinos de sus glorias lo que te debe á ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños:
¡¡Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V.

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con luces que recuerdos iluminando van,
Y dinos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes
Ó acaso en Chacabuco ó en Maipo ó en Junín;
Ó si marcando hazañas más célebres y grandes
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin,

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubistes en Ayuma
Ó acaso en Vilcapujio, Torata ó Moqueguá.

VI.

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció;
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII.

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada;
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;

Jamás en las batallas se divisó tu espada;
Pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y al viento la melena, jugando con tu lazo
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII.

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre á ríos se derramó doquier ;
Y de apilados cráneos los campos se poblaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hielos en tus fibras?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da,
Cuando á tu rudo labio tu pensamiento vibras,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX.

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,
Para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda *maldición*.....

X.

Quando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El Bueno de los buenos desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, no.

XI.

Por tí esa Buenos Aires que soportar sabía
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,
Hoy débil y postrada no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres harto, para ofender á Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor.....

XII.

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios;
Y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Hay más allá, los héroes al expirar clamaron,
Poblando con su grito de América el confín,
Y entre vapor de sangre: *Hay más allá*, exhalaron
Los campos de Ayacucho, de Maypo y de Junín.

XIII.

Sí, Rosas; vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está;
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Qué temblará en tu pecho tu espíritu infernal,
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza
Ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que doma tu ambición;
Y cual vomita nubes de su ceniza hirviente
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV.

Entonces, sol de Mayo, sus días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en ti ;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces, reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y rico pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá ;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

Montevideo, Mayo 1843.

CANTOS DE LOS PROSCRITOS.

I.

¡Patria, patria ! ¡Palabra divina
Que en el cáliz del alma se esconde,
Y á los sueños del alma responde
Con promesas sublimes de amor!
Ese nombre de paz y esperanzas
Es la dulce oración del proscrito :
Él aprende á llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor.

II.

Patria hermosa que cuentas tus penas
Á las ondas del río argentino ,

Algo santo te deja el destino
Al dejarnos el llanto por ti.
Feliz hija del Genio y la Gloria :
Triste madre de un tiempo de luto.
¡Ay! Recoge ese noble tributo
Que refleja tu imagen en sí.

III.

Sobre el árido suelo extranjero
Nuestra vida ha perdido sus flores,
Y á la luz de los años mejores
Se tocó con la noche su albor.
Pero en medio á la recia tormenta
Que nos bate y marchita la frente,
Bajo puro dulcísimo ambiente
Conservamos la flor de tu amor.

IV.

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero tan mudo,
Suspiramos al ver que no pudo
Ni la vida en su patria perder.
Y al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren prolijos,
Al pensar que ni vemos los hijos
En la patria del padre nacer.

V.

Fija, eterna, escondida en el alma
Vive ¡oh patria! tu imagen hermosa;
Como gota del alba en la rosa,
Como perla en el fondo del mar.
Tierno, santo tu nombre á los cielos
En suspiro purísimo sube,
Como el salmo en la pálida nube
Del incienso que exhala el altar.

VI.

De los mares remotos las ondas
Todas saben tu nombre y tus penas;
Del desierto las tibias arenas;
Bosque y prado lo saben también.
¡ Ay, si hablasen las lánguidas nubes
Que despiden al sol de la esfera!
¡ Ay, si hablase la triste viajera
Que circunda de estrellas su sien!

VII.

Todo el orbe se presta á nosotros:
En las nubes te van pensamientos;
El pampero nos da tus alientos;
Nuestro llanto en las ondas tomad.
¡ Ay, que en torno á tus puertas andamos
Cual amante que vela y se queja,
Con su brazo rozando la reja
Que le encierra su virgen beldad !

VIII.

Tus recuerdos son culto divino
Que te rinde doquier la memoria;
Nunca hubieron tus tiempos de gloria
Más espléndida aureola de amor.
Que entusiasmo que vive en el alma
Tras veinte años eternos de llanto,
Tiene mucho de grande y de santo
Para orlar un recuerdo de honor.

IX.

Preguntad á la aurora de Mayo
Por la frente que le alza el proscrito;
Preguntad si su rayo bendito

No le baña orgulloso la sien.
Preguntad á las tumbas qué sienten
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo
Les mandamos recuerdos de Mayo,
Y un gemido del alma también.

X.

¿No miráis esas luces que brillan,
Cual destellos de un fuego divino?
Son los ojos del Genio Argentino
Irritado en tu obscuro confín.
¿No escucháis un confuso rüido,
Como de onda de un mar que se avanza?
Son las sombras que claman: ¡venganza!
De los héroes de Maipo y Junín.

XI.

¿No sentís que tu planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas?
Es que el suelo, y el monte y las rocas
Sudan gotas de sangre á tu pie:
Es que todo se irrita y conmueve
Al no ver de tus tiempos de gloria,
Más virtud ni más santa memoria
Que del pobre proscrito la fe.

XII.

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada
Y bendice tus hijos proscritos;
Que de aquellos tus tiempos benditos
No te queda más que ellos y Dios.
Los que besen el pie del tirano
No son dignos de un otro destino;
Son ladrones del nombre argentino,
Son bastardos sin alma ni voz.

XIII.

Somos pocos ¡oh patria! y no importa,
Pues la gloria de un pueblo y su nombre
Suele á veces guardarse en un hombre,
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos;
Son sus hijos virtuosos y bravos
Los que dan á la historia el crisol.

XIV.

Desterrados y pobres y pocos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla en magnífico ejemplo
La más pura argentina virtud.
Y si en medio al destierro caemos,
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padrón elocuente
De tu honor nuestro humilde ataúd.

XV.

En la lid y al puñal del tirano
Han caído tus hijos mejores;
Al puñal ó los crudos rigores
Del destierro caeremos también.
Mas no temas; te quedan los niños;
Esas verdes promesas de gloria,
Cuya voz cantará tu victoria
Coronada de palmas tu sien.

XVI.

¡Adiós, madre que el alma idolatra!
¡Dios recoja tu llanto bendito,
Y la vida del noble proscrito

También halle el amparo de Dios!
Reclinada en las tumbas de Mayo,
Otro tiempo benéfico espera,
Y de él hasta el alba primera,
¡Hija y madre de héroes, ADIÓS!

A***

Rosa fragante del edén caída;
Ángel proscrito que perdió sus alas;
Perla hermosa del alba desprendida;
Hebra de luz de las etéreas galas;
Paloma que ha dejado misteriosa
Las selvas que habitó en el paraíso;
Fantasía de Dios en noche hermosa,
De que hizo luego terrenal hechizo.

¿Quién eres, dí, beldad fascinadora,
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora,
Que bajo indefinibles apariencias
Al través muestras de encantado velo
Entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres, que al poder de tu hermesura
Se ata de nuevo al mundo,
Y vuelve á sus perdidas ilusiones
Aqueste corazón que la amargura
Apuró del dolor? ¿Que en lo profundo
De su ser misterioso sumergido,
Dijo ¡adiós! al placer y á las pasiones;
Y, de su propia vida desprendido,
Á la fe y la esperanza estaba muerto,
Ajeno al mundo, á los amores yerto?

¿Quién eres, que levantas misteriosa
De mi alma yerta los oscuros velos,

Como el alba las sombras de los cielos
Con sus manos de nácar y de rosa?

Y ¡cómo no admirarte! ¿cómo mi alma,
Que sufre las angustias del poeta,
No revivir para perder su calma,
No reanimar la inspiración secreta,
Si hay en ti más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día?

Corriendo en pos de mi destino incierto
He surcado los mares,
He pisado la sien de las montañas;
He cruzado el desierto
Á la luz de los pardos luminares;
Solitario he dormido
Entre las sombras de la selva hojosa,
Ó entre flexibles y sahumadas cañas,
Y he despertado al lánguido quejido
Que da de amor la tórtola medrosa:
Mi religión, mi libro, mi belleza
Fué siempre la gentil naturaleza;
Pero hallo en ti más alta poesía
Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,
Sobre una mar tranquila
Como el cristal de plácida laguna,
He visto levantarse silenciosa
En columnas de luz la blanca luna:
Panorama magnífico que en vano
Pintar querría con mi acento humano.
Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro
Hay mayor majestad, mayor dulzura
Que en la frente del astro
Que rasga el velo de la noche oscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado,
Al contemplar la brillantina lumbre

Que en el cielo del trópico inflamado,
En bella muchedumbre
Derraman los luceros rutilantes.
Allí se mira en ellos
El ópalo, el zafiro y los diamantes,
Y á sus raros y mágicos destellos,
El alma se electriza
Y tierno el corazón se poetiza.
Pero ¡ay! en tus pupilas celestiales
Hay más luz que en los astros tropicales.
Espiral de la llama que calienta
Tu tierno corazón; fuego divino
Que tu espíritu de ángel alimenta,
Y que en dulce destino,
Al dar á mi alma agitación suprema,
Más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente
La brida á mi caballo he recogido,
Para mirar en el lejano Oriente
Un trono de topacios suspendido
En pedestal de nácar y rubíes;
Y sobre gradas de purpúreas rosas
Llegar al trono la naciente aurora,
Desatando las cintas carmesíes
Á sus cabellos de oro, y las hermosas
Perlas que entre sus hebras atesora;
Derramar luego de sus tiernos ojos
Los tranquilos destellos del topacio,
Y el reflejo fugaz de los sonrojos
Que la vista del sol causa en su frente;
Llenar después de esencias el espacio
Dando su labio el matinal ambiente;
Y grabar por doquier el sacro sello
Que pone Dios en lo sublime y bello:

Pues bien: en ti mi admiración divisa
Poesía mayor, mayor encanto

Que en esa aurora que revela tanto
La existencia del Dios que la improvisa.

¿Quién, al ver la frescura de las rosas
En tu semblante virginal, podría
Echar de menos las que muestra hermosas
El rubio Oriente al asomar el día?

Cuando en fugaz agitación sonrías,
¿En qué cambiante de su luz la grana
La radiante mañana
Hallará de tus labios los rubies?

¿En cuál nácar del alba tu garganta
Y el alabastro de tu ebúrneo seno,
Cuando, de vida y de suspiros lleno,
Con tu aromado aliento se levanta?

¿Con qué cuadros de luz, con qué espirales
La hermosa aurora á disputar se atreve
Las gracias virginales
Que, en movimiento blando,
Se deleitan jugando
En derredor de tu cintura leve?

¡Oh, si te hubiese visto un solo instante
Allá en los tiempos en que el alma mía,
Feliz y delirante,
Era toda entusiasmo y poesía,
Yo no hubiera pedido prosternado
Á la naturaleza
Los misterios sin fin de su belleza
Que en mi lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura
Mi enamorado labio cantaríá;
Y de tus ojos á la lumbre pura,
Divino fuera mi mundano verso,

Y mi verso te haría
Divinidad también del universo.

Para adornar tu espléndida cabeza,
Pediría á la gloria
Lauros que eternizaran la memoria
De mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón, que espera
Cual un arpa eoleana
El primer soplo con que amor le hiera
Para dar tierno su amoroso acento,
De mi pasión temprana
Sentido hubiese mi abrasado aliento.
Yo buscaría en ti la oculta fibra
Que pulsada una vez se agita y vibra,
Y hace que la mujer, sin saber que ama,
Arda de amor en la sensible llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca
Savia de vida, espíritu de amores,
Mi vida fuera un piélagos de flores;
Y el alma mía, de entusiasmo loca,
Haría caprichosa
Del mundo un éden (1), y de ti una diosa.

Con mis manos tu frente cubriría
Para que el sol no ajara tu hermosura,
Y en hálitos de amor perfumaría
El aura que rozase
Con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondría en tus hombros mi cabeza,
Jugaría mi mano con tus rizos,
Y entonces ¡ay! del aura la belleza
Mi amor envidiaría y tus hechizos,

(1) El poeta, en vez de *edén*, pronunció *éden*, licencia poco recomendable.

Pues más enamorada sonaría
Que la voz de Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso
Robaría á tu labio el primer beso,
Y ¡ay! de Leonora la amorosa historia
Olvidaría el mundo, y la hermosura
Que dióle al Tasso su inmortal diadema.
Yo con la luz de mi radiante gloria
Diera más brillantez á tu ternura,
Más vasto imperio á tu beldad suprema;
Y en las alas del tiempo y la memoria
Volarían mis cantos,
Eternos con tu amor y tus encantos!

¡ Delirio celestial, huye de mi alma!
¡ Mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el Occidente
Un astro baja su radiosa frente,
¡ Esa es mi juventud..... esa es mi vida
Por el genio del mal tan combatida!
Hasta mis tristes ojos
Llegas tú, criatura indefinible,
Cuando ya sólo quedan los despojos
De lo que fué mi ser. Mano terrible
Puso el dolor en mi temprana vida,
Y á la hazaña homicida
Con que apuró en mi pecho sus rigores,
Se agostaron las flores
Lozanas de mi mente;
Los años para mí se apresuraron,
Y de mi joven frente
La corona de amor me desataron.

Pero no; todavía
No soy bien infeliz, pues que en mi seno
Queda una fibra que vital palpita,
Al talismán de tu sin par belleza;

Cual de un jardín ameno
Que el huracán aniquiló en la noche
Suele quedar oculta dentro el broche
Una flor que levanta su cabeza
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi lira una armonía.—
La postrera quizá, sentida, ardiente,
Flor que robo al jardín del alma mía,
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

SUEÑOS.

Venid, venid, oh sueños, á mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde lluevan palmas á mi inspirada sién,
Y mire recorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y con ellas, envuelto en sus vapores,
Me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios;
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno,
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Cómo salió la lumbre del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carroza de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del universo van,
Cómo su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
A comprender alcance su misterioso ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y brote pensamientos de mi inspirada mente,
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios, ya rojo y esplendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, oh sueños, y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no.....
Yo vivo solamente cuando febril deliro;
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descornado el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?
¡Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!.....

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante;
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

AL SOL.

¿Por qué pasas, oh rey de los astros,
De las puertas que te abre el Oriente?
¿Por qué deja más tarde tu frente
Del ocaso los bordes también?
Dos momentos no más eres bello
Á los ojos del ánima mía:
El momento en que anuncias el día,
Y el momento en que velas tu sien.

Esa lluvia de llamas que viertes
En tu vasta y radiante carrera,
Da sublime esplendor á la esfera,
Mas no al alma ilusiones de amor.
Al mirarte en el cénit, mi alma
Se concentra ofendida y vacila,
Como tiembla la herida pupila
Á tu rojo y ardiente color.

En la luz hay misterios divinos
Que no alcanzan las almas de hielo;
Tú los tienes, lumbrera del cielo,
Foco eterno de vida y de luz.
¡Gloria al bello momento en que asomas
Sobre cuna de nácar y rosas!
¡Gloria, oh sol, cuando débil te embozas
Entre velos de leve capuz!.....

Desde el cielo á este mísero mundo,
Todo el orbe respira alegría
Cuando pintas las rosas del día
De la aurora en la cándida tez.
Cual despliegan las flores su broche,
Abre el alma sus cálices, pura,
Y en amor y esperanza y ventura
Se armoniza y suspira á la vez.

De la aurora las lágrimas brillan ;
Olas de ámbar y amor se esparraman ;
Y, á la par de las aves, te aclaman
Bosque y prados, montañas y mar.
Allí copias la vida del hombre
Cuando empieza sus horas de mundo,
Cuando todo es etéreo y fecundo,
Cuando es dulce hasta el mismo llorar.

¡ Gloria, gloria, tesoro del cielo,
Cuando llegas también al ocaso,
Y con lento fatídico paso
Vas diciendo á los hombres: adiós !
¡ Cuando cerca á tu pálida frente
Las estrellas asoman prolijas,
Como en torno á su padre las hijas
Cuando su alma se vuela hasta Dios !

Nada muere á los ojos del hombre
Sin robar á su pecho un suspiro ;
Y al bajar de tu espléndido giro
Viertes ¡ ay ! melancólico amor.
¿ Quién, mirando tu lumbre postrera,
No ha llorado una vez en su vida,
Al influjo de pena escondida,
Sin poder definir su dolor ?

Dios, la patria, destino y amada
Son recuerdos constantes del alma,
En las horas de paz y de calma
En que tocas del cielo el confin.
En el alma el amor se dilata
Con más dulce verdad en su esencia,
Porque toda es amor la existencia,
Cuando piensa un momento en su fin.

Y en la tumba de ocaso cayendo
Tu opulenta magnífica frente,
Para luego llegar al oriente

De otra nueva y lejana región,
Representas la vida del hombre
Descendiendo á la vida del suelo,
Y á la vez remontando su vuelo
Fugitiva á otra nueva mansión.

¡Gloria, oh sol, cuando pintas el alba
Con un tenue carmín de tu rayo!
¡Gloria, oh sol, al llegar en desmayo
Á la tumba de ocaso también!
Dos momentos sublime te muestras
Á los ojos del ánima mía:
El momento en que anuncias el día,
Y el momento en que guardas tu sien.

RÁFAGA.

Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales ó ligera brisa,
Ronco alarido ó melodiosa voz.
No lates, no, para formar el eco
De ajenas voces; tu primer acento
Sólo fué tuyo; tu postrer aliento,
Sin mezcla alguna volará hasta Dios.

Apura, apura con amarga risa,
Corazón mío, tu letal veneno;
Apura, apura, que del cáliz lleno
Bebes y miras que rebosa más.
Hoy es un día de los mil que pasas
Como las sombras de la tarde triste,
Como la flor que el huracán embiste,
Y quiebra y yerma en su volar tenaz.

En que la vida con dolor se pasa,
En que está fría y sin valor el alma,

Y una salvaje y desabrida calma
Reemplaza el fuego de tu ardor febril.
Que el mundo miras y del mundo ries,
Risa más agria que la hiel que bebes,
Y en otro mundo á palpar te atreves
Que allá te forjas en delirios mil.

Que vengan ora á prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Y creen que el arte de temor espantan,
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que dél discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor é inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva á Dios.

Diles que vengan y profanos dicten
Formas al arte, la misión al vate;
Que hablen de leyes y tenaz combate
De un arte viejo, y el que joven creen.
Que den preceptos y formulen dogmas,
Que abran programas de sonoros temas
Bellas escuelas, y á la vez sistemas
Que á los poetas su destino den.

Que vengan hoy á prefijarle sendas
Á lo que sientes palpar violento,
Y después vayan á decir al viento:
Torced el vuelo y caminad ahí.
Diles que pongan sobre ti su mano
Y digan luego si cual tú latieron;
Si alguna vez inspiración sintieron,
Para ser jueces de la que hay en ti.

Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales ó ligera brisa,
Ronco alarido ó melodiosa voz.
Es tu misión la inspiración que sientas;

Tu arte es tu vida ; tu sistema, tu alma,
Altiya ó mansa, con ardor ó calma,
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura y burla,
Corazón mío, su severo juicio;
Si no es su fallo para ti propicio,
No menos libre volarás doquier.
Ella se ocupa en levantar murallas
Para encerrar el sentimiento en ellas;
Y el corazón en agrandar las huellas
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada,
Suelta tus velas á merced del viento,
Y cuando sople vendaval violento,
Las olas rompe del rugiente mar.
Y cuando pliegue sus inmensas alas
Y quede el mar transparentando el cielo,
Entonces suave con tranquilo vuelo
Podrás la linfa sin afán surcar.

¿Quién hoy se atreve á señalarte rumbo
Cuando tú mismo tu destino ignoras?
¡Á ti misterio, que ignorado lloras,
Arcano inmenso que formara Dios!
Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales ó ligera brisa,
Ronco alarido ó melodiosa voz.

ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850.

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendidas
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro! y sangre, y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo, y, de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
Á llamar en la tumba de Belgrano:
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la gloria
Á esconderse en las grietas de los Andes;
Reclamando á los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desaparecen;
Se apagan los radiantes luminares,
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas, ¿después? tal es—atiende—
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese *después* que acusa ó que defiende
En la ruina de un pueblo ó en su gloria.

Ese *después* fatal á que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla, y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿Las bases dónde
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que á tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo transformada en hombre;
Mas ¡ay de ti, que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido;
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tú no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza, el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaicho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso sólo es matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma, y la contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito;
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
Y más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnícera,
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado;
Tigre que te encontraste en el camino
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y sólo dejarás un nombre inmundo
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran ;
Y ellos, temblando y en tu imagen fijos,
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
Á los cuentos que invente tu memoria;
Y execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la Historia.

¡ Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía,
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día !

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno ;
Nunca á tu nombre la memoria ingrata :
Nunca á tu maldición el pecho tierno ;

Y por último azote de tu suerte,
Verás al expirar que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus alevos manos,
Mas que una mancha sobre el cuello apenas ;
Que tú no sabes, vulgo de tirano,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

D. OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE.

D. OLEGARIO VICTOR ANDRADE.

ATLÁNTIDA.

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA.

¡Wake!
HÁMLET.

I.

Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brotan de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente, —
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movible cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieves sempiternas,
Desplegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes

Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la hiedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales,
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—¡En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto,
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las muertas razas!

Allá en el fondo obscuro
Del valle que á los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda,
Palenque misterioso del destino
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,—
Vago rumor se siente.....
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que, en son medroso, el viento
Esparce por la tierra estremecida.

¡La raza que despierta

Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
Á inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
Llevando por esclava á la victoria!
¡Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilión, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II.

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,
Aquella tribu obscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno
La inquietud de la ola comprimida,
El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
Á las gigantes luchas de la vida;
¡Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina—
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Oceano,
Generoso corcel que el cuello inclina

Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje—
Todo lo holló con planta vencedora :
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas ;
¡Y las negras pirámides distantes,
Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes !

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía .
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dólmen maldito.
Pero cayó expirante en la contienda,
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda.
Y el sármata cruel, el bretón bravo,
El escita ligero,
El sombrío, feroz escandinavo
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse en sus altares.

¡ Largo su imperio fué, largo y fecundo!
El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo.
Cantó su origen inmortal Virgilio,
Sus desastres, Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente

La luz primera del ideal cristiano.
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sálicos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila.

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de hiedra de la orgía.
Corrió al Foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
¡Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
¡Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la obscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos.
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.
¡Sólo quedó de pie, soberbio atleta
Vencido, no tumbado, destacando
En las sombras el rostro giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, el Coliseo!

III.

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldecida.
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida.
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
Ó por yermos de arena abrasadora,
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
Inmóvil y callado.
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumbo de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía,
Y el sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano.

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza

Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
Á suceder á la cesárea stirpe,
La raza soberana de los Cides.

Llenó el mundo su nombre.—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
Á ser el dueño del destino humano.
¡Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio,
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
Y ansioso de combates
Fué á renovar en África prodigios
Y hazañas de Escipiones;
¡Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV.

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,

Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia, y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas,
¡Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar como en fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes
Para no perecer en la jornada.
¡Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia
El genio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
Para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles,
Pero astro que se pone en el ocaso
Tras nubes de rojizos arboles.
Brillante, fué el imperio de la fuerza!
¡Brillante pero efímero; la espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta

Trazó fronteras, suprimió desiertos,
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confin remoto
El homenaje de los reyes muertos —
La espada de Austerlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota;
Cayó en los campos de Sedán, sombríos,
Ensangrentada y rota!

V.

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan.—Así Roma
En su tumba de mármol se endereza,
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pasada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
¡Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI.

¡Soberbio mar engendrador de mundes!
¡Inquieto mar Atlante

Que ora manso, ó terrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncadas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
Ó gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar, de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de liquen y espadañas,
Al ronco son de tempestad bravía
Náufragos del abismo las montañas.
Mientras el cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recién abierta,
Sobre la cual en armonioso coro
Enjambres de planetas revolaban.

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la historia, un mundo niño.
¡Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto
Y el astro vagabundo
No fuesen á contarle tu secreto
Á la codicia insana de otro mundo!

¡ Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
Á interrogar el horizonte obscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía

Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente !
¡Y qué grito salvaje
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde traía
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII.

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto !
¡ Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Engina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
Á posarse en las cumbres del Himeto;
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
Que á sus pies se arrastraban y gemían!
¡ Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
Á celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
Y la llamó la Atlántida soñada !

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia.
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora.
Y la nave avanzó. ¡Y el Oceano,
Huraño y turbulento,

Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
Y á su frente rugiendo el torbellino
Jinete en el relámpago sangriento!
¡Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

¡Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas!
¡Era lo que soñaba!
¡Ámbito y luz en apartadas zonas!
¡Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado,
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
La libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya; lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
¡Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
Altar en que profese eternamente
Un culto sólo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno mortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos.

VIII.

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas

Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
Para emprender el vuelo á otras riberas.

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa.
Y más allá Colombia adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo.

¡Salve, zona feliz, región querida
Del almo sol que tus encantos cela,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!
Todo en tu suelo es grande:
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo.

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla obscura.
Mas no ha muerto el Perú, que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles

De redención futura.
Y entonces cuando llegue
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro.

¡Bolivia, la heredera del gigante
Nacido al pie del Ávila, su genio
Inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa;
Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
¡Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
Á coigar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay, que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso;
El Brasil, que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso,
Y á quien sólo le falta
El ser más libre, para ser más grande;
Y la región bendita
¡Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,
¡La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!

Y que hoy llama al festín de su opulencia
Á cuantos rinden culto
Á la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia.
¡La patria que ensanchó sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron.
¡La patria! que olvidada
De la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero,
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero.
¡La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano del Plata desbordante
La inmensa copa á las naciones tiende.

IX.

¡Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
El mar, el mar gigante, la montaña,
El eterno coloquio con el cielo.....
Y más allá desierto.
Acá, ríos que corren desbordados;
Allí, valles que ondean
Como ríos eternos de verdura;
Los bosques á los bosques enlazados;
Doquier la libertad, doquier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada

Que Platón presintió! Promesa de oro
Del porvenir humano.—Reservado
Á la raza fecunda
Cuyo seno engendró para la historia
Los Césares del genio y de la espada,
Aquí va á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos.
¡La más bella visión de las visiones!
Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones.

PROMETEO.

I.

Sobre negros corceles de granito
Á cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollandando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
Á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
Dispersando nublados y aquilones,
Ya heridos de pavor los astros mismos
En confusión horrible,
Como yertas pavesas descendían
De abismos en abismos;
Y el tiempo que dormía
En los senos del bátratro profundo,
Se despertó creyendo que llegaba
La hora final del mundo.

El cielo estaba mudo;
Y la turba frenética avanzaba
Con ronca vocería,

Como avanza rugiendo la marea
En la playa sombría,
Cuando Jove asomó: vibró en su mano
El rayo de las cóleras sangrientas,
Rugió en su voz el trueno del estrago
Y encadenó á su carro las tormentas.

Temblaron los jinetes
En los negros corceles de granito;
Redoblaron su saña
Arrojando á los pórticos del cielo
Con insultante grito
Pedazos de montaña,
Y volcaron los mares
Para apagar en la soberbia cumbre
Los rojos luminares.

Peró Jove, iracundo,
Blandió sobre sus frentes altaneras
El hacha del relámpago que hiere
Como á una vieja selva las esferas:
Á su golpe profundo,
Vacilaron montañas y titanes;
Y bajó el torbellino,
Heraldo de su gloria,
Con la negra cimera de huracanes,
Á anunciar á los mundos la victoria.

Rodó la turba impía
En espantoso vértigo á la tierra;
No volverá á flamear en las alturas
Su pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes,
Del abismo en las lóbregas entrañas;
Y Jove, vengativo,
Convirtió los corceles de granito
En salvajes é inmóviles montañas.

II.

El Cáucaso, caballo de batalla
De algún titán caído
Al golpe del relámpago sangriento,
Se destaca sombrío
Con el cuello estirado, cual si fuera
Á beber en el cauce turbulento
Del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
Y entre el espeso matorral de rocas,
Que fueron la melena sudorienta
Donde cuelgan las nubes vagabundas
Sus desgarradas tocas
Y en la noche desciende
Á dormir fatigada la tormenta,
Tendido está el gigante,
Que amarraron los cíclopes soberbios
Tras larga lucha fiera
Con templadas cadenas de diamante:
Aun su pecho jadea
Como cráter hirviente;
Y cada vez que se retuerce inquieto,
El sol vela su frente,
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
Rojas hogueras que atizó el encono,
Antorchas funerarias de la noche
De su eterno abandono.
Y no es un grito humano
Lo que exhala su pecho—
Que no tiene el dolor tan rudas notas;—
Es el estruendo del volcán que estalla,
El grito del torrente en la espesura,
Choque de aceros y corazas rotas
En el fragor de la feroz batalla.

Sólo el Ponto responde á sus rugidos
Que lanza en su desvelo,
Y llama en su socorro con voz lúgubre
Á las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
Lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado,
Quiere arrastrar consigo á la ribera,
Y la ribera sorda
Escapa de sus brazos,
Dejándole en la lucha misteriosa
De su veste de juncos los pedazos.

En vano el Ponto grita
Y se endereza embravecido y fiero.
¡Él es también gigante encadenado!
¡ Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
Ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

El titán no se abate.
¡ Es que el dolor enerva á los pigmeos,
Y á los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
Y más ruda su saña;
Si afloja un eslabón de su cadena,
Un martillo invisible lo remacha
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
Al salvaje festín de su martirio,
Vienen los cuervos en revuelta nube;
Verdugos turbulentos,
Que Júpiter envía enfurecido
Á desgarrar la entraña palpitante
De su rival temido.

Suelta el titán los brazos
En actitud cobarde y dolorida
Al sentir su frenética algazara ;
¡Parece que cayera anonadado
Bajo el horrible peso de la vida !
¿Qué maza lo ha postrado ?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla ?
¡Es que después del rayo de los dioses
Viene á escupirle el rostro la canalla!

¡Así en la larga noche de la historia
Bajan á escarnecer el pensamiento,
Á apagar las centellas de su gloria
Con asqueroso aliento,
Odios, supersticiones, fanatismos ;
¡Y con ira villana,
El buitre del error clava sus garras
En la conciencia humana !

« ¡Oh Dios caduco ! grita
El titán impotente :
Como esta negra carne que renace
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
Renacerá fulgente
Para alumbrar y fecundar el mundo
La chispa redentora
Que arrebaté á tu cielo despiadado,
Germen de eterna aurora
Del caos en las entrañas arraigado.

» Desata, Dios caduco,
La turba ladradora de tus vientos ;
Sacude los andrajos de tus nubes,
Y acuda á tus acentos
La noche con sus sombras,
Con montañas de espuma el Oceano ;
No apagarán la luz inextinguible
Del pensamiento humano !

» ¿Qué importa mi martirio,
Mi martirio de siglos, si aun atado,
Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
El mártir de tu encono
Siente tronar la ráfaga tremenda
Que va á tumbar tu trono?

» Tres siglos no he dormido ;
Tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
Al sentir mis lamentos,
Ni nube que al pasar no haya vertido
En la copa de aromas del ambiente,
Una gota de llanto
Para mojar mi frente.

» Á veces he llorado,
Y el raudal de mis lágrimas heladas
Corrió por la ladera
Con ruido de cascadas.
El Araxa sombrío,
Dragón de negras fauces,
Que se calienta al sol en la pradera,
Es hijo de mis lágrimas. Por eso
Lanza gritos tan hondos,
Y atrae cuanto se acerca á su ribera.

» De vez en cuando siento
Sollozos de mujer á la distancia :
Es Hesione, la mártir, que se queja
En el fondo del valle abandonada.
Las águilas del Cáucaso que pasan
Á la nube bermeja,
Que recibió en la faz ruborizada
El ósculo del sol en el ocaso,
Le cuentan mi martirio
Y me traen el mensaje de su pena,

¡El mensaje ternísimo que escucho,
Sacudiendo mi bárbara cadena !

» ¿Qué importan tus tormentos,
Tus tormentos de siglos, Dios airado,
Si en la lengua sonora de los vientos
Me transmite los himnos de su alma,
Como al través del médano abrasado
Va el polen de la palma?
¿Si en el trémulo seno,
Como el rayo en los negros nubarrones,
Lleva ella palpitando
El feto colosal de las naciones?

» ¡Desata tus borrascas!
¡Lanza á los aires tu bridón de llama,
Caduco soberano,
Y despliega en los cielos tenebrosos
Tu sangriento oriflama!
Será tu empeño vano;
Soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte
De tu trono de nubes:
¡*El titán inmortal del pensamiento!*

» Ayer, la tierra muda
Flotaba en los abismos de la nada,
Como una urna vacía
Al soplo del azar abandonada,
Y en sus hondas y frías cavidades
Sólo el eco se oía
Del monólogo eterno de las sombras,
Y el rumor de las roncadas tempestades.

» Hoy, la tierra está viva : alguien habita
El fondo de los mares ;
Germen de vida y juventud palpita
En sus bosques de acidias y corales.
No es el viento el que gime en la maraña

De las selvas sonoras ;
¡Ruido de alas abajo, y en el cielo
Parece que revientan
Semilleros de auroras !

» ¡ Júpiter: aturdido con tu gloria,
Embriagado de orgullo,
No sientes en los senos del abismo
Lo que siente arrobado Prometeo !
Algo como un arrullo
En el nido de nieblas del vacío,
De misterioso enjambre el aleteo,
Cual si bandas de estrellas ensayasen
Su plumaje de luz, para lanzarse
A lucir en los campos del espacio
Su espléndido atavío.

» ¡ Aquella sombra muda,
Aquel eterno esclavo peregrino,
Que lanzaste sin rumbo
En las negras jornadas del destino,
Ya no va caviloso,
Temblando del rumor de su pisada;
Lleva la frente erguida
De misteriosa aureola circundada !

» Hay luz y voz en ella :
Es flor recién abierta ,
Cuya blanca y espléndida corola
Tiene el perfume agreste de las cumbres
Y el latir convulsivo de la ola ;
En breve de su seno
Volarán las ideas—
Mariposas de luz del pensamiento—
Y asombrarán al mundo con sus alas,
Más sonoras que el viento.

» Ellas me vengarán, Jove caduco:
Serán mis herederas.

Yo arrojé en el cerebro de los hombres
Semillas de volcán, germen de hogueras.
Desata el huracán de tus furoros;
Redobla mi tormento;
Que ya viene el titán que ha de vengarme:
¡ El titán inmortal del pensamiento ! »

Dijo y calló: no ya desesperado,
Torva la faz, revuelta la pupila,
Sino grave, sereno, resignado,
Como quien sin vencer, sabe que es suya
La victoria final, y no vacila.

III.

No volvió á retumbar en la montaña
El grito del titán retando al cielo;
Ni temblaron las nubes, ni los astros
Detuvieron su vuelo
Para mirar la bárbara batalla;
Ni el negro Ponto amotinó sus ondas
Crispado y convulsivo,
Para arrancar de su prisión eterna
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
Que habitó el huracán encadenado,
Y descendió el Araxa gemebundo
Con torpe pesadumbre,
Á arrastrarse callado en la llanura,
Como del alma en el profundo cauce
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura.

¡ Siempre el gigante en vela !
El cielo era la página sombría
En que al débil fulgor de las estrellas
Las misteriosas sílabas leía

De su destino fiero ;
Y el errante cometa ,
Que en la lejana cumbre aparecía ,
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas ;
Como el roce ligero
De fantásticas plumas
Que tocaban su sien calenturienta ;
Murmullo blando de hojas
De un árbol invisible desprendidas
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
Ni jirones de niebla desgarrados
Por el aire liviano:
Era el coro armonioso
De las gentiles hijas del Oceano,
Que á la luz del crepúsculo salían
De sus grutas azules,
Y en torno del titán encadenado
Los húmedos cabellos sacudían.

«No duermas, Prometeo »,
Al pasar á su oído murmuraban,
Desatando en su alma
Las ansias infinitas del deseo.
« ¡No duermas, que el Olimpo se estremece
Con inquietud extraña,
Y truenan los abismos,
Como truena el volcán en la montaña ! »

Prometeo velaba,
Fijo el ojo en las lóbregas esferas
Que como enormes olas palpitaban ,
Y atento al ruido sordo
Que las brisas del valle le traían ,

El ruido de las razas que hormigueaban
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV.

Una tarde..... ya el sol desfallecía,
Como herido impotente,
En los brazos oscuros
Del enorme fantasma de Occidente,
Cuando sintió temblar la dura roca
En que apoyó tres siglos la cabeza,
Y oyó en los aires algo
Como un tropel de fieras
Retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
Interrogó á las nubes que rodaban
Por el espacio mudo,
Como gigantes témpanos de nieve
Que desprende impaciente
El huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
Que el Olimpo crujía,
Y que los viejos dioses espiraban
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
De las gentiles hijas del Océano
Que en su pecho vertía
Las infinitas ansias del deseo,
Volvió á sonar dulcísima en su oído
Para decirle en melodioso idioma :
« Despierta, Prometeo;
Que en las lejanas cumbres
Un nuevo sol asoma ! »

Volvió el titán á sacudir airado
Sus duros eslabones,

Que al esfuerzo supremo rechinaron ;
Y las rocas cayeron
Como viejos torreones
Por el rayo de Júpiter heridos ,
Y los cuervos hambrientos se alejaron
Con lúgubres graznidos.

V.

¡ Ya el gigante está en pie! ¡ya la montaña,
Ara de su martirio,
Que empapó con la sangre de su entraña
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;
La montaña, testigo dolorido
De su tremenda historia,
Es su negro caballo de pelea:
El pedestal soberbio de su gloria!

¿ Qué ve en la inmensidad desconocida
Que su impaciencia calma,
Y otra vez avasalla
Con cadenas de asombros á su alma ?
¡ Ve alzarse en el confín del horizonte,
Del espacio en los ámbitos profundos,
Sobre la excelsa cúspide de un monte
Que se estremece inquieta,
Y en medio del espanto de los mundos,
De una cruz la fantásticas silueta!

« ¡ Al fin puedo morir ! grita el gigante
Con sublime ademán y voz de trueno.
¡ Aquella es la bandera del combate,
Que en el aire sereno
Ó al soplo de pujantes tempestades
Va á desplegar el pensamiento humano
Teñida con la sangre de otro mártir
—Prometeo cristiano—

Para expulsar del orgulloso Olimpo
Las caducas deidades!

» Es un nuevo planeta, que aparece
Tras los montes salvajes de Judea,
Para alumbrar un ancho derrotero
Á la conciencia humana.
¡ El germen fulgurante de la idea,
Que arrebaté al Olimpo despiadado ;
La encarnación gigante de mi raza,
La raza prometeana !

» ¡ Al fin puedo morir ! ¡ Hijo de Urano,
Llevo sangre de dioses en las venas,
Sangre que al fin se hiela !
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
Lleva el fuego sagrado
Que eternamente riela,
Ya lo azoten los siglos con sus alas
Ó el viento furibundo,
El fuego del espíritu, heredero
Del imperio del mundo. »

Dijo, y cayó como la vieja encina
Que troncha el leñador con golpe rudo ;
La montaña tembló, y el negro Ponto
Se enderezó sañudo,
Para asistir á su hora postrimera,
Y las gentiles hijas del Océano
Bajaron presurosas
Y en torno á su cadáver encendieron
De perfumados leños una hoguera.

VI.

¿ Qué es aquello que cruza
Con planta soberana
Sembrando mundos y encendiendo estrellas

Por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
La cumbre se despierta sonrosada,
Como al ósculo tibio de la aurora
Despierta enrojecida la mañana.

Si baja á la pradera,
Dormida en brazos de la niebla fría,
La pradera galana
Con su velo de novia se atavía,
Y al rumor misterioso de su huella
Se ciñe el viejo bosque
Su corona más bella:

Si al mar descende—que la espalda encorva
Como esclavo sumiso
Para besar su turbulenta planta—
El mar abre su seno
Y el más sublime de sus himnos canta:
El himno con que arrulla
El sueño de los negros promontorios,
Centinelas inmóviles del mundo,
Y le enseña latiendo en sus entrañas
De las faunas y floras venideras
El légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
Rechinan á su empuje omnipotente,
Y se alzan en tropel á su presencia,
Desde el fondo del caos petrificado,
Las formas y las razas extinguidas
En cuya adusta frente
El ojo de la ciencia delectrea
El verdadero Génesis del mundo,
Que la leyenda bíblica falsea.

Todo á su paso vive, alienta, brota:
El mar, el monte, la desierta esfera;
Y á su soplo creador todo se expande,

Palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
Como un arco triunfal para que pase,
Sus montañas de hielo,
Y enciende presuroso
Sus gigantescas lámparas el Ande
Para alumbrarle el tránsito del cielo.

Él es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,
Por su inmenso poder transfigurada.
No hay piélago, ni abismo
Que no rasgue su seno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
Destronó el paganismo
Y rompió las cadenas que arrastraba
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
Encendida en las bóvedas oscuras
De la conciencia humana,
Que todo lo ilumina;
El signo de una raza de titanes
Destinada á la lucha y al martirio:
¡La raza prometeana!

¡En la cruz, en la hoguera,
En el árido islote, en el desierto,
En el claustro sombrío, donde quiera
Vierte su sangre á mares
Que los helados páramos caldea,
Su sangre que en los cauces seculares
De la historia, desata
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
En la fe y en la gloria
Cuantos despejan la futura ruta
Con la luz inmortal del pensamiento.

Ya mueran en el Gólgota, ya apuren
De Sócrates severo
La rebotante copa de cicuta,
Ya, nuevo Prometeo,
Al torvo fanatismo desafíe
Sobre Roma, montaña de la historia,
El viejo Galileo.

VII.

¡ Arriba, pensadores ; que en la lucha
Se templa y fortalece
Vuestra raza inmortal, nunca domada,
Que lleva por celeste distintivo
La chispa de la audacia en la mirada
Y anhelos infinitos en el alma,
En cuya frente altiva
Se confunden y enlazan
El laurel rumoroso de la gloria
Y del dolor la mustia siempreviva!

¡ Arriba, pensadores ;
Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera !
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
¡ Arriba, que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo expiren
Con doliente y confuso clamoreo !
¡ Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo !

Á VICTOR HUGO.

I.

¡La negra selva por doquier! ¡el viento
Como inquieto lebrel encadenado
Aullando en la espesura!
¡La noche eterna por doquier! ¡el cielo
Como un mar congelado,
Y el mar como una inmensa sepultura!

De tarde en tarde brilla
De la aurora boreal el rayo frío,
Y á su vislumbre pálida, los astros
Que ruedan lentamente en el vacío
Enormes buques náufragos semejan,
Que al ronco son del trueno,
Van llevando sin rumbo
Cadáveres de mundos en su seno.

Hay vida en la creación, vida embrionaria
Pero embotada y fría.—Allá á lo lejos,
En la extensión inmensa y solitaria,
Islas y continentes van surgiendo
De la muriente aurora á los reflejos,
Como monstruos del mar que se dirigen
En confuso rebaño hacia la orilla;
Y los montes lejanos,
Gigantes de armaduras de granito,
Parece que esperasen de rodilla
El mandato de Dios, para lanzarse
Á escalar la región del infinito.

II.

Era la edad en que la densa noche
Del polo sobre el mundo se extendía,

La noche de la calma aterradora,
En cuya soledad, lóbrega y fría
Como raudal helado, dormitaba
La savia engendradora.
No hay noche sin mañana.....
En el cielo, en la historia, donde quiera
La sombra es siempre efímera y liviana,
La nube, por más negra, pasajera ;
Y aquella noche al fin iba á rasgarse
Como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,
La alegría del nido en la espesura
Flotaron en la atmósfera ligera,
Y antes de desplegar la luz sus galas
Entonó un ave la canción primera.

Al eco de la insólita armonía
La tierra despertó.—La selva oscura
Con ansia de volar, batió las ramas ;
Misteriosa y extraña vocería
Se alzó del mar en la siniestra hondura,
Cual si ensayasen sus salvajes himnos
La borrasca y la tromba asoladora,
Y de la informe larva del abismo,
Mariposa de luz, surgió la aurora.

III.

También la historia tiene
Torvas noches de horror, como el Oceano,
Noches glaciales en que duerme todo,
La vida, el arte, el pensamiento humano.
También como en la selva primitiva
De mustias cicadeas,
La savia del espíritu dormita,
Sin reventar en frutos, ni cuajarse
La flor de las ideas.

¡ Qué lentas son las horas de la historia !
¡ Qué largo y qué sombrío
El imperio del mal, cuando parece
La conciencia pasmada
Profundo cráter de apagada escoria,
Desierto cauce de agotado río,
Y en la noche callada
No se oye más rumor que el de la orgía
Ó el áspero crujir de la cadena,
Mientras del cielo en la extensión vacía
La ronca voz de los espantos truena!

IV.

Tarda el amanecer, pero al fin llega.
¡ Oh mal, no eres eterno !
Así como en la noche de la tierra,
Profunda noche de aterido invierno,
El mundo despertó cuando en las ramas
De la selva dormida
El primer himno resonó del ave
Que desplegaba el ala entumecida
Presintiendo á la aurora ;

Así la humanidad despierta inquieta
En la noche moral abrumadora
Cuando surge el poeta,
Ave también de vuelo soberano,
Que en las horas sombrías
Canta al oído del linaje humano
Ignotas armonías,
Misteriosos acordes celestiales,
Enseñando á los pueblos rezagados
El rumbo de las grandes travesías,
La senda de las cumbres inmortales.

V.

Olvidada de Dios, Judá apuraba

La copa del placer.—En sus altares,
Los ídolos extraños recibían
Cobarde adoración.—No era la Esposa
Sencilla del Cantar de los Cantares,
No era la Virgen de Israel, gallarda
Como las palmas de Samir : ¡ajada
La tez de rosa y ulcerado el pecho,
Con inquietud febril se revolcaba
Del vicio impuro en el candente lecho !

¡ Viento de corrupción, viento de muerte
Soplaba sobre el mundo !—¡ Babilonia,
Del deleite en los brazos reclinada,
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo
Para blandir el hierro,
Y á la orilla del Eufrates sentada,
Á los pueblos vecinos daba cita
En las lúbricas danzas del Becerro
Ó á la sombra del mirto de Mylita !

El mundo iba á morir—como bacante
Ebria al compás de báquicas estrofas,
Al son de besos, al rumor de orgías—
Cuando á las puertas del cerrado templo,
Torvo y airado apareció Isaías.
Y tronó en los espacios vengadora
Su voz, hondo murmullo
De rayos, fulminando
Al crimen, á la guerra y al orgullo,
Prediciendo á la plebe pecadora
Largas horas de llanto, tras las cuales,
Purificada y bella, surgiría
La ciudad del Señor ; y á Babilonia,
Á Babilonia la soberbia, el día
En que el Medo feroz, los vasos de oro
Y las sedas de Persia, el arpa siria
Con que encantaba al mundo,
Las águilas de bronce, los jardines
Aéreos, todo, todo,

Iba á hollar insensible
De sus corceles bajo el casco inmundo.

VI.

Dos razas batallaban
En campo estrecho con furor insano:
La vieja raza de la historia, aquella
Señora un tiempo del destino humano,
Abuela de naciones;
La que templó sus armas
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas
Del Indus y del Tigris sus legiones;
Y la raza nacida
Del sol levante al ósculo de fuego,
Que llevaba en la frente
La centella de luz del genio griego.

¿Cuál iba á sucumbir? La raza vieja
Esclava del destino, mar volcado
De Tesalia en el valle sonriente,
Avanzaba tenaz.—Ya estaba mudo
De Maratón el bosque consagrado.
Ya no brillaba en el combate rudo
De Leónidas la diestra refulgente,
Cuando la musa helena,
La musa de alas de águila de Esquilo,
Hendió los aires y voló á la escena,
De la rapsodia enervado: asilo,
Y con voz que aun resuena
Del mar Egeo en la sonora playa,
Ceñida de laurel la sien divina,
Al cadencioso son del ritmo jonio,
Y entre el fragor de la feral batalla
Lanzó el himno triunfal de Salamina.

VII.

Ya Roma no era Roma, la que un día
Encadenó á su paso la fortuna,
La Roma de los grandes caracteres;
Mudo el foro, desierta la tribuna,
En sus plazas y circos no se oía
Más que el rumor de esclavos y mujeres
En bulliciosa confusión danzando
Al son lascivo de los himnos griegos,
Ó el palmotear de cortesana impura
Del vil histrión en los obscenos juegos.—
Ya Roma no era Roma. No anidaban
Del Aventino en la gloriosa cima,
Emblema de una raza gigantea,
Las águilas de Júpiter tonante,
Sino en mansa, blanquísima bandada,
Las palomas de Venus Citerea.

Dormido estaba el rayo, como duerme
En el monte la lava rugidora
Y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,
Y el rayo despertó.—Vibró en la lira
De Juvenal, no en caprichoso alarde
De dulce verso ó de canción sonora,
De torpe mofa ó de cobarde duda,
Sino implacable, acerbo, burilando
En carne viva la común afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
Alzó sobre la sien calenturienta
De aquel rebaño humano,
Y fué marcando con eterno mote
Á la falsa virtud, al crimen pálido,
Al vulgo y al tirano.

VIII.

Eclipse de la historia, la Edad Media,

Crepúsculo sin día,
¡Pesaba sobre el mundo, como inmenso
Torrente de tinieblas despeñado
Del ancho cielo en la extensión vacía.
Astro sin luz, el pensamiento, mustia
Lámpara de un altar abandonado
Que el cierzo helado azota,
Al través de las sombras perseguía
De un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,
Bajó del corazón al antro obscuro
Á descifrar la letra del arcano,
La misteriosa cifra del futuro,
Y con voz ora triste y ora grave,
Mezcla á veces de cántico y lamento,
Dijo á la muchedumbre horrorizada:
¡ Quien sabe de dolor, todo lo sabe!
Y de su siglo la conciencia helada,
Se despertó á su acento.

IX.

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
La caravana humana, halla un poeta
Que espera en el dintel, alta la frente
Coronada de pálidos luceros,
Sacerdote y profeta,
Para enseñarle el horizonte abierto
Y bendecir los nuevos derroteros.

¡ Á ti te tocó en suerte, soberano
Del canto, inmortal Hugo,
La más ruda jornada de la historia!
Ya no es una nación que rompe el yugo
De la opresión, ni el canto de victoria
Tras las hcras durísimas de prueba.

¡Hoy es la humanidad que se emancipa!
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

¡Todo lo tienes tú! la voz de trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos;
El grito fragoroso del que un día
Encarnó, para ejémplo de los siglos,
La idea del derecho en Prometeo;
La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Daniel latino
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna de los cantos
Del viejo Gibelino.

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo
Te dió tan vasto sin igual proscenio.
¡No hay notas que no vibren en tu lira,
Espacios que no se abran á tu genio.
Cantas al porvenir, y los que sufren,
Esclavos de la fuerza ó la mentira,
Sienten abrirse á sus llorosos ojos
De la esperanza las azules puertas.
Apostrofás al tiempo, y se levantan,
Mágico evocador de edades muertas,
Como viviente, inmenso torbellino,
Razas extintas, pueblos fenecidos,
Fantasmas y vestiglos,
Para contarte en misterioso idioma
La colosal *Leyenda de los siglos!*

¡Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:
Profeta, precursor, mártir, proscrito.
Gigante en el dolor, te levantaste
Cuando en la noche lóbrega sentiste
Temblar los mares, vacilar la tierra
Con pavorosa conmoción extraña,
Cual si un titán demente forcejease
Por arrancar de cuajo una montaña.—

Era Francia, montaña en cuya cumbre
Anida el genio humano ;
La Francia de tu amor, que tambaleaba
Herida por el hacha del germano ;
¡Y arrojando la lira en que cantabas
La *Canción de los bosques y las calles*,
Fuiste á tocar llamada
De París sobre el muro ennegrecido
En el ronco clarín de Roncesvalles !

¡Desde aquí, teatro nuevo
Que Dios destina al drama del futuro,
Razas libres te admiran y se mezclan
Al coro de tu gloria—
Orfeo que bajaste
En busca de tu amante arrebatada,
La santa democracia,
Á las más hondas simas de la historia !
¡Desde aquí te contemplan
Entre dos siglos batallando airado
Y arrancando á la lira
La vibración del porvenir rasgado
Ó el triste acento de la edad que expira !
¡Y al través de los mares,
Astro que bajas al ocaso, envuelto
En torrentes de llama brilladora,
Entonando tus cantos seculares
Te saludan los hijos de la aurora !

EL NIDO DE CÓNDORES.

I.

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle ni la sierra
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus tímpanos de llama.

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera:
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante:
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esa cumbre gigante.»

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja.

II.

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza á las nubes en Oriente;
Ó con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana, ¡inolvidable día!
Ya iba á soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
Á celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines.

Crecí da muchedumbre se agolpaba

Cual las ondas del mar en sus linderos ;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente y desgarró su entraña (1).

¿Dónde van? ¿dónde van? Dios los empuja,
Amor de patria y libertad los guía :
Donde más fuerte la tormenta ruja ;
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo ;
¡Van á morir ó á libertar un mundo !

III.

¡Pensativo á su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino
Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena.

El cóndor lo miró, voló del Ande
Á la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡Este es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: ¡Mirad, esa es mi gloria !

IV.

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora ;

(1) Pasaje de los Andes.—23 de Enero de 1817.

Y á sus rancos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno.

Un día.... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelca;
Viento de tempestad llevó á su oído
Rugidos de marea;
Y descendió á la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo,
En la cima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba;
Y al fin entre relámpagos de gloria
Vino á alzarla en sus brazos la victoria (1).

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos.

V.

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,

(1) Batalla de Chacabuco.—12 de Febrero de 1817.

En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos (1).

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio á la nativa cumbre.

VI.

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente.

(1) Sorpresa de Cancha Rayada.—19 de Marzo de 1818.

¿Adónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
Á cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores.

Va á posarse en la cresta de una roca
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento.

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria;
Cuando el mar patagón alce á su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Este es el grandel

D. CARLOS ENCINA.

D. CARLOS ENCINA.

CANTO AL ARTE.

I.

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad, ¿por qué luchar crueles
Mientras la humanidad vaga perdida
Náufraga en los océanos de la vida?
¿No hay más allá en el mundo
Tras la prisión que la mirada abarca,
Y el vuelo del espíritu detiene
El horizonte que la ciencia marca?
¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el arte
Que creó el sentimiento del poeta
Es un ensueño de la mente inquieta?
¿La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega
Será quizá engañosa
Transformación de la materia ciega?
¡Virtud, justicia! ¿sois también mentira,
Atributo del átomo que gira,
Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?
¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quién llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II.

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende;
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende,
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino
La ciencia calla, y la razón postrada
Se siente por el vértigo atraída
Hacia el abismo de su propia nada.
¡Allí principia el arte! Allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza á la región de lo sublime.
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito,
De esferas en esferas, va buscando.
Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se temple
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira
Reflejo de lo eterno que lo inspira.
Así bajo el ardiente colorido
El lienzo mudo vive y se sublima,
Y de suaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes

Que al imperio del ritmo se conciertan
Sed de infinito al corazón despiertan.

III.

¡Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
¡Verdad, justicia, aspiración perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el Arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?.....
La ciencia intenta conocer el cielo
Y la unidad descubre de las fuerzas;
Pero mira allí mismo el sentimiento
Y ve los mundos que, en su marcha eterna,
Una suprema voluntad gobierna.
La razón quiso penetrar al hombre
Y sólo halló un cerebro;
Pero el Arte ha encontrado la conciencia,
Y ha visto á Dios allí donde no alcanza
El severo rigor de la balanza.
¡No; no es una ilusión, no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
¡No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!
La fiera en su guarida
Es feliz y perfecta
Por la gruta y el bosque protegida;
El águila que sube
Á las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor; en su alma
Elemental no existe,
De la severa ley, la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
¡No; no es una ilusión; no es un delirio
La santidad del bien! ¡luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
Hay algo más que el átomo y la fuerza;
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio.
Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!
¡No es material el ser que lo proclama
El canto poderoso de Beethoven,
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz trasformada el Universo.
¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende
Toda virtud y gloria de la tierra?
¡Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV.

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga,
Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan del infinito á lo creado ;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y á ellos ajusta la inspirada lira ;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.
Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota.
Eso es lo que sentimos
Cuando, en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.
Gravitación sublime, á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen ;
Cadena de armonía, que vincula
El ser creado á su celeste origen.

V.

Cuando en la edad primera
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba obscuro al labio balbuciente ;
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.
Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.
Hasta que al fin la llama creadora

Que al planeta circunda
Iluminó la noche de su mente
Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre:
—¡Hay un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.
Así la humanidad se alzó del polvo
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.
Desde entonces, por siempre,
Como valla insalvable,
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada,
Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no ve, que el alma siente.
¡Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes;
Ella es la fe que al mártir acompaña!
El frío escepticismo
Alza su estéril mano,
Y borrar lo imborrable intenta en vano;
Antes la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos, el universo, sepultara.
No volverán los días
De aquel ser de las selvas primitivo
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
¡El hombre ya no vive de materia:
Vive de la verdad! ¡ Su alma tocada

Por el fuego divino
Presencia no puede ser de muerte incierta ;
Tiene ante sí la inmensidad abierta !
¡Allí, su aspiración y su destino!

¡ Artistas, sacerdotes de lo bello !
Vuestra misión sobre la tierra es santa :
¡ Dios es del Arte la sublime idea ;
Que su revelación el Arte sea !
¡ Suprema luz increada,
Artista de los mundos ! yo te invoco :
Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende.

URUGUAY.

1885-1886

D. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

D. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

LETRILLA SATÍRICA.

«Navega nuestro bajel
Viento en popa y mar bonanza.
¡Buena va la danza!»

No den interpretaciones
Á mis versos los ilusos,
Que el que ataca los abusos
Ama á las instituciones;
Mas si aquestas prevenciones,
No son suficiente fianza,
«¡Buena va la danza!»

De las capas que yo mismo
Me admiro de su grandor,
Es la más «doble» y mejor
La capa del patriotismo:
Muchos profesan civismo
Mientras corre la pitanza;
«¡Buena va la danza!»

Defiende en campo de honor
La libertad un valiente
Como un héroe, y no consiente
Ni aun la sombra de opresor;
Mas en la paz ¡qué dolor!

Aquél duerme y éste avanza.
«¡Buena va la danza!»

Con más astucia que un gato,
Más agallas que un taurón,
Se presenta un trapalón
Con un proyecto barato;
Luego tocan á rebato
Y asegura lo que alcanza.
«¡Buena va la danza!»

Tiene por padrino á «un gordo»
El gran sisador don Tejo,
Y danle para «el manejo»
Un empleo de alto bordo:
Ordeña á la patria el tordo
Cual si fuera vaca mansa.
«¡Buena va la danza!»

Consigue otro parvulillo
«Mangia con tuti», y gandul,
Vender por blanco y azul
Lo que es «verde y amarillo»,
Y logra algún empleillo
En que se llena la panza.
«¡Buena va la danza!»

Muestra Fabio por trofeo
Sus heridas, su opinión,
Buscando colocación
Sin alcanzar su deseo,
Ó le ofrecen un empleo
En la isla de Sancho Panza.
«¡Buena va la danza!»

Confiado en el galardón,
Sirve Jorge en trance duro;
Mas en pasando el apuro
Lo relegan á un rincón,

Á vivir, cual camaleón,
Del aire de la esperanza.
«¡Buena va la danza!»

Llega al foro de un Tarquino
Constanza, y si pestañó,
Ha de salir cual salió
La esposa de Colatino;
Mas su heroísmo y destino
No imita doña Constanza.
«¡Buena va la danza!»

Va el pueblo en una elección
Á votar como en barbecho,
Y la astucia y el cohecho
Triunfan en la votación:
Se repite otra ocasión,
Y sigue la contradanza.
«¡Buena va la danza!»

Entra un licurgo doncel
De la ley en el santuario,
Y se adhiere á un partidario,
Sacrificando por él
De Temis la espada fiel
Y de Astrea la balanza.
«¡Buena va la danza!»

¡Alto ahí! dice un figurón;
Yo soy la Patria y la Ley,
Los demás son una grey
De irracional condición;
Mis fueros son el cañón
Y mi derecho la lanza.
«¡Buena va la danza!»

Manchados de concusión
Muchos se lavan ufanos,
Como Pilatos, las manos

Sin lavarse el corazón,
Y al hacer la expoliación
Se escudan con la ordenanza.
«¡Buena va la danza!»

El escribano Pantoja
Gordo escribe y apartado,
Sin ver que el papel sellado
Cuesta á dos reales la hoja:
De sus derechos no afloja,
Según su maldita usanza.
«¡Buena va la danza!»

Ve á una garza don Ciriaco,
Se emboba y casa con ella,
Pensando que es la doncella
«Sexto signo» del zodiaco;
Mas ella hace al monicaco
Capricornio sin tardanza.
«¡Buena va la danza!»

Llega un albéitar de «alén»,
Nuevo adepto de Esculapio,
Conjugando el verbo «rapio»
Y matando á «tutiplén»;
Todos le dicen amén,
Y autorizan la matanza.
«¡Buena va la danza!»

Odió al vicio, dice Andrés,
¡Virtud es nuestra divisa!
Mientras pierde la camisa
Al «en puertas» y al «en tres»,
Perorando en los cafés
De Colón y de la Alianza.
«¡Buena va la danza!»

Llega en cerdudo lenguaje
Un gringo diciendo «gui»,

Y mil monos luego aquí
Le imitan el aire y traje,
Ó le encargan que trabaje
En la pública enseñanza.
«¡Buena va la danza!»

Sóplase orondo un trompeta
En el Parnaso, porque
Aprendió el «peopo-e»,
«Poe-teata-poeta»,
Y en su mísera cuarteta
Enreda una mezcolanza.
«¡Buena va la danza!»

Porque no llegue á rabiarse
Matan un cuzco inocente;
Mas pagando «la patente»,
Ya puede un mastín campar,
Que impune con su collar
Rabie y muerda con confianza.
«¡Buena va la danza!»

Hay escritor adulón
Que al sol que nace se inclina,
Hace Bruto á un Catilina
Y Vespasiano á un Nerón,
Íturbide es Washington
Mientras no hay una mudanza.
«¡Buena va la danza!»

Es verdad que hay mil varones
En patriotismo acendrados;
Hay virtuosos magistrados,
Temístocles y Catones;
Sólo hablo con los bribones
Cuando les digo por chanza:
«¡Buena va la danza!»
«¡Buena va la danza!»

HIMNO AL SOL

EN EL ANIVERSARIO DE MAYO DE 1844.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Celebre el Oriente
Con alta ufanía,
De América el día
Y el Sol inmortal;
El astro fulgente
Que el mundo venera,
Que reina en la esfera
Con brillo triunfal.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

¡Oh antorcha divina!
Ya en rubios reflejos
Se anuncia á lo lejos
Tu hermoso arrebol;
Ya el cielo ilumina
Tu lumbre naciente,
Y entona el Oriente
El himno del Sol.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Sus tiernos capullos
Desatan las flores,
Que esencias y olores
Esparcen doquier;
Y en dulces arrullos,
En trinos süaves,
Saludan las aves
Tu luz al nacer.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Cual numen velado
De diáfanas nubes,
Ya espléndido subes
Brillando al trasluz;
Ya el velo ha rasgado
Tu aurífera llama,
Que en torno derrama
Diluvios de luz.

CORO

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Fugaces se alejan
Las sombras del monte,
Y el turbio horizonte
Se mira inflamar;
Y azules reflejan
Con pompa y decoro,
En láminas de oro,
Las ondas del mar.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Ya te alzas triunfante
Dorando las cumbres
Con ricas vislumbres
De vario color;
Con brillo ondulante
Las ramas se mecen,
Y aljófara te ofrecen
La palma y la flor.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Atónito y ciego
Desmaya el que mira
Tu espléndida pira,
Tu globo inmortal;
Porque eres de fuego
Abismo insondable,
Espejo inefable
Del Sér divinal.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Ya brilla eminente
Tu augusta diadema,
Magnífico emblema
De regio esplendor;
El indio la frente
Levanta á tu aurora,
Y absorto te adora,
Deidad superior.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

El águila el vuelo
Levanta orgullosa,
Y en lo alto, pomposa,
Desdeña al mortal;
Te mira y al cielo
Ansiosa se encumbra,
Y al fin la deslumbra
Tu luz celestial.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú el aire depuras,
Fecundas el suelo,
Derrites el hielo
Y doras la mies;
Y allá en las alturas,
Entre auras serenas,
Divisas apenas
El mundo á tus pies.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

De Dios un destello
Revela tu esencia,
Y á tu alma influencia
Se ven fomentar:
La hormiga, el camello,
La grama, la encina,
El oro en la mina,
La perla en el mar.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

El lujo y las flores
Que ostenta natura,
Su varia hermosura,
¿Qué fueran sin ti?
Pues son los colores
Del alba un suspiro
Que tiñe al zafiro,
Que enciende al rubí.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Si en cruel parasismo
Tu luz se abismara,
Contigo expirara
El orbe á la vez;
Cayendo al abismo
Que al mundo envolviera,
El hombre, la fiera,
El ave y el pez.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú alumbras los mares,
Las leves espumas
Do en nicho de plumas
Se mece el alción;
Y ves los lugares
Do el polvo se ostenta
De Tyro opulenta,
De altiva Sidón.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tu curso y presencia
Demarcan fielmente
El día presente
Y el tiempo que fué;
Los siglos tu esencia
Jamás alteraron;
Igual te miraron
Adán y Noé.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú al griego en las lides
Has visto tremendo,
Cien pueblos venciendo
Con bélico afán;
Y hoy mirás dé Alcides
La raza indomable
Gemir bajo el sable
De un fiero Sultán.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú has visto opulentos
Palacios y reyes,
Costumbres y leyes,
Surgir y caer;
Tú alumbras fragmentos
De Troya y Palmira,
Y siempre se mira
Igual tu poder.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú alumbras y doras
La excelsa montaña,
La humilde cabaña,
La torre imperial;
Mas no te minoras,
Ni en brillo decreces,
Ni en polvo pereces
Cual frágil mortal.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú á Egipto alumbraste
El día que osado
Del mar devorado
Su ejército fué;
É inmóvil paraste
Tu curso esplendente,
Cumpliendo obediente
La voz de Josué.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Postrado al embate
Del mar y del noto,
Se aterra el piloto
En noche fatal;
Mas su alma ya late
De gozo y espera
Al ver en la esfera
Tu luz matinal.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú opaco luciste
El día en que Oriente
Al cetro potente
Dobló su cerviz;
Doce años le viste
Luchando en su pena,
Y en áurea cadena
Esclavo infeliz.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Tú has visto grandioso
Al pueblo argentino
Vencer al destino,
Postrar un león;
Y hoy ves un odioso
Califa sangriento,
Domar su ardimiento,
Pisar su blasón.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

He aquí en el Oriente
Sus huestes altivas
Rugir vengativas,
Con fiero desmán;
Mas siempre potente,
Al pueblo no esclavo,
Períncrito y bravo
Tus rayos verán.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

Hoy fuerte te miras,
Su gloria vislumbras
Y al cielo te encumbras
Con fuerza mayor;
Sus plectros y liras
La patria ha templado,
Y el himno sagrado
Resuena en tu honor.

CORO.

*Cantad, orientales,
Con gozo y ardor,
Las glorias de Mayo
Y el himno del Sol.*

LA ESCARLATINA.

ODA.

¿Cómo es que solitaria está sentada
La opulenta ciudad hoy abatida?
¡Cual viuda abandonada
Y en dolor sumergida,
De cien provincias la ínclita señora
Sin regia pompa y enlutada llora! (1).

¡Ya se fué la hermosura
De la hija de Sión!..... Sus anchas puertas
Derrumbadas, desiertas,
Publican su desastre y amargura,
Y en fúnebres querellas
Gimen sus sacerdotes y doncellas.

Á la hija de Sión, oh Dios tremendo,
Cubrió de obscuridad tu mano airada,
Porque á ti desoyendo
Corrió desenfrenada;
Y al tocar de sus crímenes la cumbre,
Probó aflicción y dura servidumbre.

Sus muros dominantes
La virgen de Judá mira enlutados;
Ni cánticos sagrados
Resuenan en su templo.... ¡Oh, caminantes,
Decid, yo os desafío,
Si hay un dolor que iguale al dolor mío!

(1) El fondo y el tono de esta estrofa, y las tres siguientes, son una imitación expresa de las lamentaciones de Jeremías. (El A.)

Así en Jerusalén desamparada
Sus ruinas el Profeta contemplando,
Con voz acongojada
Se lamentaba, cuando
El Dios de las venganzas por castigo
La abandonó al poder de su enemigo.

Y tú, oh patria afligida
Del contagio cruel, ¿á quién lamentas?
¿Cómo librar intentas
Los hijos de tu amor, cuando extendida
Miran la espada fuerte,
Y en la respiración beben la muerte?

¿Cómo al juez vengador en desagravio
No levantas, oh mísera, tus preces?
Mas ¡ay! sellas el labio,
Confundida enmudeces;
¡Y el remedio á tu inmenso desconsuelo
Lo buscas en la tierra y no en el cielo!

¿No oyes cuán doloroso
Doquier suena el clamor? La triste viuda
En su aflicción aguda
Se abraza del cadáver del esposo,
Le estrecha, y afligida
Quisiera con su aliento darle vida.

Aquí una madre en queja lamentosa
Exhala su dolor; y delirante
Besa, y besa ardorosa
Al hijo que expirante
Transmite, oh Dios, á su materno seno
Con el postrer suspiro su veneno.

Allí gime afligido
En torno á un ataúd el triste esposo;
Aquí más clamoroso
El tierno infante con acento herido

Llora , porque ha quedado
En mísera orfandad desamparado.

Con fatal estridor cruzar se miran
Los carros de la muerte pavorosos,
Que ya cansados tiran
Los brutos vagarosos,
Anunciando su fúnebre trofeo
Los oscuros penachos del arreo.

Nadie en el ansia fiera
Osa aspirar el aire inficionado;
Mas, ¡oh inútil cuidado,
Si de improviso asaltan, y doquiera,
Al débil como al fuerte,
Los feos parasismos de la muerte!

En la desolación é inmenso duelo,
Ya el triste llanto y la plegaria ansiosa
Desoye airado el cielo;
Y la muerte horrorosa ,
Para tragar más víctimas, hambrienta
Su vientre ensancha y su furor aumenta.

Ya en las auras tremendo
Vibra su espada el ángel del espanto;
El abismo entretanto
Lanza un clamor de gozo, recibiendo
Las numerosas almas,
Y la profundidad bate sus palmas (1).

De una joven en féretro enlutado
He allí el cadáver lívido y adusto:
¡Cual la han abandonado!
¡Ya con horror y susto,

(1) Imitacion del profeta Habacuc. El abismo dió su voz, la profundidad alzó sus manos. Cap. III, vers. X.

Nadie se acerca en torno de la que antes
Era tan bella y tuvo mil amantes!

¿Do está la faz serena,
La graciosa sonrisa, el rojo labio?
¿Quién con bárbaro agravio
Mudó en cárdeno lirio la azucena?
¿Do está el dorado lecho?
Los que ayer la servían..... ¿qué se han hecho?

Así, de mil terrores afligidos
Todos en larga noche se estremecen,
Y apenas se adormecen,
Cuando ya en los oídos
Suena al primer albor de la mañana
El eco funeral de la campana.

.....

En tan aflicta suerte,
Cercado de la parca y sus despojos,
Vuelve, oh patria, los ojos
Á Aquel que es solo sabio, solo fuerte;
Y es el único medio,
Que el que te ha dado el mal te dé el remedio.

Vuelve ya presurosa..... en su amargura
Ve cuál tendió su mano al israelita
Con paternal ternura;
Pero también medita
Que le dijo con eco tempestuoso:
Soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso (1).

Porque en su fe confía,
Vence David al bárbaro gigante;
Él concede triunfante
Á Jehú las victorias..... mas la impía

(1) Exodo, cap. xx, vers. 5.

Jezabel obcecada
Fué por hambrientos perros devorada.

Con diez plagas que anuncian sus furores,
Intima á Faraón, que endurecido,
Se obstina en sus errores;
Y cuando al escogido
Pueblo va á devorar con torpe enojo,
Le sepulta en las ondas del mar Rojo.

Allí el tirano mismo,
Sus carros, sus caballos y guerreros,
En remolinos fieros
Bajaron como el plomo al hondo abismo,
Que henchido de repente
Extendió, rebramando, su corriente.

Tú sólo, sí, mi Dios, fuerte y piadoso,
Á la patria infeliz salvar pudieras;
Tú que oyes bondadoso
Las preces lastimeras;
Mas ¡ay del pueblo impío á quien desamas,
Si en tu furor tu indignación derramas!

Oye, pues, su lamento,
Y el hondo cáliz de tu grande ira
Retira, oh Dios, retira,
Purificando el aura con tu aliento,
Porque en tu templo santo
Resuene de alegría el dulce canto.

LA MADRE AFRICANA.

ODA (I).

«Tairai-je ces enfants de la rive africaine
Qui cultivent pour nous la terre américaine?
Différents de couleurs. ils ont les mêmes droits,
Vous mêmes, contre vous, les armez de vos lois!»

DELILLE.—Poema *La Desgracia y la
Piedad*, canto I.

¿Y así, cruel pirata, así te alejas,
Robándome tirano
Los hijos y el esposo? ¿Así inhumano
En desamparo y en dolor me dejas?
¡Ay, vuelve, vuelve! En mi infeliz cabaña,
Donde te dí acogida,
¡Ve cuál me dejas como débil caña
Del huracán violento combatida!

Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste;
Llévame á mí también, y al menos muera
Con mis prendas amadas.... Mas ¡ay triste!
Yo no espero ablandar tu pecho duro
Con lamentos prolijos:
¡Tú no sientes amor, ni tienes hijos!

¿Y es posible que el sol resplandeciente
Que ostenta esa bandera
Llegue á estas playas por la vez primera
Á autorizar un crimen tan patente?

(1) Estos versos los publiqué en execración del bárbaro comercio de negros que en contravención de la ley de libertad y abolición de este tráfico, seguían haciendo varios especuladores, y muy especialmente el buque llamado *Águila*, que con bandera oriental fué á la costa de África á tan reprobado comercio.

¡Oh globo celestial, que esplendoroso
Dominas en las cumbres,
Obscurece tu luz, y al monstruo odioso
Sólo sangriento y con horror alumbres!

Mas ¡ay, que nueva pena
Descubren ya mis ojos!
He allí el arco y las flechas, que en la arena
Del asalto traidor fueron despojos.
¡Infeliz compañero, tú ignorabas
Que esos blancos altivos
Proclaman libertad y hacen cautivos!—

De esta suerte la mísera africana
Se queja inútilmente,
Mientras su nave apresta indiferente
El traficante vil de carne humana.
Y truena el bronce, y su clamor repite,
Que el clamar la consuela;
Mas el *Águila*, en hombros de Anfitrite,
Suelta las alas y al estruendo vuela.

Al punto encadenados
Los cautivos se miran,
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad, y ellos suspiran;
Mientras que la infeliz desde la peña
Se arroja y da un lamento,
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

EL HOMBRE DE IMPORTANCIA.

LETRILLA SATÍRICA.

No historia, ni poesía,
Ni ciencias estudies, Fabio;
Quien más charla ese es más sabio,

Lo demás es bobería :
En pomposa algarabía
Hable con gran petulancia ;
Y ya es hombre de importancia.

Órgano de la opinión
Llame á cualquier periodista
Con mucho *de socialista*,
Luces, progreso y fusión ;
Carta, y no constitución,
Dirá al estilo de Francia ;
Y ya es hombre de importancia.

No se deje en el tintero
Á la clase *proletaria*,
Con lo de acción *trinitaria*,
Receta y mes financiero ;
Apanaje y flibustero,
Den á su asunto sustancia ;
Y ya es hombre de importancia.

Retrógrado ha de decir,
Statu quo, y *feudalismo* ;
Que *el siglo marcha al cinismo*,
Y que *es nuestro el porvenir* ;
Sueño de oro ha de embutir,
Y *talismán y elegancia* ;
Y ya es hombre de importancia.

Fracasar, cotización,
Casación y aprendizaje,
Masacre, ojivo y carruaje,
Adornen su locución ;
Y en larga *lucubración*
Dé á luz una extravagancia ;
Y ya es hombre de importancia.

Con aire de quien desprecia,
Al drama más bello embista :

Hable del *protagonista*,
Prótasis y *peripecia*,
Extasiando á Roma y Grecia
Con *sarcasmo* y con jactancia;
Y ya es hombre de importancia.

Elimine con baldón
Á Cervantes y Mariana,
Descargando su macana
Desde Lope hasta Bretón;
¡Anatema, maldición!
Lance en esa turba rancia;
Y ya es hombre de importancia.

No hay que una vida, dirá
Con galicismo expresivo,
Y el *mundo definitivo*
Su diorama aplaudirá;
Y de un *parque* elogiará
La *escultural* elegancia;
Y ya es hombre de importancia.

Mutua *solidaridad*,
É impulso *emancipatriz*
Son voces que harán feliz
Á una *notabilidad*;
Y en *misteriosa ansiedad*
Haga votos por la infancia;
Y ya es hombre de importancia.

Con *satánica sonrisa*
Jure á su virgen amor
Con un *volcánico* ardor
Que *cruce* cual blanda *brisa*,
Y de *hinojos* ante Elisa
Acredite su constancia;
Y ya es hombre de importancia.

La *toaleta* y el *buró*,

Lo de *prosaica figura*,
Y el llamar *pastor* á un *cúra*,
Son de un hombre *comm'il fò*:
Dará *quitanzas*, mas no
Recibos, que es cosa rancia;
Y ya es hombre de importancia.

Instaure un *comicio* y dé
Garantías á las *masas*,
Con facultades escasas
Al que *en la poltrona* esté;
Y haga *profesión de fe*
Con moderna altisonancia;
Y ya es hombre de importancia.

Hable en tono campanudo
Al *emitir su moción*,
Como *hombre de corazón*,
Y no *estacionario* rudo;
Y, en fin, sabio y *concienzudo*
Charle con gran arrogancia;
Y ya es hombre de importancia.

CANCIÓN SECULAR DE HORACIO.

Traducida y publicada para solemnizar las fiestas nacionales de la
Constitución en su aniversario del 4 de Octubre de 1834.

Á FEBO Y DIANA.

(CANTAN AMBOS COROS DE NIÑOS Y NIÑAS.)

¡Oh refulgente Febo, oh casta Diana
De las selvas señora,
Astros lucientes que el mortal adora!
De la gente romana
Á vuestras aras puesta,
Oid el voto en la sagrada fiesta,

En que de las Sibilas providentes
Ordenan los cántares
Que á los dioses de Roma tutelares,
Infantes inocentes,
Vírgenes superiores,
Entonen himnos y tributen flores (1).

CORO DE NIÑOS.

¡Sol que desde tu carro luminoso
Fecundas la Natura,
Ya ostentes ó ya ocultes tu luz pura!
Objeto más grandioso
Que el pueblo de Quirino
Jamás alumbre tu poder divino.

CORO DE NIÑAS.

¡Oh Diana, que al feliz alumbramiento
Presides bienhechora,
Sé de las tiernas madres protectora!
Y ensalce nuestro acento
Tu alabanza divina ;
Bien te nombres Fecunda ó bien Lucina.

La sucesión romana innumerable
Bajo tu amparo crezca ;
Él la ley del Senado favorezca,
Que dando al sexo amable
Conyugales cadenas,
Igualé nuestra prole á las arenas.

AMBOS COROS.

Porque el futuro tiempo repitiendo
Su giro majestuoso

(1) Esta canción se cantaba en Roma en la solemne fiesta secular, por dos coros de lo más distinguido de ambos sexos. (El A.)

Cada ciento y diez años, más dichoso,
Vuelva feliz, trayendo
Los himnos y alegrías
Por tres serenas noches y tres días (1).

Y vosotras, oh Parcas de infalible
Y fatídico acento,
Tenga lo que anunciasteis complemento
Al tiempo imprescriptible;
Y á par de los pasados,
Seguid hilando venturosos hados.

En ganados y frutos abundando,
Á Ceres y Pomona
Brinde la tierra espléndida corona
De espigas, sustentando
Sus procreos y aumentos
Salubres aguas y templados vientos.

CORO DE NIÑOS.

Mitiga, oh blando Febo, el ardoroso
Esplendor de tu llama:
Oye á los niños, cuya voz te aclama.

CORO DE NIÑAS.

Y tú, planeta hermoso,
Reina de las estrellas,
Oye, cándida Luna, á las doncellas.

AMBOS COROS.

Si Roma es obra vuestra; si arribaron
Á la etrusca ribera

(1) Los sacerdotes Sibilinos, por adular á Augusto, interpretaron los oráculos de modo que las fiestas seculares cayesen en tiempo de aquel emperador, diciendo que el siglo debía tener 110 años. (El A.)

Las falanges troyanas, que doquiera
Los númenes salvaron;
Si obedeciendo al cielo,
Fundaron su ciudad en nuestro suelo;

Á los que el pío Eneas conduciendo
Desde Troya incendiada,
Por medio de las llamas, con su espada,
Libre camino abriendo,
Les ofreció tendrían
Un imperio mayor que el que perdían;

Dad á la juventud, oh soberanos
Númenes protectores,
Costumbres y virtudes superiores,
Descanso á los ancianos,
Y á la romúlea gente
Hijos, riqueza, y gloria permanente;

Y el que de blancos toros grata ofrenda
Os tributa ante el ara (1),
De Venus y de Anquises sangre clara,
Reine, y su imperio extienda:
Tigre en la lid, osado,
Y apacible deidad con el postrado.

Ya por tierra y por mar despavorido,
Al romano denuedo
Y á la albana segur respeta el Medo;
Ya á ley se han sometido
El escita insolente
Y el que del Indo bebe en la corriente;

Ya la fe, paz y honor, y la olvidada
Virtud en nuestro suelo,

(1) Mientras en el atrio del templo se cantaba este himno, Augusto César, descendiente de Anquises y Eneas, estaba dentro presentando el sacrificio á los dioses. (El A.)

Y el antiguo pudor, tornan del ciclo;
Ya en la patria adorada,
Luciendo un siglo de oro,
Difunde la abundancia su tesoro.

CORO DE NIÑOS.

Y el adivino Febo decorado
Con su arco rutilante,
De las Pimpleas director amante,
Al que aliviar es dado,
Con saludable ciencia,
De los cansados miembros la dolencia,

Si favorable al templo Palatino,
Si al Lacio delicioso
Y al romano esplendor mira afectuoso,
De Augusto el gran destino
Eternice seguro
En la región inmensa del futuro (1).

CORO DE NIÑAS.

Y Diana, cuya fúlgida diadema
Desde el Algido monte
Y el Aventino alumbraba el horizonte (2),
Favorezca suprema
Á los quince varones,
Y atiende de la infancia á las canciones (3).

AMBOS COROS.

Ya de Febo y de Diana terminado

-
- (1) Augusto había levantado un templo sobre el monte Palatino. (El A.)
(2) Diana tenía su templo sobre el Aventino, y era mirada como protectora de éste y del monte Algido. (El A.)
(3) Quince eran en aquella época los sacerdotes depositarios é intérpretes de los libros Sibílicos. (El A.)

El himno de alabanza,
Lleva el coro la plácida esperanza
Que Júpiter sagrado
Y las sumas deidades
Derramen sobre Roma sus bondades.

SUPER FLÚMINA BABILONIS.

SALMO.

(Traducción literal.)

Sentados á la margen
Del babilonio río,
Allí, Sión, tu nombre
Recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras arpas
Y címbalos festivos,
Tristes ya y destemplados,
De los frondosos sauces suspendimos.

Los que en vil servidumbre
Nos llevaban, ¡oh indignos!
Por escarnio intentaron
Oír nuestras canciones allí mismo.

Ellos, que nos trajeron
Con ignominia uncidos,
«Entonad—nos decían—
De Sión los cantares y los himnos.»

¡Cantar! ¿Cómo es posible?
¿Cómo infamar, impíos,
Del Señor los cantares
En tierra ajena y en ajenos grillos?

No, Sión; y primero
Que así te dé al olvido,
Y en tu ignominia cante,
Me olvide de mi diestra y de mí mismo.

Yerta mi lengua, y fija
Al paladar indigno,
Si de ti me olvidare,
Pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,
Ó si indolente y tibio,
Jerusalén no fuese
De mi alegría el móvil y principio,

Tu ira, Señor, se acuerde
De esos infandos hijos
De Edón, cuando disfrute
Jerusalén su día apetecido.

Ellos son los que dicen,
Sedientos de exterminio :
«¡Hasta los fundamentos
Asolad, asolad sus edificios!»

¡Oh hija desventurada
Del pueblo aborrecido!
¡Feliz quien te dé el pago
Del tratamiento vil que te debimos!

¡Oh bienaventurado
El que á tus parvulillos
Logre alzar con sus manos
Y en la piedra estrellarlos vengativo!

ORACIÓN DEL PROFETA JEREMÍAS.

CAPÍTULO V.

(Traducida y glosada con la más estricta sujeción á las palabras del texto sagrado, que se han conservado fielmente, y amplificada para adaptarla al consonante y verso castellano.)

I.

*Recordare, Domine, quid acciderit
nobis, intueere et respice opprobrium nos-
trum.*

*Acuérdate, Señor piadoso, un tanto
De lo que hemos sufrido;
Ya el cáliz hasta el fondo hemos bebido
De amargura y quebranto:
Mira y repara nuestro oprobio y llanto.*

2.

*Hæreditas nostra versa est ad alie-
nos: domus nostræ ad extraneos.*

*Nuestra hermosa heredad á forasteros
Ha pasado; y proscrita
La prole de Jacob al raso habita,
Dándose nuestros fueros,
Nuestras casas, à extraños herederos.*

3.

*Pupilli facti sumus absque patre,
matres nostræ quasi viduæ.*

*Huérfanos sin hogar en nuestro suelo,
Y humillando la frente,
Sin padre hemos quedado, é igualmente
Clamando al sordo cielo,
Nuestras madres, cual viudas, sin consuelo.*

4.

*Aquam nostram pecunia bibimus et
ligna nostra pretio comparavimus.*

*Por el dinero, con sudor ganado,
Nuestra agua hemos bebido;
Todo menos la fe lo hemos perdido;
Y por precio forzado
Nuestra leña también hemos comprado.*

5.

*Cervicibus nostris minabamur: lassis
non dabatur requies.*

*Por nuestros cuellos sin piedad llevados
Éramos por doquiera,
Objeto del ludibrio y saña fiera
De bárbaros soldados;
Ni se daba descanso á los cansados.*

6.

*Ægypto dedimus manum et Assyriis:
ut saturaremur pane.*

*Al detestado Egipto, ¡oh suerte dura!
Y al Asirio inhumano,
Cansados de sufrir, dimos la mano,
¡Profanación impura!
Por saciarnos de pan en la amargura.*

7.

*Patres nostri peccaverunt et non sunt;
et nos iniquitates eorum portavimus.*

*Pecaron nuestros padres: su pecado
Nos trajo infanda guerra;
Ya no existen aquéllos; ya en la tierra
Son polvo inanimado,
Y nosotros su culpa hemos cargado.*

8.

*Servi dominati sunt nobis: non fuit
qui redimeret de manu eorum.*

*Los que eran siervos, con orgullo insano
Nuestros amos se hicieron;
Las selvas nuestros ayes repitieron.
Clamábamos en vano:
¡No hubo quien nos salvase de su mano!*

9.

*In animabus nostris afferebamus ta-
nem nobis, a facie gladii in deserto.*

*Con riesgo de la vida, en país cubierto
De turbas enemigas,
Nos tratamos el pan, entre fatigas
Y con suceso incierto,
Ante la aguda espada en el desierto.*

10.

*Pellis nostra, quasi clibanus, exusta
est: a facie tempestatum famis.*

*Nuestra piel como un horno quemada
Á la intemperie ha sido;
El rostro juvenil ha envejecido;
La energía indomada,
Por tempestades de hambre yace helada.*

11.

*Mulieres in Sion humiliaverunt: et
virgines in civitatibus Juda.*

*En Sión, insolentes humillaron
A las mujeres bellas
Con bárbara irrisión, y á las doncellas
Que todos respetaron,
En las ciudades de Judá ultrajaron.*

12.

*Principes manu suspensi sunt: frivies
senum non erubuerunt.*

*Colgados en suplicios por las manos
Los Principes se vieron;
Las fieras con horror se estremecieron:
Ellos, más inhumanos,
No respetaron flébiles ancianos.*

13.

*Adolescentibus, impudice abusi sunt:
et pueri in ligno corruerunt*

*Abusados los jóvenes han sido
Con lascivia furente,
Y en medio á la algazara que impudente
Sofocaba el gemido,
Los niños en el leño han perecido.*

14.

*Senes defecerunt de portis: juvenes de
choro psallentium.*

*Los ancianos del pueblo, y Senadores
De las puertas faltaron,
Tribunales y templos se cerraron,
Y huyeron con temores
Los jóvenes del coro de cantores.*

15.

Defecit gaudium cordis nostri: versus est in luctum chorus noster.

*De nuestro corazón, lleno de espanto,
Faltó ya la alegría;
Funesta era la noche y triste el día,
Y hasta en el himno santo
Convirtiéndose en lamento nuestro canto.*

16.

Cecidit corona capitis nostris: vae nobis! Quia peccavimus.

*Ya de nuestras cabezas ha caído
La festiva corona;
Basta ya de ignominia: ¡oh Dios, perdona!
Harto hemos padecido,
¡Infelices! porque hemos delinquido.*

17.

Propterea mæstum factum est cor nostrum: ideo contenebrati sunt oculi nostri.

*Por esto el corazón acongojado
Se ha puesto; y sin consuelo
Nuestro misero llanto riega el suelo:
Por esto al verte airado
La luz de nuestros ojos se ha eclipsado.*

18.

Propter montem Sion quia dispersit vulpes ambulaverunt in eo.

*Por cuanto el monte de Sión ha sido
Talado con fiereza,
Profanada se mira su grandeza,
Y en yermo convertido,
Las raposas su altura han recorrido.*

19.

Tu autem, Domine, in æternum permanebis: solium tuum in generationem et generationem.

*Mas tú, excelso Señor, eternamente
Subsistirás glorioso,
Y en dos orbes reinando tempestuoso,
Sobre el sol refulgente,
Tu solio durará de gente en gente.*

20.

Quare in perpetuum oblivisceris nostri? Derelinques nos in longitudine dierum?

*¿Y cómo, para siempre así olvidados
Nos dejarás llorosos?
Y en lo inmenso de días numerosos,
Hijos desheredados,
¿Nos habrás de dejar desamparados?*

21.

Converte nos, Domine, ad te, et convertemur: innova dies nostros sicut à principio.

*Conviértenos á ti; no más cautivos
Sin tí, Señor, lloremos;
Muévenos tú y á ti nos volveremos,
Y gratos y festivos
Renueva nuestros días primitivos.*

22.

Sed proficiens repulisti nos: iratus est contra nos vehementer.

*Mas desechándonos, con rostro airado
Nos arrojaste ¡oh pena!
Á gemir sin consuelo en vil cadena,
Porque ya en alto grado
Contra nosotros ¡ay! te has irritado.*

EPIGRAMAS.

838 (1).

MADURECES.

— Ansioso un higo comía —
Cuenta á Gil el viejo Arbelo;—
Y ¡ tris! saltó un diente al suelo,
De sólo tres que tenía.

— Es bien raro este accidente
Estando maduro el higo.
Y aquél contestóle: — Amigo,
Más maduro estaba el diente.

839.

EL «FLOS SANCTORUM», Ó LA VIDA DE LOS SANTOS.

Del *Flos Sanctorum* leer
Cuatro vidas cada día,
Por penitencia imponía
Á Justa el padre Oliver.

— Mándeme, padre, otras penas —
Dijole humildosa Justa.
— ¿ Por qué? — Porque no me gusta
Saber de vidas ajenas.

854.

NO PERDONAR NI AL DEMONIO.

Tuerta y vieja Estefanía.
Demanda á Antonio ante el Juez

(1) Son los números de la vastísima colección de epigramas de Acuña de Figueroa, de la cual hemos entresacado éstos.

Porque imprudente y soez
La persigue noche y día.
— ¡Un sátiro es ese Antonio!—
Exclamó el Juez impaciente.—
Ya veo que el insolente
No perdona ni al demonio.

858.

UN SANTO SORDO.

Para que las muchas lluvias
Cesasen en una aldea,
Sacan á San Roque en andas,
Y empezó lluvia más recia.
— El santo se habrá engañado—
Exclamó el cura:—Paciencia;
O con la bulla ha entendido
Que le pedimos que llueva.

860.

LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS, NO DE AHORA.

Traducción del francés.

Dos niños, Gaspar y Rosa,
Que en la inocencia se hallaban
(Cual pocos hay), se extasiaban
Ante una pintura hermosa.

Viendo á Eva y Adán allí
Cual Dios los crió por su mano,
Preguntó Rosa á su hermano:
— ¿Cuál será el marido aquí?

— Decir cuál será el marido
No sé—contestó Gaspar;—

¿Y quién lo va á adivinar
Si están los dos sin vestido?

862.

Á UN POETA SUPERFICIAL.

Dices que clara y corriente
Fluye tu vena, Procopio;
Ese infundado amor propio
Ya te acusa de insipiente.

Ser claro no es ser fecundo,
Si no hay otro don más raro:
Un arroyo cuando es claro
Indica que no es profundo.

876.

UNA CULTIPARLA.

—Yo me extasío y recreo—
Decía una culterana,
Recostada en mi otomana
En los brazos de Morfeo.—

—¡Qué imprudencia, Dios bendito! —
Exclama absorta Leonor :—
Dice que es feo su amor
Y hace gala del delito.

877.

Á TORO MUERTO.

Cuenta Gil que con braveza
Cortó un brazo á un enemigo;
Y Blas contestóle:—Amigo,
Mejor fuera la cabeza.

Á esto el guapo replicó:
—¿Conque la cabeza? ¡Ah, pavo!
Ya esa operación un cabo
La había hecho antes que yo.

886.

LA DECLINACIÓN DEL «QUIS VEL QUI».

Declinando el *quis vel qui*
Don Pedancio á unos cazurros,
Díjoles:—Todos los burros
Se atascan por fuerza aquí.
—¿Conque..... todos?—exclamó
Uno de ellos;—eso es broma.
—¿Por qué lo supones?—¡Toma!
Porque usted no se atascó.

887.

UN BARBERO DESOLLADOR.

Afeitándose Trifón
Con un barbero asaz viejo,
Vió luego en su mal manejo
Que era miope y temblón.
—No me vayáis á cortar—
Dijo el paciente al armado;
Y el responde:—No hay cuidado;
El hueso lo ha de avisar.

899.

UNA DEVOTA MUY RECOGIDA.

No hay que tildar á Tomasa,
La ahijada de fray Facundo:

Ella hizo la cruz al mundo,
Y 'es un convento su casa.

Cualquiera rumor siniestro
Debe ser falso á fe mía;
Pues cierra al Ave María
Y sólo abre al Padre Nuestro.

918.

Á UN PREDICADOR SIN AUDITORIO.

Imitación del italiano.

Á predicar fray Alberto
Sube, y huye todo fiel;
Bien se puede decir de él:
Vox clamantis in deserto.

927.

Á UN PLAGIARIO.

Tus pobres publicadas poesías
Son plagios y copiadas fruslerías:
Aun las tiene el librero almacenadas;
¿Quién se atreve á comprar cosas robadas?

928.

Á UN ENEMIGO SIN MOTIVO.

Sé que es un ingrato Bruno;
Pero ese odio que me tiene
No sé de dónde le viene,
Pues no le hice bien ninguno.

941.

UN TRAMPOSO ASPIRANDO Á LA INMORTALIDAD.

Lleno de deudas don Febo,
Solía enfermo decir:
—No me deje Dios morir
Sin pagar á cuantos debo.—

Y no es poco lo que el tal
Pide á Dios; pues ciertamente,
Para pagar solamente
Tendrá que ser inmortal.

942.

LAS SIETE HERMANAS.

—Siete hijas tenéis, y en ellas
Veis las siete maravillas.
—Poco es; pues siendo tan bellas,
Pueden pasar por estrellas....
—Y ser las siete cabrillas.

974.

UN ÁRBOL DE BUEN FRUTO.

—De este grande árbol que ves—
Decía un viudo á un casado—
Tres mujeres se han ahorcado,
Y la mía entre las tres.
—Esa es gran cosa, si es cierta—
Respondió aquél con sofama;—
Quiero llevar una rama
Para plantarla en mi huerta.

990.

EL ORDEN DE SAN BERNARDO.

Contemplando Andrés atento
De una iglesia el frontispicio,
Llega y dícele un novicio:
—¿Qué tal? ¿os gusta el convento?

Ved qué frontis tan gallardo:
Del orden corintio es.
—¡Cómo!—replicóle Andrés—
¿Pues no es del de San Bernardo?

993.

CONSEJO Á UN MAL PINTOR.

—La casita que compré—
Dice un pintor chapucero—
La he de hacer blanquear primero,
Y después la pintaré.

—Al revés debes obrar—
Respondió un crítico adusto; —
Píntala antes á tu gusto
Y luego la haces blanquear.

997.

Á LA PAJA Y NO AL GRANO.

Charla y más charla embutía
Paca al juez que la escuchaba,
Y por más que él dice:—Acaba
Y al grano—ella proseguía.

—Acaba ya de una vez,
Que es inútil tanta paja.
—Señor—respondió la maja—
No es inútil para el juez.

1.074.

UNA OBRA SIN ÍNDICE.

De la lengua castellana
El Diccionario un librero
Propuso á Crispín Badana;
Y él, con suficiencia vana,
Dijo:—Veamos primero.—

La obra hacia el fin registró
Con aire grave Crispín,
Y luego la desechó.
—Qué, ¿no hacemos trato?—No;
Le falta el índice al fin.

1.089.

LOS DEVOTOS DE LA VIRGEN.

De la Virgen el valer
En su varia advocación,
Sacaban á colación
Unos devotos ayer.

—La del Carmen es sin par.
—Mejor es la del Rosario.
—Pues en milagros..... ¡canario!
No hay como la del Pilar.—

Mas un catalán se enfada,
Y grita:—¡Qué disparate!
Virgen, la de Monserrate:
Las demás no valen nada.

1.060.

EL ASNO LEYENTE.

—Mi asno lee y es erudito,—
Decía Perico á Pablo ;
Y por prueba, en el establo
Púsole un papel escrito.

—¡Hombre, no mientas así!
Yo no le oigo leer ni jota.
—¿Qué has de oír? ¿No ves, idiota,
Que él lee sólo para sí?

1.114.

Á UNA FLAQUÍSIMA TUERTA.

(*Epitafio.*)

Aquí yace Estefanía,
Flaca y aguda mujer,
Que bien pudo aguja ser,
Pues sólo un ojo tenía.

Momia, esqueleto de alambre,
En torno á sus huesos vanos
Yacen también los gusanos,
Porque se murieron de hambre.

1.142.

UN CONSUELO BIEN DESATINADO.

De un gran ladrón el sobrino
Lloraba, viéndole ahorcar;
Y decíale un vecino:
—¡Paciencia! ese es el camino
Que todos hemos de andar.

1.149.

CONSENTIDO Y CONSENTIDOR.

Consentido al pobre Juan
Llama el vulgo (¡qué insipiente!),
Porque el infeliz consiente
Á su mujer un galán.

El vulgo murmurador
Comete un contrasentido:
El otro es el *consentido*,
Juan sólo es *consentidor*.

1.150.

LAS DOS GEMELAS.

Dos hijas gemelas Rosa
Tiene, diversas en todo:
En genio, estatura y modo;
Una fea y otra hermosa.

Tal divergencia la madre
Ponderaba á don Eloy;
Y él respondióle:—¡Ya estoy!
Es decir, no son de un padre.

1.152.

Á UN GENERAL QUE SE HALLÓ CON UNA VICTORIA SIN SABER CÓMO.

Celio, imbécil general,
Zopenco de tomo y lomo,
Obtuvo, sin saber cómo,
Una victoria campal.

Por más que digan, yo digo
Que el pobre hombre no ganó
La tal victoria, sinó
Que la perdió el enemigo.

1.201.

LA MUERTE DE ANACREÓN.

Laureado Anacreón, y en grata orgía,
Entre el vino y los cánticos murió.
Vive y bebe, oh mortal, con alegría,
Que al fin has de morir, bebas ó no. •

1.204.

RESPUESTA SARCÁSTICA Á UN OBISPO.

Sin prudencia un obispo á un pobre cura
Reprendió de manera torpe y dura:
—¿Cómo conmigo disputáis, insano,
Vos que sois de la tierra un vil gusano?
—¡Qué queréis!—respondióle con modestia;—
No todos pueden ser una gran bestia.

1.205.

UN SERMÓN OÍDO EN EL MAYOR SILENCIO.

—Hoy todos en silencio y recogidos
Oyeron mi sermón—dice fray Juan;—
Dios los toca.—Y añade el sacristán:
—Apenas se escuchaban los ronquidos.

1.212.

UN HIJO DE APOLO.

—Hijo de Apolo á Leonardo
Titulan, cuando es un bolo.
—Y ¿por qué no podrá Apolo
Tener un hijo bastardo?

1.221.

UN VIEJO Y UN LABRADOR.

Un viejo á un labrador
Dijole con cara adusta:
—¡Pasto al mulo, y del mejor!—
Y él contestó:—Sí, señor;
Tengo del que á usted le gusta.

1.222.

UNA QUE NO PUEDE DECIR NO.

Reprendiendo Cornelio á su María
Por tantas infidencias que le hacía
Responde ella:—Es verdad, bien lo sé, yo:
¡Es cosa singular! desde que á ti
En la iglesia me hicieron decir sí,
Se me olvidó á los otros decir no.

1.224.

LA PROPIEDAD LITERARIA.

De la obra que á luz Panuncio diera
La propiedad por ley se reservó;
Y porque intacta reservada fuera,
Ni un ejemplar el pueblo le tomó.

1.234.

CORTESÍAS Á UN VERSISTA PLAGIARIO.

Sus versos con cien plagios recitaba
Celio, y cien veces yo lo saludaba.
—¿Por qué y á quién saludas hecho un lele?—
Preguntóme, y al punto contestéle:
—Yo siempre hago cumplidos
Y saludo al pasar mis conocidos.

1.235.

Á UN LADRÓN RATERO QUE IBAN AZOTANDO.

Azotado por sentencia
Va ese ladrón: ¡qué ignorante!
No ha robado lo bastante
Para probar su inocencia.

1.257.

DÓNDE APRENDIÓ EL LATÍN EL POETA HORACIO.

—El latinista mejor
Fué Horacio.... ¡Qué poesía!
: Y ¡qué sátira!—decía
Á don Serapio un doctor.
—¡Oh!—respondió don Serapio,
Rascándose el peluquín:—
Debió de estudiar latín
Con algún padre Escolapio.

1.258.

INDULGENCIAS CONCEDIDAS AL GRAN ORADOR ROMANO.

—¡Oh, qué encantos desarrolla
Cicerón, claro y brillante!—

Decía cierto estudiante
A un padre de misa y olla.—

¡Qué oraciones, qué elocuencia!
¿Las ha leído usted?—¡Pues no!
¡Si un Papa les concedió
Cuarenta años de indulgencia!

1.259.

UN SERMÓN DESATINADO.

Fray Calixto en el sermón
De la Anunciación decía
Que «el gran Dios premió en María
La cristiana devoción».

Y añadió el padre Calixto
Que «el divinal emisario
La halló rezando el rosario
Delante de un Santo Cristo».

1.290.

LO QUE ES LA MUJER.

—¡La mujer! joya sin par,
Sumo bien, dulce vocablo,
Del cielo rico manjar.
—Así es—respondió Gaspar;—
Ménos si lo guisa el diablo.

1.293.

HONORABLE RESISTENCIA CONTRA UN NUEVO TARQUINO.

—¿Conque esta siesta, ¡ay Torcuata!
Ese infame se atrevió
Á ti, y no has gritado?—No,
Por no despertar á tata.

— Mas ¿cómo al ver su descoco
No has resistido, hija mía?
— ¡Pues no! Yo bien le decía:
«Sosiégate, no seas loco!»

1.323.

UN ESCRIBANO DANDO FE.

Un notario sorprendió
Á un quídam con su mujer,
Y armó una de Lucifer
Y al reo ante el juez llevó.

Allí confuso el Fulano,
Dijo:—Mi culpa confieso:
¿Cómo negar..... si el suceso
Pasó por ante escribano?

1.359.

GENIO Y FIGURA.....

Á un avaro prestamista
Á bien morir auxiliaba
Un fraile, y le aproximaba
Un crucifijo á la vista.

De plata era el crucifijo,
Y al verlo exclamó el doliente:
—Daré sobre él solamente
Media onza con plazo fijo.

1.400.

UN JUDÍO VENDIENDO UN SANTO CRISTO.

De marfil un crucifijo
Vende el judío Absalón

En cien pesos; y un burlón,
—Eso es un robo—le dijo.—

¡Por la copia un precio tal
Pedir! eso es de usureros,
Cuando por treinta dineros
Vendiste al original.

1.401.

PROPOSICIÓN DE UN GASTRÓNOMO.

—Para poderse comer
Un pichón á cualquier hora—
Decía Bruno á Isidora—
Dos al menos deben ser.

—¿Para tan parca ración
No es muy bastante con uno?
—Dos deben ser—dijo Bruno;—
El que come y el pichón.

D. BARTOLOMÉ HIDALGO.

D. BARTOLOMÉ HIDALGO.

RELACION

QUE HACE EL GAUCHO RAMÓN CONTRERAS Á JACINTO CHANO,
DE TODO LO QUE VIÓ EN LAS FIESTAS MAYAS DE BUENOS AIRES,
EN EL AÑO DE 1822.

CHANO.

Conque mi amigo Contreras
¿Qué hace en el ruano gordazo?
Pues desde antes de marcar
No lo veo por el Pago.

CONTRERAS.

Tiempo hace que le ofrecí
El venir á visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda:
¡Pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarrón
Se me venía aplastando.
¿Y usted no fué á la ciudad
Á ver las fiestas este año?

CHANO.

¡No me lo recuerde, amigo!
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa, ¡por Cristo!
Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
Á comprarme unos caballos:
Le pedí á diez y ocho reales,
Le pareció de su agrado,
Y ya no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerramos;
Por señas que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo;
Caliéntase Sayavedra,
Y con el aguardientazo
Se echó atrás de su palabra,
Y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje, amigo,
Que me aseguré de un palo,
Y en cuanto lo descuidé
Sin que pudiera estorbarlo
Le acudí con cosa fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato,
Se enderezó, y ya se vino
El alfajor relumbrando:
Yo quise meterle el poncho;
Pero, amigo, quiso el diablo
Trompezase en una taba,
Y luego mi contrario
Se me durmió en una pierna,
Que me dejó coloreando:
En esto llegó la gente
Del puesto, y nos apartaron.
Se fué y me quedé caliente,
Sintiendo no tanto el tajo
Como el haberme impedido

Ver las funciones de Mayo;
De ese día por el cual
Me arrimaron un balazo,
Y pelearé hasta que quede
En el suelo hecho miñangos.
Si usted estuvo, Contreras,
Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS.

¡Ah, fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones más mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro á la noche.
Como es costumbre, empezaron.
Yo vi unas grandes columnas
En coronas rematando,
Y ramos llenos de flores
Puestos á modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El cabildo, la pirami,
La recoba y otros lados,
Y luego la versería.
¡Ah, cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo,
Pero ¡ah, poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
Á favor de nuestro aquel.
Luego había en un tablado
Musiquería con fuerza,
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el más chico
Una relación echando

Me dejó medio..... quién sabe.
¡ Ah, muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los fuegos,
Y cierto que me quemaron,
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
Á las ocho de tropel
Para la Merced tiraron
Las gentes á las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderecé á lo de Roque:
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua,
Estuve cimarroneando,
Y luego para la plaza
Cogí y me vine despacio:
Llegué, ¡ bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujerería;
Y no, amigo, cualquier trapo,
Sino mozas como azúcar,
Hombres, eso era un milagro,
Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron á la pirami
Y al dir el sol coloreando,
Y asomando una puntita.....
¡ Bracatán! los cañonazos,
La gritería, en tropel,
Música por todos lados,
Banderas, danzas, funciones,

Los escuelistas cantando;
Y después salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una relación....
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que á muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Más tarde, la soldadesca
Á la plaza fué dentrando,
Y desde el fuerte á la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno á las once
Con escolta de á caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Doctores, escribinistas,
Las justicias á otro lado,
Detrás la oficialería
Los latones culebreando.
La soldadesca hizo cancha,
Y todos fueron pasando
Hasta llegar á la iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderecé á un bodegón,
Comí con Antonio el manco,
Y á la tarde me dijeron
Que había sortija en el bajo;
Me fuí de un hilo al paraje,
Y cierto no me engañaron.
En medio de la alameda
Había un arco muy pintado
Con colores de la patria:
Gente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En caballos aperados
Con pretales y coscojas,
Pero pingos tan livianos
Que á la más chica pregunta
No los sujetaba el diablo.

Uno por uno rompía
Tendido como lagarto,
Y..... ¡zas!..... ya ensartó..... ya no.....
¡Oiganle que pegó en falso!
¡Qué risa, y qué boracear!
Hasta que un mocito amargo
Le aflojó todo al rocín
Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al humo, llegó
Y la sortija ensartando
Le dió una sentada al pingo
Y todos, *viva*, gritaron.

Vine á la plaza: las danzas
Seguían en el tablado;
Y vi subir á un inglés
En un palo jabonado
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra, y otros varios
Premios para el que llegase:
El inglés era baqueano (1):
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo pies y manos
Al galope llegó arriba,
Y al grito ya le echó mano
Á la chuspa, y se largó
De un pataplús hasta abajo:
De allí á otro rato volvió
Y se trepó en otro palo,
Y también sacó una muestra,
¡Bien haiga el bisteque diablo!
Después se treparon otros
Y algunos también llegaron.
Pero lo que me dió risa
Fueron, amigo, otros palos

(1) Diestro.

Que había con unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompecabezas;
Y enfrente, en el otro lado,
Un premio para el que fuese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan belicoso
Aquel potro, amigo Chano,
Que muchacho que montaba,
Contra el suelo..... y ya trepando
Estaba otro..... y ¡zás! al suelo;
Hasta que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fué el pobre resbalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté, ¡mire el diablo!
Con poncho y todo trepé,
Y en cuanto me lo largaron,
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato.
Luego encendieron las velas,
Y los bailes continuaron,
La cuetería y los fuegos. •
Después todos se marcharon
Otra vez á las comedias.
Yo quise verlas un rato
Y me metí en el montón,
Y tanto me empujaron
Que me encontré en un galpón,
Todo muy iluminado,
Con casitas de madera
Y en el medio muchos bancos.
No salían las comedias

Y yo ya estaba sudando,
Cuando, amigo, de repente
Arde un maldito vaso
Que tenía luces dentro,
Y la llama subió tanto
Que pegó fuego en el techo:
Alborotó el cotarro,
Y yo, que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto
Y ya no quise volver.
Después me anduve paseando
Por los cuarteles, que había
También muy bonitos arcos
Y versos que daba miedo.

Llegó el veintiséis de Mayo
Y siguieron las funciones
Como habían empezado.
El veintisiete lo mismo;
Un gentío temerario
Vino á la plaza: las danzas,
Los hombres subiendo al palo,
Y allá en el rompecabezas
Á porfía los muchachos.
Luego con muchas banderas
Otros niños se acercaron,
Con una imagen muy linda
Y un tamborcito tocando:
Pregunté qué virgen era;
«La Fama», me contestaron:
Al tablado la subieron
Y allí estuvieron un rato,
Á donde uno de los niños
Los estuvo proclamando
Á todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
Ver al muchacho caliente,
Y más patriota que el diablo.
Después hubo volatines,

Y un inglés todo pintado,
En un caballo al galope
Iba dando muchos saltos.
Entretanto la sortija
La jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea
Otros también me contaron
Que había habido toros lindos.
Yo estaba ya tan cansado,
Que así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,
Donde estaban los amigos
En beberage y fandango:
Eché un cielito en batalla,
Y me resbalé hasta un cuarto
Donde encontré á unos calandrias
Calientes jugando al paro,
Yo llevaba unos realitos,
Y así que echaron el cuatro,
Se los planté, perdí en boca,
Y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché (1),
Y me la fuí acomodando,
Me tapé con este poncho
Y allí me quedé roncando.

Esto es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasado.

CHANO.

Ni oirlo quisiera, amigo;
Cómo ha de ser, ¡padezcamos!
Á bien que el año que viene,
Si vivo, iré á acompañarlo,
Y la correremos juntos.

(1) Descubrí.

Contreras lió su recado
Y estuvo allí todo un día;
Y al otro ensilló su ruano,
Y se volvió á su querencia,
Despidiéndose de Chano.

1822.

D. ADOLFO BERRO.

D. ADOLFO BERRO.

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida
Breves horas marca el cielo,
Para imagen en el suelo
Del contento mundanal.

Es tu aroma regalado
Á mi espíritu doliente,
Cual de virgen inocente
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas
Te dió grata la natura,
Y á tu cáliz la amargura
De las hieles del amor.

En su negra cabellera
La hermosura te ensortija,
Ó tu trono alegre fija
En sus labios de rubí.

En ti encuentra blando alivio
El ausente que padece;
Tu belleza se le ofrece
La que su alma cautivó;

Y mirándote arrobado,
Mil recuerdos en su mente
Se despiertan blandamente:
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores,
Flor querida, disipaste!
¡Cuántas veces mitigaste
De mi amada la esquivéz!

Hoy de nuevo la esperanza
En ti el alma deposita;
¡La esperanza! que marchita
Veré luego con la flor.

EL ESCLAVO.

De luna que expira la luz macilenta
Las vías aclara del ancha ciudad;
Silencio doquiera la noche sustenta,
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puerta de humana morada
Un hombre infelice se mira llorar;
Sus ojos, que brillan en faz atezada,
Parecen del cielo justicia implorar.

—¡Ay mísero—exclama con flébil acento—
De aquel á quien roba destino fatal
Amigos y deudos en solo un momento
Y lejos arroja del suelo natal!—

Sus lágrimas corren ardientes en vano,
Y en vano con ellas procura mover;
Que el blanco no mira con ojos de hermano
Al triste á quien negro le cupo nacer.

Nada queda á mi existencia
Arrojada con violencia
Á esta tierra de dolor.
El recuerdo me devora
Que me dice á toda hora:
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado
Del verdugo ensangrentado
Fiera imagen ideal,
Que acrecienta los tormentos,
De sus últimos momentos
En la vida terrenal;

Así acosa al africano
El aspecto del tirano
Que cautivo le llamó,
Y que injusto le condena
Á arrastrar servil cadena
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! tus pesares
Se redoblan á millares
En la torpe esclavitud:
Que tu bárbaro destino
Es llorar y de continuo
Ver abierto el ataúd.

¡Por qué un alma noble me dieras, oh cielo,
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro doquiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inextinguible,
Destello sublime del alma Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente

El blanco codicia llevara y maldad;
Cautivo al inerme condujo insolente,
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirla en sus aguas, al mar no le plugo,
Que senda espaciosa tranquilas le dan;
Y al negro condenan á bárbaro yugo,
Á vida infecunda de mísero afán.

Escucha la plegaria
¡Oh Padre de natural
Que en llanto y amargura
Eleva el alma á ti,
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Celebran tu justicia
En coros reverentes
Mil pueblos diferentes
Del Sur al Septentrión.
¿Y sólo tus miradas
No alcanza el africano?
¿Le apartas de tu mano,
Le libras al dolor?

Reservas al que ofende
La vida de tu hechura
Tras larga desventura
La muerte de Caín;
Y al blanco que en cruera
Excede al tigre fiero,
¿Tu rayo justiciero
Señor, no alcanzará?

Escucha la plegaria
¡Oh Padre de natural
Que en llanto y amargura

Eleva el alma á ti.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Á LA MUERTE.

En vano, cruda Muerte,
En mí tu saña apuras;
Si están mis manos puras,
¿Qué mal podré temer?

La llama que á mi mente
Dió un día el alto cielo,
No esperes en el suelo
Tirana obscurecer.

El présago sonido
Que exhalas de tu boca,
Espante al que provoca
La lid de maldición.

Espante al que su patria
Sujeta á vil coyunda,
Y en crímenes se inunda
De atroz recordación.

Espante al que seduce
La cándida belleza,
Y en llanto é impureza
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano
Conduce en cautiverio,
Ó lleva el adulterio
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo
Las leyes á porfía;
Si odié la tiranía
Y al hombre desleal;

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura;
Si en mí la desventura
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sangrienta Muerte,
Tu saña me persigue?
El que inocente vive
¿Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente
Dió un día el alto cielo,
No esperes en el suelo
Tirana obscurecer.

AL JAZMÍN.

Blanca flor que en la mañana,
Empapada del rocío,
Das consuelo al pecho mío
Con tu aroma sin igual;

Vida tienes en la rama,
Cual mis dichas, un momento;
Que marchitas al aliento
Ceden luego del pesar.

Culto rinden á tu imperio
Las mosquetas y las rosas;
Que te ponen las hermosas
Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste
De una virgen sin ventura,
Que del alma la amargura
Dió á tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche
De los hombres el murmullo,
Abres luego tu capullo
Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena
De la aurora apetecida,
En ti encuentra nueva vida
El inquieto picaflor.

Dió á tus hojas la natura
El color de la esperanza;
Que tu aroma sólo alcanza
Doblegar á la esquivéz.

Yo te vi en el puro seno
De quien causa mis dolores;
La más bella entre las flores
Desde entonces te llamé.

De la cruz que mi sepulcro
Marque al pío viandante
No te apartes un instante,
Aromático jazmín.

Al mirarte así enlazado,
Pensativa y lacrimosa,
Dirá acaso alguna hermosa:
—Fué poeta é infeliz.

LA VIRGEN BAÑÁNDOSE.

Sobre la playa extendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas
Del sol la luz placentera :
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el cielo,
De amor la fúlgida estrella ;
No el azahar que descuella
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pie torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de Enero ;
Por eso al rayo primero
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se para,
Que frío el líquido siente ;
Córtale luego impaciente
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos:
Disiparás sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ángel de paz al lado,
Para, en su seno, arrullado,
Dormir, exento de afán;

Beber el hálito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca
Con sus palabras de amor;

Mirar el rostro sereno,
Contino de la hermosura,
Que á ser del hombre ventura,
Predestinada nació,

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
Á quien la diestra sincera
De virgen esposa des.

Mas ¡ay! si á lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás, cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro, que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas;
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta;
Vuelve á tu pobre morada,
Y allí, del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta
La roba al suelo feliz.

1840.

Á UNA ESTRELLA.

Pálida estrella que mi frente hieres
Con luz escasa, mientras en blando lecho
Busco á los males que mi ser devoran
Bálsamo en vano.

¿Por qué te ostentas solitaria en medio
Del negro manto que la noche tiende,
Pábulo dando á las que abriga el alma
Locas ideas?

¿Eres la virgen del amor primero,
La casta virgen que en el labio puso
Trémulo beso, y á mi fe robara
Lívida muerte?

¿Eres el ángel que en mi guarda vela
Y ansiosa vienes á calmar la mente,
Secando el lloro que arrancó á mis ojos
Mundo engañoso?

Querub, acaso, del celeste coro,
De allí te apartas para dar consuelo
Al que en estrecha y solitaria cárcel
Mísero gime.

Tal vez al hombre que del suelo patrio
Lejos arroja su infeliz destino,
Traes en tu lumbre de perdidos bienes
Grato recuerdo.

En ti la imagen de la amante esposa,
En ti la faz del adormido hijuelo,
Ó el rostro amigo de la anciana madre
Plácido mira.

Al nauta guías que los mares hiende,
Al indio rudo que el desierto corre,
Y al verte augura bonancible día
Yerto el mendigo.

Mas ¡ay! velada por opacas nubes
Tu luz perece, macilenta estrella,
Y el pecho mío, por doquier te busca,
Présago late.

Ingratas voces que al oído llegan
Astro te dicen de mi frágil vida,
Que mustia brilla, y el sepulcro espera
Luego en su seno.

MAÑANAS DE ESTÍO.

I.

De la loma al pie una fuente
De hermosura peregrina,
Bajo sauces lagrimosos
Deja ver su clara linfa.

En sus márgenes de grama
Reclinada está una niña,
Sonrosada, blanca y bella
Cual la aurora que la mira.

De su cuello y su cintura
Las lazadas desceñidas,
En el seno contorneado
Blando abrigo halla la brisa.

Sin gustar de la frescura
Con que el agua la convida,
Por sobre ella prestamente
El desnudo pie desliza.

Alza á veces puras gotas
Que al caer forman mil prismas,
Dando paso á los destellos
Que el naciente sol envía.

La flotante cabellera
En los hombros se ensortija;
Ya los besa, y ya se aparta
De las auras impelida.

En la fuente acaso tocá
Y fugaz el agua riza,
Cual las alas presurosas
Del alción que allí se anida.

En sus manos tiene un ramo
La rosada y blanca niña,
De marchitos azahares
Y cerradas margaritas.

Le contempla; dentro el agua
Deja el pie, que el frío eriza,
Y risueños pensamientos
En su bella faz se pintan.

De los ojos renegridos
Se humedecen las pupilas,
Y halagüeños como nunca,
Con no visto fuego brillan.

: ¿Qué tendrá, pues, ese ramo
Que la pone así festiva?
¿El enlace será, acaso,
De azahar y margaritas?

Es que ayer á la alborada,
Al venirse, aun adormida,
Á bañarse en esa fuente,
Cuyas aguas hoy esquivá,

Halló el ramo atado á un sauce
Con celeste-blancas cintas,
Sujetando al mismo tiempo
Unas décimas sentidas.

Que es á ella á quien han sido
Estas trovas dirigidas,
Duda, cierto, no le queda ;
Mas ¿por quién fueron escritas?

No lo sabe, aunque sospecha
Son de alguno cuya vista
Vió mil veces fija en ella
En los bailes de las trillas.

Y se cuenta que él la hizo,
No había mucho, compañía,
Al volver de unas carreras
Hasta el rancho donde habita.

La plateada luna, entonces,
Derramando luces vivas
Se mostraba con la madre
Del amor, toda encendida.

—¡Cuán hermosa está esa estrella!—
Prorrumpió la dulce niña,
Que entregada á ideas vagas
Contemplándola venía.

Y él la dijo luego al punto:
—Es verdad..... siempre divina;—
Y clavó sus tiernos ojos
En los de ella distraída.

El misterio que esas voces
Y miradas envolvían,
No sé yo si desde luego
La inocente entendería.

Pero sí que desde entonces
Siempre está imaginativa,
Cuando ve cómo esa estrella
En el puro cielo brilla.

II.

Deleite causa en verano
Pasear la extensa ribera,
Cuando la aurora en la esfera
Tiende su manto fugaz.

Y ver las aguas lucientes
Que dan continuo en las peñas,
Cual las ideas risueñas
Del hombre en la eternidad.

Allí en la orilla las gotas,
Que el dolor trajo á la frente,
Seca el purísimo ambiente
Que se adormece en redor.

Y el pensamiento ya libre,
Trasciende mares y tierra,
Para abarcar cuanto encierra
En sí la humana mansión.

Al soplo airado del cielo
Mira ceder las naciones,
Indestructibles lecciones
Dejando en pos al pasar.

De las ciudades que fueron
Busca las débiles huellas,
Y encuentra impresas en ellas
De torpes vicios los pies;

Y en vez del blando murmullo
Que hace el mundano contento,
Se escucha sólo «¡Escarmiento!»
Entre las ruinas sonar.

De Europa altiva sorprende
La desmayada natura,
Que el arte en vano procura
Lozana y fértil tornar.

De cada pueblo á las puertas
Negro fantasma se eleva,
Que con sus lágrimas lleva
«¡Miseria!» escrito en la faz.

En desnudez el mendigo
Pasa las noches heladas,
De las soberbias moradas
Bajo el marmóreo dintel.

Y las migajas recoge
Del destrozado sustento
Que el cortesano opulento
Le echa tal vez con el pie.

¡Maldito el suelo en que el hombre
Así ante el hombre se postra,
Y sus desprecios arrostra
Porque se muere de afán!

¡Maldito el suelo que sólo
Brinda con taza de hieles,
Á esos desnudos tropeles
Que acosa el hambre ó la sed!

Llena de ingratas ideas
Se vuelve entonces la mente
Al virginal continente
Que vió Cristóbal Colón,

Y que al tornar, el encono
Del mar burlando y el viento,
Cual mujeril ornamento
Echó á los pies de Isabel.

De Dios la diestra invisible
Formó su espléndido cielo,
Y abrióla toda, y el suelo
De ricos dones sembró.

Bañan sus playas extensas
El mar Atlántico airado,
Y el que de gozo arrobado
Llegó Balboa á besar;

Cuando, la espada desnuda,
Las ondas cerca del pecho,
De su monarca en provecho
Tomó marcial posesión.

Montañas tiene soberbias,
De cuyo inmóvil asiento,
Se arrojan ríos sin cuento
Para perderse en la mar.

Y hay en sus llanos verdura
Que ansiosos pacen los brutos,
Y abundantísimos frutos
De regalado sabor.

¡Feliz mil veces el hombre
De quien la cóncava cuna,
Alumbra pálida luna
En tan lozana mansión!

¡Feliz! verá de la vida
Los demarcados momentos,
De agudas penas exentos,
En libre tierra correr.

Que si algún torpe tirano
De entre la turba se eleva,
Es ese tiempo de prueba
Para las almas templar.

Hasta que llega el instante
En que con manos de hielo
Le postra Dios en el suelo
Y dice airado: «No más.»

III.

EL OMBÚ.

(*Fragmento.*)

Venga la blanda guitarra,
Venga, bien mío, y cantemos;
Que ya el Oriente de rojo
Tiñen del sol los reflejos.

Venga, que en lomas y llanos
Rebrama el toro soberbio,
Y bajo altivos caballos
Retumba herido el potrero.

Naturaleza se anima,
Y con sus voces sin cuento
Alzar mil himnos parece
De gratitud al Eterno.

También sus alas veloces
Sacude ya el pensamiento
Cuanto en redor la circunda
Tccando al paso en su vuelo.

En el ombú solitario,
Que es de la loma ornamento,
Al fin detiéndose, en presa
Á siempre ingratos recuerdos.

Y de sus hojas marchitas,
Que mecen raudos los vientos,
Gotas de leve rocío
Mira caer en el suelo,

Cual se desprenden veloces,
Del desengaño al aliento,
Las ilusiones queridas
Que abriga el hombre en el pecho.

Bajo tu sombra apacible
Nacieron, árbol, mis sueños,
Como la niebla fugaces,
Como. (1)

Junto á tu tronco el gaücho
Pasa las tardes de Enero
Viendo cruzar blancas nubes
Por el azul firmamento.

.
.

(1) Incompleto en el original del poeta.

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

ONDAS Y NUBES.

Como esas ondas es nuestra vida,
Como esas nubes nuestra ilusión,
Y la esperanza, perla escondida
En lo más hondo del corazón.

Mientras el astro de amor las dora,
Mientras no brama recio huracán,
Hacia la playa tranquila ahora
Con dulce arrullo corriendo van.

Pero si ruga furioso el viento,
Si oculta airado su disco el sol,
Ondas y nubes en un momento
Su calma pierden y su arbol.

El rayo incendia la mansa nube,
Y á su sangriento fulgor se ve
Cómo se rompe y al cielo sube
Negra la onda que blanca fué.

Así en la vida, cuando inflexible
El desengaño nos hiere cruel,
Ó el infortunio nos brinda horrible
Su negra copa llena de hiel,

Se trueca en duda y amargo hastío
Nuestra esperanza, nuestra ilusión,
¡Y acaso, acaso, ya seco y frío
Por siempre dejan el corazón!

Feliz, oh Carmen, tú á quien el cielo,
Pródigo al darte dicha sin fin,
Quiso enviarla contigo al suelo
Bajo la forma de un serafín.

¡Nívea paloma, blanca azucena,
En cuyo cáliz duerme el amor,
Nunca en tu frente pura, serena,
Clave su garra fiero el dolor!

¡Jamás te asalte, dulce gacela,
De las pasiones el frenesí!
¡Jamás el ángel que por ti vela
Tienda las alas y huya de ti!

Pronto ¡ay! tu estrella se eclipsaría,
Fuera un infierno tu grato edén,
Y en hierro ardiente se trocaría
La azul guirnalda que orla tu sien.

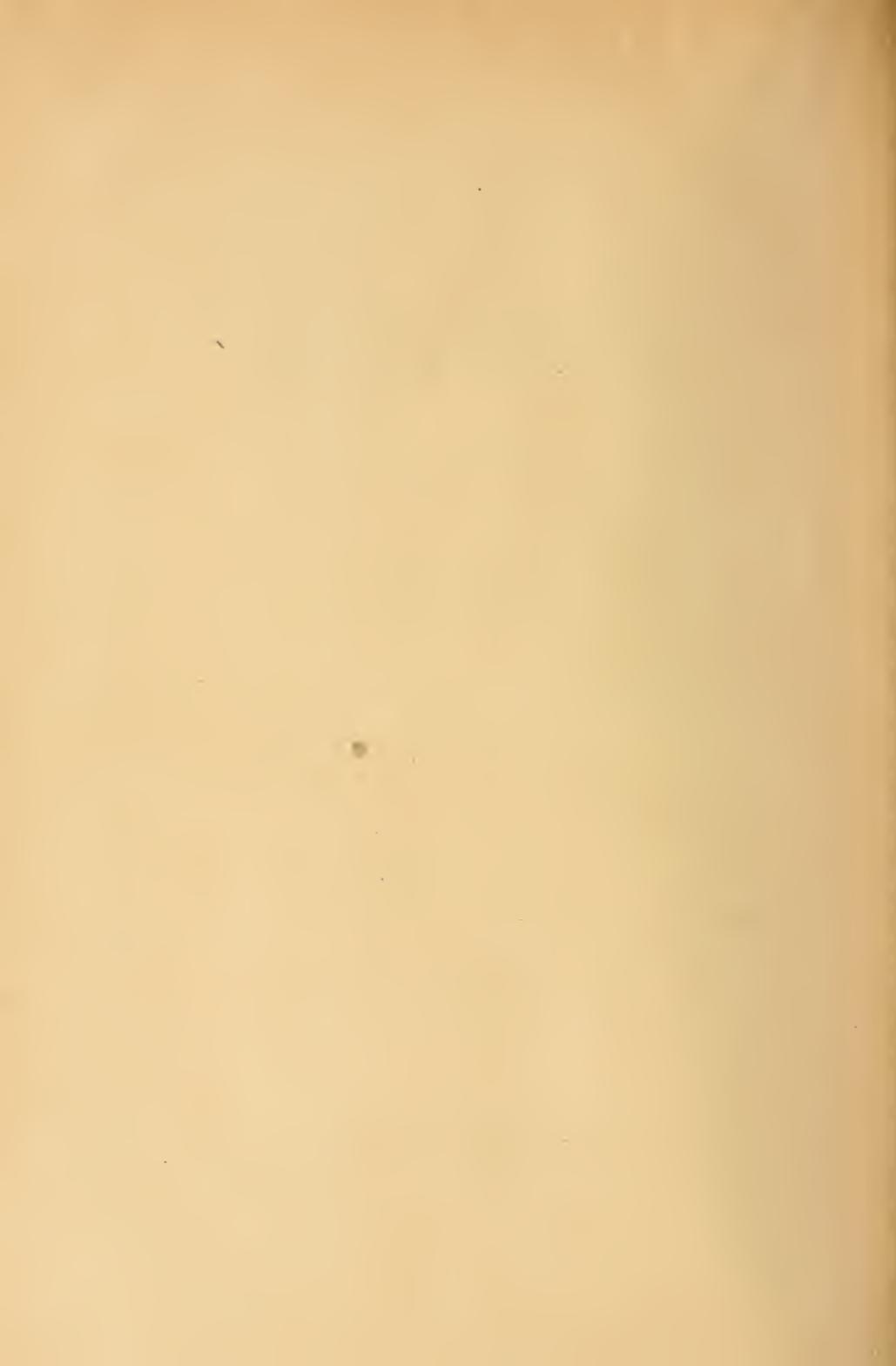
Y en vez de aromas, brisas y flores,
Sólo hallarías ¡destino cruel!
Nubes preñadas de sinsabores,
Y ondas y ondas de amarga hiel.

Que ondas y nubes son el emblema
De nuestra vida triste ó feliz;
Ya negro abismo, ya una diadema,
Que nos circunda de áureo matiz.

Por eso, Carmen, cuando me pides
Que un pensamiento te deje aquí,
Mientras con ojos tranquilos mides
El mar y el cielo, te digo así:

«Como esas ondas es nuestra vida,
Como esas nubes nuestra ilusión,
Y la esperanza, perla escondida
En lo más hondo del corazón.

»¡De tu existencia vivo trasunto,
Que siempre brillen cual brillan hoy,
Y á eternas dichas que siempre junto
Vaya el recuerdo que yo te doy!»



NOTA FINAL.

En el tiempo transcurrido desde que comenzó la publicación de esta ANTOLOGÍA, han fallecido los siguientes poetas, dignos todos de ocupar puesto en la segunda edición de ella, si alguna vez llega á hacerse: D. Ignacio M. Altamirano y D. Manuel Gutiérrez Nájera (mexicanos), D. Julián del Casal (cubano), D. J. Pérez Bonalde (venezolano), D. Rafael Núñez y D. Jorge Isacs (colombianos), D. Juan León Mera (ecuatoriano). No nos queda espacio suficiente en este apéndice para presentar muestras de sus obras y hacer de ellas un estudio tan detenido como merecen. Pero no quiero defraudar á los amantes de curiosidades literarias, de las recónditas noticias que sobre algunos versificadores y copleros de la época colonial, especialmente en la isla de Santo Domingo, me comunica mi docto amigo y compañero D. Marcos Jiménez de la Espada, en carta cuyos principales párrafos voy á transcribir literalmente.

«LICENCIADO JUAN MÉNDEZ NIETO.

»No he podido averiguar en qué lugar de España nació; aunque, por lo que odiaba á los portugueses, sospecho que era de Extremadura.

»En 1.º de Septiembre de 1607 confesaba que tenía setenta y seis años de edad.

»Estudió en Salamanca, y después de comenzar varias carreras siguió la de medicina.

»Fué médico titular de Arévalo; curó de unas rebeldes cuartanas al Príncipe de Évoli; y por no atreverse á curar (dice él) al príncipe D. Carlos, huyó de la corte, residente entonces en Toledo, llevando licencia para pasar á Indias.

»Detúvose algún tiempo en Sevilla, ejerciendo su profesión con gran fortuna y provecho, y allí se hubiera establecido; pero casó, ó el dejó que le casaran con D.^a Marta Ponce, criada y deuda de los Duques de Arcos, y como el matrimonio fuera muy á disgusto de los parientes de D.^a Marta, por temor á sus amenazas, y aun á cosa mayor, se determinó á usar de su licencia, escapando, como pudo, á Indias.

»Hacia los fines del año de 1559 aportó á Santo Domingo de la Española, en cuya capital permaneció unos ocho años; y después de breves residencias accidentales en Nombre de Dios y Río de la Hacha, y de un viaje, por causa de negocios particulares, á Santa Fe de Bogotá, se fijó definitivamente en Cartagena de Indias hasta su muerte, acaecida poco después del año 1616, en que ya no podía firmar, «por estar impedido de la vista corporal».

»Dejó concluidas y preparadas para imprimirse, en Sevilla, dos obras, tituladas, la una, *De la facultad de los alimentos y medicamentos indianos, con un tratado de las enfermedades patricias del reino de Tierra firme*, y la otra, *Discursos medicinales*. La primera no la conozco, é ignoro si se sabe de ella. La segunda se conserva íntegra y toda de puño de su autor, quien la dedica, en 1.º de Julio de 1611, al licenciado Alonso Maldonado, oidor en el Consejo de las Indias (tengo copia de ella sacada por mí mismo, que ocupa más de 1.060 cuartillas).

»El licenciado Méndez, activo, de carácter franco, ingenioso y de clara inteligencia, no perdió su tiempo en Salamanca, de cuya Universidad y costumbres estudiantiles hace una pintura de un dibujo y color que no son de los que generalmente se emplean al recordar las glorias tradicionales de nuestra enseñanza, y sí más bien los propios de la escuela picaresca y maleante. De sus aulas salió excelente latino, con el caudal de erudición entonces necesario para hombrearse con la gente culta, músico entusiasta, gran aficionado

á la poesía y, sobre todo, un perfecto galeno al uso de su siglo, empírico, sanguinario, polifarmacó, pedante y con más humos que una quema de paja.

»Pero todo esto trasciende muy poco á la prosa de sus *Discursos*, la cual, por lo llana, espontánea y abundante en refranes y dichos, es, casi sin duda, la que se hablaba en aquel tiempo, la vulgar y corriente, y de donde Cervantes hubo de tomar muchos de sus *cervantismos*. Gracias á ella se leen sin enfado las relaciones técnicas de enfermedades y curas, y con mucho gusto los episodios que en ellas intervienen por razón de las costumbres domésticas ó públicas de aquí y de allá, y del genio ó posición social del enfermo y de sus parientes y allegados; y no digamos si le ocurre contar sus aventuras de viaje ú otras de más cuenta, porque entonces, salvo mejor opinión (y desquitando la influencia del carácter de Méndez en el relato), en la mía, se acerca al donoso realismo de los Mendozas y Alemanes. Como creo también, haciendo igual salvedad, que descargados de la máquina de dietas, recetas y formularios, y de las citas que á menudo interrumpen el texto, quedarían los *Discursos medicinales* reducidos á un libro de amena lectura y de interés histórico.

»En ellos se encuentran esparcidas varias muestras de las poéticas aficiones del autor, tan breves algunas, que no alcanzan á dar idea del mérito de quien las compuso; por ejemplo, estos cuatro versos libres, traducción de un dístico de Ovidio:

«No es fácil detenerse al muy hambriento
»Si ve la mesa puesta y bien colmada;
»Y el agua que corriendo se despeña
»Da gana de beber al que la mira.»

»Y la octava con que termina el siguiente pasaje del discurso 21 del libro III:

»Y como cayese enfermo de la rodilla izquierda, que tenía flaca y
»lastimada de la herida que en ella había recibido de los franceses
»en Santa Marta, á cuya causa se me apostemó del trabajo de las
»muchas visitas, de suerte que me tuvo tres años en la cama, tan
»encogida la pierna y tan cojo, que tenía perdida ya la esperanza de
»poder ya visitar ni servirme de ella; y con este sentimiento y desgracia: tan perjudicial para mí y toda la república, que lo sentía mucho,

»hice unas otavas con que, llorando al son de la harpa, desfogaba
»mi congoja, que comenzaban, si bien me acuerdo, de esta manera:

«¡Ay Fortuna cruel; ay ansias más!
»¡Ay desdichado triste; ay mal tan fuerte!
»Ay, que el amor trocó mis alegrías,
»Mi vida y libertad en pena y muerte!
»¡Ay triste, que en el medio de mis días
»El mundo me ha dejado de tal suerte,
»Que no podrán hacer ya mis pisadas
»Que pasen de la puerta mis jornadas!»

»Si no conociéramos del licenciado Méndez más que esta octava, realmente era cosa de acompañarle en su llanto. Pero en sus *Discursos* hay algo mejor (no mucho), y donde con más fundamento se puede juzgar del premio que merecen sus galanteos á las Musas.

»Hable el interesado, y perdone usted lo largo de las citas.

»Refiriendo la cura desgraciada que hizo en Santo Domingo á Luis de Angulo, Alguacil mayor de aquella ciudad, retrata al sujeto con estas palabras: «Era de edad de veintisiete hasta treinta años, tan fascinoroso y malvado, cuanto era su cuñado, Diego de Guzmán, noble y virtuoso..... Era su mujer deste Angulo una señora que, aunque se dejaba ver en la tierra, tenía su habitación en el cielo; tanta era su virtud y cristiandad, y como tal no pudo estar en un sujeto con su marido, como no pueden estar los demás contrarios, y como más voraz y activo la consumió y mató el marido con muchos malos tratamientos, especialmente con una hartazgo de coces que le dió, por pequeña ocasión, estando preñada, de que mal parió y se murió, ganando dichosamente el cielo hermoso por la vil tierra que dejó, y por el temporal y mal marido el eterno y supremo esposo.»

»No huelga el retrato, por lo que verá usted más adelante.

»Suprimo una porción de peripecias que interrumpieron y alargaron la cura de nuestro galeno, motivadas del carácter adusto, veleidoso y desleal del enfermo; y voy á que, sintiéndose morir con un violento cólico, volvió á llamar por terceros al licenciado Méndez, á quien había groseramente despedido, el cual, cediendo á los ruegos del suegro de Angulo y á las tentaciones de una taleguilla preñada de cuatro marcos de perlas de cadenilla, consintió en encargarse otra vez del paciente; y «preguntándoles — prosigue —

»(después de embolsarse la talega): por la causa del accidente, me
»dió por razón lo mucho que había cenado y el haber estado desnudo escribiendo tantas horas (hasta más de media noche). Á lo
»que respondí, entendiendo que escribía para España:—Las urcas
»no se irán, por mucha priesa que se den en estos diez días, y no
»tenía por qué tomar ese trabajo á deshoras, que fué la principal
»causa deste accidente; porque, aunque hubiera cenado, como dice,
»si durmiera y lo cociera el estómago, no hubiera nada desto.—
»Que no escribía para España, me respondió, que aun eso fué lo
»peor.—No lo hubo bien dicho cuando entendí lo que era, y que
»estaba haciendo coplas, porque él me había mostrado unas otavas
»que hacía de todas las damas de aquella ciudad, con cierta ficción
»poética, imitando á Montemayor (1), para que le alabase y le tuviese
»por grande poeta; y disimulando con ello comencé de hacerle
»remedios, etc., etc.»

»Aquí tiene usted la razón de por qué me detuve en el retrato de este poeta (?), descubierta por nuestro licenciado.

»El cual continúa diciendo que el más eficaz de dichos remedios fué una infusión de hojas de tabaco que le hizo descargar vientre y estómago por ambas vías, y le dejó sumido en un profundo sueño. «Pues como yo lo viese que dormía —continúa Méndez—descansadamente y sin dolor, dije al paje que escondiese la vela y lo dejase dormir. Yo me fuí á mi casa, y al tiempo que bajaba por la sala adonde tenía el escritorio, vide estar el cuaderno de las coplas en él abierto, y cogiéndolo sin que el paje lo viese, me lo llevé; y como estaba ya desvelado y sin gana de dormir, púseme á leer por él hasta el día; y entre otros disparates escribía una visión de ninfas, riberas de la Isabela, que es el río que por allí pasa, adonde ensartaba cuantas damas en aquella ciudad había, cada una en su otava, como hizo Montemayor, y á algunas, que quería más favorecer, les echaba dos, como hizo á D.^a Ana de Guzmán y á la otra D.^a Ana de Carvajal; pero cuando llegó á su daifa, que fué la postrera de todas, colocóla y púsola en un carro de marfil con muchas columnas dóricas, frescos, epitafios y letreros, y que, como á Diana sus doncellas, la venían á ella acompañando y sirviendo todas las otras, que la más ruin dellas era harto mejor que ella por su extremado valor y hermosura; y que cuatro dellas, las más

(1) Alude al *Canto de Orfeo*, inserto en *La Diana Enamorada*.

»ilustres, le servían de pedestales á las colunas y la traían cargada;
»con otros cien mil desvaríos que, cuando los acabé de leer, quedé
»asombrado y tan desvanecido como él, ó poco menos, pues que cogí
»una pluma y luego allí, donde había acabado, comencé yo y es-
»cribí, en el breve tiempo que hasta el día quedaba, lo que se sigue:

»Perdónete Dios, hombre,
»Que así acabaste verde entre pastoras;
»Que no hay quien no se asombre
»En ver que así á deshoras
»Gastas tu vida y alma entre señoras;
»Gastando largamente
»La hacienda y el dinero mal ganado.
»Es justo que se cuente
»Que á otros fué robado,
»Para comprar tu suerte y triste hado.
»Y aquella verdadera
»Ninfa, por quien tan poco tú pensabas,
»Que cierto de Dios era
»Traslado, ¿qué esperabas
»Cuando tan malamente la tratabas?
»¿Pensabas que no hay muerte
»Ni Dios para los malos obstinados?
»Pues cierto lo hay tan fuerte,
»Que serán condenados
»Según sus grandes culpas y pecados.
»No pienses que Cupido
»Alivia á los malvados un momento,
»Ni el ser favorecido
»Te sacará del cuento
»De los precipitados al tormento;
»Mas piensa en la partida,
»Pues andas tan cercano ya á la muerte.
»No esperes tener vida,
»Pues vives de tal suerte
»Que todos van huyendo por no verte.
»El pueblo se ha quejado
»De ti al Sumo Juez Omnipotente,
»Mandamiento está dado
»Que dejes ya la gente
»Y lles por delante
»Y partás de este mundo incontinente,
»Las deas, las pastoras soberanas,
»El vivir de Levante,
»Los hurtos y las ganas
»Y las otavas ritmas de las *Anas*;

»También aquella dea
»De quien en tu escritura tanto tocas;
»También las de Guinea,
»Pues que no son tan pocas
»Que puedan referirlas muchas bocas;
»Y aquel gran adulterio
»Que hiciste contra Apolo y su cliente;
»Y lo del cementerio
»Y más, que, según siento,
»No se puede decir ni tiene cuento.
»Por tanto, yo no quiero
»Arar con buey cansado en el arena,
»Mas antes te requiero
»Te acuerdes de la pena,
»Pues no te hizo el amor tu alma tan buena.»

»Para comprender la intención y sentido de estas coplas, entre fúnebres y burlescas, hay que advertir que Méndez había pronosticado que Angulo, á quien curaba en Septiembre, moriría en el próximo Octubre, como así sucedió. Y este Octubre es ciertamente el de 1560.

»Hallándose ya en Cartagena indiana, y recordando cómo y por qué dejó la Teología por las Leyes, escribía á fines del año de 1606 (libro I, disc. 3.º):

«Viéndome, pues, forzado de la bendición de mi padre, y muy opulento y lleno de libros, que es cosa que á los estudiantes da mucha honra y vanagloria, comienzo de armar mi librería y hinchí las cuatro paredes de un grande aposento de textos abiertos y de doctores modernos y antiguos cerrados, de suerte, que no se alegaba autor, aun en las lecciones de oposición, que yo no tuviese, y pásome luego al otro día á oír mis leyes con mucho sentimiento de mis compañeros y condiscípulos y del Retor, que era mucho mi señor, que le enseñaba yo á tocar harpa y me hacía mucha merced; y fray Domingo (de Soto) me reprendió por qué lo había dejado, y me dijo que gustaba mucho de tenerme por discípulo; y yo que lo sentí más que todos ellos y lo siento hoy en día y lo lloro con cuerpo y alma. En testimonio de lo cual escribiré aquí unas otavas que no ha muchos días que hice, con las cuales algunas veces, cantándolas al cuarto del alba después de bien cansado de estudiar, me enternezco, como es razón, porque las canta conmigo una negra criolla mía que ha tenido la mejor voz que ha habido en las Indias, adonde por maravilla hay una razonable, y con esto es diestra en el canto

»de órgano, y la sonada que en la harpa se le da muy aparejada para
»todo ello; y son las otavas estas que se siguen:

»Males que de mi mal tarde os cansastes,
»Bienes que tan temprano os despedistes,
»Días que obscuras noches os tornastes,
»Noches gastadas en memorias tristes,
»El bien que en tiernos años me mostrastes,
»¿Por qué tan largo tiempo lo escondistes?
»No es vuestra, no, la culpa, yo la tengo,
»Y de sola esperanza me sostengo.
»Mostrástesme del cielo la carrera,
»Tan llena de contento y alegría,
»Tomé el arado en mano, y como quiera,
»Un surco ó dos eché el primero día;
»Volví á mirar atrás, que no debiera,
»Perdí todo el contento que tenía;
»Y así, cuitado, pobre y desvalido
»Á dura senectud soy conducido.

»Engolfado en el mundo y sus miserias
»Sin jamás tomar puerto ni sosiego,
»Con mil trabajos, muertes y lacerias,
»Como hombre, al fin, sin luz y que anda ciego,
»Trabucando de una en muchas ferias,
»Do se compra muy caro eterno fuego,
»Anduve todo el tiempo de mi vida
»Sin orden, sin concierto y sin medida.
»Mil veces intenté salir á nado
»Arrimado á una tabla ó dos siquiera,
»Tantas fui rebatido y revocado
»Por sus ministros en esta manera:
»Teníanme tan fuerte engarrafados
»Con siete garfios, que hacia la ribera
»No fué posible, no, tener salida
»En todo este discurso de mi vida.

»Agora ya, Señor, pues me ha dejado
»El mundo por inútil y abatido,
»Á ti, Padre Eternal, seré tornado
»Como el pródigo hijo y afligido,
»Confuso de aquel tiempo mal gastado,
»Hambriento, andrajoso y aburrido,
»Desechado del mundo y de las gentes,
»De extraños y de amigos y parientes.
»Socórreme, Señor Omnipotente,
»No mires mis enredos y marañas,
»Para que dende hoy más de gente en gente
»Sean más manifiestas mis hazañas;

»No niegues á este triste penitente
»Esas piadosísimas entrañas;
»Pues nunca del rendido te vengaste,
»Mi pena, mi dolor, mi llanto baste.»

»Esta canción llorosa y aquella de que nos dió solamente la primera octava, son dignas de respeto como desahogos particulares y domésticos de íntimos dolores, nada más, y como tales las presento á la consideración de usted.— La sátira (?) contra Angulo ni siquiera tiene la disculpa de las *lamentables* octavas. Pero á pesar de esas tachas, ¿no merecen alguna memoria los antojos poéticos del sensible é irritable galeno? Usted lo verá con más claros ojos que los míos; y verá usted también si su censura de los versos de una persona á quien no quería bien y tenía por un malvado, como era el Angulo, basta para borrar á éste de la lista de los copleros dominicanos.

»Mucho peor voluntad tenía Méndez Nieto á un Juan Fernández, Provisor del obispado de Cartagena, á quien llama, porque así le apodaban todos, el *Pastor Simón*, á causa de sus simonías, á cuya causa hicieron contra él y corría por el vulgo una sátira anónima titulada *La Simonaída*. Danos noticia y muestra de ella con motivo de la solemne entrada del Provisor en la capital de su diócesis, que refiere en estos términos:

«..... Estuvo un día todo desde las ocho horas en la estancia de »Lorenzo Martín, que está un cuarto de legua de ella (Cartagena), »esperando á que el acompañamiento que sus parientes por su mandato le tenían muñado, lo fuese á recibir; y viniendo con poco »menos de cien hombres á caballo y otros tantos peones, llegó en »el caballo de camino hasta la puente, y allí le tenían el hábito y »vestido sacerdotal, con un sombrero llano, como de cardenal, con »cuatro borlas de seda de una libra cada una que se puso encima »del bonete; y le tenían la haca blanca de Arjona, su pariente, y al- »heñada cola y crines y con una gualdrapa muy guarnecida y cos- »tosa; y desta manera entró y anduvo por donde anda la de *Corpus »Christi*, primero que entrase en su casa. Lo que habiendo visto y »notado el poeta satírico, que no era migaja necio, le dijo después »de haberlo relatado como ello pasó en verso limpio y elegante esta »otava que se sigue:

«Quería yo saber, Simón malvado,
»Cuándo pensaste tú tener tal vida.

- »¿Fué, por ventura, cuando atormentado
- »Estabas nel Infierno sin medida?
- »¿Ó cuando en el mesón fuiste criado
- »Que allá en Almodóvar nos convida,
- »Y entonces por soñarte mesonero
- »Erraste el golpe y diste en caballero?»

»Méndez dice que el Provisor era hijo del dueño del mejor mesón de Almodóvar, donde posó yendo de Guadalupe á Sevilla después de su escapatoria de Toledo.»

«LÁZARO BEJARANO.

»Natural de Sevilla, en cuya ciudad compuso algunas poesías, acerca de las cuales nada sé, salvo que debió escribirlas para las justas literarias celebradas en aquella ciudad en honor de San Juan Bautista, San Pablo y Santa Catalina en los años de 1531 y 1533.

»Juan de Castellanos nos da noticias de este poeta y señor de las *Islas de los Gigantes*, por otro nombre Curaçao, Aruba y Buinare, en la *Introducción* á la segunda parte de sus *Elegías* (oct. 53 á 71), v dice de él en las 65 á 66:)

- »Su musa digna fué de gran renombre,
- »Lo cual no digo por le ser amigo,
- »Sino porque sus gracias y sus sales
- »No sé yo si podrán hallar iguales.
- »Haciendo yo por estas islas vía,
- »Sería por el año de cuarenta,
- »Allí lo ví con su doña María
- »De tantas soledades descontenta.»

»Por lo cual y por la pérdida de un hijo no tardaron en regresar á la Española, de donde habían pasado á las islas de su señorío.

»Advertiré que Castellanos equivoca el nombre de la señora, que no era el de María, sino el de Beatriz, como parece por el documento que sigue y por más de un concepto interesa á la biografía de Bejarano. Es una provisión de la Audiencia de la Española de 4 de Julio de 1541, que D. Juan B. Muñoz extractó para su colección (t. LXXXII, folio 216) en esta forma:

«Refiere que D. Diego de Colón dió en encomienda á Juan de Ampies (era factor de Santo Domingo) y sus hijos y sucesores las

»islas de Curaçao é Buynare é Aruba, para que tuviesen cargo dellas
»y se sirviesen de sus indios como naborias con jurisdicción civil y
»criminal, lo cual fué confirmado por los del Consejo, tomando cierto
»asiento con dicho Ampies en tiempo del licenciado Rodrigo de
»Figueroa (hacia 1520), do se le añadió facultad de contratar con el
»cacique de Coro. Agora Lázaro Bejarano, marido de D.^a Beatriz de
»Ampies, hija de aquel factor, ha expuesto en la Audiencia que él,
»como conjunta persona de ella en goce de dicha merced, ha nom-
»brado, como Justicia mayor, por tenientes suyos á Manuel Méndez,
»en Curaçao, y en Aruba á Francisco de Rutia, y pide se confirmen,
»etcétera. »

»Gonzalo Fernández de Oviedo (*Hist. G. y N. de las I.*, lib. vi, capítulo xix) lo cita como «hombre de honra é digno de crédito», para atestiguar un curioso fenómeno de espejismo que se observa en la península de Paraguana, frontera á las islas de los Gigantes.

»Y por último, el oidor Alonso de Zurita, en la *Relación de las cosas de la Nueva España*, inédita, le dedica un artículo todo sustancia, en el *Catálogo de los autores que han escrito historias de Indias ó tratado algo dellas*, adjunto de dicha relación, y publicado por el Sr. García Icazbalceta en el tomo III de su *Nueva Colección de documentos para la historia de México* (Introducción), 1891, por copia de mi mano que tuve el honor de enviarle. Por dicho artículo sabemos que escribió un *Diálogo apologético contra Ginés de Sepúlveda*, lleno de noticias curiosas sobre las gentes de la isla de Cubagua hasta la punta de Coquibacoa (en las que estaban comprendidas las de su feudo), y escritas por muy elegante estilo; y añade que era hombre de muy buen juicio, muy honrado y de mucha virtud y verdad, etc. Zurita lo conoció y trató siendo oidor en la España; y por lo que yo sé de este magistrado, era de tanta honradez y verdad como Bejarano.

»Vea usted ahora cómo nos lo presenta Mendez Nieto con ocasión de su llegada á Santo Domingo (1559) en el lib. II, disc. 2.^o:

«Presidían en aquella Audiencia entonces el Ldo. Angulo y la »Sra. D.^a Brígida, su mujer, que eran oidores más antiguos por ausen- »cia del Ldo. Maldonado, que había ido por Presidente á Guatemala, »y eran oidores el Dr. Cáceres y el Ldo. Chagoya (Echagoya), vize- »caíno. Había cuatro médicos, todos ellos al tono de los demás que »suelen pasar á Indias, que son los desechados, que no pudiendo sus- »tentarse en España, porque no les darán una mula que curen, se

»vienen acá todos, como á tierra de ciegos, adonde el tuerto es rey, ó
»regidor por lo menos.

»Eran estos cuatro pilares en quien estribaba la salud de aquella
»ciudad, el Dr. Bravo, estudiante de Sevilla y graduado en ella, el
»Ldo. Cabrera, el Ldo. Pineda, tuerto, cojo y mal agestado, y el
»Ldo. Ulloa, portugués, que iba para la India y arribó allí en la nao
»*San Pedro*, que tenía de locura todo lo que le faltaba de ciencia,
»como bien se lo dijo el famoso Bejarano, por su delgado ingenio y
»buena poesía, en esta copla que se sigue, para cuya inteligencia es de
»saber que había en aquel tiempo un cura en la iglesia mayor que
»también se llamaba Bejarano, hombre de tan poca ciencia y letras,
»que aun el Catecismo no había venido á su noticia; y queriéndolos
»desengañar á entrambos, les dijo desta manera:

«Muy mal cura el portugués,
»Bejarano muy mal cura,
»El uno por la locura,
»Y el otro que necio es.
»Si la necesidad es cura,
»¿Qué no será la locura?»

»Era este Bejarano señor de Curaçao y el más raro ingenio que
»pasó á las Indias; no le hizo ventaja Marcial, cordobés, en epigra-
»mas graciosos y de grandes sentencias, como se verá por este otro
»que referiré suyo, que autor y dichos tan maravillosos lugar tienen
»en nuestra escritura:

»Habitaban en Santo Domingo dos hombres tan eminentes y
»experimentados en distinguir y conocer lo bueno de lo malo, que
»podían ser mojones del rey de copas. Era el uno el Secretario de
»aquella Audiencia, Nicolás López, y el otro Juan de Triana, vecinos
»entrambos honrados y bien conocidos. Eran grandes amigos y visi-
»tábanse el uno al otro muy de mañana, al salir del sol; y lo primero
»con que se saludaban era con un copón de vidrio hecho á posta en
»el horno que allí hay dél, que tenía medio azumbre de porte. Y su-
»cedió que viniendo aquella hora el Bejarano por la plaza grande en
»frente de las casas del Secretario, vidolos que estaban á la ventana
»convidándose con el tazón sobre un bocado de salchicha con que se
»habían desayunado; y viendo el emblema tan bien pintado, parecióle
»que era justo ponerle la letra al pie, y luego allí en el escritorio del
»mismo Secretario la hizo de repente y se la envió, que dice desta
»manera:

«A Nicolás escribano
»Vi á las seis de la mañana
»Con un tazón en la mano
»Esgrimiendo con Triana,
»Y dice desta manera:
«¡Á fuera, Triana, á fuera!
»Que si sois buen bebedor,
»Mi padre fué labrador
»*Et ego sum vitis vera.*»

»Nunca supo este hombre decir mentira ni callar verdad aunque
»fuese á su costa, como lo fué muchas veces; y ansí, como vido que
»aquella Audiencia andaba en aquel tiempo mal reformada, y que no
»guardaban justicia sino al que les guardaba la cara, porque el
»Angulo y el Cáceres estaban hechos de concierto y llevaban al Cha-
»goya, que era solo, por donde querían, no pudiendo sufrir tanta
»desorden é insolencia determinó decírselo por inigma, como á bue-
»nos entendedores, y fué desta manera:

»Cortó de una hoja de un libro viejo las letras muy al justo, y
»dividiéndolas por sus repartimientos, como hacen en la imprenta,
»las fué después pegando sobre otro papel con alquitira, y escribiendo
»con ellas lo que se sigue:

«Bien se puede llamar juego
»Do el as vale más que el rey.
»Prohibido está por ley
»Que no sea guía el ciego
»Ni aren con asna y buey.
»Entre el lobo y cancerbero
»Arrastrando va el cordero.
»¡Miserable habitación
»Do puede más un ratón
»Que el león bravo cebero!»

»Hecha, pues, la copla de molde con la industria que dicho tengo,
»porque no fuese pusible conocer la letra, la metió en una palma, á
»manera de requesón, y la dió á un negro bozal que la llevase en la
»mano como requesón que se vende, y que pasase por las Casas Rea-
»les al tiempo que estaban á la ventana la señora Presidenta con
»otras damas que estaban con ella en visita; y como lo viesen, luego
»se aficionaron al requesón y enviaron por él á gran priesa, y qui-
»tándose lo al negro, se fué, que no pareció más; y como lo desatasen

»y viesen el porque, que iba de buena letra, lo dieron al Sánchez de
»Angulo, su marido, para que se lo declarase; el cual, llamando luego
»á los oidores, se lo mostró, y se proveyó que se hiciese terrible y
»rigurosa pesquisa sobre ello; y así prendieron todos los poetas, y al
»Bejarano entre ellos; y como la letra fuese tan desconocida, nunca
»se pudo hallar rastro, que á poderlo hallar no le fuera bien contado;
»porque notaba al Angulo de hombre ciego y que no veía lo que
»pasaba en su casa y vendía la justicia, que es el Rey, por lo que se
»deja asir con la mano; y que él y la señora araban juntos, que es,
»que sentenciaban en favor del que mejor se lo pagaba, porque el
»Cáceres no hacía más de lo que ella le mandaba; y que llevaban
»arrastrando al cordero, que era el Chagoya, que era buen juez y
»recto, y así nunca se hacía justicia; y finalmente, que un ratón,
»que era la señora, que no tenía tres palmos de cuerpo, que lo más
»era corcho, podía más que el bravo y severo (sic) león que allí en los
»estrados estaba pintado en las armas reales, que era decir que podía
»más que el Rey; por lo cual tenía por desdichados los que allí habi-
»taban, como en efecto lo eran; porque el hombre prudente no tiene
»de vivir sino donde se guarde justicia y pase río por medio del pue-
»blo ó arroyo.»

»En el disc. 4.º del lib. II, vuelve Méndez Nieto á tratar de Bejarano, al recordar algunos rasgos geniales del Ldo. Alonso Maldonado, Presidente que fué de la Audiencia de la Española en 1552, y después de la de Guatemala, y Adelantado de Campeche, ó de Yucatán, por su mujer D.^a Catalina de Montejo, hija del conquistador Francisco y de D.^a Beatriz de Herrera; el cual pasaba por Santo Domingo á su casa de Nueva España, creo que por los años de 1562 ó 64, aunque no confío mucho en este cálculo, y no tengo ahora á mano documentos para fijar con seguridad el de la pasada.

«Algunas cosas notables—escribe Méndez—se cuentan y tienen en memoria deste Adelantado en aquella isla de Santo Domingo.....

»Es, pues, una dellas, que era este hombre tan grave y melancólico, que jamás, en cuanto allí presidió, le vido persona alguna reir, y si lo iban á visitar cien hombres y á quejarse y pedir justicia otros tantos, á todos les daba el callar por respuesta, y al mejor tiempo se levantaba y los dejaba, y subiendo en su mula, se iba á la fuente que dicen del Arzobispo, y esto sin dejarse acompañar de hombre nacido, si no era de Alonso Hernández Melgarejo, que mañosamente le había cogido la voluntad y con ella la nao *San Pedro*, que le

»depositó (era de 1.200 toneladas de porte y su cargamento valía
»medio millón de pesos); y llevábale un ciego que tañía sinfonía, que
»se decía Cieza, y tendiendo allí una alfombra y dos cojines, se re-
»costaba y detenía al son del agua y del instrumento hasta la ora-
»ción, que se volvía por donde vino. Hizo en aquel tiempo el famoso
»Bejarano cierta sátira, que llamó *Purgatorio de amor*, en la cual,
»por lindo estilo poético ensartó los principales personajes de aquella
»ciudad, trayéndoles á la memoria sus faltas y públicos defectos, para
»que se enmendasen, y entre ellos á este Presidente, que á la sazón
»allí era (empezó á serlo á principios de 1552), diciendo de esta
»manera:

«También vide á Maldonado,
»Licenciado y Presidente,
»Á la sombra de una fuente
»Descuidado del cuidado
»Que el Rey le dió de su gente;
»Y al son de una cymfonía,
»Que Cieza el ciego tañía,
»Cantaban los Melgarejos;
»Gritos dan niños y viejos
»Y él de nada se dolía.»

FR. ANTONIO DE CALANCHA.

«Historia | Del Celebre | Santuario de | Nvestra Señora de Copacabana, y sus Milagros, è Inuencion de la | Cruz de Carabuco. | A Don Alonso Bravo de Sarabia y Soto | mayor del Abito de Santiago, del Consejo de su Magestad, Consultor | del Santo Oficio, y Oydor de Mexico. | Por el P. J. Alonso Ramos Gavilan, Pre- | dicador, del Orden de N. P. S. Agustin. | Año (Escudete gr. en mad. con el emblema agustiniano) 1621. | Con licencia en Lima; Por Geronymo de Contreras.

I, 4.^o-VIII-432, IV fs. fin.

»En el último de los fs. de principios, al pie de un grab. en mad. que representa la Virgen de Copacabana, hay estas dos quintillas compuestas por Fr. Antonio de la Calancha y dedicadas á Fr. Alonso Ramos:

«Dos milagros más verán
»En tu obra peregrina,
»Donde en toda paz están
»Vna Paloma diuina
»En manos de vn Gauilán.

»Y porque el otro veamos
»Para gloria más crecida,
»En Autor y libro hallamos
»Al fruto, y árbol de vida,
»Colgado de vuestros Ramos.»

»En los dos últimos folios del fin de la obra hay más poesías, que no tuve la advertencia de copiar. Quizá alguna de ellas sea de autor boliviano. Ahora creí que podía averiguarlo; pero no es el *Santuario* de Gavilán el que ha parecido, sino otro que ya conocía.

»En la rarísima 2.^a parte de la Crónica del P. Calancha, consta que nació en 1584 en la ciudad de la Plata, y que murió el 1.^o de Marzo de 1654 de una apoplejía. Era hijo del capitán Francisco de la Calancha y de D.^a María de Benavides.

»Sé por carta suya que tenía una hermana monja en la Encarnación, de Lima, y del mismo nombre que su madre.»

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

	Páginas.
XII.—Chile	V
XIII.—República Argentina	LXXXIX
XIV.—Uruguay	CCV

CHILE.

El Licenciado Pedro de Oña.

Arauco domado—Canto quinto.....	5
---------------------------------	---

D.^a Mercedes Marin del Solar.

Canto Fúnebre.—Á la muerte de D. Diego Portales.....	33
Soneto.—Á la sepultura del Sr. D. Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la Iglesia chilena.....	42

D. Salvador Fuentes.

El Campanario.—Canto primero.....	45
-----------------------------------	----

D. Hermógenes de Irisarri.

La mujer adúltera.....	67
------------------------	----

D. Martín José Lira.

Soneto.—Caída del Sol en el mar.....	79
--------------------------------------	----

D. Domingo Arteaga Alemparte.

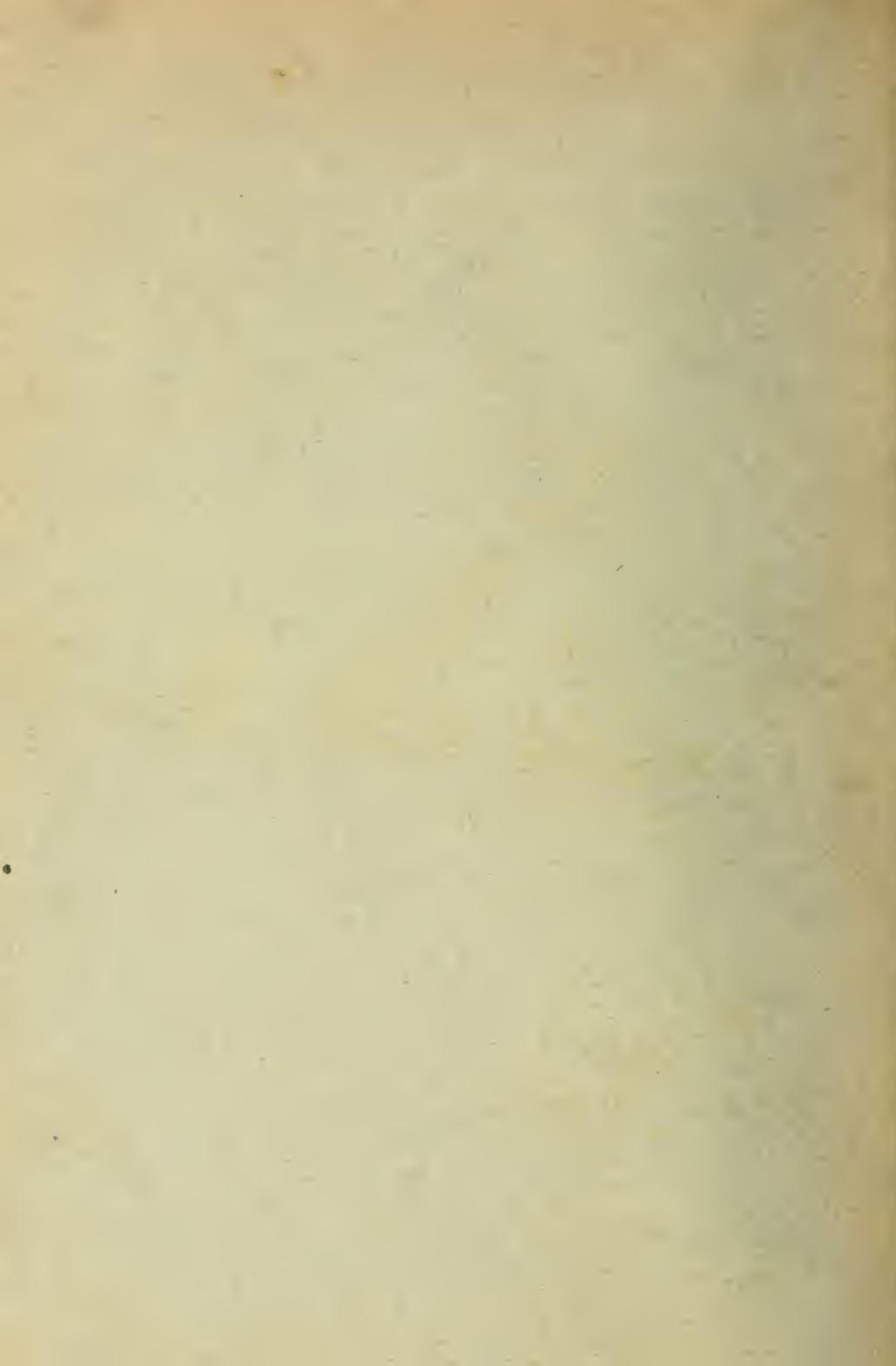
Oda al amor.....	83
------------------	----

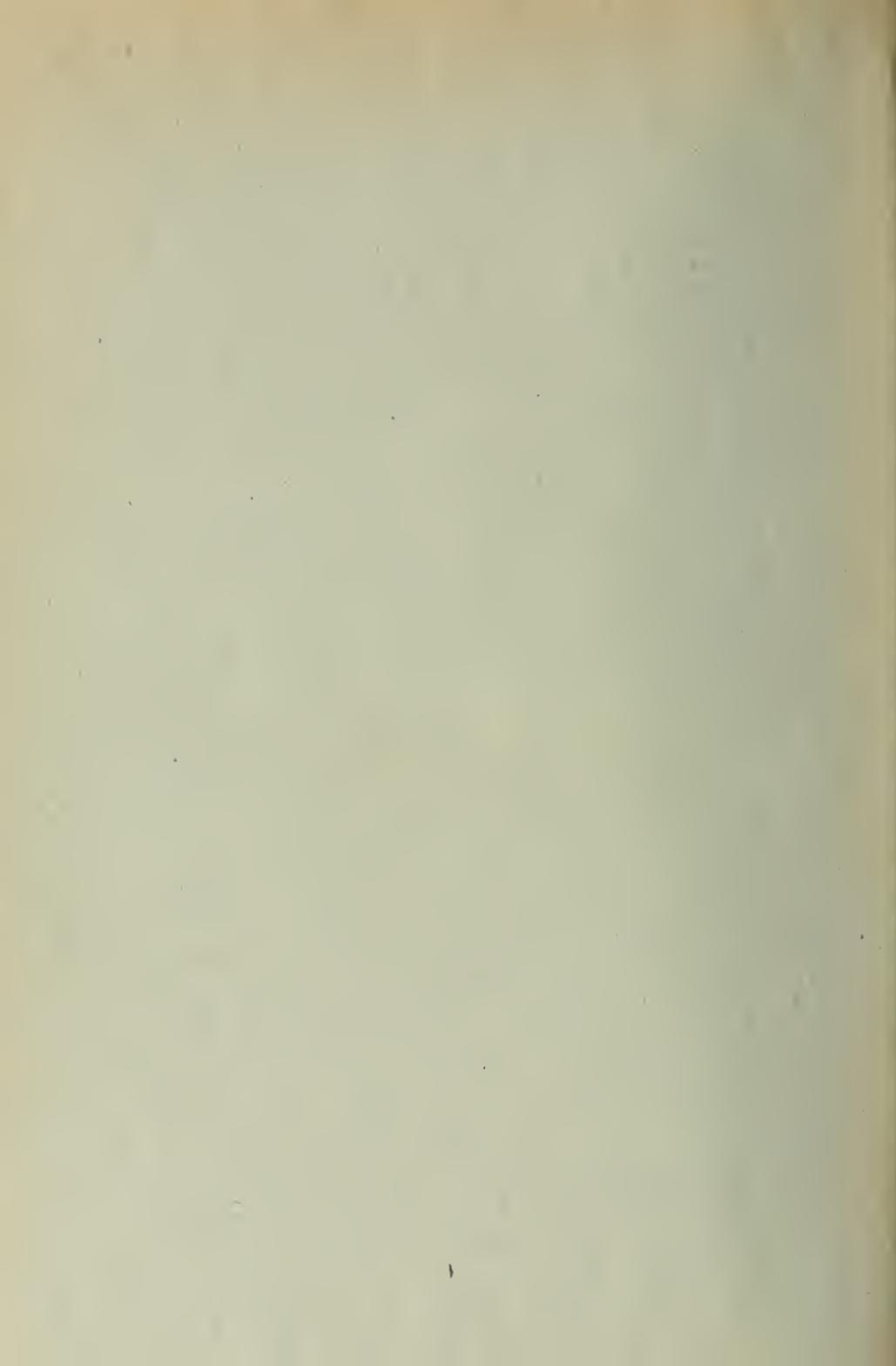
REPÚBLICA ARGENTINA.

	<u>Páginas.</u>
<i>D. Juan Cruz Varela.</i>	
El 25 de Mayo de 1838 en Buenos Aires	91
<i>D. Florencio Varela.</i>	
La Concordia	99
<i>D. Ventura de la Vega.</i>	
Imitación de los Salmos	105
El Canto de la esposa.—Imitación del <i>Cantar de los cantares</i>	108
Á mis amigos	111
Á la reina gobernadora D. ^a María Cristina de Borbón, visitando el Liceo Artístico y Literario de Madrid	113
Á D. Mariano Roca de Togores, en la muerte de su esposa	116
Orillas del Pusa	121
Al Excmo. Sr. Conde de San Luis, por la creación del Teatro Español.	126
Al Excmo. Sr. Marqués de Molins	128
Oda.—La paz.—Al nacimiento del Príncipe imperial de Francia.	131
Himno á Luperco. (<i>La muerte de César</i> , acto III, escena IX.) ...	132
<i>D. Esteban Echeverría.</i>	
Avellaneda.—Canto primero	137
El Angel caído: (Fragmento.)	141
El Poeta enfermo	146
Contestación	148
Crepúsculo en el mar	150
Mi destino	152
Himno al dolor	154
La ausencia	162
La Diamela	164
La lágrima	164
Último canto de Lara	166
Á mi guitarra. (Fragmento.)	173
La Cautiva.—Primera parte.—El desierto	175
— Segunda parte.—El Festín	181
— Tercera parte.—El puñal	189

	Páginas.
— Cuarta parte.—La alborada.....	199
— Quinta parte.—El pajonal.....	202
— Sexta parte.—La espera.....	207
— Séptima parte.—La quemazón.....	210
— Octava parte.—Brián.....	216
— Novena parte.—María.....	225
— Epilogo.....	235
Á la juventud argentina.....	238
Á D. Juan Cruz Varela, muerto en la expatriación.....	246
<i>D. Juan Maria Gutiérrez.</i>	
Á mi caballo.....	257
Amor del desierto.....	260
Recuerdo.....	261
<i>D. José Mármol.</i>	
Los trópicos. (Fragmentos de un poema manuscrito, <i>El Peregrino</i> .).....	265
Las nubes. (Fragmento de <i>El Peregrino</i> .).....	269
Á Rosas, el 25 de Mayo.....	276
A***.....	287
Sueños.....	293
Al Sol.....	296
Ráfaga.....	298
Rosas, el 25 de Mayo de 1850.....	300
<i>D. Olegario Victor Andrade.</i>	
Atlántida.—Canto al porvenir de la raza latina en América.....	307
Prometeo.....	322
Á Victor Hugo.....	338
El nido de cóndores.....	346
<i>D. Carlos Encina.</i>	
Canto al arte.....	357
URUGUAY.	
<i>D. Francisco Acuña de Figueroa.</i>	
Letrilla satírica.....	369

	Páginas.
Himno al Sol, en el aniversario de Mayo de 1844.....	374
Oda.—La escarlatina.....	384
Oda.—La madre africana.....	389
Letrilla satírica.—El hombre de importancia.....	390
Canción secular de Horacio (traducida y publicada para solemnizar las fiestas nacionales de la Constitución, en su aniversario del 4 de Octubre de 1834).— Á Febo y Diana.....	393
<i>Super Flumina Babilonis</i> .—Salmo.....	398
Oración del profeta Jeremías.....	400
Epigramas.....	406
<i>D. Bartolomé Hidalgo.</i>	
Relación que hace el gaucho Ramón Contreras á Jacinto Chano, de todo lo que vió en las fiestas mayas de Buenos Aires, en el año de 1822.....	425
<i>D. Adolfo Berro.</i>	
El azahar.....	437
El esclavo.....	438
Á la muerte.....	441
Al jazmin.....	442
La Virgen bañándose.....	444
Á una estrella.....	446
Mañanas de estío.....	447
<i>D. Alejandro Magariños Cervantes.</i>	
Ondas y nubes.....	457
<i>Nota final</i>	461





UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



AA 000 952 532 0

